Laimie Scott
Una decisión arriesgada
Contrabandistas 3
Selecta

Una decisión arriesgada

Trilogía

Contrabandistas 3

Laimie Scott

Selecta

Capítulo 1

Moidart

Costa de Escocia

El humo de los cañones se expandía como una niebla por toda la localidad mientras el fuego de los restos de los navíos hundiéndose iluminaba el cielo nocturno con sus destellos anaranjados, asemejándose a una puesta de sol. Todo era caos y confusión en las calles de Moidart tras el devastador ataque de los ingleses. En mitad de este, dos sombras avanzaban con paso lento y cauteloso entre escombros, hacia el puerto.

Antoine Lerroux sujetaba con determinación la mano de su acompañante. La mujer que había liderado la resistencia jacobita en aquella costa. La contrabandista de armas a la que su amigo Laurent le había entregado su último cargamento para combatir a las tropas del rey Guillermo de Orange. La misma que lo había cautivado desde esa noche en la que se habían conocido y en la que parecía que sus destinos iban en la misma dirección.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? —le preguntó ella con un susurro.

Él volvió el rostro y se detuvo, obligándola a hacer lo mismo y a pegar su espalda contra la pared cuando escuchó voces cercanas. Esperó unos segundos a que el sonido se alejara antes de responderle.

—Pensaba dirigirnos hacia el puerto. Pero temo que sea una mala opción. El humo y el fuego que vemos proceden de los restos de un navío hundido en batalla. Apuesto a que mi querida hermana y mis amigos son los responsables.

—¿Entonces? —Había cierta impaciencia en el tono de la voz de ella. No había conocido una situación semejante a la que estaba viviendo. El contrabando siempre era peligroso, pero no había

necesitado la violencia para llevarlo a cabo. Y lo que percibía en Moidart no se podía describir con palabras.

—Lo mejor que podemos hacer es regresar hacia la casa de Angus Donaldson y aguardar allí el nuevo día. Es noche cerrada. La luna se oculta bajo un banco de nubes y el humo nos impide ver el camino con claridad. Y creedme si os digo que ahora mismo las calles de Moidart no son un buen lugar para andar, como podéis ver.

—¿Y una vez que lleguemos allí?

—Ya tendremos tiempo para pensar en la manera de abandonar esta región. Como os digo, regresemos al hogar del clan Donaldson. Allí podremos descansar y pensar en todo esto de una manera más tranquila.

—¿Tranquila, decís? —Leah se quedó contemplándolo con los ojos entrecerrados, sin creer esas palabras—. No creo que la situación nos permita tranquilizarnos un segundo. Los casacas rojas del rey Guillermo recorrerán la localidad en busca de rebeldes.

—No os lo discuto, pero en el hogar de los Donaldson podemos refugiarnos. No creo que lleguen allí. Y si lo hacen, nos ocultaremos en alguna de las estancias. Confiad en mí. Y ahora, decidme, ¿qué tal marcha vuestro tobillo?

Ella hizo una mueca entre la ironía y el fastidio que le producía su situación personal. El dolor parecía remitir por momentos, pero en cuanto forzaba el paso, este volvía.

—He de olvidarme por el bien de ambos.

—En cuanto lleguemos al castillo podréis descansar.

—Si vos los decís…

Ella volvió a mostrarse mordaz en su comentario. Como si no estuviera segura de ello. No con los *sassenach* registrando todo Moidart.

La fortaleza del clan Donaldson apareció ante sus ojos tras una corta caminata. El silencio lo rodeaba todo y a primera vista parecía que allí no habían llegado los disparos de la artillería inglesa; ni tampoco los soldados. La luz de algunas antorchas encendidas parecía indicar que alguien se alojaba en su interior. Antoine recordó el camino hacia la entrada por haber estado allí junto a Laurent y al propio Angus Donaldson. El sitio le trajo recuerdos de la última conversación que había mantenido con ellos antes de que las

detonaciones de los cañones los pusieran en alerta.

—Es mejor buscar acomodo en alguna habitación del piso superior. De ese modo, si escuchamos ruidos en planta baja, podemos movernos de una a otra y escondernos —le sugirió Antoine.

—Entonces, pensáis que los casacas rojas puedan aparecer.

Él percibió cierto temor y nervios en el tono de las palabras de ella y en su mirada.

—No lo descarto en ningún momento. Y ahora, apoyaros en mí —le pidió, rodeándola por la cintura sin pedirle permiso para hacerlo, y pegar su cuerpo al de ella.

Leah sintió un calor reconfortante con la cercanía de Antoine, que se extendió por todo su cuerpo. Sin pensarlo demasiado, pasó su brazo por los hombros de él, para que la ayudara. No quiso mirarlo en ningún instante y prefirió centrarse en subir los escalones porque era consciente de su cercanía. Y de cómo le palpitaba el pecho.

—Tratad de no pisar.

—¿Creéis que es sencillo?

Antoine Lerroux percibió su enojo en la pregunta. De manera que, en un arranque de valentía por parte de él, e inesperada por parte de ella, deslizó el otro brazo por debajo de sus piernas y la alzó en volandas.

Leah se vio elevada sin que le diera tiempo a protestar por aquel acto. Tan solo dejó escapar un chillido de sorpresa y lanzó una mirada de incomprensión a Antoine.

—No digáis nada. Es mejor que os lleve yo. De ese modo, no os lastimaréis el tobillo.

—Pero…

—Le echaremos un vistazo más tarde.

Entraron en una de las habitaciones en la que había una amplia cama sobre la que él la dejó con sumo cuidado. En todo momento la contempló mientras ella desviaba su mirada de la de él. Sentía el pulso elevado y la respiración agitada, que achacó al gesto de él.

—Iré a buscar algo de comer mientras descansáis.

Ella lo siguió con la mirada porque comprendía que no podía hacerle ningún daño verlo alejarse. A solas, se recostó contra el respaldo de la cama y cerró los ojos emitiendo un suspiro. Logró que el corazón latiera más y más despacio. Se mordió el labio y movió la

cabeza. No podía creer que se sintiera de aquella manera. Ese calor que había invadido su cuerpo cuando él la ayudó a subir las escaleras; o cuando la cogió en volandas al darse cuenta de su dificultad. Nunca había sentido algo parecido. Y ese apuesto contrabandista francés incluso la había besado esa misma noche cuando la conoció. Pero no tenía otra opción que confiar en él para salir de allí porque era el único amigo, si podía llamarlo así, que tenía. Aunque sus primeras impresiones no le hubieran terminado de convencer.

Antoine bajó al piso inferior y salió al exterior para apagar las antorchas. Luego, cerró y atrancó la puerta principal para que nadie pudiera entrar e hizo lo propio con las contraventanas para que diera la apariencia de que allí no habitaba nadie. De que ese castillo estaba cerrado. Pasó revista a todos los ventanales y corrió las cortinas allí donde las había en vez de contraventanas. De ese modo, no se vería nada desde el exterior. Luego, se dirigió a la cocina en busca de algo que comer. Sonrió pensando en la mujer que había en una de las habitaciones del piso superior. Pero la sonrisa desapareció cuando sus pensamientos se centraron en la situación en la que se encontraban. Por lo pronto, deberían abandonar la isla lo antes posible. Ni Moidart ni Escocia eran lugares seguros. Lamentaba que hubieran perdido el medio de transporte para hacerlo: su navío, que a esas horas ya estaría surcando aguas abiertas al mando de su hermana Valerie. De manera que tendría que encontrar un barco que los transportara al continente, con el consabido peligro que ello supondría. La situación en la nación no era nada halagüeña con Jacobo Estuardo derrotado y sus seguidores poco menos que escondidos. Debían llegar a Francia. Solo entonces estarían a salvo.

Volvió a la habitación donde había dejado a Leah y depositó la comida sobre una mesa cercana. Luego, dejó varios cubiertos y una botella con dos copas. Caminó hacia la ventana e, igual que había hecho con las de abajo, corrió las cortinas.

—Encenderé un buen fuego para entrar en calor —le dijo arrodillándose frente al hogar en el que apiló varios troncos—. Después echaré un rápido vistazo a las demás estancias de esta planta y me aseguraré de que no haya ninguna ventana abierta.

Volvió a dejarla sola mientras él recorría el piso superior mirando si quedaba encendida alguna vela. Tampoco sería nada descabellado

haber dejado algún hogar encendido. El reflejo de la luz en la ventana podría poner en alerta a los soldados británicos si les daba por merodear por los alrededores del castillo. Cuando quedó satisfecho de que todo estaba en orden, regresó a la habitación donde permanecía Leah.

Esta, al verlo entrar, levantó la mirada de las llamas del fuego en el hogar y se quedó contemplándolo.

—¿Qué haremos si los ingleses llegan aquí?

—He procurado que la apariencia del castillo sea la de un lugar solitario. Por ese motivo he revisado todas las habitaciones. He ido cerrando las contraventanas, y corriendo las cortinas de aquellos lugares donde no las hay. Y lo mismo con la puerta. Solo podrían echarla abajo con el disparo de un cañón.

—Confiemos en que no se les ocurra —dijo ella elevando las cejas y abriendo los ojos en señal de advertencia.

—No lo creo si no divisan ninguna luz en el interior.

—Si echáis las cortinas… —dedujo ella entornando su mirada hacia él.

—Cierto, pero en esta situación no me fío. Toda precaución es poca. Creedme —le aseguró asintiendo—. Tendremos que tener cuidado de no hacer ruido. No sería conveniente delatar nuestra presencia. Imagino que tendréis hambre… —dijo señalando la comida que había subido.

—La verdad es que sí. —Se incorporó para poner un pie en el suelo. Pero la rápida intervención de él la detuvo de su propósito.

—Aguardad a que os ayude —le pidió acercando la mesa hasta el borde de la cama—. No os conviene mover el pie en exceso. Ni mucho menos apoyarlo en el suelo. Luego le echaré un vistazo. —Le arrimó una silla y cogió el pie de ella con delicadeza para depositarlo sobre esta—. Dejadlo ahí.

Ella alzó una ceja con suspicacia por sus palabras.

—¿También sois doctor, además de contrabandista?

—No, por supuesto. Pero algo sé de fracturas y lesiones musculares. Siempre he prestado atención al trabajo del doctor que iba a bordo de mi barco. Demasiados meses en alta mar provocan percances en la tripulación. He encontrado una botella de vino. —Antoine se la mostró antes de abrirla.

—¿No pensaréis emborracharme?

Ella torció el gesto, divertida por su ocurrencia.

—Ni se me ha pasado por la cabeza. Quedaos tranquila.

—Me alegra escucharos decirlo. No penséis que en mi situación soy vulnerable —le advirtió extrayendo una daga de aspecto afilado de entre sus ropas, lo que provocó las carcajadas en él.

—Soy consciente de que tenéis vuestros propios recursos. Podéis quedaros tranquila. Comed. No sabemos cuándo lo volveremos a hacer. —Empujó hacia ella una de las fuentes con la comida, que parecía haber sobrado de la cena.

Leah lo observó con atención. Todo un caballero para ser un contrabandista, ¿no?, pensó llevándose a la boca un pedacito de carne. Por lo general, la gente que ella había conocido en el mundo del contrabando solía ser ruda y sin muy buenos modales. Pero aquel francés escondía más de lo que mostraba. De eso no le cabía duda. Otra cosa eran los que había tratado antes de llegar a Moidart.

—¿Qué haremos mañana?

—Tenemos una sola opción y es abandonar esta región lo antes posible.

—Pero ya habéis visto cómo está el puerto…—le recordó ella formando un arco de expectación con sus cejas por lo que tuviera que decir.

—Eso nos deja la única opción de marcharnos por tierra. Para ello, necesitamos caballos o un carro. No podéis caminar durante muchas horas —le dijo haciendo un gesto con el mentón hacia su tobillo.

—Pues no sé si tendremos la suerte de encontrar caballos y mucho menos un carro, a la vista de cómo ha quedado el pueblo después del ataque.

—Habrá que intentarlo. No podemos permanecer aquí porque tarde o temprano nos acabarían descubriendo. Pasaremos la noche para que descanséis y al amanecer veremos a ver qué hacemos.

—¿Y después? La situación en la región y en todo el país es de extrema agitación. No olvidéis que el rey ha sido expulsado del trono por el parlamento inglés. Todos los que estamos a favor de él somos traidores.

—Lo sé. Tendremos que abandonar las islas lo antes posible y llegar a Francia. Es la única solución.

—Lo pintáis muy fácil —le dijo ella sonriendo con ironía, pero también con diversión, llevándose la copa a los labios para beber un sorbito de vino. Lo contempló por encima del borde de esta, sin perder detalle de sus gestos.

—No, no va a ser nada fácil embarcarnos. Inglaterra y Francia no están en buena situación tras la guerra en los Países Bajos, y porque Luis es simpatizante de Jacobo Estuardo.

—Inglaterra está regida por un Orange, el propio yerno de Jacobo Estuardo. Y, como cabe esperar, no quiere tratos con Francia, lo que nos deja en una situación complicada.

—¿Por qué? ¿Porque no habrá navíos que zarpen al Canal de la Mancha?

—Por esa misma razón.

—Pero estoy segura de que vos conoceréis a alguien que pueda llevarnos sino a Le Havre, a otro puerto de la costa francesa. ¿Me equivoco?

Antoine sonrió divertido por el tono y la mirada de ella. Era una mujer astuta, de eso no le cabía ninguna duda. Y peligrosa porque a cada momento que pasaba en su compañía, más le apetecía recostarla sobre la cama y hacerla suya. Ese peligro que otras mujeres habían despertado en él a lo largo de los años. Solo que ella representaba uno añadido: le atraía como mujer.

—Tengo amistades en todas partes.

—¿Inglaterra?

—Cornualles. He llevado cargamentos de varios tipos. Conozco a gente allí que podría decirnos cómo llegar a Francia.

—¿Y si no?

—Tal vez podamos bordear la costa norte de España… O incluso llegar a algún puerto belga y pasar a Francia. Imagino que no encontraremos problemas para hacerlo. No descarto ninguna posibilidad.

—Veo que lo tenéis todo controlado… Sois un hombre de recursos.

—Siempre hay que tener varias rutas para escapar de la ley —le aseguró esgrimiendo una sonrisa cínica.

—¿Por qué os hicisteis contrabandista? No tenéis el aspecto de los que he conocido a lo largo de los años.

Él permaneció callado, contemplándola con sorpresa por esa

pregunta. Frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Desconozco a qué os referís.

—Es muy sencillo. Por lo general, la gente del contrabando es tan ruda y pendenciera que solo piensa en el dinero que le rentará la carga. Algo borrachos y mujeriegos…

—¿Y qué os hace pensar que yo no lo soy?

Antoine elevó una ceja con suspicacia y sonrió.

—Vuestros modales no son los de alguien así. Sois educado, atento, galante me atrevería a decir de vos. Solo he tenido que darme cuenta de cómo me habéis tratado, salvo por la forma en la que nos conocimos. Con sumo cuidado para no hacerme daño. Ni qué decir de cuando me asegurasteis que no queríais que muriera bajo el fugo de la artillería inglesa… —le comentó entornando la mirada hacia él con exacerbada curiosidad—. Otro en vuestro lugar no se habría preocupado por mi bienestar. Ya habías cobrado, ¿qué os podía haber importado mi vida?

Antoine apartó la mirada de ella por un instante, pensando en todo lo que había dicho acerca de él.

—¿Por qué no debería haberos salvado? Estabais en peligro…

—Cierto, pero si me hubieseis dejado a mi suerte, podíais haber llegado a tiempo a vuestro barco y a estas horas surcar el mar de vuelta a casa. Tengo la impresión de que estoy en deuda con vos.

—Nada más lejos de la realidad. No tenéis ninguna deuda conmigo. Y no es seguro que hubiera llegado a tiempo a mi navío. Podría haberme sucedido cualquier cosa antes de llegar al puerto. Que me alcanzara una bala perdida, que tuviera que enfrentarme con algún soldado o que muriera aplastado por un edificio. No, no es cierto lo que decís.

—Reconozco que tenéis parte de razón según lo planteáis. ¿Y qué me decís de la otra cuestión?

—Ah, sí… No soy el tipo que esperabais —recordó sus palabras acerca del aspecto que tenían otros contrabandistas y volvió a reírse —. Siento haberos decepcionado.

—No os burléis de mí —le rebatió ella lanzándole una mirada de advertencia con los ojos entrecerrados. Hizo ademán de revolverse sobre la cama e incluso incorporarse para enfrentarse a él, pero el ligero dolor en su tobillo la retuvo.

—¿Lo veis? No os conviene agitaros —le recordó acudiendo al lado de ella en la cama. Se sentó a su lado y posó su tobillo sobre su regazo —. Dejad que os lo vea.

Ella comprendió al instante que no serviría de nada resistirse. La tenía sujeta por la pierna y le impedía que se moviera. Y si se le ocurría forcejear, el dolor se intensificaría. Lo contempló con el ceño fruncido mientras él acariciaba y movía con sumo cuidado el tobillo.

—No parece que esté roto.

—¿Por qué estáis tan seguro?

—De estarlo, no soportaríais el dolor. Ni mucho menos podríais haber llegado hasta aquí. Parece una torcedura. Convendría vendarlo para que os quedara lo más inmóvil posible a la hora de caminar.

Se quedó contemplándola hechizado por el brillo de su mirada. Esta destacaba sobre la tez blanquecina de su rostro. Y, luego, sus cabellos color fuego cayendo sobre sus hombros de una manera desordenada e indómita, que le otorgaban una imagen pecaminosa. Él volvió a sentir la llamada primitiva del deseo cuando dejó que su mirada recorriera su rostro y siguiera el sendero de su cuello hasta la apertura de su camisa bajo el corpiño. Sacudió la cabeza cuando se fijó en el comienzo de su generoso busto y decidió apartar toda atención de este.

Ella se dio cuenta de la manera en la que la contemplaba y de cómo la temperatura ascendía en su cuerpo. Si ya le estaba costando mantenerse fría pese a las caricias que él le había propiciado en el tobillo, aquella mirada recorriendo su rostro y bajando por su busto la habían puesto sobre alerta. No creía que él se sobrepasara con ella, ya se lo había dicho, porque no era de esos tipos. No era su clase a pesar de que no podía quitarse de la cabeza el beso que él le había dado cuando se conocieron.

—Debería ir a ver si encuentro algo con lo que poder vendaros el tobillo —dijo de repente al darse cuenta de la situación embarazosa en la que se encontraba.

Ella siguió sus movimientos con la mirada. Cómo dejó su pierna apoyada sobre la silla y luego deambuló por la estancia registrando los muebles en busca de un pedazo de tela.

—No habéis respondido a mi cuestión.

Él se giró de inmediato con un trozo de lino en la mano. La mirada

de ella estaba cargada de interés, de curiosidad y de algo más que él no supo interpretar. Sus mejillas estaban encendidas y mantenía los labios entreabiertos. Todavía recordaba la suavidad de estos cuando la besó. Y también la posterior bofetada de ella por sobrepasarse.

—¿De qué cuestión me habláis? ¿De que no aparento ser un contrabandista rudo, descarado y todo eso? Ya os he dicho que siento no ajustarme a vuestro ideal. Con esto bastará para vendaros el tobillo —le dijo haciendo referencia a un rollo de lino.

Ella permanecía sentada, con los brazos extendidos a ambos lados y las manos apoyadas sobre la mullida cama. Esperaba que él volviera a situarse a su lado y tomara su pierna sobre su regazo. Pero esa vez estaría preparada para cualquier reacción inesperada de su propio cuerpo. No la cogería por sorpresa como la vez anterior.

—Tampoco yo esperaba encontrarme a una mujer como vos dirigiendo el contrabando de armas para los jacobitas.

Ella acusó aquellas palabras con un leve sobresalto. Abrió los ojos como platos y elevó las cejas en clara señal de sorpresa.

—Imagino que no tendréis la costumbre.

—He conocido a varias mujeres a lo largo de mis años en alta mar. Quiero decir en las tabernas y burdeles de los puertos. Pero ninguna se le asemeja a vos —le aseguró volviendo a quedarse con la mirada fija en su rostro.

Leah no pudo controlar los impulsos de su cuerpo por más que se había dicho que él no la sorprendería esa vez. Y sintió una corriente fría recorriendo su espalda.

—No he tenido por costumbre frecuentar ninguno de esos dos lugares —le dejó claro con ironía.

—Doy fe de ello porque, al igual que os sucede a vos conmigo y mi apariencia, a mí me pasa igual.

—¿De veras? —Ella quería mostrarse irónica e incluso algo juguetona, porque podría ser la forma de enfrentarse a él cuando la contemplaba de manera fija; o cuando dejaba que su mirada recorriera el camino hasta la apertura de su camisa.

—Sí, tenéis aspecto de haber sido una dama de la alta sociedad. Tal vez lo hayáis perdido todo con la rebelión en Escocia y os hayáis visto obligada a hacer contrabando de armas. Tenéis voz de mando, y, por lo poco que vi anoche, los hombres os obedecían y respetaban sin

rechistaros. Se notaba que os tenían en alto respeto. Por eso os digo que es casi seguro que habéis tenido sirvientes a los que mandar.

Ella sonrió de manera lacónica y bajó la mirada por un momento. Cerró los ojos y sacudió la cabeza dejando que su pelo se convirtiera en una cortina que ocultara su rostro.

Antoine estaba fascinado a la vez que intrigado por ella. Presentía que ocultaba su anterior vida y que se había visto obligada a llevar la que él conocía. Partidaria del rey Jacobo Estuardo, había hecho contrabando de armas para los clanes escoceses leales a este. Tal vez ella no quisiera contarle la verdad porque no lo conocía lo suficiente como para hacerlo; o fuera doloroso hacerlo.

—Ya está. Supongo que ahora podréis caminar algo mejor. Pero procuraremos que sea lo menos posible. —Dejó el pie de ella sobre el sitio que había ocupado él. En todo momento se fijó en la expresión de su rostro e intentó sonreír en un vano intento de rebajar la tensión que él mismo había creado al recordarle su pasado.

Leah le sostuvo la mirada mientras su corazón parecía latir más y más deprisa, y sin motivo aparente. No sabía quién era él. Tan solo que era la única persona en la que podría confiar en ese momento.

—Os agradezco lo que estáis haciendo por mí.

Él se volvió y sacudió la mano en el aire restando importancia a ese hecho.

—No es nada. Cualquiera lo podría haber hecho.

—No estoy segura. Ya os lo he dicho —le recordó arqueando una ceja. Lo vio coger la botella de vino y verter una generosa cantidad de líquido en su copa. Luego se la tendió a ella. Le acercó su copa y él la rellenó.

—Tenéis razón —comenzó diciendo él, que despertó la curiosidad de ella al escucharlo. Entornó la mirada en su dirección y sintió la boca seca. La luz de las velas y del fuego convertía su aspecto en algo impredecible. Decidió seguir hablando porque era lo único que podía hacer—. No soy un hombre sin modales. Poseo dos casas a las afueras de París. O, mejor dicho, una es de mi querido Laurent. La compró cuando mi hermana Valerie se encaprichó con esta.

—Supongo que por algún motivo en especial —dijo ella adivinando cuál era.

—Creo que lleva enamorado de mi hermana desde que la conoció,

si os soy sincero. Pero Val no parece saberlo.

—Suele suceder. En ocasiones, estamos ciegos ante lo que tenemos delante.

Antoine apretó los labios y sacudió la cabeza.

—Yo no. Creedme.

La intensidad de la mirada de él le provocó un escalofrío que le recorrió la espalda y se perdió bajo su cabello en dirección a la nuca. Pero se mantuvo firme en todo momento, con el mentón algo elevado, como si lo desafiara. Se humedeció los labios e inspiró antes de dirigirse a él.

—Seguid contándome vuestra vida, por favor. Conseguís despertar en mí un interés que hace que me olvide de mi tobillo.

—Celebro saberlo.

—Proseguid.

La verdad era que él disfrutaba de la charla con Leah en aquella estancia en la penumbra. Solo la luz y el calor del fuego que ardía en el hogar junto con algunas velas diseminadas aquí y allá como compañeras. Y una botella de buen vino, pensó él.

—Laurent y yo fuimos corsarios al servicio del rey Luis de Francia. Podéis haceros una idea de cuál era mi estilo de vida. Nunca nos faltó de nada, la verdad.

—Imagino que vivíais bien antes incluso de que vuestro amigo comprara la casa para vuestra hermana.

—Sin duda. Bailes, recepciones de embajadores y secretarios, mascaradas en Versalles…

—¿Veis como no estaba equivocada con respecto a vuestros modales? —le profirió con la mirada entornada y una sonrisa seductora bailando en sus labios, que a él le habría gustado hacer suya al momento—. ¿Por qué el contrabando?

—El rey se dio por satisfecho con nuestras correrías por el Canal de la Mancha. Y nos adentramos en el mundo del contrabando. No creáis que no hemos conocido a gente de las altas esferas proponiéndonos trabajos. Coñac, sedas, armas… En especial, para ayudar a los clanes escoceses a debilitar a Londres.

—Sin duda que Francia tiene un especial interés en ello.

—La hegemonía del Viejo Continente, con permiso de España.

—¿No seréis de la aristocracia parisina?

—No, no poseo ningún título —dijo apurando su copa de vino hasta dejarla vacía y quedarse contemplándola—. Bueno, ya sabéis quién he sido. ¿Satisfecha vuestra curiosidad, madame?

—No del todo.

—¿Qué más os intriga de mi persona?

Leah Cameron sonrió de manera taimada por la pregunta que llevaba tiempo revoloteando en su mente, pero que parecía estar reservando para más adelante. O tal vez incluso no la hiciera. Pero creía que había llegado el momento.

—¿Hay una madame Lerroux en vuestra vida?

Capítulo 2

Antoine entrecerró los ojos y centró su mirada en ella, con curiosidad por la pregunta.

Leah observó como él sonreía de manera socarrona en un principio, pero posteriormente esa sonrisa se tornaba algo melancólica. E incluso escuchó su risa ahogada en la garganta.

—No, no hay una madame Lerroux. Con la vida que he llevado… —se detuvo de repente pensando es eso y que no se había parado a buscar una esposa. Por unos segundos, bajó la mirada al suelo y apretó los labios—. ¿Quién querría ser la compañera de un corsario primero y un contrabandista después? No, no es vida para una mujer. Largas temporadas de espera por ver si regreso al hogar. El temor a que pueda ser apresado por las autoridades o que acabe ahogado en el mar tras un combate naval. No, nunca se lo he deseado a una.

Leah lo vio sacudir la cabeza y llevarse la copa a los labios para echar un trago.

—Es verdad que con la vida tan azarosa que habéis tenido es complicado encontrar a una mujer que estuviera dispuesta a estar a vuestro lado.

—Ni por todo el oro o la plata que pudiera ganar.

—Bueno, salvo que a ella no le importara.

—¿Qué queréis decir? —Él se acercó con el ceño fruncido por la curiosidad que acababa de despertarle.

—Me refiero a que fuera una mujer a la que no le importara vuestra ausencia mientras tuviera una posición acomodada en la sociedad. Supongo que vos la tendréis al haber sido corsario para el rey Luis de Francia… —Ella dejó el comentario en suspenso y entornó la mirada hacia él haciéndose esa conjetura.

—Os estáis refiriendo a una mujer que se movería por interés y no por los sentimientos —le resumió viéndola asentir de manera leve—. Es cierto, pero dudo de que alguna se moviera por ello.

—No estéis tan seguro.

Le gustó el gesto irónico de ella. Sus seductores labios curvándose, el sonrojo en sus mejillas y esa tímida carcajada.

—¿Vos sois una de esas mujeres a la que os referís o más bien os movéis por el corazón?

De repente, ella mudó el semblante.

—¿Qué importancia tiene para vos?

El tono de ella cambió hasta volverse frío y algo irascible, lo que él no pasó por alto. Ella apartó la atención de él con descaro en un principio y como si lo hiciera de menos. Él seguía viéndola como una mujer con dotes de mando y mucho orgullo. ¿Quién demonios había sido en el pasado, antes de convertirse en contrabandista para los jacobitas?

Se acercó para ocupar una silla frente a ella. Escrutó su rostro de lado mientras ella parecía hacer caso omiso a la presencia de él. En un momento, la mano de Antoine se deslizó bajo su mentón y le volvió el rostro sin encontrar oposición. Se fijó en sus brillantes ojos que le devolvían una mirada cargada de tristeza. Le dio la ligera impresión de que estaba reteniendo las lágrimas. Un ligero temblor de su labio inferior y en cómo se agitaba su pecho por la respiración.

Ella sintió la garganta seca cuando la mano de él se posó bajo su rostro y la obligó a mirarlo de manera fija. Sus nervios se rebelaron apoderándose de ella sin pedirle permiso. Se encontraba a merced de aquel atractivo francés que movía la cabeza como si se estuviera preguntando algo.

—¿Qué he dicho para que vuestro tono se haya vuelto frío y cortante? ¿Quién sois?

La miraba con tal intensidad que ella llegó a creer que podría ahondar en su interior y saberlo. ¿Podría confiar en él? ¿Cómo reaccionaría si supiera *su verdad*? ¡Era un contrabandista! ¿Y en quién podría sino en él? Todo le indicaba que era su única amistad en ese momento. Una que podría representar un peligro mayor que el de los casacas rojas del rey Guillermo.

—¿De qué os serviría saber mi historia?

—De la misma que vos conocéis la mía, Leah.

Ella sintió un ligero pellizco en su interior cuando lo escuchó pronunciar su nombre.

—Tenéis razón. Yo he sido algo descarada y entrometida al preguntaros si estabais casado. Y si gozáis de cierta reputación en la sociedad parisina.

—Y no me ha importado que lo hayáis hecho. Es más, si vamos a convertirnos en compañeros de viaje, sería justo y lógico irnos conociendo. ¿No lo creéis así? —Sentía el deseo por besarla una vez más, pero no de la manera ruda con la que lo había hecho cuando la conoció. Le gustaría disfrutarla y saborearla como un trago de buen vino francés y que él conocía tan bien por haber transportado algún que otro cargamento en su barco.

—¿Acaso estáis pensando llevarme con vos?

Había una mezcla de pavor e inquietud en su pregunta. Abrió más los ojos para reflejar la sorpresa que ese comentario le había producido.

—Bueno, si me decís dónde puedo dejaros… Os acompañaré a las tierras de los Cameron, si preferís.

Ella sacudió la cabeza en repetidas ocasiones.

—No, no es buena idea.

—En ese caso… Venid conmigo a París.

—Paris… —Pronunciar aquel nombre pareció cambiar el gesto de ella. Una repentina ilusión resplandeció en su rostro—. Nunca he estado.

—Pues os ofrezco la oportunidad de hacerlo, Leah.

—Pero… no tengo nada qué hacer allí. Y por mucho que me atraiga esa idea, no estoy segura de que sea lo más acertado.

—¿Por qué decís eso? ¿No tenéis un esposo que os esté esperando?

La vio sonreír con amargura por esa pregunta.

—No, no he estado casada.

No supo por qué, pero a él le agradó saber que no había ningún hombre en la vida de ella. Tal vez él se estuviera planteando… Sus pensamientos en torno a ella se vieron interrumpidos cuando él recordó el motivo por el cual no estaba casado: su azarosa vida. Aunque el hecho de saberla sin compromiso había despertado su curiosidad inicial, era un desatino considerarla para él.

—En ese caso, ¿qué os retiene? ¿Qué os inquieta?

Lo contempló de manera fija durante unos segundos en los que meditaba si era buena idea contarle la verdad e, incluso, inmiscuirlo en su vida privada. Pero qué más la daba a esas alturas. Sonrió antes de adoptar una pose más regia.

—Soy una cortesana.

Antoine se quedó paralizado y con la boca abierta al escuchar aquella palabra. Desde el primer momento supo que sus modales y sus dotes de mando con los hombres venían de su pasado. Porque intuía que lo había. Y acababa de revelárselo.

—Esperaba de vos cualquier cosa menos…

—Os he sorprendido, ¿no es cierto?

—Sin duda.

—No lo he tenido fácil y me vi obligada a convertirme en una. Mi madre enfermó y tuve que comenzar a buscarme la vida. No voy a daros detalles de mis andanzas porque no os interesan.

—Descuidad, no me hacen falta. Y no tenéis que contarme nada si…

—El hermano del conde de Breadalbane se encaprichó de mí en cuanto me conoció y me propuso matrimonio.

Antoine la contemplaba con los ojos abiertos hasta su máxima expresión y expectación escuchando el relato.

—¿Habéis estado comprometida? —Él no podía esconder la perplejidad que aquella noticia le había producido.

—Ya sé que os va a parecer increíble, pero así fue. Archibald Campbell quiso casarse conmigo. Yo no tuve ningún reparo en aceptar su propuesta a pesar de que tuve a gran parte de su clan en contra de mí. Y en especial a su hermano, que me consideraba una advenediza.

—Vaya, el conde es el mismo hombre que iba a negociar en nombre del actual monarca la paz con los clanes leales a Jacobo Estuardo. —Antoine lo recordaba por Angus y Darien. Por todo lo que había sucedido los días previos a que recalaran en Moidart. Pero eso pertenecía al pasado.

—Exacto.

—¿Qué sucedió?

—Archibald se mostraba celoso e incluso creía que yo le pertenecía. Intentó propasarse una noche y yo me resistí. Lo rechacé y

lo empujé con tan mala suerte que resbaló a cuenta de la borrachera que llevaba encima y cayó hacia atrás.

—El golpe acabó son su vida, ¿no?

—No era mi intención matarlo. Pero estaba borracho y… Fue un accidente. Lo juro. —Ella desvió la mirada hacia el fuego del hogar para centrarse en las llamas—. Pensó que el hecho de que fuera una cortesana, o que hubiera aceptado su propuesta de matrimonio, ya le daba derecho a hacer conmigo lo que le viniera en gana. O porque era un Campbell y nadie se oponía a este clan por ser el más poderoso de esa región y de toda Escocia. Se creían intocables —le refirió con cierto desprecio.

—Lo entiendo. No tenéis que darme explicaciones de lo que hicisteis.

—Hui y encontré refugio aquí en Moidart. La verdad es que nunca ha tenido muy buena reputación, como sabréis, por ser un refugio de contrabandistas y gente de la peor clase. Parte de los clanes que habitan estas tierras siempre se han mostrado partidarios de la casa Estuardo. Los jefes del contrabando pronto se fijaron en mí y en mi forma de hacer los negocios. Los ayudé con sus cuentas y me fui ganando el respeto de todos hasta que me convertí en la mujer que habéis conocido. Cuando estalló la guerra con la llegada del príncipe Guillermo de Orange, muchos de ellos abandonaron la localidad para apoyar a Londres. No penséis que todos los clanes escoceses son leales al rey Jacobo ni a la casa Estuardo. Muchos están hartos de su dilatada presencia en el trono. Así que…

—Os convertisteis en la cabecilla del contrabando en Moidart.

Antoine se pasó la mano por el rostro, como si necesitara despejarse. Sin duda que la historia de ella acababa de asestarle un golpe inesperado. ¡No solo estaba frente a una contrabandista, sino ante una cortesana!

—Supongo que no han dado con vos, me refiero al asunto de los Campbell.

Ella percibió una ligera vacilación en las palabras de él. Como si no terminara de creer que ella pudiera haber estado comprometida.

—He sabido cubrirme las espaldas. Sabía que nadie me buscaría en esta localidad. Tal vez pensarían que me habría marchado a la capital o que incluso habría embarcado para el Nuevo Mundo.

—Espero que no lo hagan durante el tiempo que tardemos en embarcar para el continente.

—De eso quería hablaros también.

—Decid lo que queráis. —La contempló humedecerse los labios fruto de los nervios, cosa que le sorprendía en una mujer que había llevado la vida que le había contado.

—Tal vez no sea sensato que me acompañéis.

—¿Por qué lo decís?

—Porque me buscan y, si alguien me reconociera… —Sus palabras quedaron interrumpidas cuando él se inclinó sobre ella y la sujetó por los hombros. Su mirada irradiaba una intensidad y una determinación que ella no había presenciado en ningún hombre que había estado con ella. Y eso le gustó, pero también la asustó.

—No intentéis libraros de mí porque no os servirá de nada. Pienso llegar a mi casa en las afueras de París con vos a mi lado.

—Estáis loco si pensáis que…

—Tal vez me mueva la locura o el poder ayudar a alguien. No lo sé. Pero os repito que os llevaré conmigo. Nadie os reconocerá en otro país.

—¿Y qué haré en París una vez que llegue? No conozco a nadie.

—Por eso no os preocupéis. Os ayudaré a estableceros. Además, está mi hermana. Podríais quedaros con ella una temporada.

—Pero estaría en deuda con vos. O con ella.

—No, no tendríais deuda alguna. De manera que quedaos tranquila y… —El sonido de golpes en la puerta de entrada al castillo y voces alertó a Antoine. Se apartó de Leah y apagó las velas que había en la estancia. No así el fuego del hogar porque no representaba peligro alguno—. No os mováis.

—Pero… ¿dónde vais? ¿Estáis loco?

Pero él no se detuvo ni volvió a su lado. Salió al pasillo del piso superior y se asomó por las escaleras agudizando el oído para escuchar la conversación de los soldados.

—Está cerrado. Aquí no hay nadie. Es mejor marcharnos —decía una voz.

—Se nota que no lo han habitado en años. Necesitaríamos un cañón para abrir semejante puerta.

Antoine respiró aliviado cuando escuchó alejarse las voces. No

obstante, permaneció en el lugar en que estaba durante algunos segundos más hasta cerciorarse del todo de que no regresaban. Resopló, cerró los ojos y volvió a pensar en Leah. Una cortesana habría conocido y estado con muchos hombres. Tal vez no con todos en la intimidad, pero… Y había matado al hermano del conde de Breadalbane. Cerró las manos en puños por la crispación que sentía y golpeó la balaustrada de la escalera. Apretó los dientes y sacudió la cabeza para desechar cualquier intento racional de pensar en ella. Le había asegurado que estaba dispuesto a llevarla a París y ayudarla a establecerse y…

Decidió regresar a la habitación y que ella no estuviera sola más tiempo. No era un buen momento para pensar en quimeras.

Leah permanecía en silencio, sin moverse por temor a que cualquier ruido la delatara. La estancia se había quedado a oscuras por unos momentos y los únicos sonidos que se escuchaban eran pasos acercándose a la habitación. Por un momento, empuñó la daga dispuesta a defenderse con quien se atreviera a ponerle la mano encima, no fuera a ser que los ingleses hubieran conseguido entrar en el castillo.

—No temáis. Soy yo —le anunció Antoine desde el umbral de la habitación. De inmediato encendió algunas velas y sonrió al ver la imagen de ella—. Podéis bajar la daga. No tengo malas intenciones.

—Por un instante, pensé que… —La dejó a su lado en la cama y relajó los hombros.

—Se han marchado al darse cuenta de que estaba cerrado y que no podrían entrar si no era con un disparo de cañón. Al menos por esta noche podremos descansar y mañana emprender camino hacia algún lugar costero donde encontrar un barco que nos lleve al continente. Dormid, os vendrá bien para vuestro tobillo —le dijo haciendo un gesto con el mentón hacia este.

—¿Y vos?

—¿A qué os referís?

—A si vais a descansar o a montar guardia. No parece que los soldados vayan a volver.

—Trataré de dormir un poco. Apilaré unas mantas en el suelo junto al calor del hogar. Quedaos con la cama, estaréis más cómoda.

—Gracias, pero es lo bastante grande para que podáis descansar,

los dos… si queréis —precisó al ver el semblante de él. Era lógico que la mirara con cara de sorpresa—. No os estoy invitado a mi cama en el sentido que ambos pensamos, sino a que podáis descansar. Además, tengo vuestra palabra de que no vais a propasaros, de manera que no tengo inconveniente.

Antoine se quedó clavado en el sitio. Sintió que la boca se le secaba ante aquella invitación. Claro que le había dado su palabra y que no iba a hacerle nada. Pero tenerla tan cerca en un espacio tan reducido como una cama…

—Está bien. Si estáis segura. Dejad que atice un poco el fuego y cierre la puerta. De ese modo, por la mañana la habitación no estará tan fría.

Ella asintió contemplándolo hacer lo que había dicho. No le temía porque era todo un caballero, pese a que la había besado cuando la conoció, llevado por un arranque de pasión, tal vez. Sonrió de manera cínica al recordar aquel momento. Debía reconocer que ningún hombre había hecho lo que él, más bien todos la habían respetado e incluso alguno que otro le había pedido permiso para besarla. Y eso que ella había sido una cortesana en Edimburgo. La más reclamada. Hasta el rey había requerido su presencia en el palacio de Holyrood. Pero aquellos días habían pasado y esperaba no tener que regresar a ellos. Permanecía sentada con la espalda apoyada contra el cabecero, observando a Antoine.

Este dio la vuelta a la cama y se tumbó al lado de ella. No se detuvo a quitarse algo de ropa, sino que se echó tal cual, salvo por las botas. Ella se quedó contemplándolo con curiosidad y diversión. Era la primea vez que invitaba a un hombre a la cama para dormir y descansar.

—¿Preferís dejar las velas encendidas? —le preguntó volviendo el rostro hacia ella.

—No tengo inconveniente. O bien podéis descorrer las cortinas un poco. No creo que los soldados regresen esta noche después de lo que habéis dicho, ¿no?

Antoine se limitó a asentir sin decir una sola palabra y procedió a descorrerlas y entreabrir las contraventanas. La luz de la luna iluminó la estancia y la dotó de un color blanco luminoso. Luego, regresó a la cama para volverse a tumbar al lado de ella, con la vista fija en el

techo. No se atrevía a mirarla. De hacerlo, se daría cuenta de que ella estaba recostada de lado y lo contemplaba.

—Estoy segura de que es la primera vez que estáis vestido al lado de una mujer en una cama.

—No tengo por costumbre hacerlo, la verdad —sonrió él.

Pensó en hacerle la misma pregunta, pero la descartó porque no era lo más conveniente. Pero apostaría una buena cantidad de monedas de plata a que así era. Sabía de sobra lo que hacía una cortesana. No había tenido ocasión de solicitar sus atenciones, aunque le habían presentado a alguna que otra cuando fue corsario en la corte del rey de Francia.

Leah lo sintió nervioso. Su mirada se mantenía fija en el techo o en la ventana. ¿Tenía miedo de volverla hacia ella? ¿Miedo a que sus rostros permanecieran demasiado juntos?

—Deberíais tratar de dormir. No creo que sea demasiado interesante que os quedéis contemplándome —dijo antes de volver su mirada hacia ella por primera vez y quedarse impactado por el brillo de sus ojos—. Os haréis daño en el tobillo si dormís de este lado.

Sin decir nada, ella se volvió, dándole la espalda, y se abrigó con una colcha que echó por encima de su cuerpo. Resopló antes de sonreír de manera pícara. No le cabía duda de que lo ponía nervioso. Cerró los ojos esperando que el sueño la acogiera pronto. Él tenía razón con respecto a su tobillo. Si dormía del otro lado, apoyaría su peso sobre esa pierna. No quiso pensar en nada más y dejó la mente en blanco mientras notaba cómo su cuerpo se relajaba.

Antoine no podía creer que se sintiera tan turbado por una mujer cuando nunca antes lo había hecho. No quería imaginar lo que podría depararles el camino de regreso a Francia porque ni él mismo podría hacerse una idea. Lo primero sería abandonar Escocia, pero ello supondría tener que llegar a Inglaterra. Su objetivo en último caso era la costa de Cornualles, donde tenía conocidos por algunos trabajos de contrabando que Laurent y él habían hecho. Desde el puerto de Plymouth, tal vez pudieran zarpar rumbo a Francia o a España. O bien embarcarse en algún navío de contrabando con destino al continente. Confiaba en poder ver a Jules Redburn, la pelirroja, como todos la conocían. Sobre todo su amigo Laurent, se dijo sonriendo al recordar aquellos días en los que él había estado enredado bajo sus faldas y

luego desapareció para no volver. O tal vez pudiera dar con Jenkins y alguno de sus hombres. Como fuera, tenía que encontrar la forma de regresar a casa.

De repente, escuchó la respiración relajada de ella. Se había quedado dormida. Las emociones vividas ese día le estaban pasando factura. Por suerte, allí donde se encontraban no podrían localizarlos. Pero no podían quedarse en el castillo mucho tiempo. Temprano en la mañana, él saldría y se acercaría al centro de la localidad para ver cómo estaba la situación. Y, de paso, si le era favorable, conseguir caballos y alimentos para emprender el viaje. Sería largo hasta llegar a su casa en las afueras de París. Con ese pensamiento se quedó dormido, aunque el menor ruido lo despertaba y lo ponía alerta.

La luz del nuevo día se filtró entre las contraventanas y llenó la habitación de claridad. Antoine abrió los ojos de repente. Quiso incorporarse, pero no pudo hacerlo porque un brazo de Leah descansaba sobre su pecho y su cabeza lo hacía sobre su hombro. No hizo intención de moverse para no despertarla, pero necesitaba cambiar de postura. El pelo de ella le hacía cosquillas en el cuello y, al volver el rostro, lo rozó con los labios. Su aroma impregnaba sus fosas nasales. Bajó la mirada hacia ella y se fijó en sus pestañas, en el perfil de su nariz y en la curva de sus labios, e incluso fue algo más allá y se permitió fijarse en la apertura de su camisa. Más le valdría moverse cuanto antes y salir de la cama. Aunque eso significara despertarla.

Ella sintió que algo se movía bajo su brazo. Se removió y de manera lenta abrió los ojos para encontrar la mirada interrogativa de él. Luego se humedeció los labios sin saber qué hacer. Bajó la mirada hacia su brazo para darse cuenta de que descansaba sobre el pecho de él. Sin duda que, en mitad de la noche, ella se había girado hacia él dejándolo sobre su cuerpo. De manera lenta lo apartó esbozando una sonrisa de disculpa.

—Lamento importunaros —le dijo él—. Pero necesitaba moverme y vuestro brazo… En fin…

—Sin duda que me giré de dormida hacia vos. Soy yo la que debe disculparse.

Antoine salió de la cama como si ella fuera el diablo que lo persiguiera para atrapar su alma.

—¿Qué tal vuestro tobillo?

Ella se incorporó hasta quedar sentada y se fijó en este mientras lo movía.

—Mejor. Sin duda que vuestro vendaje parece haber surtido el efecto esperado.

—Y las horas de descanso. Esperad —le pidió—. Apoyaros en mí. No os confiéis.

Antoine deslizó un brazo por la cintura de ella con rapidez y delicadeza. Ella dejó escapar un leve suspiro cuando lo sintió y no pudo evitar una leve sacudida cuando pegó su cuerpo al de él. Dejó el brazo sobre su espalda y se bajó de la cama con sumo cuidado para no apoyar el pie de golpe.

—Con calma —le insistió él.

—No os preocupéis. No tengo intención de salir corriendo —le dijo con una sonrisa irónica. Estaba tan pegada a él que hubo de hacer verdaderos esfuerzos para no quedarse contemplando su perfil de manera fija y descarada. La barba comenzaba a teñir su rostro.

—¿Os molesta?

—No mucho. Puedo apoyar el pie.

—Intentad dar unos pasos.

Ella pareció recelosa porque temía que se lo volviera a torcer. O que el dolor al caminar fuera insoportable. Se dio cuenta de que él no la había soltado en ningún momento y eso la hacía sentirse algo más segura. La llevaba de una mano mientras el otro brazo no lo había apartado de su cintura.

—Bien. Pero esto nos hará ir más lentos al principio.

—Eso es lo de menos. No os preocupéis. Además, desconocemos lo que va a pasar. Volved a sentaros y descansad. Comeré algo y me acercaré al centro de Moidart para ver en qué situación ha quedado después del ataque de anoche.

Ella asintió con un gesto que denotaba su preocupación por lo que pudiera encontrarse fuera de aquellas cuatro paredes. Y por lo que pudiera sucederle, ya que dependía de él para salir de allí y seguir con su vida. Por supuesto que el tema del contrabando había quedado aparcado. No volvería a dedicarse a este.

—Tened mucho cuidado. Es posible que haya casacas rojas por las calles.

—Descuidad, lo tendré. Cerrad la puerta cuando me marche y

aprovechad para comer algo.

La miró de manera detenida preguntándose qué sucedería si por casualidad no lograban salir de allí. O si caían en manos de los soldados del rey. O del propio conde de Breadalbane. Sacudió la cabeza y prefirió no darle más vueltas a ese asunto. Tenía que centrarse en salir de allí.

Ella asintió devolviéndole el gesto con una sonrisa. Estaba en manos de aquel francés, para bien o para mal. Confiaba en él de manera plena porque sabía lo que hacía, y porque pensaba que, mientras estuviera a su lado, nada malo podría sucederle. Lo único que podría pasarle era que terminara por acostumbrarse a su compañía.

—Volveré lo antes posible.

Cerró la puerta de la habitación y caminó hacia las escaleras que conducían a la planta baja. No se escuchaba ruido fuera de aquellas cuatro paredes; ni si quiera voces que lo pusieran en alerta. Recordó la entrada secreta por la que habían salido y que Angus le había mostrado. Oculta en un lateral y apenas perceptible porque estaba escondida entre el follaje. No podía arriesgarse a abrir la puerta principal, ya que, si por casualidad alguien se acercaba a echar un vistazo hasta allí, podría percatarse de que la de ello, a pesar de su aspecto de estar abandonado. Debía llegar al centro de la ciudad y ver en qué estado se encontraba.

No se veía apenas gente en las calles, las cuales eran un amasijo de cascotes, tierra y polvo. Se deslizó por los edificios ocultándose tras estos para no ser descubierto en un principio. Hasta que no estuviera seguro del todo, de que no había peligro, no se mostraría. Por eso, en ocasiones se desplazó agachado. En otras, se arrastró entre cuerpos sin vida. Escuchó voces delante de él y pegó la espalda a la pared. Contuvo la respiración y oyó.

—Por suerte se han largado esos malditos casacas rojas —decía uno.

—Si, en cuanto hundieron el navío en el que iba el oficial al mando. ¡Malditos sean! —dijo una segunda voz.

—¿Y ahora qué nos queda? Parte de la ciudad derruida, gente herida, algunos muertos…

—Y el rey en el exilio. Y el sentimiento nacionalista escocés hecho

trizas.

Antoine respiró aliviado al escucharlos. Sin duda eran lugareños los que allí delante charlaban. Inspiró hondo y apareció ante ellos.

—Eh, mira… ¿De dónde salís, amigo? —le preguntó uno de ellos.

—Del infierno, creo —le respondió Antoine—. Maldita sea.

—No he estado en este, pero no debe distar mucho de lo que vemos —le aseguró el segundo.

—¿Han destruido el puerto? —les preguntó deseoso por saber si había posibilidad de zarpar en alguna nave.

—No hay manera de zarpar, si es lo que os estáis preguntando. ¿Quién sois? Vuestro acento…

—Ya, ya. Sí, vine desde Francia aquí a entregar un cargamento de armas y pólvora a los jacobitas… Y mirad lo que me he encontrado —dijo echando un vistazo a su alrededor.

—Pues si estáis pensando en regresar a casa, ya podéis hacerlo desde otra zona porque lo que es esta… —le dijo uno de los hombres sacudiendo la cabeza y pasándose la mano por el mentón.

—Pero desde ya os digo que no creo que zarpen barcos a Francia después de la guerra por Flandes y de que el rey de Francia mostrara su simpatía por Jacobo Estuardo. Lo tachó de golpe de Estado para desalojar al rey del palacio de Whitehall —le comentó el otro tipo moviendo sus cejas en clara señal de advertencia.

—Es lo que me temo —asintió Antoine—. Que el rey Guillermo no deje zarpar barcos desde las costas inglesas o escocesas hacia Francia.

—Tal vez podríais encontrar pasaje en una nave corsaria inglesa. Pero más os valdría haceros pasar por inglés. —El hombre se carcajeó de esa situación.

—Sí, bueno. Veré qué hago. ¿Puedo encontrar algún caballo?

—¿Un caballo, decís? —repitió uno de los dos tipos abriendo los ojos como platos ante aquella irrisoria propuesta.

—¿Veis alguno por aquí cerca? Tendréis que caminar a pie hasta el lugar más cercano. Alguna posada que encontréis en el camino. Y luego podéis llegar a Fort William. Es el núcleo urbano más grande de por aquí cerca.

—Comprendo.

—Tardaréis unos pocos días en llegar —le aseguraron.

—Bien. Gracias por la información.

Antoine se despidió con un leve movimiento de cabeza. Sabía que no sería nada sencillo salir de allí. Y menos con una mujer a su cargo, pero debía hacerse. Tenía que encontrar la manera de llegar a Cornualles. Estaba convencido de que, desde allí, sí podría encontrar un transporte hasta el continente. Lo complicado sería llegar hasta ese punto de la costa inglesa.

—Tened cuidado con los casacas rojas. Patrullan por todas partes en busca de seguidores de la casa real. Me refiero a los Estuardo, claro está —precisó el hombre con una sonrisa cínica.

Antoine no dijo nada más. Bastante tenía con pensar en la manera de llegar al sur de Inglaterra. Era consciente de que encontrarían numerosos inconvenientes y peligros por el camino, pero estos no deberían impedir llevar a cabo su cometido. Se aprovisionarían de alimentos del castillo y algunas ropas. Tal vez pudieran encontrar caballos en el próximo lugar al que llegaran. Regresaría junto a Leah para hacerle ver cuál era la situación; nada esperanzadora a primera vista. Decidió dar un paseo de reconocimiento por la ciudad y ver en qué estado había quedado tras el ataque. A lo mejor aquellos dos hombres se habían equivocado y podría encontrar un caballo para que Leah pudiera hacer parte del camino sobre este. El viaje iba a ser algo largo. Al igual que el tiempo que iban a pasar juntos. Pensar es eso hizo que él apretara los labios y sacudiera la cabeza. Una mujer demasiado bonita para permanecer a su lado sin intentar tocarla siquiera. Recordó por un momento cómo había despertado con el brazo de ella sobre su pecho y la cabeza apoyada en su hombro mientras el pelo le hacía cosquillas. Y su cuerpo pegado al propio de una manera tan íntima que le había hecho hervir la sangre de deseo. Se pasó la mano por el cuello y resopló porque era consciente de que el camino hasta su casa en París prometía ser de todo menos sencillo.

Capítulo 3

Los soldados del rey Jorge se habían retirado de Moidart después del combate naval que había tenido lugar. El hundimiento de los navíos británicos había trastocado todo. No esperaban que eso se produjera. Y mucho menos que el artífice de ello lograra huir a mar abierto. Pero ya no se podía hacer nada al respecto. Se había acabado con el contrabando de armas para los seguidores del depuesto rey Jacobo.

Las noticias de la situación no gustaron en demasía a John Campbell, conde de Breadalbane. Había enviado al teniente Blenheim al frente de las tropas para acabar con el contrabando en aquella región; y no solo a este, sino a su más leal colaboradora.

—El teniente pereció en el hundimiento del navío que capitaneaba. Los jacobitas lograron no solo hundirlo, sino huir a mar abierto a bordo de un barco llamado *Viscount Dundee*.

John Campbell frunció el ceño y entrelazó las manos apoyando los codos sobre la mesa.

—Y de los contrabandistas de la región, ¿qué se sabe?

—No estamos seguros del todo. Es posible que algunos hayan perecido en el ataque de las tropas de su majestad. Otros pueden haber huido o que se encuentren ocultos, bien en la región, bien en la ciudad.

—Necesito saberlo. Yo mismo iré a Moidart a comprobarlo. Poco importa que los jacobitas se hayan fugado en una nave. No volverán. Me interesa más saber qué contrabandistas han perecido en el ataque.

—Bien, señor.

—Y el rey todavía pensando en hacer la paz con los clanes que se oponen a la corona británica —murmuró con un deje irónico—.

Volved a la región y e intentad tener una lista con los contrabandistas muertos para cuando vaya en unos días. Supongo que alguien podrá reconocerlos entre los muertos.

—Bien, señor.

John Campbell permaneció con la mirada fija en un punto en el vacío, pensando en una sola persona. Se había enterado con el tiempo de que esta se ocultaba en aquellas tierras de la costa y que ejercía el contrabando. Por suerte para él, el teniente Blenheim había entrado al frente del ejército dando una lección de castigo a una población en su mayoría partidaria de la casa real Estuardo. Hasta ese día, el rey nunca había enviado tropas hasta aquella zona pese a conocer el delito que se cometía con el contrabando. Pero claro, ¿cómo diablos iba a hacerlo cuando los clanes que habitaban aquella zona le eran leales? A Jacobo, se dijo. Por ese mismo motivo él no había podido hacer nada para perseguir a la asesina de su hermano. Pero con la llegada del Orange, eso había cambiado y de qué manera. Se preguntaba si aquella maldita cortesana estaría entre los muertos. Esperaba que así fuera para que tuviera el mismo fin que su hermano. Y de no serlo, él mismo se encargaría de hacerlo.

Antoine regresó al castillo asegurándose de que nadie lo seguía ni mucho menos lo veía entrar en este por el lateral que daba al bosque. Cerró la verja que servía de puerta y se adentró en el interior, camino del piso superior, donde encontraría a Leah.

Abrió la puerta y se encontró con una visión inesperada que lo paralizó en el umbral. Allí estaba ella devolviéndole una mirada cargada de sorpresa porque sin duda que no lo esperaba. Se cubrió los pechos de inmediato con los brazos y la toalla que sujetaba. El pelo le caía por un lado del rostro, como si fueran lenguas de fuego.

—Disculpadme —dijo él con la boca seca por la impresión que le había causado la visión de sus hombros y sus senos. Entró y se volvió para no quedarse contemplándola y que ella fuera testigo de lo que su visión le provocaba: un repentino deseo por acariciarla y besarla.

—Aproveché vuestra ausencia para asearme un poco —murmuró bajando la mirada hacia el cubo de agua que había a sus pies.

—Podríais habérmelo pedido antes de que me marchara —le indicó tratando de mantener sus ojos ocupados en otros menesteres que no fuera la espalda desnuda de ella. Sin embargo, no era capaz de

dominar su curiosidad y lanzó alguna que otra fugaz mirada por encima de su hombro hacia ella.

—Lo pensé al poco de marcharos. De ese modo, estaría entretenida mientras os esperaba, a la vez que me aseaba.

—Espero que no hayáis forzado el pie al venir con peso.

—No os preocupéis. He tenido cuidado. También he hallado ropas para cambiarme —comentó terminando de vestirse y de recogerse el cabello antes de girarse hacia él. Percibió cierta incomodidad en su rostro. No esperaba encontrarla medio desnuda. Ni ella que él regresara tan pronto y que la encontrara en esa situación. Había sentido más vergüenza por él mismo que por ella—. ¿Qué habéis averiguado? Ya podéis mirarme, si os place.

El tono de ella hizo que Antoine asintiera levantando la mirada. La encontró radiante con la ropa nueva. Una camisa blanca de hilo, un chaleco oscuro y un *kilt* hasta los pies. Su pelo quedaba suelto y le caía sobre los hombros y la espalda. Su mirada estaba cargada de curiosidad, tal vez por lo que él tuviera que decir respecto de su llegada a la estancia. Pero no lo hizo. O tal vez no hizo falta porque ella lo percibió en su semblante. Una mezcla de deseo contenido y asombro. Ella entornó la mirada con curiosidad por verlo allí de pie, parado sin capacidad de reacción. O eso le parecía.

Antoine dio un paso y asintió. Era consciente de que ella conocía a los hombres mejor que otras muchas mujeres. Había sido cortesana y ello implicaba saber los gustos y deseos más bajos del género masculino. Eso, y mucho más. Era una mujer de mundo.

—Bueno, la situación no es tan mala como cabía esperar —comenzó explicando en un intento por no sembrar el temor en ella—. Claro que no hay un solo barco en el puerto.

—Eso lo vimos ayer cuando nos dirigíamos hacia allí.

—He estado hablando con algunos lugareños y…

—¿Habéis hablado con la gente? —Ella lo interrumpió algo sobresaltada por ese comentario. Se acercó a él más por el ímpetu que le habían causado sus palabras que porque ella quisiera hacerlo.

—Sí, escuché las voces de dos hombres y decidí aprovechar el momento para indagar en cómo estaba la situación en la localidad.

—¿Y qué os han contado?

—Que la única manera de salir de aquí es caminando.

Observó el gesto de asombro primero y desilusión después cuando ella relajó los hombros.

—¿A pie? ¿No hay un solo caballo en Moidart?

—Me temo que no. Los pocos que había o han muerto en el ataque, o han escapado. Por otra parte, debemos centrarnos en hacia dónde dirigirnos.

Ella no parecía estar escuchándolo porque mantenía la mirada perdida en el vacío. Esperaba que pudieran abandonar aquella región lo más rápido posible. Quería aprovechar la oportunidad que él le estaba brindando para cambiar de vida. Lo había estado pensando cuando se quedó a solas. A pesar de que podría correr cierto peligro por ser quien era, y que los Campbell pudieran seguirle el rastro, creía que valía la pena llegar a París. Sacudió la cabeza en repetidas ocasiones sin poder creer en la situación que se encontraban.

—Es una completa locura hacerlo.

—Sería hasta el pueblo más cercano y ver si en este podemos conseguir un par de caballos. O al menos uno. Y ahí necesito de vos. —Se acercó más a ella, con el brazo extendido, mostrándole la palma de la mano en un claro gesto de súplica.

—¿De mí? —Ella frunció el ceño sin comprenderlo.

—Vos conocéis esta región y este país. Yo solo soy un contrabandista francés de paso. Necesito que me digáis la ruta a seguir.

—Pero… ¿dónde pretendéis llegar? —le preguntó entrecerrando los ojos y contemplándolo con inusitado interés.

—Cornualles.

Ella se echó atrás con los ojos abiertos como platos al escucharlo pronunciar aquella región al sur de Inglaterra.

—Pero… eso está…

—Lo sé. Pero es el único sitio que conozco desde que el podemos zarpar en un barco. Ya os comenté que conozco gente allí que podría acercarnos a la costa española o francesa.

Ella sacudió la cabeza y resopló.

—Tendríamos que cruzar toda Escocia e Inglaterra para llegar al extremo sur de esta.

—Soy consciente.

—¿Y cómo demonios pensáis hacerlo? ¿A pie? —Leah se revolvió

agitando el pelo que ocultó parte de su rostro. Apoyó las manos sobre las caderas y lo contempló intrigada por lo que tuviera que decir, pero también aterrada por tener que compartir el tiempo con él.

—Será complicado conseguir pasaje en un barco antes de llegar a Cornualles. Como hablamos ayer, Francia le ha declarado la guerra a los Países Bajos, lugar de procedencia del nuevo rey de Inglaterra. La única posibilidad es hacerlo con contrabandistas, y para esto hay que llegar a Cornualles. Tenemos que conseguir caballos e irlos cambiando en las posadas que encontremos por el camino.

—¡Estáis loco si pensáis que lo conseguiremos!

—No nos queda otra opción, Leah, si queremos marcharnos.

—O también podemos quedarnos en Escocia y esperar a que la guerra franco-holandesa termine.

Él la contempló en silencio durante unos segundos mientras meditaba su proposición. No podía permitirse quedarse allí. Quería regresar a su casa a las afueras de París. Si ella no lo acompañaba, entonces se marcharía solo.

—Vos podéis quedaros si ello os convence más que mi propuesta. No os obligaré a venir, claro está. Sois libre de hacer lo que os plazca. Pero yo me la voy a jugar en llegar a Cornualles y buscar allí a mis viejas amistades. No obstante, trataré de encontrar un barco antes que zarpe a Francia, si es posible, en las ciudades costeras por las que pase.

Ella se quedó con la boca abierta cuando lo escuchó. No esperaba que estuviera tan decidido a ello; tanto que incluso pensaba dejarla allí sola. Resopló convencida de que tendría que decidirlo de inmediato.

—¿Cuándo pensáis marcharos?

—Lo antes posible. En cuanto reúna comida y ropa para el camino.

—Pero acabáis de decirme que necesitáis mi ayuda para salir de estas regiones…

—Así es. Aguardad un momento aquí.

Su petición le chocó, ya que lo vio abandonar la estancia sin decirle dónde iba. Ella permaneció allí, dándole vueltas en la cabeza a la situación que él le acababa de plantear. Era una completa locura cruzar ambos países hasta Cornualles. ¿Y quién le garantizaba que una vez allí encontrarían un navío para zarpar rumbo a Francia?

Antoine volvió en breve con un plano en la mano que extendió sobre la mesa.

—Un mapa de Escocia. Decidme la mejor ruta para llegar aquí —le indicó con el dedo—. Y si conocéis qué puertos hay.

Ella se quedó mirando el papel como si estuviera haciendo memoria de lo que él quería saber.

—El de Stonehaven en la costa de Aberdeen es el más cercano que tenemos —le aseguró, señalándolo—. En Edimburgo, aprovechando el litoral de la costa de Fife. Pero no servirían si, como decís, no zarpan barcos hacia el continente debido a la guerra con Francia.

—Eso me temo. Puedo llegar a la capital y probar suerte. Ir hasta el puerto de Stonehaven sería perder días. Desde Edimburgo cruzaría la frontera con Inglaterra por las Borders.

Ella frunció el ceño y apretó los labios mientras su mirada recorría el mapa.

—Tardaríais una semana o algo más en llegar a la capital. Eso si conseguís caballos que podáis ir cambiando en las casas de postas y pueblos de la ruta.

—De acuerdo.

—Estáis completamente loco si pretendéis cruzar el país hasta la frontera con Inglaterra. Y luego hacer lo propio hasta llegar a Cornualles —le dijo contemplándolo sin poder creer que él estuviera dispuesto a hacerlo. Cruzó los brazos sobre sus pechos y movió la cabeza a un lado y el otro sin terminar de verlo claro.

—Es la única oportunidad que tengo —le aseguró observándola de manera fija por ver si cambiaba de opinión respecto de acompañarlo —. Me gustaría que vinieseis conmigo.

Ella le parecía decidida a no cambiarla por el momento. Cogió aire y se apartó de la mesa y del mapa. No lo tenía claro. Era algo impensable, arriesgado y lleno de peligros. Pero al mismo tiempo era algo audaz y atrevido.

—Tengo que pensarlo.

—¿Qué tenéis aquí? El contrabando ha terminado con el ataque del ejército inglés. El puerto está cerrado y casi destruido. El rey, en el exilio. Y según me decís, vuestra vida corre peligro por haber acabado con la vida del hermano de Breadalbane —le expuso queriendo hacerla cambiar de parecer—. Apuesto a que, si salieseis a la calle en

este momento y alguien os reconociera, no vacilaría en entregaros a los ingleses. Estos dirán que la culpa del ataque la tiene el contrabando de la zona. Y os acusarán. Tenedlo presente —le aseguró señalándola con el brazo extendido, como si la estuviera haciendo responsable de lo sucedido—. Iré a asearme. Yo también lo necesito.

Lo contempló salir por la puerta de la estancia dejándola completamente sola con sus pensamientos. Tenía razón, pero le costaba aceptarlo; y más viniendo de un hombre. Pero él no le había hecho nada. Al contrario, se había preocupado por ella desde el primer momento. Se encontraba en una encrucijada. Irse de allí significaría romper con su vida pasada, algo que tampoco le desagradaba. Y aceptar la propuesta de él volvería a significar que dependería de un hombre para salir adelante. Y creía haber dejado atrás esa sensación. Cuando era contrabandista, los hombres la respetaban, la obedecían sin poner en duda sus órdenes. Pero él tenía razón. El contrabando en aquella región se había terminado. No le quedaba nada. De manera que lo más lógico sería marcharse con él y llegar a Francia. Una vez más, tendría que volver a confiar en un hombre para salir adelante.

Antoine encontró una bañera en una estancia del primer piso. Tendría que llenarla de agua caliente si quería lavarse. De manera que la cogió y con esta llegó a la estancia que compartía con Leah. Ella, al verlo aparecer, se quedó perpleja.

—¿Estáis pensando en daros un baño aquí? —No pudo evitar hacerle la pregunta al ver que él la dejaba junto al fuego de la chimenea para calentarla.

—Esta habitación está caldeada por el fuego del hogar. Cogeré agua y la iré calentando. Espero no escandalizaros por verme desnudo…

El toque irónico de su comentario y su mirada entornada con una chispa de diversión dejaron a Lean con los labios entreabiertos sin saber qué responderle.

—¿Por qué me lo decís? Sabéis de sobra que he visto a más de uno sin pantalones. Así que no tengáis pudor en desvestiros.

—Celebro escucharos decirlo. Y ya puestos, ¿si gustáis en acompañarme? —Elevó una ceja con suspicacia deseando tener entre sus manos su voluptuoso cuerpo desnudo sumergido en el agua.

Ella lo contempló divertida en un primer momento. Luego sonrió con picardía y le siguió el juego.

—No hay sitio suficiente en la bañera para ambos. Y yo ya me he aseado. Deberéis esperar una mejor ocasión.

Hizo un mohín con los labios y formó un arco con las cejas en señal de diversión.

—Eso podemos solucionarlo en un momento.

—¿A qué os referís? —Lo contempló avanzar hacia ella dispuesto a vete a saber qué.

—A volveros a ensuciar para que os tengáis que lavar de nuevo.

No esperaba ese comentario y la respuesta de ella fue fría y cortante. No vaciló en extraer su daga de la parte posterior de su *kilt* y colocarla bajo el mentón de él. Luego esbozó una media sonrisa llena de ironía y satisfacción. Una pequeña victoria.

—¿Estáis seguro?

Antoine sonrió con sumo cuidado al sentir la punta afilada del arma. La miró de manera fija a los ojos, esperando su siguiente movimiento, que no se produjo. Él echó la cabeza atrás, apartándose del peligro, y con rapidez sujetó a Leah por la muñeca ante la perplejidad de esta, que dejó escapar un grito cuando vio cómo le bajaba el brazo. Luego, acercó su rostro al suyo, tanto que podía sentir su respiración sobre sus propios labios. Quiso besarla en ese momento en el que la tenía a su merced. Pero no sería lo mismo. No lo consideraba justo. De manera que se limitó a sonreírle sin soltarla, a pasar el pulgar con toda intención por el dorso de su mano.

—Nunca amenacéis en balde.

—Creo que sois vos el que no debería confiarse —le aseguró apuntando una segunda arma al costado de él. No había dejado que la tibia caricia de él la distrajera de su verdadero cometido—. Os habéis dejado engatusar por un señuelo. Podría hundir el segundo puñal en vuestras costillas.

—¿Cómo demonios lo habéis hecho? ¿Y de dónde la habéis sacado? —Había un toque de admiración y respeto en su pregunta que gustó a Leah. Pero más la sonrisa cálida que le acababa de regalar y que a ella la sumió en una espiral de sosiego y tranquilidad.

—Con rapidez. La encontré en otra estancia del castillo. Nunca viene de más llevar varias armas.

Ella sintió como él le soltaba la muñeca y se apartaba para hacer una reverencia.

—*Touché.* En verdad que sois admirable. Lo tomaré como un no a mi invitación de bañarnos juntos.

Ella acusó aquel gesto y aquella definición cuando su cuerpo se vio envuelto en una ola de repentino calor que se acentuó en su rostro.

—Os ha quedado claro, ¿verdad?

No sabía por qué, pero aquel francés comenzaba a gustarle. A provocarle cierta atracción. Tal vez se debiera a sus gestos, a su manera de ser o a su forma de comportarse con ella. No dejaba de asombrarle que le causara admiración. No recordaba a otro semejante a él. Claro que eso tenía un inconveniente: que el francés encontrara sin quererlo el camino prohibido a su interior. Pero para que no lo hiciera, estaba ella.

Antoine sonreía sin que ella lo percibiera. Era una mujer con recursos, no le cabía la menor duda, y estaba convencido de que su vida no había sido nada fácil. Por eso mismo deseaba que lo acompañara, porque no había conocido a una mujer tan fascinante como le parecía ella. Porque le atraía.

—Decidme, ¿y vuestro clan? Sois una Cameron…

Ella volvió el rostro hacia él cuando escuchó que se refería a este.

—En ningún momento me he planteado regresar a sus tierras. No tengo una reputación muy buena para hacerlo en este momento. Además, pronto esta región no será un lugar seguro después de que Jacobo haya sido derrotado y obligado a marcharse al exilio.

—¿Creéis que habrá otra guerra? Los clanes del rey depuesto han perdido. Viscount Dundee, que era su mayor baluarte, está muerto.

—Cierto. No hay un líder desde que Grahamme de Claverhouse murió.

—Escocia no va a ser un lugar agradable para los seguidores de los Estuardo. Me temo.

—Puede que tengáis razón. Pero… —Se contuvo en su explicación porque admitirlo sería darle la razón con respecto a su propuesta de marcharse cuanto antes de allí.

—¿Pero? ¿Qué ibais a decir?

—Nada. Creo que es mejor que os deje asearos. Os ayudaré a traer agua para que la calentéis al fuego. —Leah se inclinó un poco para

coger el cubo, pero la voz autoritaria de él la detuvo un instante.

—De eso nada.

La mano de Antoine se cerró en torno a la de Leah de una manera involuntaria. La verdad, no esperaba que ella fuera a mantener la suya en el asa. Ni que girara el rostro para mirarlo, ni que estuviera tan cerca como para apoderarse de sus labios primero y de su boca después.

Leah frunció el ceño al ver la actitud de él, pero su gesto se suavizó. Ella permaneció con los labios entreabiertos buscando el aire que la cercanía de él parecía haberle robado. Por un momento, se dejó envolver en su mirada y en la caricia de su mano cubriendo la suya propia. El pulso comenzó a ganar velocidad de igual forma que su respiración. No lograba controlarse cuando lo tenía tan cerca, como en ese preciso instante.

—Por favor… —matizó él al darse cuenta de que su reacción tal vez no había sido la adecuada—. Podríais resentiros del tobillo por cargar. Ya lo habéis hecho para vuestro propio aseo.

De manera lenta, Leah asintió y Antoine fue apartando su mano de la de ella. Percibió un leve suspiro y como la mirada de Leah cambiaba la rabia inicial por una calidez.

Ella se retiró de su lado sin perderle la mirada. ¿Por qué se comportaba con ella con tanta delicadeza? Seguía asombrándole su comportamiento, pero más todavía la reacción de su propio cuerpo al tenerlo tan cerca. Era algo a lo que, por el momento, no se acostumbraba. Y que le daba qué pensar.

—Está bien. Pero al menos dejadme ayudaros en otro sentido.

—No me vendría mal que avivaseis el fuego para que la estancia no se quede fría mientras yo traigo el agua para calentarla.

—De acuerdo.

Leah no se volvió para mirarlo, sino que siguió centrada en atizar el fuego. Al instante, sintió la bofetada de calor en pleno rostro. No se le había ido de la cabeza la sensación que Antoine le había dejado por su manera de contemplarla, o la de cerrar su mano en torno a la suya. Inspiró hondo y buscó más leña que añadir al hogar.

Antoine bajó a la cocina para llenar el cubo. No quería pensar en Leah y en el suspiro que ella había dejado escapar por entre sus labios abiertos. O en que no hubiera retirado su mano cuando él la cubrió

con la suya. Ni que se hubiera apartado de él. No entendía muy bien qué estaba sucediendo, pero no podía dejar que esas situaciones lo apartaran de lo que realmente importaba: llegar a casa. Llenó el cubo y regresó con este a la habitación. Inspiró hondo antes de abrir la puerta, ya que recordó lo sucedido la vez anterior. En esa ocasión, ella permanecía agachada frente al hogar. Se había recogido el pelo con una cinta, y esta le caía hasta la mitad de la espalda. La falda se le ajustaba a las piernas y daban forma a su muslo y a la redondez de su trasero. Se había desabotonado un poco la camisa, que dejaba sus hombros al descubierto, sin duda, debido al intenso calor que había en la habitación.

—Habéis conseguido caldear la estancia de manera apropiada. Yo diría que incluso más de lo esperado —le comentó para que ella supiera que estaba de regreso. Leah volvió el rostro sobre el que le caían algunos cabellos. Estos emitían destellos anaranjados debido a su cercanía con la luz del fuego. Tenía las mejillas encendidas, los labios entreabiertos y su mirada irradiaba una mezcla de expectación y calidez. Estaba increíblemente seductora.

Él aferró con fuerza y determinación el cubo cuando lo sintió zozobrar.

—De ese modo, el agua se calentará más rápido.

—Estoy seguro. Hasta vos parecéis acusar ese calor —le indicó haciendo un gesto con el mentón hacia su aspecto. Permanecía absorto en la contemplación de su belleza sin pensar en cómo despertaba su deseo.

Ella acusó el significado de sus palabras. Bajó la mirada hacia su propio pecho y luego a sus hombros, y sonrió. El calor la abofeteó de manera severa, pero no por el fuego del hogar. Sentía una quemazón por todo el cuerpo. Se retorció las manos sin saber qué diablos hacer con ellas.

—Sí. Sin duda que he conseguido que la temperatura de la estancia suba.

Antoine la vio apartarse el pelo de la cara en un gesto sencillo lleno de sensualidad. Se fijó en su cuello de aspecto suave, en la clavícula y en la forma en la que la tela de la camisa se ceñía alrededor de su generoso busto. Apretó los labios y se centró en colocar el cubo lo más cerca posible del calor que emitía el fuego. Más

le valdría reunir todas sus fuerzas para lograr resistirse a sus encantos. Si tenía que convivir con ella durante el tiempo de viaje a Cornualles, en verdad que las iba a necesitar.

Leah se entretuvo en ordenar la estancia y en no quedarse mirándolo.

—Tal vez debería preparar algo de comer mientras voz disfrutáis de vuestro baño. —No estaba dispuesta a quedarse y verlo desnudo. No cuando sentía una extraña sensación placentera aguijoneándola.

Antoine lo comprendió de inmediato.

—Sí, vale. De todas formas, bajaré a por más agua a la cocina hasta llenar la bañera. —No quería dejar de mirarla ni de estar cerca de ella. Sentía una especie de poderosa atracción a la que no sabía decir que no.

—Como queráis.

Antoine comprobó la temperatura del agua y la vertió en la bañera.

—En ese caso, vayamos a por más cubos mientras vos estáis en la cocina.

No iba a pedirle que se quedara con él, a su lado, porque no iba a aceptar. Su reacción de bajar a la cocina para preparar algo de comer así lo mostraba. Era algo lógico, y más después de haber ironizado él con que podrían darse juntos un baño.

El conde de Breadalbane iba camino a Moidart para asegurarse de que aquella maldita mujer estaba muerta. De no ser así, él mismo la mandaría al infierno con sus propias manos. Había acabado con la vida de su hermano y luego había huido. En un principio, pensó que lo había hecho al continente o al Nuevo Mundo. Cuando le llegaron noticias de que una mujer, recién llegada a Moidart, se había convertido con el tiempo en una pieza clave del contrabando en la zona, John Campbell decidió averiguar de quién se trataba. Envió espías haciéndose pasar por gente interesada en el contrabando de coñac francés. Y la información que le pasaron hizo que él estuviera más y más convencido de que se trataba de *ella*. Pero no podía entrar en Moidart porque lo reconocería y ella parecía gozar de cierta influencia y protección con respecto a la gente que habitaba en la zona. Pero después del ataque de las tropas del rey contra los jacobitas apostados allí, la fortuna parecía sonreírle y creía que el momento de

su desquite había llegado. Llegaría a la zona e indagaría dónde podría encontrarla. Tal vez alguien supiera algo y le dijera si seguía viva o había muerto en el ataque. La sola posibilidad de que ella estuviera todavía viva lo había hecho despertar. En unas horas estaría en la localidad. No podía esperar más a comprobar qué había sucedido.

Cuando la bañera estuvo lista, Antoine se sumergió en esta tras comprobar que Leah no estaba mirándolo. No, definitivamente se había quedado en la cocina. No parecía tener ganas de meterse con él en el agua caliente. No podía creer que se estuviera volviendo loco por aquella mujer. Esto era, que pensar en ella lo estuviera apartando de su verdadero cometido: llegar a Cornualles y embarcarse hacia Francia. Ese pensamiento lo llevó a preguntarse qué habría sido de los demás. De su hermana Valerie; de Laurent, Angus y Darien. Si habrían logrado salir a mar abierto y navegar hacia el continente sin mayores sobresaltos que los vividos allí. Estaba seguro de que su hermana se preocuparía por su ausencia; la conocía demasiado bien. Por suerte contaría con sus amigos en París y, desde ese día, con los que los acompañaban. Incluso Laurent podría estar cerca de ella velando por su seguridad. A lo mejor se decidía a declararse de una maldita vez a Valerie, pensó esbozando una sonrisa divertida. Sumergió la cabeza en el agua y la asomó segundos después. Se limpió el rostro y se apartó el pelo echándolo hacia atrás. Luego, se quedó contemplando las llamas del generoso fuego que ella había preparado. La empresa de regresar a casa no era nada sencilla, pero él siempre había sido un tipo con recursos para salir airoso de cualquier situación. Permaneció pensativo unos segundos, su mente en Leah y en si al final lo acompañaría. ¿Qué diablos iba a hacer en Moidart ella sola? En una región y una localidad devastada por el ataque inglés. Sin el sustento que le proporcionaban sus ganancias con el contrabando. Y luego estaba su pasado que la perseguiría. El conde Breadalbane no le había parecido un tipo que se quedara tranquilo, al recordar el episodio de los clanes reunidos con el rey en Fort William. Se llevó la mano al mentón y recordó aquel momento en el que lo había tenido justo delante de su acero. Sí, ¿cómo olvidarlo? Había sido justo cuando acusó a Angus de ser un traidor y un jacobita declarado. Comenzó a reírse, ajeno a la mujer que lo observaba y escuchaba desde el umbral de la puerta.

Leah pensó que él habría terminado su baño, pero nada más lejos

de la realidad, ya que permanecía sumergido en el agua. Entró con paso firme para hacerse notar ante él. Su risa le había gustado. Le había provocado una sensación agradable. No había escuchado a un hombre hacerlo. Las pocas risas que había percibido en su vida habían sido más bien falsas y pretenciosas. Nunca francas ni divertidas.

Antoine giró el rostro cuando escuchó el sonido de pisadas.

—Ah, ya estáis aquí.

—Pensaba que habríais terminado vuestro baño —le aseguró mirándolo dentro del agua, que le llegaba al cuello. Sintió como se le formaba un nudo en la garganta con solo imaginarlo desnudo.

—¿Me acercáis una toalla? —le señaló la que él mismo había encontrado en el armario y había depositado sobre la cama—. El agua está comenzando a perder temperatura y no me gustaría quedarme frío.

Ella sonrió con ironía cuando se la acercó y se alejó para no verlo salir desnudo del agua. Antoine aprovechó el momento y no quiso importunarla más con su comportamiento. Pero habría dado la mitad de su casa en las afueras de París por tener aquel cuerpo femenino desnudo y dentro de la bañera. Se secó y se colocó la toalla alrededor de la cintura. Luego, se posicionó junto al fuego para calentarse antes de coger ropas nuevas.

—He revisado los muebles de la habitación y he encontrado diversas prendas de vestir. Supongo que nadie las echará en falta si me las pongo.

En un movimiento inesperado por ambos, Leah se giró al escucharle decir aquello. Se quedó quieta en el sitio, porque era lo más acertado, al comprobar que él permanecía desnudo de cintura para arriba. Su torso estaba surcado por varias cicatrices y señales, fruto de su azarosa vida. Pero pese a estas, ella debía admitir que su cuerpo era un reclamo para la vista de cualquier mujer. Su pecho cubierto por el vello ensortijado, sus hombros y brazos recios… Ella no era una debutante. Ni una dama recatada, de manera que no se escandalizaba por verlo allí ante ella como si fuera una escultura clásica.

Antoine se percató de la manera en la que ella se había quedado contemplándolo.

—¿Os estáis preguntando cuántas cicatrices tengo?

—Sin duda que vuestras correrías os han dejado secuelas —apreció ella elevando una ceja y esbozado una media sonrisa que avivó el deseo de él.

—Sí, haber sido corsario para el rey de Francia tiene sus peajes. No solo es oro. Como podéis ver, no siempre conseguí salir indemne de las batallas en alta mar —le dijo encogiéndose de hombros como si no supiera qué explicación darle—. ¿Vos no las tenéis?

Ella cruzó los brazos bajo sus pechos y apretó los labios. Antoine se fijó en la manera en la que le había cambiado el gesto. Se giró y le dio la espalda, lo que él no supo interpretar si fue porque no quería que él viera su gesto, o bien para que se pusiera los pantalones. Decidió hacer eso último y cubrirse el torso con una camisa igualmente.

Leah había cerrado los ojos e intentaba recomponerse antes de seguir hablando con él. Pensó que sus años de contrabandista la habían endurecido y habían conseguido hacerla olvidar su anterior vida. Pero, al parecer, estaba equivocada.

—No, no tengo heridas físicas —le dijo girándose ante él. Estaba vestido, pero no le restaba un ápice de su atractivo.

Antoine se fijó en el brillo de su mirada. No le cabía duda de que estaba haciendo un verdadero esfuerzo por retener las lágrimas.

—Comprendo.

Ella asintió y le agradeció que no dijera nada más al respecto. Que no indagara más en su pasada vida.

—Os escuché reíros cuando regresaba para ver si habíais terminado vuestro baño.

Antoine sonrió al recordarlo, pero no estaba convencido de si debía contárselo, ya que le haría recordar su pasado.

—¿Habéis terminado la comida? Sube un olor delicioso. Desconocía vuestras artes culinarias —ironizó no queriendo seguir con el tema de sus carcajadas.

Ella entrecerró los ojos unos segundos y los fijó en él con un gesto que dejaba claro su malestar.

—Entiendo que no vais a decirme de qué os reíais.

—Hacerlo os traería recuerdos dolorosos —le aseguró con una voz seria sin dejar de contemplarla.

Ella frunció el ceño y su rostro mostró un interés que no esperaba. ¿A qué se refería?

—¿De qué estáis hablando? ¿Qué tienen que ver vuestras carcajadas conmigo y con mi vida pasada?

Había un toque de temor en las palabras de ella, que él no pudo pasar por alto. Permaneció en el sitio con los labios apretados. Sin decir una sola palabra. Sacudió la cabeza y se volvió hacia el fuego del hogar para avivarlo. De pronto sentía que la estancia se estaba quedando más fría. No quiso mirarla, pero entonces sintió la mano de ella sobre su brazo y como lo obligó a volverse para que ella misma se encarara con él.

Antoine le sostuvo la mirada sin variar su semblante. Había cerrado las manos en puños que en ese momento mantenía pegados a sus costados.

—¡Hablad! —le urgió zarandeándolo presa de la furia y lo nervios.

—Me reía porque recordaba el día que los clanes escoceses acudieron a la llamada del rey en Fort William. Cuando descubrieron que Angus Donaldson estaba vivo, se armó un gran revuelo. El rey no quiso intervenir, pero allí estaba el conde de Breadalbane y el teniente amigo de mi hermana, al que le abrió la mejilla cuando este le puso la mano encima. De manera literal… —Antoine volvió a sonreír al recordar aquel incidente en París—. Luego, el conde acusó a mi amigo de ser un traidor y que, si se le ocurría sacar la espada, lo colgaría allí mismo. Entonces, fui yo el que lo amenazó situando mi acero sobre su pecho. Le propuse que lo intentara conmigo. Que yo no era un jacobita ni Guillermo de Orange era mi rey. Me reía al recordar la cara que puso el conde. No quería contároslo porque sé lo que ocurrió entre su hermano y vos.

Leah mantenía los ojos entrecerrados, escrutando el rostro de él como si buscara ahondar en su mente y comprobar si lo que le contaba era cierto.

—¿Tuvisteis a John Campbell bajo vuestro acero? —ella calculó las palabras. Miró a Antoine con la mirada entornada mientras se mordía el labio inferior, bien por nervios, bien por expectación—. Pero entonces… Eso significa que os reconocería si os viera.

—Sí. Si tiene buen memoria —sonrió él tratando de quitar tensión al momento.

Ella permaneció callada. Apartó la vista de él y se volvió dándole la espalda.

—No debí insistiros en que me contarías el motivo de vuestras risas. Teníais razón. Pertenece a mi vida pasada.

—¿No ha intentado encontraros?

—La verdad, no lo sé. Moidart siempre ha sido un lugar seguro debido al contrabando. Las tropas reales nunca han intentado entrar aquí, como ha sucedido por temor a la gente que habitaba. También porque los clanes de esta región son leales a la casa Estuardo. Y Jacobo no pretendía enemistarse con estos.

—Lo entiendo. Pero ya no reina Jacobo, sino su yerno. Y vos no estáis segura de que el conde haya enviado a alguien a cerciorarse de que no estáis aquí.

—No, no se me ha pasado por la cabeza.

Antoine apretó los labios con gesto pensativo. Si ella había estado segura durante el reinado del Estuardo, ya nada le aseguraba que no lo estuviera. Y más después del ataque de las tropas inglesas. Por ese motivo debería convencerla para irse con él.

—Es una buena razón para veniros conmigo.

—¿Cuál? ¿Por qué insistís en ello? Olvidaos de mí. —Lo miró de pies a cabeza sin lograr entender el motivo por el que ella se negaba a aceptar su ayuda. Se retorció las manos con una agitación inesperada. La presencia de él, su mirada, su sonrisa y sus cálidas palabras la sobrecogían.

—Estáis en peligro, Leah. —Antoine se acercó para volverla hacia él como minutos antes había hecho ella. La contempló de manera fija, absorto en sus ojos y en su rostro—. Con Jacobo en el trono, estabais a salvo por los clanes que le eran leal, vos acabáis de decirlo. Pero ya no. Con Guillermo de Orange, ya habéis visto lo que ha sucedido. Es cuestión de que el conde Breadalbane pueda retomar vuestra búsqueda.

—¿Por qué habría de hacerlo? —Estaba confusa, pero no sabía si su confusión se debía a esa situación o a lo cerca que estaba de él.

—Porque ya nada ni nadie se lo impide. No tenéis refugio en Moidart. Y no descarto que el conde no haya indagado para ver si os encontraba. Una bolsa monedas abre los ojos y los oídos. No sé si me entendéis. Y creedme, una mujer como vos llama la atención. Y más si es contrabandista. La noticia correría como el fuego sobre la pólvora.

—¿Estáis insinuando que el conde podría saber que me encuentro

oculta aquí? ¿Y que podría venir a buscarme? —Había un toque de perplejidad, de incomprensión en su tono y en sus palabras.

—Tan seguro como que, si tuviera el suficiente valor para hacerlo, os besaría en este momento para callaros —le susurró tan cerca de los labios de ella que le hubiera bastado atraerla un poco más hacia él para ser dueño de estos.

Ella se sobrecogió bajo las manos de él, abrió los ojos de manera desmedida ante aquella confesión y dejó escapar un gemido. Sacudió la cabeza rechazando esa idea.

—Más que el valor, sería cordura la que os faltaría, si os atrevierais.

Sintió el escalofrío recorriendo su espalda hasta la nuca y erizarle el cabello. La piel de sus brazos siguió el mismo camino mientras ella se humedecía los labios por si a él se le ocurría hacerlo.

Las voces en el exterior del castillo los obligaron a separarse por el momento. Todo indicaba que los soldados habían regresado allí. Antoine se maldijo porque se había dejado llevar por su deseo hacia Leah y se había descuidado del verdadero motivo por el que se habían refugiado allí. No habían cerrado las contraventanas de la habitación que ocupaban ni corrido las cortinas desde la mañana. No era razón de hacerlo en ese momento porque se delatarían.

—Bajad la intensidad del fuego lo necesario, pero no lo apaguéis. Podríamos necesitarlo.

Ella acudió rauda junto al hogar y esparció algo de ceniza sobre las llamas, pero las mantuvo bajas para avivarlo después si fuera necesario. Su corazón latía desbocado como un caballo al galope. Un repentino dolor de cabeza la asaltó. Todo aquello que estaba sucediendo era una completa locura, de la que no parecía tener salida. Había notado que la manera de mirarla de Antoine era diferente a la de otros hombres. En alguna ocasión, había percibido su interés en ella, pero no de una manera lasciva, no buscando satisfacerse de una manera sexual. Había algo en su forma de tratarla, de dirigirse a ella cuando hablaban, de mirarla… Y entonces la presencia de soldados que venían a recordarle el auténtico peligro, se convenció a sí misma, mientras observaba a Antoine acercarse a la ventaba para escuchar la conversación.

Capítulo 4

—¿De quién es este castillo? —preguntó una voz autoritaria.

—No sabría decirle, señor —respondió otro hombre, que parecía rendirle pleitesía a juzgar por su tono y su tratamiento.

—¿Está habitado?

—Creemos que no. Que está abandonado, señor.

—¿Lo habéis comprobado?

—No, señor.

—Entonces, ¿cómo sabéis que no hay nadie ahí dentro? Podrían esconderse contrabandistas. O jacobitas.

—Eh… Bien… Señor, ordenaré que un pelotón de soldados vengan a comprobarlo de inmediato.

—Más os vale que no haya nadie o juro que yo mismo os colgaré.

—Sí, señor. Diré que el conde de Breadalbane quiere entrar en este castillo.

Escuchar aquel título heló la sangre de Antoine y lo puso sobre aviso. Miró a Leah, quien se mostraba igual de alterada que él. Sus temores se habían hecho realidad. Breadalbane estaba allí. No había otra solución que marcharse de allí lo antes posible.

—Debemos irnos —ordenó Antoine bajando la voz por temor a ser escuchados.

—¿Ya?

—Van a venir soldados a registrar el castillo.

—Pero… pero… dijisteis que no podrían abrir la puerta salvo con un cañón.

—Pues no tengo idea de cómo lo harán, pero ya lo habéis oído. El conde de Breadalbane quiere que un pelotón de soldados lo registre en busca de posibles contrabandistas o jacobitas. De manera que recoged

la ropa precisa para el camino. Yo me encargaré de los víveres. Tenemos que irnos ya. No tenéis alternativa, Leah —le aseguró cogiendo su mano para insuflarle valor y determinación.

Lo percibió en sus palabras y en su manera de mirarla, una vez más. Pero, sobre todo, en la manera en la que le había cogido la mano y dejaba que su pulgar se la acariciara. Asintió sin decirle nada y lo vio desaparecer de la habitación escaleras abajo, hacia la cocina. Ella permaneció inmóvil. No sabría decir si era fruto de los nervios por aquella repentina aparición de los soldados. O porque aquel francés comenzaba a calar en su interior de la misma manera en que lo hacía la fina lluvia de aquella región. De manera lenta y firme. Empapando todo.

Antoine no pensó que el conde pudiera encontrarse en Moidart. Se lo había comentado para hacerla recapacitar y que se marchara con él, y no porque lo creyera de verdad. Pero había sucedido. Sabía que podrían abandonar el castillo sin ser vistos porque lo había recorrido con Angus cuando llegaron allí. Por la misma puerta lateral por la que Darien y su familia habían salido en dirección al puerto, y él había salido esa mañana para comprobar la situación en la localidad. Confiaba en que les llevaría un tiempo a los soldados llegar de nuevo hasta allí e intentar entrar. Pero él se dio prisa en recoger alimentos en una bolsa. Con esta en la mano, subió las escaleras en busca de Leah. Ya poco le importaba hacer ruido, porque si no se marchaban los acabarían encontrando.

—¿Estáis lista? —le preguntó nada más llegar a la habitación.

Ella se volvió para mirarlo, con la incertidumbre prendida en su mirada, respirando agitada.

—He reunido algo de ropa. La que me ha parecido más adecuada —le aseguró señalando un hatillo hecho con una sábana.

—Bien. Tengo comida y bebida para el camino —le dijo apagando el fuego del todo—. Si logran entrar, es probable que sepan que ha habido alguien aquí. Solo espero que piensen que eran sus antiguos dueños. Será mejor que nos marchemos.

Lanzó una última mirada a la estancia donde se habían refugiado durante la pasada noche y la abandonó.

—¿Vamos a salir por la puerta principal? —le preguntó ella con el corazón en vilo por cómo se estaban desarrollando los

acontecimientos.

—No. Conozco una puerta lateral que no sacará al bosque tras el castillo. Angus me lo dijo. Por ahí salieron Darien y su familia cuando se produjo el ataque de los ingleses. No temáis, yo mismo he salido esta mañana. —De repente se detuvo en seco para volverse y mirarla de manera detenida. En un gesto inesperado por Leah, él llevó su mano a la mejilla de ella y la acarició con el pulgar—. Confiad en mí.

—No tengo otra alternativa —le aseguró sintiendo la cálida caricia pese a aquella situación alocada. Agradeció sus palabras y su enigmática sonrisa.

—Vayamos.

Descendieron las escaleras y caminaron por debajo de estas para adentrarse en un pasillo largo y angosto en el que reinaba la más absoluta oscuridad. Ella no se soltó de la mano de Antoine por temor a quedarse atrás o perderse. A los pocos minutos se detuvieron delante de una puerta estrecha apenas visible por la oscuridad y por lo escondida que estaba.

—Por aquí es. —Antoine la abrió y le hizo un gesto para que pasara ella primero—. No temáis. Estaré a vuestra espalda en todo momento.

Ella apretó los labios y asintió cruzando la puerta hacia un pasadizo estrecho y oscuro. Escuchó la puerta cerrarse tras ella y Antoine la instó a seguir adelante.

—Vamos. Caminad sin miedo. No tardaremos en llegar al bosque.

Leah avanzaba tan rápido como le permitía su *kilt*. Se lamentaba que no fuera algo más corto para ocasiones como esa. Por suerte llevaba puestas sus botas de cuero que le permitían pisar con firmeza en el suelo. No se resintió de su tobillo, o al menos no le prestó atención si le dolía porque estaba centrada en salir de allí lo antes posible.

Por fin apareció ante ellos la espesa maleza que cubría la salida y una verja. Leah la empujó y al momento se vio en el exterior. Respiró hondo al encontrarse fuera del castillo, algo que agradeció después de estar encerrada en la habitación. Se dirigieron al bosque que circundaba la fortaleza y se ocultaron entre su espesor para recuperar el aliento.

Se contemplaron de manera fija mientras las respiraciones volvían

a pausarse de manera gradual. Habían conseguido abandonar el castillo, pero en ese momento comenzaba lo complicado.

—Será mejor seguir un poco para alejarnos lo máximo posible. El conde y los soldados podrían dar con esa puerta por la que hemos escapado —le dijo.

Ella mudó el semblante mientras lo contemplaba.

—¿Pensáis que él volverá con el pelotón de soldados? —La mirada de ella parecía cargada de temor. Se le había parado el pulso, o casi no lo sentía.

—Ya lo escuchasteis hace un momento. Sería mejor estar lejos de Moidart lo antes posible. De manera que vos diréis hacia dónde vamos.

Ella resopló. Tenía que recuperar el pulso y la respiración antes de proseguir, pero el sonido de voces no muy lejos de donde estaban la puso en guardia. Miró a Antoine y le indicó el camino.

—Hay que regresar al pueblo. Desde allí podremos dirigirnos a Fort William. Es el único sitio donde podemos encontrar un medio de transporte.

—En ese caso… —le dijo indicándole con la mano que lo precediera hasta llegar al pueblo.

El conde de Breadalbane comandaba la expedición de soldados al castillo. Debía cerciorarse de que *ella* no seguía viva o tal vez oculta en este.

—Esta fortaleza pertenece al clan Donaldson, una de las muchas ramas de los McDonald —le informó el oficial al mando al conde.

—Lo sé. Estoy al tanto de a quién pertenece. Por eso mismo quiero entrar y comprobar que no están. Los McDonald y todas sus ramas son seguidores de la casa Estuardo —le dejó claro con una mirada que dejaba pocas dudas acerca de lo que eso significaba.

Se detuvieron frente a sus puertas cerradas y el oficial se encogió de hombros sin saber qué hacer.

—Os dije que estaba cerrado. Es imposible que haya alguien dentro.

—Buscad otra entrada. Ha de haberla —exigió un furioso John Campbell al comprobar que la suerte no le sonreía—. Desplegad a vuestros hombres alrededor del castillo. ¿A qué demonios esperáis?

Los soldados comenzaron a buscar otra entrada al interior de la

fortaleza. El propio Campbell encabezó a varios de estos buscando aquí y allá. No podía creer que no fuera a ser capaz de entrar en los dominios de Angus Donaldson. Se le había escapado con su prometida, la tal Darien, pero al menos podría requisarle sus propiedades en favor del actual monarca, se dijo. De ese modo, si se le ocurría regresar algún día a aquellas tierras, no tendría dónde alojarse. Y él estaría encantado de recibirlo para ponerle la soga al cuello.

—¡Aquí! ¡He encontrado una especie de pasadizo que parece conducir al interior de la fortaleza!

La voz de alarma de aquel hombre insufló ánimos al conde. La verja de entrada permanecía abierta y oculta entre la espesa maleza. La oscuridad reinaba en aquel pasadizo, pero a John Campbell no le importó lo más mínimo. Se adentró él primero sin pensarlo dos veces, movido por la ira y por el deseo de satisfacer su venganza, sin importarle lo que pudiera encontrar al final de aquel oscuro túnel.

Antoine y Leah llegaron al centro de la localidad. Nadie reparó en ellos porque todos los que en ese momento estaban en la calle evaluaban los daños causados por los ingleses. Se deslizaron entre los restos de algunos edificios teniendo en cuenta que todavía podría haber patrullas de soldados ingleses. Si el conde de Breadalbane había acudido allí, era por algún motivo en especial, y Antoine no tenía dudas de que se trataba de la mujer que se aferraba a su mano en ese preciso instante.

—Por allí lograremos abandonar la ciudad y adentrarnos en el camino hacia Fort William —le indicó Leah haciendo un gesto con el mentón.

—Pues entonces no perdamos tiempo y pongámonos en marcha antes de que el conde descubra la entrada del castillo y lo registre. Confío en que piense que los restos de comida y las cenizas del fuego son de antes del ataque inglés. Pero por si eso no sucede, apresurémonos a estar lo más lejos posible.

Ella lo miró confiada en sus palabras y apretó el paso. No le molestaba el tobillo, o al menos no lo sentía. Tal vez porque estaba más centrada en avanzar lo más rápido posible para alejarse de una parte de su pasado.

El conde permaneció en mitad del salón del castillo recorriendo con su mirada todo lo que allí había. Estaba claro que había estado

alguien, tal vez el propio Angus y los demás jacobitas que se habían marchado en la nave de los contrabandistas, como le habían informado. Bien, no iba a hacer nada con ellos porque a esas horas estarían navegando en mar abierto hacia el continente, muy presumiblemente hacia el Canal de la Mancha rumbo a Francia.

—No hay duda de que aquí ha habido gente —le comentó el oficial echando un vistazo al salón.

—Señor, debería subir a ver esto —dijo un soldado desde lo alto de la escalera.

John Campbell abrió la marcha y ascendió como si la vida le fuera en llegar arriba.

—Por aquí. Hay una bañera llena de agua, comida, ropas, y las brasas del fuego están demasiado calientes.

El conde no prestaba atención a las palabras del soldado porque miraba de manera fija las ropas de mujer esparcidas sobre la cama. No podía estar seguro de si *ella* había estado allí.

—Registrad bien el castillo por si estuvieran ocultos en alguna parte.

—Lo más seguro es que, a estas horas, se hayan marchado —le sugirió el oficial.

—Esa cuestión ya la he considerado, pero primero hay que ver si siguen aquí.

—Como ordenéis, conde, pero sabed que podrían estar lejos de Moidart.

—No os preocupéis, saldremos tras ellos después.

—¿Puedo saber a quiénes buscáis? ¿Se trata de los cabecillas del contrabando?

—Exacto, tengo la responsabilidad y la confianza de su majestad para acabar con este de una vez por todas en esta región.

—Podemos preguntarle a alguien de confianza que conozco mientras los soldados registran el castillo.

John Campbell frunció el ceño sin dejar de contemplar al oficial.

—En ese caso, vayamos. No perdamos tiempo.

Antoine y Leah se habían adentrado en el camino que los conduciría hasta Fort William, dejando atrás Moidart. Él se fijó en como ella parecía andar con cierta soltura, como si su tobillo ya no le molestara. Bien era cierto que seguía llevándolo vendado y que su

calzado parecía cómodo. Una bota que le subía hasta el comienzo de su pantorrilla.

—¿No estáis cansada? Podemos detenernos cuando lo necesitéis.

Ella volvió el rostro hacia él, pero sin detener sus pasos.

—Es mejor alejarnos lo máximo posible. El conde no tardará en ponerse en marcha detrás de nosotros en cuanto descubra que alguien ha estado en el castillo. Y tened en cuenta que él puede conseguir caballos. Muy pronto estaremos en las tierras de mi clan. Espero conseguirlos allí, aunque ya os advierto que la guerra ha dejado el norte del país en mal estado.

—Me puedo hacer una idea. Lástima que el Estuardo la perdiera y haya terminado huyendo de su propio país.

—Son cosas que pasan cuando hay luchas por el poder.

—¿Habéis pensado quedaros con vuestro clan?

La pregunta no la sorprendió porque lo más lógico era que, una vez que entraran en las tierras de los Cameron, ella se quedara, pensó Leah sacudiendo la cabeza.

—No tiene sentido después de los años. Ya os lo dije, me marché siendo joven, y después de mi azarosa vida… No tiene ningún sentido hacerlo. Además, es el primer lugar adonde el conde vendrá si sospecha que sigo viva.

—Confío en que, una vez que lleguemos a la frontera, podáis dejar atrás este asunto.

—Yo también. Aunque no llegue a Francia, siempre tendré el recuerdo de haber acabado con la vida de su hermano. Pero fue en defensa propia y no iba a consentir que me ultrajara —le dijo muy segura de ello.

—Hicisteis lo que teníais que hacer. No os culpéis por ello.

—Os agradezco vuestras palabras, de veras. Hacía tiempo que no encontraba a un hombre que me respetara como vos. Claro que, por otra parte, no tuvisteis reparo en faltármelo cuando me conocisteis —le dijo recordando la manera de besarla la noche en la que él se había presentado con los demás en su refugio. Sin embargo, pese a su reacción posterior con él, le había gustado su determinación por besarla.

—Lamento lo sucedido, pero en mi defensa diré que me parecisteis un reclamo muy atractivo. Por cierto, todavía guardo vuestra firma —

le aseguró con ironía pasándose la mano por la mejilla que ella le había cruzado.

Leah no ocultó su sonrisa de triunfo y picardía. Asegurarle que le había gustado sería admitir que él podía volver a repetirlo. Y no era lo que ella necesitaba en ese momento en el que huía del conde. Pero si pensaba en las ocasiones en las que, estando a solas en la habitación del castillo, se le había pasado por la cabeza repetirlo, entonces sentía el calor sofocante en su cuerpo y en su rostro como una especie de advertencia.

—A partir de aquí comienzan las tierras de los Cameron —le aseguró señalando un inmenso lago rodeado por las montañas—. Esto es Loch Shiel.

Antoine permaneció quieto en el camino contemplando aquella belleza natural que le mostraba Leah. El cielo estaba completamente despejado de nubes. Podía observar las cumbres más elevadas de las montañas cubiertas de verde. Y luego estaba la pequeña isla con un bosque en mitad de esta. El agua era de un azul que él no había visto jamás. Soplaba un ligero viento que mecía las copas más altas de los árboles. El más absoluto silencio dominaba aquel paisaje idílico, en el que predominaba el olor a brezo.

—Supongo que no habéis contemplado belleza semejante —le aseguró ella colocando su mano sobre la frente para evitar la luz de los rayos del sol.

—Nunca. Podría quedarme el tiempo que fuera preciso aquí mismo, observando el paisaje a mi alrededor, y creo que no me cansaría de hacerlo.

Leah sonrió divertida por ese comentario.

—Lamento contradeciros porque más nos vale seguir adelante. Vuestra locura de llegar a Cornualles no permite mucho reposo.

—Al menos a la frontera con Inglaterra. Imagino que podremos hacerlo desde alguno de los puertos que haya. No creo que surja ningún inconveniente en que zarpen barcos desde un extremo a otro de Inglaterra —le comentó esperanzado por que eso sucediera.

—Supongo que no lo habrá. Pero primero hemos de llegar a esta. Luego, ya veremos. Y para hacerlo de manera más rápida, necesitamos encontrar caballos.

Se quedó contemplándola sin decir nada más porque seguía

absorto en la belleza que lo rodeaba. La siguió de cerca para no perder su rastro, ya que estaba convencido de que no saldría de aquel lugar.

El conde y el oficial inglés regresaron a la localidad para ir en busca de la persona que supuestamente conocía a los principales cabecillas del contrabando en aquella región. John Campbell no sabía si deseaba que ella hubiera muerto en el ataque inglés o que siguiera viva para que él pudiera hacerla pagar por la muerte de su hermano.

—Aquí es.

—¿De qué lo conocéis? ¿Es de fiar?

—Sí. Podemos fiarnos de su palabra. Es una vieja amistad que ha trabajado como espía informando de los movimientos de los contrabandistas. En alguna que otra ocasión, logramos interceptar cargamentos de brandy y vino procedentes de Francia.

—Interesante.

El oficial se detuvo ante una casa que no parecía haber sufrido muchos desperfectos durante el ataque. Llamó a la puerta y esperó a que alguien la abriera. No tardaron en hacerlo y un tipo de pelo rojizo con prominentes patillas y una pipa en la comisura de los labios apareció en el umbral.

—Douglas —dijo el oficial.

—Sargento Mitchell, ¿qué lo trae por aquí? Vaya, veo que no viene solo —comentó mirando a John Campbell.

—Es el conde de Breadalbane. Enviado por el rey Guillermo.

El pelirrojo lo miró de pies a cabeza sin ocultar cierta desconfianza por lo que estuviera haciendo allí. Asintió con un gruñido mientras cogía la pipa y la golpeaba contra la palma de su mano.

—¿Qué quiere? —le preguntó haciendo un gesto con el mentón hacia este.

—El oficial asegura que conocéis a todos los contrabandistas de Moidart —comenzó diciendo John Campbell, deseaba conocer la verdad de dónde estaba la mujer.

—Sí, es cierto.

—Me han contado que entre estos había una mujer. Una que parecía llevar el negocio.

El tal Douglas entrecerró los ojos y calibró las palabras del conde. De manera que venía buscando a la pelirroja. Sonrió de forma ladina al darse cuenta de su propósito.

—Puede.

John Campbell se quedó parado en el pasillo sopesando a aquel desgraciado. Al momento comprendió lo que significaba su actitud. Extrajo una moneda y se la entregó.

—Os estáis refiriendo a la Cameron.

—Sí. Leah Cameron —precisó el conde arqueando una ceja con suspicacia.

—Esa misma. Era contrabandista aquí en Moidart. Y sí, parecía tener mucha más idea que los demás porque pronto se hizo con el negocio.

—¿Dónde está?

Douglas se encogió de hombros y frunció los labios.

—¿Quién sabe? ¿En su casa? ¿Muerta? O tal vez escapó a bordo de ese navío que llegó hace días, ¿cómo se llamaba…? —Douglas fingió hacer memoria, ya que conocía muy bien su nombre y lo que había traído—. Dundee. Viscount Dundee. El título de Claverhouse.

—¿Vos la visteis durante el ataque? —El conde le ofreció otra moneda a cambio de obtener más información.

—Ella permanecía en la plaza durante este y vi que uno de los tipos del barco se la llevaba. Lo recuerdo bien porque estuvieron en la taberna. Eran franceses.

—¿Qué más? —preguntó el oficial al ver que el conde se había quedado callado meditando la información.

—Desaparecieron entre el humo de los disparos de los cañones. No los he vuelto a ver.

El conde asintió y se volvió hacia la salida de la casa sin mediar una sola palabra. No había obtenido gran cosa de aquel tipo. La había visto desaparecer entre el humo de los disparos. Podría estar muerta, haberse escondido o haber huido en el navío. De ser cierto eso último, poco o nada podía hacer.

—¿Qué opináis?

John Campbell permanecía pensativo repitiéndose las palabras del tal Douglas. Al cabo de un rato, sacudió la cabeza.

—¿Os fiais de sus palabras?

—Os dije que podríamos confiar en él. Es cierto lo que cuenta. Si despareció con el humo, bueno… Ella podría estar muerta, escondida en alguna parte de esta región o bien haber logrado zarpar rumbo a

Francia en ese navío del que nos ha hablado.

—De ser cierta esta última posibilidad, sería complicado dar con ella. Por no decir que imposible —aseguró Campbell con desazón en un primer momento. Pero luego reaccionó—. Pero no pienso rendirme. Es responsable de la muerte de mi hermano.

—¿Y qué pensáis hacer? No tenéis un dato fehaciente de su paradero. E incluso podría estar muerta.

—No lo creeré hasta que alguien me enseñe su cuerpo sin vida. Mientras tanto, emprenderé camino hacia las tierras de los Cameron para ver si se ha escondido allí. O al menos si ha pasado.

—Os acompañaré con algunos soldados. Conseguiremos caballos y emprenderemos el camino lo antes posible.

—Os lo agradezco, oficial. Pasaremos por mi casa para coger animales de refresco.

El conde estaba dispuesto a seguir con la búsqueda de Leah Cameron aunque tuviera que ir a Francia. La venganza se había adueñado de él y no pensaba en otra cosa que en llevarla a cabo.

Leah y Antoine se adentraron en las tierras de los Cameron, donde hicieron un alto para descansar y comer algo. Habían caminado durante horas sin que ella se resistiera de su tobillo, lo que no dejaba de ser sorprendente para Antoine. La contemplaba sentada sobre una roca junto a un arroyo que discurría en paralelo al camino. Se había recogido el pelo y este le caía sobre el hombro izquierdo, permitiéndole a él contemplar su rostro y su cuello. Se había desabrochado las mangas de la camisa y las había subido hasta los codos. Aquella mujer era todo un reclamo para su vista. Podría quedarse contemplándola sin decir nada el tiempo que hiciera falta. Solo admirarla porque era digna de ello.

—Es curioso que no os hayáis resentido de vuestro tobillo.

Leah levantó la mirada de la comida que tenía entre las manos para fijarse en el rostro de él. Frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Vuestro vendaje me ha ayudado bastante, ya os lo comenté. Y luego estas botas son cómodas y flexibles. Muy adecuadas para andar por estas tierras —le dijo mostrándoselas al subirse el *kilt* y dejarle ver su pantorrilla y parte del muslo.

Antoine se fijó en la palidez de la piel, pero también en lo firme que parecía.

—Entiendo. Veo que también estáis acostumbrada a caminar muchos kilómetros.

—Es lo que tiene una persona que ha vivido desde niña entre estos parajes. Los habitantes de las Tierras Altas estamos acostumbrados a realizar grandes caminatas. Supongo que vos no, ya que os habéis pasado media vida en el mar —le correspondió elevando las cejas y mirándolo con cierta curiosidad.

—Algo menos que vos, sí. Trataré de seguiros el paso en todo momento.

—Prometo no dejaros atrás. En cuanto tengamos un par de caballos, todo será más rápido. Supongo que tendréis ganas por llegar cuanto antes a vuestra casa a las afueras de París.

—Por lo menos embarcarme rumbo a la costa francesa. Pero ya veremos cómo están las cosas con tanta guerra en el continente.

—Ya, os entiendo. Lo primero es lo primero —dijo levantándose de la roca, dispuesta a seguir el camino, ajena a la mirada de Antoine.

Este se había vuelto a quedar con la atención fija en ella sin ser capaz de reaccionar. La observó estirar los brazos y la espalda como si estuviera entumecida, lo que propició que la tela de la camisa se ajustara más a la redondez de su busto. Antoine apartó la mirada de aquella zona del cuerpo de ella y se incorporó para continuar. Sería lo mejor.

—¿Seguimos el camino que traemos? —le preguntó tratando de centrarse en este y no en su cercanía a ella.

—Sí. No tenemos que abandonarlo. Calculo que en breve estaremos en algún poblado en el que poder descansar camino de Fort William.

—¿No tenéis ningún pariente en estas tierras?

Ella se limitó a mirarlo y a sacudir la cabeza.

—La guerra ha sido muy cruel. Ya os conté que tuve que buscarme la vida yo sola.

—Supongo que no habrá sido nada agradable.

Él quería entablar una conversación para hacer el camino más corto y llevadero, y también porque, si se dejaba llevar por sus primitivos impulsos, sería capaz de tumbarla entre la maleza y…

—Nada sencillo, no —le rebatió con dureza, dejando claro que no quería seguir hablando de ello en ese instante.

—Si mis cuestiones os inquietan, podéis ser sincera conmigo y decírmelo. No volveré a preguntaros por ella.

—Quedaos tranquilo, he aprendido a sobrellevarlo. Y no creáis que todos los hombres que querían estar conmigo acababan en mi cama. Muchos tan solo buscaban exhibirme delante de otros. Y, a decir verdad, los ingleses que acudían a mí lo hacían para que obtuviera información de los movimientos de los seguidores del rey Jacobo —le aseguró sonriendo divertida por la cara que él acababa de poner.

—De manera que habéis hecho más de espía para los ingleses que de cortesana.

—Podría decirse. Sabed que un hombre no sabe esconder sus secretos cuando está en la cama. A veces llegaban tan ebrios que se quedaban dormidos. Solo pretendían pasar la noche o el tiempo en mi compañía. En ocasiones, ni si quiera me tocaban un solo pelo. ¿Podéis creerlo?

Antoine sacudió la cabeza.

—Depende el interés que tuviera en vos, como estáis diciendo. Si lo que buscaban era información política…

—¿Cuál es el vuestro? Habéis compartido la cama conmigo —le recordó con picardía acercándose más a él, sintiendo que podía confiar en aquel francés. Si después de esa noche no había intentado besarla ni ponerle una mano encima, era porque en el fondo la respetaba.

—¿El mío? —preguntó con perplejidad—. Es llevaros sana y salva a Francia. Que nada malo os suceda con el conde.

La mueca de ella le indicó que no lo creía del todo.

—¿Solo eso? Habéis cambiado mucho desde nuestro primer encuentro, monsieur.

—Ah, no me lo tengáis en cuenta. Me dejé llevar en su momento por lo que vi.

—¿Y qué visteis? —Ella se situó delante de él y le impidió avanzar un solo paso. Levantó el rostro para poder contemplarlo mejor y percibir su inquietud porque quedaba demostrado que no sabía qué diablos hacer.

Antoine se vio obligado a detenerse de manera abrupta cuando ella se cruzó delante y se detuvo para mirarlo con gesto risueño y seductor. Abrió la boca para coger aire porque su cercanía lo acababa

de dejar sin este. Tenía la garganta seca y no era capaz de articular una sola palabra. La mirada de ella brillaba con una intensidad que él no había contemplado desde que llevaban juntos esos días.

—Vi una mujer atractiva y quise comprobar si era real o fruto de mi propia imaginación.

La voz ronca de él le erizó la piel y la obligó a recomponerse de inmediato. Creía que podía comportarse con él como la cortesana que había sido. Que él huiría de su lado y ella se reiría por su debilidad. Pero estaba equivocada y comenzaba a darse cuenta de que aquel francés no era la clase de hombre que ella esperaba. Tenía algo que la tenía suspendida en vilo a cada momento. Cada vez que la miraba de aquella manera en que lo estaba haciendo, con gran calidez y ternura, ella creía que él se adueñaba de un pedacito más de su corazón. Y eso, a pesar de que desde hacía años creyó que ya no tenía, que no sería capaz de sentir nada semejante por un hombre.

—Podríais haberme dado la mano. También os habría valido para comprobar que yo era de carne y hueso.

Él apretó los labios para ahogar la sonrisa que aquel comentario le provocaba y asintió.

—*Touché*. Solo que no acostumbro a estrechar la mano a las mujeres hermosas.

—Las besáis.

Antoine tenía la impresión de que se estaba quemando y no precisamente en el infierno, sino en la pasión que ella desprendía. En la sensualidad de sus palabras, de sus gestos y de sus miradas. Sus labios entreabiertos pedían a gritos que él los cubriera. Que los hiciera suyos una segunda vez. Sacudió la cabeza y se armó de valor para no acabar sucumbiendo. Ella le atraía, pero no estaba tan loco como entregarse sin nada a cambio. Ella había sido una cortesana. Sabía cómo manejar a un hombre y jugar con su deseo… y con sus sentimientos.

—Solo a aquellas que considero que debo hacerlo porque en verdad lo merecen. Y no una sola vez, sino todas las necesarias.

Leah se humedeció los labios esperando que él se inclinara sobre estos y rompiera toda barrera entre ellos. Pero al momento siguiente pensaba en la clase de locura que pretendía llevar a cabo con él. No merecía que ella jugara con su deseo por besarla y algo más… No. No

le había hecho nada malo como para reírse de él. Como para frivolizar. Había percibido cierto cariño en sus atenciones hacia ella. Se había dicho que la respetaba. Y eso lo era todo para alguien como ella. Por ese motivo sonrió y bajó la mirada. Luego se apartó sin volver a mirarlo.

—Perdonad mi atrevimiento —le confesó recogiendo su hatillo de ropa y prosiguiendo el camino.

—No hay nada que perdonaros.

Ella volvió el rostro para verlo caminar hasta situarse a su altura, como si nada de aquello hubiera sucedido. Y eso le gustó. Y le produjo una extraña calidez en todo su interior. Una que comenzaba a ser más acusada con el paso del tiempo que pasaban juntos.

Capítulo 5

Llegaron a Fort William cuando caía la tarde. Antoine no recordaba demasiado el lugar de cuando había estado allí con su hermana Valerie. Fue el día en el que el rey Guillermo solicitó a los clanes leales a Jacobo que se presentaran a rendirle pleitesía una vez que su suegro había huido a Francia. Lo que sí recordaba era el lugar donde se habían alojado el día antes a que todo aquel embrollo se produjera.

—Conozco una posada para pasar la noche —le dijo a Leah. Esta iba muy callada desde hacía horas. Él no sabía si se debía al cansancio acumulado de todo el viaje o tal vez a no haber degustado un plato de comida caliente—. Creo que nos merecemos un buen descanso y comer en condiciones. Mañana temprano podemos emprender la marcha hacia la capital.

Ella asintió.

—Me parece correcto.

—Vuestro tobillo lo agradecerá.

—¿De qué conocéis el sitio? —le preguntó sorprendida.

—Os lo conté cuando os dije que conocía al conde de Breadalbane… Lo de los clanes que acudieron a rendir pleitesía. Estuvimos visitando a Angus Donaldson. El dueño del castillo en el que nos alojamos en Moidart.

—Sí, sí…, cuando lo tuvisteis bajo vuestro acero. ¿Vino a rendirle pleitesía Angus Donaldson? —ironizó ella conociendo lo que había ocurrido.

—No precisamente. Vino a evitar la boda de Darien y el teniente inglés, al que no he visto por Moidart.

—Tal vez se haya largado.

—O haya muerto. En fin, que mi hermana y yo estuvimos alojados en un buen lugar —le repitió señalando el sitio con la mano.

—Me parece correcto, pero deberíamos ir a buscar caballos para mañana. No vaya a ser que nos quedemos sin ellos.

Antoine frunció los labios y asintió.

—Tenéis razón. No podemos seguir caminando hasta la frontera. Preguntaremos en la posada dónde podemos conseguirlos.

Se dirigieron a una casa señorial de tres plantas ante la que Leah detuvo de inmediato los pasos. Se quedó contemplándola sin saber si el francés le estaba tomando el pelo.

—¿Ahí?

—Sí. Es una casa de huéspedes, como podéis ver. Ya os digo que mi hermana y yo nos alojamos y todo estuvo correcto.

Leah entrecerró los ojos y se quedó contemplándolo.

—Está bien. Me fiaré de vos a la vista de la fachada… Si me aseguráis que es un buen sitio en el interior…

—Lo es. Vamos.

Entraron en la casa y Antoine se dirigió a la dueña, a la que no había olvidado por ser bastante locuaz. Mientras, Leah paseaba la mirada con toda atención por aquel lugar, quedándose sin palabras ante la elegancia y la limpieza de este.

—Buenas tardes, señores, ¿desean una habitación? Me queda una de las más acogedoras de la casa.

Leah pareció reaccionar y abrió la boca para decir algo respecto de aquella información, pero él se anticipó.

—Nos la quedamos.

La dueña asintió con una sonrisa y miró a Leah, quien hacía lo propio con Antoine. Solo que su mirada no era precisamente muy cariñosa.

El cansancio, el hambre y su mal humor por lo sucedido en el camino esa mañana la hicieron desistir de decir algo.

—Será por una noche. Nos marcharemos temprano. ¿No sabréis dónde podemos conseguir un par de caballos?

—Hay unas caballerizas un poco más adelante en esta misma calle. ¿Desean que les prepare un baño o algo de comer?

Antoine miró a Leah.

—Para mí, ambas cosas.

—Ya la ha escuchado. Para mí me bastará con la comida.

—De acuerdo.

—Si pueden servirla en la habitación…

—No hay inconveniente.

—Perfecto —miró a Leah buscando su aprobación o su discordancia. Pero esta se limitó a asentir.

—Esta es su llave. La habitación está en el último piso. En breve le subiremos la cena.

—Se lo agradezco. Tenga —le dijo depositando varias monedas como pago—. Iremos a por los caballos mientras tanto.

—Perfecto. Al final de la calle.

Los dos abandonaron la casa en dirección a las caballerizas.

—¿Por qué no habéis pedido dos habitaciones?

—Ya la escuchasteis. Solo le quedaba una. ¿Tenéis reparo en volver a pasar la noche conmigo? —le preguntó sorprendido por ese hecho después de haberlo hecho en el castillo del clan Donaldson.

La mirada que ella le dirigió fue bastante explícita de lo que pensaba al respecto. Sabía que él no le pondría la mano encima, aun así, prefería evitar cualquier situación indecorosa. Sus años como cortesana habían terminado hacía tiempo y no iba a volver a estos. No se iba a permitir compartir la cama con ningún hombre.

—Vayamos a preguntarle al dueño —le dijo señalando al hombre que estaba frente a las caballerizas.

El hombre los vio acercarse de manera decidida hacia él y esbozó una sonrisa cautivadora. Aquella pareja solo podía querer una cosa que él tenía: caballos.

—Buenas tardes, señores. ¿Qué desean?

—Buenas tardes. Necesitamos un par de caballos.

—No hay problema. Pueden echar un vistazo a los que me quedan. ¿Van a marcharse ya mismo?

—Eh, no, no. Mañana temprano. Acabamos de llegar a Fort William.

—No hay problema. Los dejan pagados y se los aparto para que los cojan cuando se marchen. ¿Qué dirección siguen?

—Stirling —intervino Leah viendo que Antoine miraba a los animales.

—¿Stirling? Tendrán que irlos cambiando en algún lugar si quieren

llegar a esta —les comentó sorprendido por aquella respuesta—. Es un viaje largo y pesado.

—Somos conscientes.

—¿Sois del norte? —preguntó señalando a Leah, quien se abstuvo de decir algo—. Bueno, tal vez vos. Él tiene acento extranjero.

Antoine desvió la atención hacia el hombre.

—Nos quedamos estos dos ejemplares. ¿Qué opináis? —Miró a Leah para no tener que seguirle la conversación a aquel hombre. No tenía ningún interés en darle esa información. Incluso pensaba en el motivo por el que ella le había dado un destino erróneo. Apostaba a que no se fiaba de él.

Leah se acercó hasta los animales y los observó detenidamente. Pasó la mano por el pelaje, el lomo y la cabeza. Luego miró a Antoine y asintió.

—¿Cuánto por ellos?

—Bueno… Sin duda que son dos buenos ejemplares…

—No andéis engordando el precio, os lo advierto porque no veréis el dinero. No son malos caballos, pero tampoco os paséis de la raya. —Leah adoptó la pose de una negociante nata.

Antoine sonrió por lo bajo al ver su talante. Sin duda que acababa de sacar a la contrabandista que llevaba dentro.

—No, no…

—Bien, pues, adelante u os haré yo una oferta de tres libras por los dos.

El hombre se quedó con la boca abierta al escuchar el precio por los dos ejemplares. Iba a pedirle una libra más, pero se dio cuenta, por la mirada de ella y su postura con los brazos cruzados sobre el pecho, de que no iba a ser buena idea después de todo.

—De acuerdo.

Ella sacó las monedas de una bolsita de cuero y se las entregó.

—Y nos llevamos los caballos —le dejó claro mirándolo con autoridad.

—Eso supone un par de monedas más.

Leah entrecerró los ojos sin apartarlos del hombre. En el fondo le estaba robando porque ella era consciente de que aquel par de caballos valían más. Si él hubiera sido listo, habría regateado más. O incluso se habría plantado y no habría aceptado su precio. Pero al

parecer debía necesitar el dinero.

—Os daré tres más y nos los llevamos ensillados.

—Eh… Como gustéis.

Leah esbozó una sonrisa cínica al ver que el tipo aceptaba. Se apartó de él para que les prepara los caballos mientras ella miraba a Antoine hacer lo propio con uno de estos. Cuando ambos estuvieron listos, el hombre se los entregó sin decir nada más y los vio alejarse de las caballerizas.

Antoine se moría de ganas por preguntarle qué demonios había hecho con aquel pobre diablo. Y más si se fijaba en la cínica sonrisa que ella lucía en ese momento.

—Explicadme qué ha sucedido. Habéis regateado con él, le habéis mentido en cuanto a nuestro destino y… os traéis los caballos.

Ella volvió a sonreír.

—Soy una negociadora.

—No me ha quedado la menor duda al respecto.

—Y si él también lo hubiera sido, no me habría vendido los caballos por menos de ocho o diez monedas cada uno, con la silla y las riendas.

—Pero vos le habéis dado siete.

—Ha aceptado el dinero que le ofrecía porque no tenía otra salida. ¿Os fijasteis que no había ni un solo hueco en la caballeriza?

—Es decir, no había vendido ninguno.

—Sin duda que tenía un mal día de ventas o alquiler. Era lo que yo le ofrecía o volverse a casa con las manos vacías —le aseguró abriendo los ojos al máximo y cautivando con estos a su compañero.

—Pero nosotros… lo hemos hecho… —Antoine vaciló en su pregunta cuando percibió la manera de mirarlo de ella.

—Porque los necesitamos y nos han salido algo más baratos.

—¿Y lo de Stirling?

—Nadie tiene que saber nuestro verdadero destino. No me sorprendería que John Campbell llegara aquí y empezara a hacer preguntas.

—Teméis que nos venda. Lo he pensado cuando le habéis mencionado un destino distinto. Y habéis querido traeros los caballos por si acaso mañana no aparecían.

—No suelo fiarme de la gente a la que no conozco. Podemos

dejarlos en la cuadra de la casa. Me fijé que tiene una —le aseguró camino de esta.

—Sin duda que sois una buena negociante. Sois dura a la hora de hacer tratos.

Ella arqueó una ceja y sonrió de lado por ese comentario.

—Y vos habéis sido corsario y contrabandista —le dejó claro para que no se hiciera de nuevas con su manera de comportarse—. ¿No iréis a decirme que no habéis engañado a nadie con vuestros negocios?

Antoine sacudió la cabeza con una expresión risueña en su rostro.

Regresaron al interior de la casa de huéspedes y la misma señora lo recibió de nuevo.

—¿Encontraron caballos?

—Sí, sí. Los hemos dejado en la cuadra que hay junto a la casa —respondió Leah con una agradable sonrisa.

—Perfecto. Mandaré que les acerquen una bañera y agua caliente. Y cuando les venga bien, mandaré subirles la cena.

—Sois muy amable —asintió ella mientras Antoine prefería permaneces callado y observarla. Era una mujer distinguida y fascinante. Capaz de adoptar varias personalidades en un mismo día. De tratar de seducirlo cual cortesana que había sido, negociar con el dueño de las caballerizas como una contrabandista o bien ser una mujer afable y atenta con la dueña de la casa de huéspedes. Tres mujeres en una, se dijo él observándola levantar el *kilt* con elegancia para subir las escaleras hacia el piso donde les aguardaba la habitación.

Abrió la puerta hacia una espaciosa estancia, no tanto como lo fue la del castillo de los Donaldson, pero que le parecía suficiente para una sola noche. El fuego del hogar estaba encendido, lo cual agradecía porque había sentido frío al volver de la calle. La cama era amplia y parecía bastante cómoda, cubierta por una colcha de color rojo y varios juegos de almohadas y cojines.

—Sin duda que la dueña de la casa tiene buen gusto —dijo girando en redondo para tener una visión amplia de la habitación. Se acercó hasta el ventanal por el que se asomó para ver la calle principal de Fort William y a la poca gente que paseaba a esas horas. Corrió las cortinas del mismo color que la colcha y se volvió hacia Antoine.

Este se había sentado en una de las dos sillas que había junto a una mesita, que serviría para cenar.

—Ya os dije que no teníais nada que temer respecto del lugar al que veníamos. Mi hermana Valerie no es de las que se aloja en cualquier sitio cuando viaja —le confesó esbozando una sonrisa al recordarla.

—¿La echáis de menos?

Su pregunta lo pilló desprevenido, perdido en sus pensamientos en torno a Val. Ella se quedó callada, contemplando como el rictus de él cambiaba de la sonrisa más divertida a una melancólica. No hubo necesidad de que se lo confirmara con palabras, pues su rostro acababa de expresar lo que sentía.

Antoine resopló.

—Sí. Hemos estado juntos casi todo el tiempo. Ella misma ha participado en algunos de mis negocios. Incluso vino conmigo a Escocia a visitar a nuestro amigo Angus Donaldson.

—Pronto estaréis con ella —le dijo en un intento por su parte por mitigar el dolor que le producía esa dilatada ausencia.

—Estoy seguro de que le caeréis bien. —La miró de repente, lo que provocó en Leah un ligero sobresalto acompañado del calor en sus mejillas.

Por fortuna para ella, alguien llamó a la puerta de la habitación y le sirvió para que se recompusiera mientras Antoine iba a abrir.

—Os traigo la bañera y agua caliente —dijo una joven sirvienta junto a otro mozo que cargaba con esta.

—¿Dónde queréis que os la deje? —preguntó este mirando a Antoine primero, y después a Leah.

—Junto al fuego. De ese modo aprovecharé mejor el calor —dijo ella.

El chico hizo lo que le pedía y luego ayudó a entrar los cubos de agua.

—Dejadlos también junto al fuego.

—Como gustéis. Aquí os dejo toallas y jabón —le dijo la muchacha depositándolo sobre la mesa mientras ahogada una sonrisa llena de picardía al fijarse en la pareja.

Antoine se quedó contemplando la bañera durante unos segundos, como si estuviera esperando a que Leah dijera algo. Al ver que no

parecía reaccionar, se acercó al fuego.

—Es mejor atizarlo un poco más para que el agua se caliente más rápido. Os puedo echar una mano a llenarla y luego os dejaré a solas para que disfrutéis del baño —le aseguró consciente de que ella le pediría que se ausentara.

—Os lo agradezco.

Leah asintió volviendo la mirada a las llamas del fuego. En verdad que se lo agradecía porque de ese modo no tendría que pedirle que la dejara a solas. No tenía ganas de mostrarse desnuda delante de él.

—Mañana sería conveniente salir temprano… Por si al conde se le ha ocurrido seguiros y se presente aquí.

—Sí, es lo más acertado. Llegar lo antes posible a la frontera. No creo que se atreva a cruzarla para seguirme. —Ella se mostró muy segura de sus palabras, mirando a Antoine a la espera de que le asegurara que así sería.

—Yo tampoco creo que se le ocurra. Pero lo que pensemos es una cosa y lo que el conde pueda hacer es otra. De manera que pensaremos que sí puede hacerlo e intentaremos llegar mañana a Inglaterra. Lo mejor y más sensato es poner distancia con él. De ese modo estaréis a salvo antes.

—Os agradezco vuestra predisposición a ayudarme.

—No tenéis que hacerlo. Solo os he invitado a venir conmigo a Francia. Si lo pensáis detenidamente, aquí no os queda nada. El contrabando ha terminado, Moidart ha sido destruido y os persiguen para cobrar una venganza.

—Habéis resumido mi vida muy bien en un momento —le aseguró con una media sonrisa y apartando la mirada de él para dejarla suspendida en el fuego—. Creo que el agua está bastante caliente.

—En ese caso, permitidme que os ayude a echarla en la bañera.

Lo contempló coger los cubos y verter su contenido mientras las nubes de vapor ascendían como si se tratara de la bruma matinal. Cuando hubo terminado de hacerlo, recogió los cubos y, con estos en las manos, asintió antes de salir de la habitación.

—Volveré en un rato. Puedo pedirle a la muchacha que os suba más agua si queréis.

—No. No os preocupéis.

Se quedó parado junto a la puerta contemplándola e imaginando

su cuerpo desnudo adentrándose en el agua caliente. Inspiró y asintió.

—Como queráis. Estaré en el salón. Os daré tiempo para que toméis el baño y os relajéis al hacerlo, antes de volver a la habitación.

—No hace falta. Cuando haya terminado, bajaré a buscaros.

Ella permanecía junto a la bañera esperando a él que saliera de la habitación para comenzar a desnudarse. Pero cuando la puerta se cerró, ella todavía permaneció inmóvil unos segundos pensando en todo lo que él estaba haciendo. No podía negar que tenía razón cuando le decía que no le quedaba nada en Escocia. Lo único que podía encontrar era la muerte a manos del conde de Breadalbane. Nada más. Cerró los ojos y sacudió la cabeza. Tal vez, después de todo, su vida y su destino estuvieran en París junto a aquel hombre. Comenzó a quitarse la ropa para sumergirse en la bañera y relajar todo su cuerpo. No tenía ni idea de lo cansada que estaba del viaje desde Moidart hasta que se vio rodeada por el calor del agua.

Antoine bajó las escaleras en busca de la dueña de la casa. Esta al verlo sonrió y acudió a su encuentro.

—Le traigo los cubos.

—¿Necesita más agua su señora?

Aquella referencia a Leah le hizo dudar. Abrió la boca para rebatir aquel comentario y ahogó sus carcajadas.

—No, no… No es mi esposa. Ni tampoco necesita más agua.

El rostro de la señora pareció cambiar y mostrar cierta decepción cuando lo escuchó decirlo.

—Bien, siento la confusión.

—No se preocupe —le dijo restando importancia a ese hecho. Tampoco iba a contarle la relación que tenían porque consideraba que, cuanta menos gente lo supiera o se fijara en ellos, sería mejor.

—Pediré que les sirvan la cena cuando ustedes quieran.

—De acuerdo. Pero ella me dijo que bajaría cuando hubiera terminado el baño. De manera que la esperaré ahí sentado. Una vez que baje, le pediremos que nos suban la cena a la habitación.

La mujer se quedó contemplándolo con gesto pensativo. Entrecerró los ojos y asintió en repetidas ocasiones señalándolo con un dedo.

—Usted ya ha estado aquí antes. Pero… venía acompañado de otra mujer más joven que la dama que se encuentra arriba —le refirió haciendo un gesto con la mirada hacia el piso superior.

Antoine apretó los labios y sonrió.

—Mi hermana. Vinimos a visitar a unos amigos.

—Ya decía yo que su cara me sonaba. Y vuestro acento… francés, creo que me comentasteis la vez pasada.

—Sí, señora.

—¿Y vuestra hermana? Si no es indiscreción preguntaros…

—Marchó de regreso a casa hace unos días.

—Y vos os habéis quedado…

—Visitando a esta amiga.

La mujer abrió los ojos como platos y asintió sin querer saber más.

—Bueno, no quiero importunarlo más con mis preguntas, de manera que lo dejo. Avíseme cuando vuestra amiga baje.

Antoine se apartó de la mujer y caminó hasta el austero pero cómodo salón con el que contaba la casa de huéspedes. Esperaría a que Leah bajara. Eso le daría tiempo para estudiar el viaje a la vista del mapa de las islas que había en una pared. No le cabía duda de que les restaba un buen trayecto hasta la frontera, y luego ya verían si encontraban algún barco que los pudiera llevar a Cornualles. De lo contrario, les tocaría cruzar el país a caballo hasta llegar al extremo sur de este.

Era cierto que tenía ganas de regresar a su casa, como le había asegurado a Leah. Pensaba dejar el contrabando y todo lo relacionado con este y dedicarse a administrar su fortuna y sus posesiones. Las que durante los últimos años había reunido con la patente de corso y el contrabando. Solo que no sabía si Leah aceptaría a acompañarlo en ese retiro. Entendía que se convertía en una extranjera en otro país en el que no conocía a nadie, pero para eso estaba él. Para ayudarla a salir adelante. Y el otro asunto era su hermana Valerie. A esas alturas desconocía si habría llegado a la costa francesa o si seguiría en altamar. Y lo más importante, si Laurent se habría decidido a declararle sus sentimientos. Nada le gustaría más que acabaran juntos. Sonrió pensando en la buena pareja que hacían pese al carácter de su hermana, algo fuerte para su gusto y para que Laurent se animara a cortejarla, se dijo buscando un asiento en el salón y esperar a que Leah apareciera.

Esta decidió salir del agua en cuanto comenzó a quedarse tibia. Se envolvió en la toalla que le había dejado la chica y se acercó al fuego

para entrar en calor. Sentía el cuerpo relajado e incluso el tobillo más descansado. No había querido decirle nada a Antoine para no preocuparlo, pero durante el viaje, había padecido algún que otro dolor. El calor del agua parecía haberle venido bien para rebajar la inflamación. Permanecía frente al fuego del hogar con la mirada puesta en las llamas mientras notaba que la humedad iba desapareciendo. Se volvió hacia el hatillo de ropa que traía desde Moidart, hecho con ropa que había encontrado en el castillo. Poco podría cambiarse porque esta no era gran cosa, pero al menos sí lo haría con la camisa. Se dio prisa porque intuía que Antoine la aguardaba en el piso inferior y no quería hacerle esperar de más. Y al mismo tiempo ella misma sentía un ligero cosquilleo por todo el cuerpo.

Permanecía con la mirada ausente cuando ella lo encontró sentado en una de las sillas que había en el pequeño salón en la entrada. Sonrió de manera tímida caminado hacia él. No se había percatado de su presencia, lo cual ella agradeció porque de ese modo lo observaba de manera detenida. Asegurar a esas alturas que él era atractivo e interesante sería ridículo. Pero sí era importante reconocer el incesante e inquietante hormigueo que experimentaba por todo su cuerpo cuando él estaba cerca.

Algo advirtió a Antoine que debía dejar de pensar en Leah para contemplarla acercarse. Sintió un ligero golpe que lo obligó, primero, a removerse en su asiento y, después, a incorporarse para ir hacia ella. Llevaba el cabello suelto, en ondas de color del fuego y que le caían sobre los hombros. Su mirada le parecía más brillante e irradiaba una fuerza y una confianza sin igual. Se había puesto un chaleco oscuro sobre la camisa de hilo y seguía luciendo el *kilt* hasta el suelo. La notó algo tímida, dubitativa, sin saber muy bien si acercarse o permanecer allí, de pie, esperando a que él acudiera a por ella.

Él sonrió algo cohibido ante su belleza. Nada ni nadie podría hacerle cambiar de parecer al respecto de ella. Era genuina. Tenía que convencerla para que se quedara con él y tal vez… ¡Maldita sea, hacía unos minutos había estado pensando en su hermana Valerie y en su amigo Laurent para que formaran una pareja! Él mismo se había dicho que sentía la imperiosa necesidad de llegar a casa y establecerse de una manera definitiva, sin pensar en el contrabando. Solo quería

descansar y pasar los días en su casa a las afueras de París. Solo pedía eso… y a *ella.* Pero para lograrlo debería tener calma y paciencia. Su vida no había sido nada sencilla y él tampoco podría irrumpir en esta llevado por los sentimientos que despertaba en él desde que se conocieron. ¿Y si lo que le movía era el deseo que ella alimentaba a cada instante que estaban juntos?

—Vaya… —exclamó al mirarla de manera fija y acercarse a ella, pero sin llegar a incomodarla con su cercanía.

Leah entornó la mirada con curiosidad por el significado de aquella exclamación.

—¿Qué os sucede? ¿Por qué ponéis esa cara? ¿Hay algo que os desagrada?

Ella se retorció las manos fruto de los nervios que le había provocado aquella expresión de él. Como si le importara en gran medida lo que él pudiera decirle.

—Oh, no. Todo lo contrario. Es que… sin duda que el baño os ha sentado de maravilla. Vuestro aspecto ha cambiado de manera considerable. Tanto que… ahora soy yo el que desentona —le aseguró mirándose a sí mismo, lleno de polvo del camino por todas partes.

Ella acusó el significado de sus palabras experimentando una ola de calor por todo su cuerpo.

—Si queréis asearos, podemos pedir que suban algunos cubos de agua y… —le sugirió señalando a lo alto de la escalera, hacia la habitación en la que todavía reposaba la bañera.

—No, no. Me basta con una jarra de agua y algo de jabón. Le diré a la dueña de la casa que estamos listos para cenar. Si no tenéis pensado hacer algo antes…

—No. Podemos subir y cenar. Es más, el agua caliente ha relajado mis músculos por completo y no creo que tarde en echarme a dormir. Si no me quedo dormida antes de cenar.

Antoine sonrió.

—En ese caso, démonos prisa.

Le indicó que pasara delante de él. Se situó a su lado y aspiró la fragancia del jabón que ella había empleado para bañarse. Su cabello, su piel, incluso sus ropas desprendían un olor diferente y que en nada tenía que ver con el suyo propio. Se dirigió a hablar con la dueña de la casa y, después de unos minutos, ambos volvían a la habitación. Al

momento se llevaron la bañera.

—Creo que, mientras suben la cena, aprovecharé para asearme un poco. ¿Podríais acércame un cubo de agua? —le pidió al muchacho que se llevaba la bañera de latón.

—Enseguida, señor.

—De acuerdo.

Leah sonrió recordando el comentario de él en relación con su aspecto y el de ella. Lo contempló desprenderse la chaqueta y dejarla sobre una silla. Se sacó la camisa por fuera del pantalón y procedió a quitársela justo cuando llamaron a la puerta y Leah se apresuró a abrir al muchacho que traía el cubo de agua.

—Puedes dejarlo junto al fuego para que siga caliente.

—En breve les traeremos la cena —le dijo mirando a Leah, quien se limitó a asentir.

Ella no quería quedarse contemplando cómo Antoine se aseaba, pero cuando él se despojó de la camisa y la arrojó sobre el suelo, no pudo menos que volver a fijarse en él. Las cicatrices volvieron a captar su atención, así como el vello de su pecho cuando se giró para buscar el jabón.

—Supongo que tendréis hambre —le comentó mientras hundía las manos en el agua templada y luego se lavaba la cara y el pelo. Sabía que ella lo estaba contemplando y por ese motivo decidió darle conversación.

—Bastante, a decir verdad. El camino me ha dado más.

—Sí, desde mañana, eso no sucederá porque serán los caballos los que nos lleven. Y ahorraremos tiempo y esfuerzo. Antes, mientras aguardaba a que bajaseis, estuve echando un vistazo al mapa que había en el salón. Lo cierto es que tenemos un par de jornadas hasta la frontera, si paramos lo justo para descansar.

—Sí, creo que desde aquí podemos llegar en dos días a Edimburgo. Pero tendremos que parar en mitad del camino —le advirtió ella.

—Lo sé, pero no podemos hacerlo en Stirling bajo ningún concepto después de que le dijeseis al dueño de la cuadra que íbamos allí.

Ella frunció el ceño y permaneció callada con gesto pensativo. El toque en la puerta de la habitación la apartó de lo que iba a decir. La abrió y el mismo muchacho que se había encargado de la bañera y de los cubos regresó al interior portando una bandeja en sus manos.

Detrás venía la chica que se había encargado de las toallas y el jabón.

—Lo dejamos todo en la mesa. Buen provecho.

Cuando la puerta se cerró, Antoine seguía contemplándola como si esperara que siguiera con la conversación que la cena había interrumpido. Pero ella estaba tan sorprendida como lo podía estar él, porque en ese momento, él aparecía ante ella erguido con el pelo mojado del que caían algunas gotas que resbalaban por su cuerpo. Sintió un golpe de calor en su cuerpo que se desplazó hacia su vientre y continuó su camino entre sus muslos. Se humedeció los labios al sentir la boca seca y decidió que lo mejor que podía hacer era caminar hasta la mesa y ver qué había de cena.

Antoine la siguió con la mirada. Sus mejillas se habían encendido, no sabía si por el calor que había en la habitación o por su manera de quedarse mirándola. Se le hacía complicado esconder el deseo que ella despertaba a cada segundo. Las ganas de desnudarla y tumbarla en la cama a su lado para besarla y dejar que sus manos recorrieran su piel. Se sintió turbado por esos pensamientos y decidió regresar a su aseo personal.

—No sé qué habrán subido para que cenemos ni el aspecto que tendrá, pero puedo deciros que se me está haciendo la boca agua solo por la forma en que huele.

—Pues no os demoréis o se os enfriará.

—Por cierto, ¿qué ibais a decirme cuando vinieron a traernos la cena? Hablábamos de no dirigirnos a Stirling por temor a que pueden localizarnos allí.

—Sí, es cierto que, al comentarle al hombre de las caballerizas nuestro rumbo, debemos variarlo.

—Desconozco el país, y lo mismo puedo decir de Inglaterra.

—Pues una vez que crucemos la frontera creo que ambos estaremos en idéntica situación. Nunca la he cruzado.

Él meditó un segundo la situación sin dejar de mirarla y antes de deslizar su camisola por la cabeza y cubrirse para cenar.

—¿Os parece bien cenar cerca del fuego? De ese modo creo que estaremos más cómodos y cálidos. Y eso que la estancia está caldeada.

—No, no me importa.

—Entonces, echadme una mano y coged por ese lado.

Juntos levantaron la mesa y la llevaron al lado del hogar. Después

arrimaron las sillas y se dispusieron a cenar. Había una botella de vino que Antoine no despreció y que abrió al instante. Le ofreció a ella una copa y se sirvió otra para él.

—Por que todo acabe bien, después de todo.

Ella aceptó el brindis y bebió un trago. Luego se sirvió lo que parecía ser carne guisada con verduras y patatas.

—¿Por qué no habría de hacerlo? Lo de acabar bien.

—No he dicho que no vaya a hacerlo, solo que deseo que lo haga. Estoy convencido de que llegaremos a mi casa en las afueras de Paris, sanos y a salvos de cualquier peligro. Pero también soy consciente de que tendremos que enfrentarnos a estos. ¿Cómo está el guiso? —le preguntó haciendo un gesto hacia este.

Ella no esperó ese cambio de tema en la conversación y se quedó quieta sin saber cómo reaccionar. Iba coger un poco de la carne para llevársela a la boca, pero en vez de hacerlo, se quedó contemplando el rostro de él.

—Eh… Buena.

—Sí, eso me parecía —le aseguró dando buena cuenta de un pedazo.

Ella movió la cabeza sin lograr entender esos cambios en él. Esos giros en la conversación que la descolocaban de manera constante. Era algo a lo que debería acostumbrarse, ya que iban a pasar juntos mucho tiempo.

El conde había regresado a su casa en busca de caballos de refresco para seguir viaje buscando a Leah. No quería detenerse ni un solo minuto porque creía que era perder tiempo. Pero el oficial que había decidido acompañarlo quiso hacerlo entrar en razón.

—A estas horas no lograremos dar con ellos. Es de noche y la oscuridad nos podría engañar haciéndonos dar vueltas y vueltas en torno a un mismo punto.

—¿Y qué demonios sugerís?

—Descansar, comer algo y emprender el camino mañana al alba.

—Son horas perdidas. Darle demasiada ventaja —masculló el conde.

—En el caso de que ella y ese francés del que nos habló Douglas hayan emprendido el camino, a estas horas pueden estar ocultos en cualquier punto. Ella conoce esta región, estoy seguro. Sabrá qué

camino coger y cuál no. E incluso podrían encontrarse descansando en alguna aldea oculta entre las montañas o en algún paraje. Podríamos pasar a su lado y no verlos en medio de la noche.

El conde no parecía contento con aquella explicación, pero sabía que el oficial tenía razón muy a su pesar. Era de noche y pronto no se distinguiría a un palmo en la oscuridad.

—De acuerdo. Descansaremos en mi casa y al amanecer emprendernos camino hacia Fort William. Tal vez allí logremos algo de información sobre si los han visto.

—Me parece una idea más sensata. No les daremos tanta ventaja; ellos también tienen que descansar y reponer fuerzas. No os preocupéis más. Mañana recortaremos distancia —le aseguró despojando de la silla y las riendas al animal—. Creedme.

John Campbell asintió resignado. No estaba acostumbrado a perder. Ni a que los demás le dijeran qué tenía que hacer. Pero en ese caso lo acató sin decir más e hizo lo propio con su caballo.

Capítulo 6

—Podéis quedaros con la cama. Yo me apilaré unas mantas junto al calor del hogar —comentó Antoine cuando terminaron de cenar.

Leah permaneció con la mirada fija en él, contemplándolo como si no entendiera a qué venía aquel comentario. Habían dormido en la misma cama en el castillo del clan Donaldson en Moidart.

—No hace falta… La cama es lo bastante grande para que nos echemos los dos. No hay necesidad de que os preparéis…

—Lo sé, pero prefiero hacerlo.

Ella entornó la mirada con cautela e inspiró. ¿Qué le sucedía? ¿A qué venía esa propuesta por parte de él? No entendía ese cambio de parecer cuando ya habían dormido uno al lado del otro. El gesto del rostro de él pareció indicarle que no iba a cambiar de parecer por mucho que ella se esforzara en hacerlo. Su instinto femenino le indicaba que había algo más oculto en el comentario de él. Conocía a los hombres e intuía cuando le ocultaban sus verdaderas intenciones. Y aquel francés lo estaba haciendo. Pero no insistiría en averiguarlo. Casi incluso lo agradecía, porque llevaba días experimentando un sentimiento desconocido hacia él cuando lo tenía cerca.

—Como gustéis. No tengo ningún inconveniente.

—En ese caso, es mejor hacerlo cuanto antes. Me gustaría que nos marcháramos temprano.

—Veo que queréis llegar lo antes posible a la frontera.

—Me interesa poner tierra de por medio con vuestro conde.

Ella cambió su gesto y contempló a Antoine con frialdad y cierto desdén.

—No es nada mío. Que os quede claro.

Él cogió aire y apretó los labios asintiendo.

—Lo siento. No he querido decir que…

—Pues tenedlo muy presente la próxima vez que os refiráis a él.

Sin duda alguna que le había dolido aquel comentario que hacía referencia al conde y a ella.

—Lo tendré.

—Tenéis razón, es mejor retirarse a descansar si queréis que salgamos temprano. —Se levantó de la silla y se dirigió a la ventana para correr un poco las cortinas. No era sino una manera disimulada de alejarse de él y darle a entender que era mejor mantener las distancias. Se sintió algo desilusionada cuando él se refirió al asunto del conde. No le gustó nada esa alusión.

Antoine asintió sin terminar de comprender el cambio que había experimentado ella desde que él le dijera que dormiría en el suelo. Sí, no se le había pasado por alto que su comentario la había cogido desprevenida. Tal vez confiaba en que él se recostara a su lado en la cama como ya lo habían hecho en Moidart. Pero no podía hacerlo. No cuando tenerla tan cerca implicaba no poder tocarla ni acariciarla como era debido. Y aunque a él le gustaba la sensación de despertar a su lado, no era aconsejable de ningún modo. No podía seguir experimentando el deseo de besarla, de sentir su piel, su aroma femenino en sus ropas o su perfume. No. No era lo que necesitaba. Podría distraerlo de su cometido.

Se levantó de la silla para dirigirse al armario y sacar algunas mantas que colocó cerca del hogar. Esperó a que este se consumiera bastante para que durante la noche no sufrieran ningún percance, pero dejó las brasas. De ese modo, la habitación no perdería todo el calor. Era consciente de que ella lo estaba mirando de manera recatada mientras se preparaba para acostarse.

—¿Qué tal está vuestro tobillo?

Ella levantó la mirada cuando terminó de quitarse la bota, y se encogió de hombros.

—Mejor. Sin duda que el calor del baño me ha venido muy bien.

—Lo celebro. A partir de mañana, ya no tendréis que caminar mucho más. Si necesitáis algo durante la noche, no vaciléis en llamarme. Tengo el sueño ligero cuando tengo que viajar al día siguiente.

—No os preocupéis. Creo que dormiré de manera profunda de lo cansada que estoy.

—Bien, en ese caso, que descanséis.

Antoine se recostó sobre las mantas y permaneció con los ojos abiertos fijos en el techo de la habitación. No quería pensar en ella, de manera que comenzó a hacerlo en el viaje del día siguiente hasta la frontera. Pensaba llegar a esta, aunque fuera a última hora de la tarde, y para ello habría que salir de Fort William al alba. No quería perder tiempo y que el conde de Breadalbane les recortara la distancia que podrían llevarle. Y lo que era más importante, que estaba convencido de que no tenía ni idea de dónde se encontraban. Pero si se ponía en su lugar, el primer sitio al que dirigía sus pasos sería Fort William. Tenían que jugar con esa baza de intuir lo que él haría. Sabía que una vez que hubieran cruzado la frontera, el conde ya no sería un incordio para Leah. No creía que estuviera tan loco para seguirla hasta Inglaterra, y menos Francia.

Leah no conseguía conciliar el sueño a pesar del cansancio que arrastraba de todo el día. Se había girado mirando hacia la ventana en un intento por no hacerlo hacia él. Cerraba los ojos, pero la imagen de Antoine venía a perturbarla sin dejarla descansar. ¿Por qué no podía sacárselo de su mente? Solo era un hombre. ¡Un maldito hombre como otros que habían pasado por su vida! ¿Qué lo diferenciaba de los demás?, se preguntó inspirando hondo e intentando relajarse. La luz de la luna se filtraba por la apertura de las cortinas que ella había dejado abierta para no quedarse dormidos por la mañana. Permaneció quieta contemplándola de manera fija, como si esperara que al hacerlo el sueño viniera a por ella. ¿Por qué se había prestado a aquella locura de viaje en compañía de él? ¿Por qué no se había quedado en las Tierras Altas? Esperando hallar la respuesta, por fin terminó rendida y se entregó a los brazos de Morfeo.

El conde no tenía muy claro hacia dónde debían dirigirse, por ese mismo motivo permanecía pensativo sentado frente al fuego. Meditaba qué opciones le quedaban. Aunque la que más le atraía era la de Fort William. Estaba convencido de que, si ella y el francés iban juntos, necesitarían descansar, comer y comprar caballos. Y en esa localidad era donde mejor se podía hacer.

—Sigues pensando en ella. —La voz de su mujer vino a sacarlo de

sus pensamientos. Levantó la mirada hacia el rostro de esta, que se encontraba frente a él en ese momento—. ¿Cuándo vas a dejarla?

—Cuando se haga justicia.

—¿Justicia? ¿Cuál? ¿La tuya, John? —La condesa de Breadalbane miró a su esposo con los brazos cruzados sobre el pecho y una ceja elevada.

—He descubierto que estaba oculta en Moidart. Dedicándose al contrabando de armas para los jacobitas —le espetó, furioso, agarrándose con fuerza a los brazos de la silla.

Su mujer sonrió al fijarse en su gesto y como los nudillos de las manos se tornaban blancos.

—¿Y? ¿Qué te importa a lo que se dedique?

—Asesinó a mi hermano, Elise. ¿Ya lo has olvidado?

—¿Y tú has olvidado quién era él? ¿Un jugador? ¿Un borracho? ¿Un pendenciero? —Aquellos calificativos parecieron encender al conde, que se incorporó de la silla con las manos cerradas en puños por la crispación que sentía—. John Campbell, mírame y respóndeme, ¿cuántas veces tuviste que sacar la cara por él? ¿Y cuántas te decías que era la última vez que lo harías? Por no mencionarte las que me asegurabas que aquel comportamiento era un escándalo para ti y para el título que ostentas. Te recuerdo que eres el máximo exponente del rey de Inglaterra para Escocía.

—¡Lo sé! Soy consciente de todo lo que me estás diciendo, Elise. Pero… —John Campbell apretó los labios con fuerza y sacudió la cabeza. Su mirada se tornó vidriosa por un momento—. Era mi hermano. No merecía morir —le aseguró sacudiendo la mano en el aire y derrumbándose en el sillón mientras movía la cabeza.

—No, no lo merecía. Pero lo estaba buscando con la vida que llevaba. Frecuentaba la compañía de las cortesanas, de los jugadores… Recuerdo con nitidez cómo te encaraste con él en este mismo salón, cuando te confesó que amaba a Leah Cameron, una cortesana de Edimburgo.

—¿Qué querías que le dijera? ¡Casarse con una mujerzuela! ¡El hermano del conde de Breadalbane! —reiteró con una risa nerviosa mientras se pasaba la mano por el rostro—. ¿Cómo demonios iba a permitirlo?

—Bien, pero no te hizo caso y siguió en su empeño.

—Y ella lo mató —reiteró con voz fría.

—Fue un accidente, John. Los testigos lo dijeron. Tu hermano estaba borracho, ebrio de gloria, y quiso propasarse con ella. Leah se limitó a defenderse como habría hecho yo.

—¿Por qué huyó entonces?

—Porque era consciente de que le costaría demostrar su inocencia pese a los testigos que hablaron en su favor cuando conociste lo ocurrido. Sabía que no le creerías y que tú mismo te convertirías en el jurado, el juez y el propio verdugo. Serías capaz de ponerle la soga al cuello y ejecutarla con tus propias manos.

John Campbell sonrió de manera cínica ante esa acusación de su mujer. Parecía conocerlo muy bien porque sin duda que lo habría hecho de esa manera de haber dado con ella.

—Sugieres que lo deje estar.

—Te pido que entierres el pasado de la misma manera que lo hiciste con Josh. No tiene ningún sentido lo que pretendes hacer. Además, ¿dónde está ella? ¿Lo sabes?

Por mucho que lo odiara, John Campbell tenía que darle la razón a su esposa. Desconocía el paradero exacto de Leah Cameron. Podría estar en cualquier rincón de aquella región, como le había asegurado el oficial. Era una completa locura, una odisea de la que no estaba seguro de cuál sería el resultado final. Muy a su pesar, sacudió la cabeza.

—No. No lo sé.

Elise sonrió victoriosa al escucharlo admitir la verdad.

—¿Y qué pretendes hacer? ¿Recorrer todo el país en su busca? ¿Inglaterra? ¿Irlanda? ¿Gales? Y si marcha al continente…, ¿piensas seguirla sin saber hacia dónde se dirige?

—No, no lo sé. Tienes razón, tal vez me esté dejando llevar por mi sentimiento de venganza y me esté olvidando de todo lo demás que me rodea —resopló cerrando los ojos y reposando la cabeza contra la silla.

—Déjala estar. Que siga con su vida allá donde vaya.

Él asintió con una sonrisa. Le daría gusto a su esposa Elise y permanecería en casa. No iría en pos de ella al día siguiente, pero eso no significaba que no enviara a alguien a hacer el trabajo, se dijo pensando en el oficial inglés. O en alguno de sus propios hombres de

confianza de su clan.

Antoine estaba despierto antes de que el día comenzara a clarear. Se levantó de las mantas y, tras encender el fuego en el hogar, se quedó mirando hacia la cama. En esta se veía el perfil de Leah arrebujado bajo la ropa, como si hubiera pasado frío durante la noche. Se acercó despacio al borde y se fijó en ella, o, más bien, en lo único que podía verle: su cabello revuelto sobre la almohada. La dejaría dormir un poco más mientras él bajaba a pedir agua para el aseo y algo de comer antes de partir.

No había demasiado jaleo en la planta baja y solo la mujer que los había recibido la tarde antes se detuvo en su camino cuando lo vio descender la escalera.

—¿Han dormido bien?

—Sí, sí. Ella sigue en la cama. Quería pedirle un cubo de agua para el aseo y algo de comer. Partiremos en cuanto hayamos terminado de hacer todo.

—De acuerdo, le diré a la muchacha que les suba lo que me ha pedido. ¿Tienen prisa por emprender el camino?

—Un poco. Vuelvo a ver si se ha despertado —le dijo haciendo un gesto con el pulgar hacia el piso superior. No quería dar demasiados detalles. Si se ponía en la piel de Breadalbane, este no tardaría en preguntar en todas partes y alguien podría irse de la lengua por unas monedas. No corrían buenos tiempos en la nación después del cambio de monarca.

—De acuerdo.

Antoine se volvió para regresar a la habitación y ver si Leah ya se había despertado. Al abrir la puerta, la encontró sentada con la espalda apoyada en el cabecero de la cama. Su cabello era un completo amasijo de hebras color del cobre, revuelto, pero sin restarle un ápice de atractivo y sensualidad. Percibió la mirada de ella a través de los mechones.

—¿Por qué no me habéis despertado? ¿Hace mucho que os habéis levantado?

—No, no mucho. He bajado a pedir que nos suban un cubo de agua para asearnos. Y algo de comer. En cuanto lo hayamos hecho, podremos marcharnos. ¿Qué tal habéis dormido?

Ella resopló.

—Me costó al principio. Creo que no era capaz de hacerlo del cansancio que tenía. Pero al cabo de un rato caí rendida. ¿Y vos?

—Lo justo. No creáis que estoy acostumbrado a dormir mucho. ¿Cómo está vuestro tobillo? —Hizo un gesto con el mentón hacia este pese a que permanecía bajo la ropa de cama.

—No me molesta. Sin duda que ha agradecido las horas de descanso.

El golpe seco en la puerta hizo que Antoine se volviera y que, al abrirla, la joven muchacha que la noche pasada les había servido la cena apareciera con un cubo de agua.

—Ya me ocupo yo. Gracias —le dijo él cogiéndolo.

—Subiré algo para comer. ¿Quieren té?

—Sí, estaría bien…. Y un poco de café —matizó ella captando la atención de Antoine y de la joven.

Esta asintió y abandonó la habitación de nuevo.

—¿Necesitáis que la caliente? —le preguntó lanzando una mirada a Leah, quien seguía en la misma posición que cuando él regresó a la habitación. Solo que se había recogido el pelo y era testigo de su atractivo incluso recién despierta. Le daba la impresión de que era una de esas mujeres que no necesitaba muchos arreglos para estar bonita.

—No os preocupéis por mí. No soy una dama refinada —le dejó claro apartando la ropa de la cama y dejando que él se fijara en sus piernas. La tela de su camisola se subió algo más de lo permitido para revelar parte del muslo. Antoine se mordió el labio y desvió la mirada. Entendía que no tuviera pudor al haber sido una cortesana, pero él no era de piedra. La deseaba. Y en aquellos momentos en los que ella parecía olvidarlo, a él se le hacía complicado contenerse. Más y más complicado.

Leah no se había dado cuenta de que él la miraba de aquella forma tan… explícita y especial. Juraría que, si tuviera valor, habría recorrido la distancia que los separaba y la habría estrechado contra su cuerpo para después besarla y por último despojarla de su camisola. Pero era todo un caballero y no rompería su palabra. Ni tan si quiera cambiaría sus modales. Lo vio girarse hacia el cubo y hundir las manos en este para después chapuzarse el rostro y el pelo. Coger una toalla y secarse sin mirarla. Tal vez estaba aguardando a que terminara de vestirse. Sin duda que verla salir de la cama vestida con

una camisa fina de hilo lo había impactado. Pero había decidido despojarse de su *kilt* y su corpiño durante la noche al sentir cierto agobio.

Alguien volvió a llamar y Antoine se vio salvado. Pero la imagen de ella saliendo de la cama con una fina prenda puesta y permitiendo que él pudiera verle las piernas… no era la mejor manera de comenzar el día a su juicio.

El servicio del hotel les subió el desayuno, que dejaron sobre la mesa, de la que apartaron antes los restos de la cena.

—Buen provecho.

—Gracias —dijeron los dos casi a la vez.

Leah se recogió el pelo y se los echó sobre uno de los hombros para poder lavarse el rostro y dejar que algunas gotas de agua resbalaran por su cuello y su nuca hacia el interior de su camisa. Se incorporó de inmediato al sentir la frialdad de estas y se las secó con la propia tela de la camisa.

—¿Preferís té?

Se giró hacia Antoine que la contemplaba con expectación por lo que prefiriera. Tenía una tetera en su mano dispuesto a verte el contenido en su taza.

—Gracias.

Se sentó a la mesa y volvió a agradecerle el detalle de servirle y pasarle la taza.

—¿Vos preferís café?

—Sí. No soy muy aficionado al té. El café me gusta solo y sin azúcar. Amargo y fuerte.

La miró con curiosidad mientras se servía. Se había recogido el pelo y le caía sobre la mitad de la espalda. Su aspecto recordaba a algunos ilustrados de París que hacían lo propio con una cinta de color. Siguió observándola mientras cogía pan y algo para comer.

—Procurad alimentaros bien, ya que no tengo intención de parar para volver a hacerlo hasta que casi no estemos en la frontera. Y os digo que me gustaría parar a pasar la noche en esta.

Ella abrió los ojos como platos y se quedó contemplándolo como si hubiera dicho una locura.

—En ese caso, tendremos que mantener un ritmo de viaje bastante alto. Como mucho podremos quedarnos a las afueras de la capital,

pero no más. Son dos jornadas hasta Edimburgo y otra a la frontera.

—No, si podemos evitarlo.

Ella abrió la boca para rebatirlo porque pensaba que cambiaría de opinión cuando le dijera lo que tardarían. Pero no solo no lo había hecho, sino que seguía en sus trece.

—Imposible.

—Cambiaremos los caballos en alguna posada o cuadra que encontremos. Pero si podemos llegar a la capital, lo haremos.

—Os repito que es algo que no veo posible —le rebatió furiosa porque no daba su brazo a torcer—. Vos no conocéis el país.

—Para eso os tengo a vos. Para que me digáis por dónde tenemos que ir.

—¡Os lo estoy diciendo, monsieur! —le recalcó señalándolo con la mano abierta hacia él.

—En ese caso, tal vez deberíamos irnos ya y terminar de comer por el camino. Os esperaré abajo mientras termináis. Iré preparando los caballos.

Ella lo vio levantarse de su silla y recoger su ropa sin importarle que siguiera comiendo. Pero lo que más la indignó fue que se dirigiera a la puerta sin decirle nada más. No parecía que el viaje fuera a ser placentero, después de todo. Pero no se alteró lo más mínimo. Terminó de desayunar y procedió a recoger sus pocas pertenencias para seguir el viaje.

Antoine se dirigió al establo para ir preparando los caballos y partir en cuanto ella apareciera. Quería ponerse en camino y olvidarse de su imagen cuando salió de la cama esa mañana. Lo llevaba persiguiendo desde que la vio y no era capaz de quitársela de la cabeza. Si cada vez que se dirigiera a ella iba a pensar en sus piernas, y en su piel de apariencia suave, mejor sería que emprendiera el viaje él solo. Quería llegar a Cornualles cuanto antes, ya que el tráfico marítimo con el continente estaba cerrado por la disputa con Francia por los Países Bajos. Confiaba en que sus antiguos amigos en aquella región del sur de Inglaterra pudieran echarle una mano a volver a casa.

John Campbell se despidió del oficial inglés que lo había acompañado hasta su propia casa. No le dio demasiadas explicaciones, sino que estaba cansado y que sería inútil llegar a la frontera sin estar

seguro al ciento por ciento de que lo lograría. Después, fue en busca de uno de sus hombres de confianza del clan. El trabajo que iba a encargarle era más propio de un tipo como él a un oficial del rey.

—Robertson, necesito un favor —le dijo el conde al ver a su hombre charlando con otros miembros del clan.

—Usted dirá.

—Quiero que te prepares para un largo viaje, tal vez te lleve a Francia, incluso.

—¿Francia? —preguntó el hombre sorprendido por el destino.

—Tengo pruebas de que esa mujerzuela de Leah Cameron está viva.

—¿La cortesana de la que se enamoró vuestro hermano?

—La misma que acabó con él.

—Bien, y ¿qué desea?

—El oficial inglés que acaba de marcharse y yo recabamos información sobre ella. Al parecer, huyó de Moidart en compañía de un francés y en estos momentos deben andar camino de algún puerto para embarcarse rumbo a Francia. Quiero que te pongas en camino hasta la frontera inglesa y que averigües si piensan hacerlo.

—Entiendo que pretenden llegar a Francia…

—Sí, pero tengo mis dudas acerca de si lograrán embarcarse, ya que Inglaterra no permite zarpar hacia Francia por las malas relaciones que existen. El rey Guillermo lo ha prohibido. De manera que… lo tendrán complicado salvo que lo hagan en un bote de contrabandistas. O encuentren otra forma de pasar el Canal de la Mancha.

—Preguntaré en los puertos a ver si alguien los ha visto. Estoy seguro de que no pasarán desapercibidos. Una mujer como ella llama la atención de cualquier hombre.

—Incluido mi hermano. Necesito que te marches cuanto antes y que no digas nada a nadie de dónde vas.

—Entendido. Prepararé algo de ropa y me acercaré a Fort William. Empezaré mi viaje en este lugar y preguntaré si por casualidad han parado allí.

—Tened. Para gastos. —El conde le hizo entrega de una bolsa de cuero con dinero—. Y ni una palabra a nadie.

—Solo una cosa más, señor. ¿Qué hago cuándo de con ellos?

—Creo que no hace falta que te lo diga. Pero te agradecería que me trajeras nuevas de que ella es historia. Ya me entiendes.

—Está bien. Me prepararé para marchame enseguida.

—Llévate un buen caballo.

John Campbell sonrió satisfecho por la decisión tomada. No iría él en persona, aunque lo que más le gustaría sería encontrar a Leah Cameron y ajustarle las cuentas él mismo. Pero había dado su palabra a su esposa y se quedaría con ella, haciendo que había olvidado ese asunto, aunque en su interior contaría los días para que Robertson cumpliera su palabra.

Antoine llevaba los dos caballos cogidos por las riendas camino de la puerta de la casa de huéspedes. Ella parecía estar tardando algo más de lo que él esperaba. No convenía retrasarse más de lo obligado. El día estaba despejado y ya comenzaba a despuntar el sol por entre las montañas. A él le gustaría estar ya en el camino hacia la capital en un primer intento de conseguir pasaje en algún barco. Estaba impaciente cuando la vio aparecer y dirigirse hacia él.

Su mirada era la misma que él había visto antes de abandonar la habitación. Su semblante parecía reflejar cierto enfado. El ceño fruncido y los ojos entrecerrados. ¿Se debía a que él pretendiera marcharse temprano o a otra cosa que había dicho o hecho?

—Tomad. —Le entregó las riendas de su caballo con un gesto cordial, sonriendo a la espera de que ella se mostrara de igual forma.

—Gracias. —Puso el pie en el estribo y subió sin mediar una sola palabra, y eso que se moría de ganas de preguntarle qué diablos estaba mirando y qué le estaba enervando la sangre.

—Vos conocéis el camino.

—En ese caso, ¿a qué demonios estáis esperando para seguirme? —Leah hincó los talones en los costados del caballo y emprendió el camino hacia la salida de Fort William.

—Pero ¿qué…?

A él no le quedó otra que azuzar a su animal para seguirla porque su arranque temperamental lo había descolocado. Por suerte se puso a su altura de inmediato.

—¿Se puede saber a qué ha venido ese arranque?

—¿Por qué lo decís? ¿Acaso no sabéis montar? Tenéis prisa por llegar al puerto de Edimburgo, ¿no? —Se mostró irónica en todo

momento. Su sonrisa pérfida así lo dejaba entrever.

—Pues sí. Quiero conocer lo antes posible las posibilidades que tendremos en caso de que no encontremos un barco que zarpe a Francia.

—Sabéis que eso va a ser algo complicado, ya que ambas naciones están enfrentadas por los últimos acontecimientos en los Países Bajos. De manera que ya podéis ir olvidándoos de ello. La mejor opción que tenemos es la de llegar a Cornualles y buscar a vuestros antiguos amigos para ver si alguno de ellos puede acercarnos a la costa francesa —le recordó poniendo el caballo al paso para no cansarlo de inicio, a pesar de que el comportamiento de aquel francés la había cabreado. Ello no significaba que tuviera que pagarlo con el animal. Pretendía pasar el mayor tiempo posible sobre este y dar más descanso a su tobillo.

—Entonces tendremos que encontrar una nave que vaya hasta el sur de Inglaterra.

—¿Y si no lo logramos? —Por primera vez en días, ella pensó en esa posibilidad. Hasta entonces no había tenido demasiadas ocasiones para hacerlo porque había estado más pendiente de salir de Moidart y de rechazar las desconocidas emociones que experimentaba en compañía del aquel francés. Pero en ese preciso instante se le pasó por la cabeza que no lograrían pasar al continente.

—No creo que eso llegue a suceder. Siempre hay contrabando en el Paso de Calais. No me inquieta. Podemos navegar hacia España si hay algún navío que se dirija allí.

—Estáis muy seguro.

El tono de su voz se volvió algo más pausado. Ella pareció relajarse después de lo sucedido esa mañana. Era consciente de que lo había provocado al salir de la cama, pero no lo había hecho queriendo. Sin embargo, recordar su gesto y su mirada la hicieron comprender que le habría gustado acompañarla de vuelta a esta. Había percibido su deseo por ella. Y tal vez ese había sido el detonante de que la hubiera dejado con la palabra en la boca y se hubiera largado de la habitación cuando desayunaban. Trataría de no provocarlo una vez más.

—Por lo general, siempre he conseguido lo que me he propuesto. De una u otra forma, pero lo he hecho. De manera que no me inquieta lo que pueda suceder porque estoy convencido de que llegaremos a mi

casa en las afueras de París. Pero tendremos que tener paciencia. Esto va a ser largo.

—Lo sé —dijo apartando su mirada del rostro de él para fijarla en el camino—. Bordearemos Stirling y nos dirigiremos a Falkirk. Una pequeña localidad cercana a la capital.

—Ya os he dicho que vos sois mi guía en vuestra tierra.

—¿Por qué os aventurasteis a venir aquí? El país está en guerra, o sería mejor decir que lo estaba. Solo quedaban algunos reductos en favor del rey Jacobo.

—Mi hermana y yo vinimos a traer un cargamento y de paso visitar a mi amigo Angus Donaldson. Creo que ya os lo he contado.

—¿Desde Francia?

—Hay notables que desean tener a los Estuardo en el trono. Con ellos en este, las relaciones entre ambos países han ido viento en popa. La presencia de un rey extranjero, pese a que es el yerno de Jacobo, no ha calado muy bien en la corte de Luis. Además, hay intereses comerciales.

—Así que los nobles y los comerciantes franceses son los que deciden enviar armas a Escocia…

—Podría decirse que así es.

—¿Tenéis el dinero que os dio vuestro amigo?

—¿Os referís al que me debía? —Ella asintió ante aquella pregunta —. Sí, descuidad. Lo entregaré a los nobles franceses que me contrataron para traer la carga. Solo espero que tengan un poco más de paciencia para cobrar. Hasta que llegue a París.

—¿Nunca os lo habéis quedado?

Antoine se rio a carcajadas ante semejante comentario por parte de ella.

—¿Por quién diablos me tomáis?

Leah experimentó una ola de calor bastante sofocante en todo su cuerpo cuando él la recorrió de pies a cabeza con su mirada. Una vez más, no pudo controlar sus emociones y sintió arder su rostro, lo que provocó una sonrisa cínica en él. Ella resopló y se aferró con fuerza a las riendas, como si temiera caerse del caballo. Pasados unos segundos, se recompuso y prosiguió la charla.

—Solo era una cuestión sin más.

—Imagino que si me la habéis hecho es porque habéis conocido a

alguien que ha actuado de esa manera. ¿Me equivoco? —le preguntó con la mirada entornada llena de curiosidad por conocer su respuesta.

—Una vez.

—¿Y qué pasó?

La conversación parecía haber relajado el ambiente porque ambos habían aminorado la marcha de los caballos. Iban al paso, sin ningún tipo de prisa.

—Oh, lo que podéis suponer.

—Supongo que no se le volvió a ocurrir hacerlo.

—No le quedaron ganas. Puedo dar fe. —Levantó la mano como si estuviera prestando juramento.

—Ya, bueno, en este mundo del contrabando uno puede encontrarse de todo. Hasta una mujer bonita al frente en la costa noroeste de Escocia —le aseguró contemplándola por primera vez con un toque de cariño y admiración.

Leah acusó aquellas palabras, solo que en esa ocasión no significaron un calor sofocante, sino más bien una sensación más cálida y placentera. Había un toque de ternura en su mirada que le provocó un escalofrío en la espalda. Sonrió tímida y apartó la mirada de él mientras saboreaba las palabras dichas.

Antoine comprendió que, pese a todo lo que ella pudiera ser y lo fuerte que pretendiera mostrarse, era una mujer. Una con un corazón que palpitaría si él lograra llegar a este. No tenía muy claro qué haría con ella una vez que llegaran a París. Le había prometido ayudarla a establecerse, y eso sería lo primero que haría. Pero después… Sabía que tendría innumerables admiradores en cuanto apareciera una sola noche en una velada. Que todos acudirían como abejas a una flor. Solo que esta no tenía nada que ver con la que cualquier hombre podría esperar.

—¿En qué pensáis?

La pregunta de ella interrumpió sus pensamientos. Lo agradeció porque no estaban siendo de lo más placenteros para su propio gusto.

—En todo este asunto del contrabando.

—¿Pensáis dedicaros más tiempo a este?

Él sacudió la cabeza con decisión sin apartar la mirada del rostro de ella.

—No. Ni hablar. Este ha sido mi último viaje. En cuanto llegue a

mi casa, me dedicaré a descansar, a administrar mis bienes. A convertirme en un hombre de negocios, tal vez. No estoy seguro. Acudiré a las veladas que me inviten y…

—Buscareis una joven dama casadera…

La sugerencia no pareció hacerle demasiada gracia a él por el gesto que Leah percibió al instante. Y su forma de mirarla…

—No estoy seguro de querer hacerlo.

—Bueno, solo era una sugerencia. —Se sintió cohibida por haberle hecho ese comentario. Tal vez, después de todo, él prefiriera permanecer solo y disfrutar de la vida sin preocuparse por formar una familia.

—A lo mejor no es una joven muchacha casadera lo que necesito, sino una mujer que tenga las cosas muy claras en todo momento.

—En ese caso, os resultará más complicado encontrarla.

Antoine sonrió esa vez por su comentario y asintió convencido de sus palabras.

—A lo mejor no tanto.

Leah abrió la boca para rebatirle una vez más, pero la manera de dirigirse a ella por parte él le provocó una ligera taquicardia que fue más acentuada a medida que pensaba en aquella locura que acababa de acudir a su mente.

—Esa clase de mujer a la que os referís…

—¿Sí?

—¿Por qué querríais a alguien así a vuestro lado? Y ya os digo que os resultará complicado, salvo que os fijéis en alguna viuda —le resumió entre risas—. Por otra parte, no creo que sea vuestro tipo, por lo poco que os conozco.

La curiosidad le picaba más de lo que ella quería. No pretendía inmiscuirse de más en la vida de él, pero sí debía admitir que le había llamado la atención su preferencia por las mujeres.

—¿Una viuda? No, no. Decís bien que me conocéis.

—Entonces, tal vez una solterona en la que ningún hombre se ha fijado.

—Podría darse el caso. Pero no me gusta la palabra que habéis empleado.

—¿Os referís a solterona? Es la que todo el mundo emplea para referirse a una mujer que ha pasado de los veinticinco años y no ha

formado una familia.

—¿Qué me decís de vos? —Antoine se sentía cómodo charlando de ese asunto porque no dejaba de ser interesante. En parte le gustaría considerarla a ella como su futura compañera.

—¿De mí? No es muy caballeroso por vuestra parte indagar en mi vida privada —le dijo mostrándose irónica e incluso ofendida—. Además, ya os conté lo que he sido. No veo qué interés puedo despertar en un caballero, monsieur. —No abandonó su toque sarcástico cuando se dio cuenta de que podría estar adentrándose en un terreno peligroso para sus intereses. No quería sentir nada especial por aquel francés; de eso estaba convencida, pero el trato tan cercano que él le dispensaba hacía más complicado resistirse a su encanto.

—Dejadme deciros que, lo creáis o no, tenéis vuestro encanto, vuestro atractivo, madame.

Ella estalló en carcajadas para impedir que la calidez de aquella afirmación la envolviera haciéndola soñar.

—Deberíais miradme con atención. Apuesto a que después de hacerlo cambiaríais vuestra opinión de mí.

—Ya lo hago, Leah. Ya lo hago y nada ni nadie me podrán hacer cambiar mis pensamientos por vos.

Ella entreabrió los labios para decir algo, pero prefirió centrarse en tomar aire e intentar contener su pulso acelerado. No, no. No iba por buen camino la cosa, se dijo.

—Sois muy galante conmigo y os lo agradezco, pero mi tiempo ya ha pasado. Y el nuestro lo hará si no apretamos el paso un poco. Nos hemos relajado con la charla, monsieur —le dijo azuzando a su caballo para que emprendiera el galope. Una disculpa para escapar de las palabras de él. Habían sido suaves y dulces como una cucharada de miel en el té. Por ese motivo escapaba de su lado haciendo correr a su montura. Sabía que él no tardaría en darle alcance, pero al menos a ese ritmo no hablarían y se dedicarían a galopar. Se había relajado demasiado conversando con él. E incluso se había dejado llevar por la situación mostrándose confiada y atrevida al percibir la complicidad que a cada minuto parecía irse asentando entre ellos.

Antoine tardó unos segundos en reaccionar. No le inquietaba que ella hubiera fustigado a su animal para emprender el galope, alejándose de su lado. Sin duda que sus palabras la habían cogido por

sorpresa y su reacción más inmediata había sido huir.

—No, Leah. Tu tiempo no ha pasado mientras siga considerándote la compañera perfecta para mí —dijo como si ella pudiera escucharlo.

La dejó galopar, consciente de que en breve debería frenar para no agotar al animal. Luego, él hizo lo propio y al poco tiempo logró situarse a su altura. Percibió la mirada brillante y la sonrisa enigmática por parte de ella, pero no le dijo nada. Siguió cabalgando a su lado hasta que decidieran parar para descansar.

Capítulo 7

Robertson llegó a Fort William después de haber hecho correr a su caballo como si el mismo diablo fuera tras él. Por ese motivo, se apeó de su montura y la condujo a la cuadra. Debería dejarla allí descansando y él partir con un animal de refresco.

—Amigo, necesito cambiarlo —le dijo haciendo una seña a este—. He de seguir viaje y no puedo parar mucho.

El tipo de la cuadra se volvió hacia el recién llegado. Lanzó un vistazo a su montura y asintió.

—Me queda uno. Podéis llevároslo.

—Gracias.

—Sin duda lo habéis hecho galopar —le dijo quitándole la silla—. ¿Tenéis prisa?

—Un poco, la verdad.

—Enseguida os lo preparo y podréis seguir.

—¿Puedo haceros una pregunta? No tiene que ver con el caballo —le aclaró viendo que el hombre asentía—. ¿Habéis visto pasar a una pareja?

El hombre de la cuadra se quedó callado con gesto pensativo. ¿Iba buscando a la que le había comprado los caballos la tarde anterior?, se preguntó cavilando si debería decirle la verdad o dejarlo estar. Sacudió la cabeza.

—Son muchos los que pasan por mi cuadra. Y yo no estoy a todas horas, sino que está mi ayudante. En este momento, se ha marchado. ¿No podéis ser más preciso?

—Ella es pelirroja; su cabello se asemeja al fuego. Y él es francés, o creo que podría serlo. —Robertson sacó una bolsita de tela que parecía contener un buen puñado de monedas.

—Espere —dijo el tipo de la cuadra cuando la vio—. Sí, de ella me acuerdo por el color de su pelo y porque entendía de caballos. Estuvo negociando el precio de dos que tenía aquí. Y el otro parecía extranjero. Sí, podría ser francés o incluso de Flandes.

—¿Os dijeron hacia dónde iban? Necesito dar con ellos. —Robertson comenzó a contar las monedas que tenía en la palma de la mano. Sabía que nadie se resistía a una buena propina.

—A Stirling. Eso dijo ella. Que ambos iban camino de esta ciudad. Ya tenéis el caballo, amigo.

Robertson puso las monedas en la mano del hombre y asintió.

—Gracias. Habéis sido de gran ayuda.

—De nada. A vos —le dijo con una sonrisa cuando vio el dinero en su mano. La mujer no le pidió que no hablara de ellos a nadie ni hacia dónde iban; luego estaba en su derecho de decírselo a quien preguntara por ellos, ¿no? No hacía nada malo, se dijo convencido.

Robertson dejó Fort William después de comprar algo para comer y emprendió el camino a Stirling. Con un poco de suerte los alcanzaría allí. Solo había una cuestión que le llamaba la atención y era que allí no había puerto desde el que poder embarcarse. Eso quería decir que tal vez fuera una etapa más en su camino. El objetivo final sería el puerto de Leith en Edimburgo. Pero tenía sus dudas acerca de que pudieran encontrar un navío.

—Haremos una breve parada en Stirling y seguiremos —le dijo Leah con el brazo extendido hacia las casas que se veían a cierta distancia.

—Creo que sería lo mejor. E incluso ver si podemos comer en algún sitio. De ese modo, podemos informarnos de cómo está la situación para embarcar al continente.

—Edimburgo queda a menos de un día, pero tal vez debamos cambiar las monturas si pretendemos llegar allí.

—Lo consideraremos.

El camino había discurrido en un completo silencio porque se habían dedicado a galopar más que a hablar. Los dos parecían haber llegado a un acuerdo tácito sobre la vida privada de cada uno. La última conversación mantenida parecía haber revelado bastantes cosas, que ninguno parecía querer remover.

Entraron en Stirling fijándose en su castillo, como era lo normal

dado que dominaba desde lo alto las vistas del valle.

—Una de las fortalezas más emblemáticas en Escocia —comenzó contándole ella con la mirada fija en este—. Fue el último bastión inglés que el rey Robert recuperó para la nación. Supongo que en estos días estará bajo dominio británico.

—¿Confiáis en que Jacobo Estuardo vuelva al trono?

—Tengo mis dudas. Dependerá de lo unidos que estén los clanes.

—¿Acaso los hay que prefieren un rey extranjero? Por la poca Historia que he aprendido de Inglaterra y de su relación con Escocia, la casa Estuardo es la legítima heredera.

—Sí, pero al parecer en Londres se han cansado de ellos. Por ese motivo, el parlamento pidió a Guillermo de Orange que viniera a tomar el trono de su suegro.

—Curioso que accediera.

Leah se rio por aquella apreciación.

—¡Hablamos del trono de Inglaterra! Que al mismo tiempo reina sobre los cuatro países que forman las islas. ¿Vos nos lo hubieseis aceptado? —Lo miró como si no estuviera hablando en serio.

—No, gracias. No me va sentarme en un trono, por mucho que sea el de Inglaterra. Los reyes cambian como el viento en altamar. Ved lo que ha sucedido con Jacobo.

—Pero no siempre tiene que ser de esta manera.

—Prefiero seguir como estoy y ya os digo. Y que me gustaría retirarme a mi casa en París. Y creo que es el momento de parar y hacer preguntas. Vayamos a comer algo, las tabernas son el perfecto lugar para obtener información. Espero que estéis de acuerdo conmigo —le dijo mirándola con una ceja elevada y una media sonrisa.

—Monsieur Lerroux, sois un tipo desconcertante —le aseguró ahogando la risa en su garganta.

—Vos sí que me desconcertáis a cada momento. Acabáis de llamarme por mi apellido. Es la primera vez que lo hacéis.

Él se apeó del caballo y se dispuso a ayudarla a hacerlo ante la sorpresa de ella. Leah dejó que él la sujetara por la cintura y que la descendiera de la silla de montar sin ningún problema. Este surgió cuando se encontró tan cerca de él; tanto que sus cuerpos se rozaron, sus miradas quedaron fijas y suspendidas la una en la otra. Sus labios separados por una mínima distancia. Él podía percibir la respiración

agitada de ella. Escuchar el suspiro escapando por los suyos y fijarse en como, de manera lenta y disimulada, se los humedecía. Quería apoderarse de estos y hacer suyo aquel suspiro, aquella respiración alterada por la cercanía de sus cuerpos. Todavía la tenía sujeta por la cintura, como si no pretendiera dejarla marchar, pero sabiendo que tenía que hacerlo.

—Gracias, pero no hacía falta que fueseis tan galante. Estoy acostumbrada a subir y bajar de los caballos, sola.

—Sin duda, pero me apetecía serlo, madame.

Leah curvó los labios en una media sonrisa entre la ironía y la picardía. Asintió y se apartó de él de manera rápida, como si las manos del francés quemaran en su cintura. Sabía, por lo que le estaba transmitiendo, que, si se apartaba de manera lenta, su cuerpo se rebelaría una vez más traicionando sus pensamientos. Temía que llegara el día en el que sus emociones fueran más acusadas y que no pudiera esconderlas, o al menos disimularlas. ¿Qué había de malo en ello? Era una mujer sin ningún compromiso sentimental. No había un hombre que la esperara después de aquella alocada aventura. Entonces, ¿cuál era el problema? La mujer que había sido. Antoine no se merecía acabar sus días con una que había sido una cortesana y una contrabandista, por mucho que la vida de él hubiera sido igual de azarosa que la suya. No. Él era educado, atento y galante con ella, pero se merecía a una compañera digna de él.

Volvió a quedarse solo mientras la contemplaba alejarse. Luego, caminó hasta ella y se situó a su lado.

—¿Tenéis algún reparo en entrar conmigo en la taberna? Os lo pregunto porque sois una mujer. Y aunque ambos sabemos lo que habéis sido, la gente no. Pensarán que sois…

—¿Creéis que a estas alturas de mi vida me preocupa lo que otros puedan pensar o comentar de mí? Creerán lo que les dé la gana. Que soy vuestra amante, vuestra sirvienta o una prostituta. —Ella lo interrumpió elevando las cejas en un arco de expectación por lo que él pudiera añadir.

—Os dais cuenta de que no necesito una dama recatada en mi vida.

Fue él con sus palabras el que la dejó detrás, callada, observándolo entrar en la taberna. Pero entonces se volvió en el último momento

para contemplar si lo seguía al interior. Verla parada en mitad de la calle lo sobrecogió. Podría haber sido lo que fuera en su pasado, y podría mostrarse en ocasiones como una mujer fría y sin sentimientos. Pero en ese instante, a él le pareció solo *una mujer*. Indefensa ante la evidencia. Y bonita. Tanto que no se cansaba de mirarla siempre que el destino se lo permitía.

Leah caminó hacia él cuando vio que la estaba esperando. No era la primera vez que entraba en una posada o taberna. En Moidart, las frecuentaba con sus hombres o sola, cuando tenía que pensar en algún negocio. Lo único que podría hacerla retroceder o mostrarse más cauta era estar con él.

—Será mejor no perder más tiempo y preguntar cómo está la situación. Tal vez logremos averiguar si zarpan barcos desde el puerto de Edimburgo —le aseguró pasando a su lado sin que dejara de contemplarla. ¿Por qué no le sorprendía su reacción?

Al momento de poner un pie en el interior, las miradas de los clientes que había allí se volvieron hacia la puerta y no se apartaron de la mujer. Leah se mordió los labios para sofocar las carcajadas. Era como había supuesto. Todos mirándola como si fuera un bicho raro. Algunos lo hacían con curiosidad, otros con interés y los más atrevidos con lascivia. Con el deseo de llevársela al piso de arriba, donde seguro que habría habitaciones. Pero todos cambiaron cuando Antoine caminó a su lado con paso firme. Se acercaron a la barra mientras el posadero escrutaba los rostros de los dos.

—¿Qué va a ser? —preguntó con curiosidad.

—Queremos información —se adelantó a decir Antoine.

—Esto es una taberna. Aquí, la gente viene a beber.

—Está bien. También beberemos. ¿Vino?

—No. Mejor un trago de *usquebaugh*. ¿Habéis probado el licor de las Tierras Altas? Bueno, de todo el país en general, junto con el whisky.

—No, desde que estoy en Escocia, no lo he probado.

Leah lanzó una mirada al tabernero.

—Dos.

—Está bien.

Este sirvió el licor en dos vasos pequeños y dejó la botella sobre el mismo mostrador. Luego, permaneció a la expectativa.

—Tened cuidado. Es bastante fuerte —le advirtió ella, no fuera a ser que se atragantara debido a la alta graduación.

—Por vuestro bien, espero no morirme —ironizó él mientras se llevaba el vaso a los labios y bebía. Al momento sintió como si acabaran de aplicarle fuego en su interior. Sacudió la cabeza y dejó el vaso en el mostrador mientras trataba de coger todo el aire posible para sofocar aquel incesante calor.

Y, mientras, Leah se reía de los gestos de él. No quiso darle la mayor importancia a sus palabras. Bien era cierto que dependía de él para abandonar las islas, pero si tuviera que hacerlo sola, lo intentaría.

—No será porque no os lo advertí, monsieur. Confío en que sigáis entero.

Los clientes allí presentes no perdieron detalle de la escena. No apartaban las miradas de la mujer de cabello como el fuego. ¿Quién diablos sería? Era la primera vez que la venían por allí.

—Está bien. Me ha quedado claro que el licor que tomáis aquí es bastante fuerte.

—¿Otro trago? —El tabernero cogió la botella y se dispuso a rellenarle el vaso.

—*Non, ¡mon Dieu!* —exclamó cubriéndolo con la mano para que no vertiera ni una sola gota más.

—En ese caso, decidme qué información precisáis.

—Queremos zarpar rumbo al continente —comenzó diciendo Leah para darle tiempo a Antoine a recuperarse del mal trago—. Monsieur quiere regresar a su casa en París.

El tabernero chasqueó la lengua en clara señal de decepción por lo que iba a decirles.

—Lo tendréis complicado.

—No zarpan naves para el continente, ¿cierto? —intervino él cuando se hubo repuesto del licor.

—El nuevo monarca no permite zarpar rumbo a Francia por la disputa que mantiene con Inglaterra por los Países Bajos. Con él en el trono, las cosas han cambiado. Hay comentarios que aseguran que ha sido por venganza, porque Jacobo no le paró los pies a Luis en el tema de Flandes.

—Pero fue el parlamento británico el que lo llamó para que

ocupara el trono que ostentaba Jacobo —dijo Leah confundida por aquellas noticias—. ¿No me estaréis diciendo que Guillermo accedió a la petición de Londres para vengarse de su propio suegro? Porque este no se enfrentó a Francia en la guerra franco-holandesa…

—Eso he escuchado a algunas personas que han pasado por aquí. Y eso que ambos son familia. Guillermo está casado con la hija de Jacobo. Y va y le arrebata el trono en un claro golpe de Estado del parlamento de Londres —dijo algo enfurecido por ese hecho.

Antoine frunció el ceño y sacudió la cabeza sin poder creer que todo se pudiera deber a ello.

—Pero han pasado años desde que terminó la guerra en Flandes… No puedo creer que Guillermo haya accedido al trono de Inglaterra por una disputa familiar —resumió Leah con la mirada perdida en el vacío.

—No puedo asegúroslo. De todas maneras, hay quien asegura que la situación se está recrudeciendo en los Países Bajos. Pero solo son suposiciones que cuenta la gente. Y en lo referente a los barcos, eso sí puedo aseguraros que el rey Guillermo ha prohibido zarpar hacia las costas francesas. Así como acoger navíos que proceden de allí. Tal vez podáis llegar en alguna nave de contrabandistas. Están en auge en estos días, pero no os lo recomiendo —dijo mirándola a ella sin saber que era una.

—Está bien. Tendremos que mirar la manera de llegar a Francia —aseguró Antoine mirando al tabernero.

—Tendréis mucha suerte si lo lográis.

—Gracias por el trago y la información. —Le entregó alguna que otra moneda de más antes de caminar hacia la puerta y abandonar la taberna.

Antoine iba cabizbajo mientras le daba vueltas y más vueltas a la situación.

—La cosa no cambia demasiado. Desde un primer momento sabíamos que algo así sucedería —comentó Leah contemplándolo—. Tendremos que confiar en vuestros amigos de Cornualles, después de todo, y navegar en un barco de contrabandistas.

Él asintió pasándose la mano por el mentón con gesto serio.

—Sí. A decir verdad. Nada ha cambiado. Cruzaremos la frontera con Inglaterra y allí buscaremos un barco que nos lleve a Plymouth en

el sur del país. Está pegado a Cornualles. Una vez allí preguntaré a la gente que conozco por haberles llevado cargamentos. Serán unos pocos días más de viaje.

Ella sonrió.

—¿No lo estaréis diciendo por mí? ¿Porque estéis pensando que voy a abandonar o a salir huyendo en el último momento? —Leah entornó la mirada hacia él.

—No, claro. Lo digo porque tendréis que aguantarme más tiempo —le confesó en tono jocoso, quitando importancia al asunto.

—Ah… Lo decís por eso. No creo que vaya a cambiar nada lo que pienso de vos. Quedaos tranquilo.

«O tal vez lo haga, y lo que siento por ti, Antoine, se vuelva más fuerte con el paso de los días», se dijo, tuteándolo, dada la confianza que existía entre ambos.

—¿Puedo saber a qué os referís con lo que pensáis de mí?

Ella abrió los ojos, asombrada por su pregunta. No esperaba que él le diera importancia. Se humedeció los labios y asintió.

—Creo que ya os lo dije en algún momento. Me parecéis todo un caballero que en poco o nada tiene que ver con la clase de hombres que he conocido en el mundo del contrabando. Por eso os digo que no creo que mi idea de vos vaya a cambiar.

Él se limitó a sonreír y no dijo nada más. Siguió camino hacia los caballos y se subió al suyo.

—Deberíamos llegar a la frontera esta noche y pasarla allí. Preguntaremos en el puerto más próximo si hay posibilidades de embarcarnos al continente o, si no, a Plymouth.

—Cómo vos digáis. No tengo nada que objetar a ese respecto.

—En ese caso, pongámonos en marcha.

Emprendieron el camino hacia la frontera con Inglaterra con la esperanza de llegar por la noche y reponer fuerzas. Todo parecía indicarles que tendrían que cruzar el país hasta llegar al sur e intentar cruzar el Canal de la Mancha en un navío de contrabandistas, dada la prohibición del rey Guillermo de navegar hasta la costa francesa. Antoine maldijo a los reyes y a sus intrigas palaciegas que los obligaban a hacer más largo el viaje hasta casa. Claro que en parte a él no le importaba porque seguiría gozando de la compañía de Leah, aunque eso significara estar constantemente alerta ante sus emociones.

Robertson seguía su marcha hacia Stirling con la intención de alcanzar la ciudad lo antes posible. Sabía que esta no tenía puerto, de manera que Leah y su acompañante francés no podrían embarcarse. Lo más cercano era el puerto de Leith en la capital. Apostaba a que ese era su verdadero destino. Aunque por otra parte existía la prohibición de embarcarse rumbo a Francia, pero no a España o incluso a otro país limítrofe con la costa francesa, como los Países Bajos. O bien, podrían intentar llegar a las costas francesas en un barco de contrabandistas. Y para eso solo existía un lugar en la costa inglesa.

La frontera se veía cerca y ambos jinetes apretaron el paso para cruzarla antes de que fuera noche cerrada. Habían cabalgado durante horas, cambiando los caballos a las afueras de Edimburgo, y eso les había permitido estar en la misma frontera con Inglaterra. No había ninguna señal que delimitara dónde terminaba el territorio de un país y dónde comenzaba el otro.

—Es extraño que no haya una marca o alguien que te indique si estás entrando en suelo inglés —comentó Antoine.

—Mejor para nosotros. Será mejor buscar alojamiento para la noche. Este debe ser el primer pueblo de Inglaterra.

—O el último de Escocia, según lo miréis, porque parece ser que su extensión ocupa ambos países —le dijo haciendo referencia a una señal que acababa de ver y en la que informaba a los viajeros que se encontraban en suelo inglés—. Nos encontramos en Berwick.

—Vaya, pues creo que estamos en la parte del pueblo que pertenece a Inglaterra. Si preferís alojaros en la parte escocesa…

—No, busquemos un lugar para la noche cuanto antes. Necesito dormir un poco.

—En ese caso…

Reservaron alojamiento en una posada casi a las afueras. Como era de esperar, les ofrecieron una habitación, ya que consideraban que eran un matrimonio de regreso a su casa en Inglaterra después de haber pasado algunos días en la vecina Escocia. Cenaron algo y, mientras Leah subía a la habitación para descansar, Antoine permaneció algo más de tiempo en el salón junto al fuego, meditando en lo que había sucedido y en lo que todavía les restaba hasta llegar a su casa en París.

Estaba tan absorto en las llamas que devoraban los leños que no

prestó atención al hombre que ocupó un asiento a su lado. Y solo cuando este se dirigió a él, lo hizo.

—Buenas noches. Veo que se sienta cerca del fuego para calentarse.

—Sí, y para relajarme también.

—Los he visto llegar esta tarde. ¿Su esposa y usted?

—Eh, sí. Hemos llegado hace escasas horas —le refirió sin entrar a desmentir sus pensamientos en torno a Leah. Tal vez, después de todo, fuera mejor que se hicieran pasar por un matrimonio. Desconocían lo que podrían encontrarse en el camino, así que era mejor seguir con aquella farsa. Ya había tendido bastante en Stirling cuando entraron en la taberna. La manera de mirarla de algunos clientes había sido muy evidente. Y a él no le había gustado nada a pesar de que entre ellos no había ninguna relación.

—Supongo que regresáis a vuestra casa en Inglaterra.

Antoine apretó los labios y asintió despacio.

—Estamos buscando un navío que nos lleve al continente.

El hombre lo contempló intrigado por sus palabras.

—¿A Francia, tal vez? He notado que vuestro acento no es ni escocés ni inglés.

—Decís bien. Quiero regresar a mi casa —le dijo con cautela.

—Imagino que ya sabréis que no zarpan barcos a las costas francesas…

—Sí. Eso nos dijeron al salir de Escocia.

—Pero ¿qué hacéis tan lejos de vuestro hogar con los problemas políticos que existen entre ambas naciones? Ha terminado la guerra por el trono, pero al parecer prosiguen las tensiones entre el rey Guillermo y el vuestro —le aclaró con un gesto de su mano.

—Lo sé. Por eso mismo queremos volver. Bueno, mi esposa no conoce París. Será su primera vez.

—¿Os habéis casado aquí?

—Sí, pero dadas las tensiones políticas entre Inglaterra y Escocia por un lado, y luego con Francia, es preferible que ella venga a mi casa.

—Entiendo. Pues vos mejor que nadie parecéis saber cómo está la situación…

—Sí, no obstante, trataremos de llegar de alguna manera a la costa

francesa.

—Os deseo suerte porque la vais a necesitar.

—Lo sé. En fin…, creo que es hora de que me vaya a dormir. Ha sido un placer conversar con vos.

—Lo mismo digo. Y buena suerte.

Antoine decidió retirarse a la habitación. No tenía demasiadas ganas de hablar siempre de lo mismo. Ya sabía cuál era la situación política y que solo les quedaba la opción de Cornualles y el contrabando. Pero no revelaría a nadie sus verdaderas intenciones. Subió las escaleras hasta el piso superior y abrió la puerta con su llave. Entró en la modesta estancia y se fijó en el bulto que había bajo las sábanas. Leah se había quedado dormida, como le había asegurado. Entre el cansancio y calor que desprendía el hogar, no resultaría complicado quedarse dormido. Se acercó despacio hasta la cama y, tras comprobar que descansaba de manera profunda, se dispuso a buscar algo de abrigo para pasar la noche. Un par de mantas le vendrían bien, solo que no encontraba ninguna.

Después de pasar varios minutos dando vueltas por la habitación, decidió recostare sobre la cama. Esta era lo bastante amplia para que pudieran dormir los dos. Así que cerró la puerta, se quitó las botas y puso mucho cuidado en no despertarla cuando se tumbó a su lado. La contempló sin moverse siquiera por ver si se giraba hacia él o si emitía algún sonido. Pero no lo hizo y él cerró los ojos y suspiró. No sabía lo cansado que estaba del viaje hasta que su cuerpo comenzó a relajarse, y, antes de poder pensar en nada, se quedó dormido.

Leah se despertó de repente, sobresaltada por el sueño que estaba teniendo en ese momento. Se incorporó en la cama, ajena a que Antoine estaba tumbado a su lado y a que había reaccionado en el mismo instante que ella.

—¿Qué os sucede? —preguntó contemplándola con el ceño fruncido mientras ella respiraba deprisa y jadeaba. Su cabello estaba recogido salvo por unos cuantos mechones que flotaban libres. Sus labios entreabiertos, su respiración agitada haciendo que su pecho subiera y bajara con celeridad. Miraba al frente con las manos apoyadas en la cama.

Ella volvió el rostro en su dirección y se quedó contemplándolo entre la intriga, el temor y la sorpresa por verlo allí.

—¿Qué… qué hacéis…?

—Anoche llegué tarde y me tumbé en el espacio libre que habíais dejado en la cama. ¿Qué os sucede? ¿Un mal sueño tal vez?

Ella asintió. Tenía la garganta seca por los continuos jadeos que le habían provocado la angustia del sueño. Sin prestar atención a que su presencia fuera muy decorosa, se levantó en busca de agua ante la atenta mirada de él.

Antoine se incorporó y se quedó frente a ella esperando a que terminara de beber y a que le contara qué le había sucedido para reaccionar de aquella forma. La vio cerrar los ojos y resoplar algo más relajada.

—¿Qué os ha sucedido?

Ella abrió los ojos despacio. Allí estaba él, observándola con una mezcla de preocupación y de temor.

—Tuve un mal sueño, eso es todo —le dijo pretendiendo restarle importancia al tiempo que se apartaba de él.

—¿No vais a contármelo?

Ella lanzó una mirada por encima de su hombro en su dirección y sonrió.

—¿Qué pueden importaros mis sueños?

—Lo creáis o no me importan. Todo lo que os suceda, Leah.

Aquella afirmación volvió a alterarla, aunque no tanto como la reacción que había tenido al ver que en su sueño él… él… le pedía… que se quedara a su lado poco después de llegar a Francia. Y eso la asustó hasta el punto de reaccionar de la manera que había hecho. No, no podía andar pensando en tonterías ni en cuentos de jóvenes damas en edad de casarse, se dijo volviéndose hacia él.

—Tenía que ver con nuestro viaje… No podíamos abandonar Inglaterra y nos apresaron cuando supieron quiénes éramos. Me desperté justo en el instante en el que nos conducían ante el verdugo.

Antoine sonrió divertido.

—Buena decisión. La de despertaros en ese instante. —La sujetó por los brazos con delicadeza y la miró con cariño… o tal vez algo más intenso y profundo. Sonrió al percatarse de que ella temblaba—. Pero… si estáis temblando. No temáis. Nada ni nadie evitarán que conozcáis mi casa en Francia.

—Es la reacción al sueño —mintió consciente de que se debía más

bien a la manera de mirarla y de sujetarla de él—. Es mejor que me vista para que podamos comer algo y seguir viaje, ya que supongo que no encontraremos un barco que zarpe a Francia si no es en uno de contrabando.

Él asintió.

—Anoche, cuando os vinisteis a la habitación, estuve charlando con un cliente —comenzó explicándole mientras apartaba su mirada de ella para que pudiera asearse y vestirse sin verse incomodada por él.

—¿Qué os contó?

—Nada nuevo. No zarpan navíos hacia las costas francesas en estos días por la tensión política entre ambas naciones.

—Es algo que ya sabíamos.

—Sí, sí. Hay algo más que me gustaría que supieseis…

—¿Por qué vaciláis? ¿Qué sucede? ¿Es algo grave?

Antoine se volvió hacia ella para contemplar su rostro resplandeciente y su mirada cargada de expectación.

—Bueno, no creo que lo sea. Dependerá de vos.

—¿De mí? ¡Maldita sea, sed franco y no me tengáis en ascuas! —lo urgió recorriéndolo de pies a cabeza con la mirada.

—Pensó que erais mi esposa, y no me molesté en negarlo. Os lo cuento para que estéis prevenida por si lo vemos y os comenta algo al respecto. Y creo que no sería descabellado del todo seguir con el engaño.

Ella se había quedado clavada en el sitio, incapaz de hacer un solo movimiento para rebatir aquella conclusión de él.

—¿Por qué decís eso?

—Sé la clase de mujer que sois. Podéis defenderos como cualquier hombre, pero a partir de ahora os convendría comportaros como una mujer recatada y…

—¿Obediente y sumisa queréis decir? —Leah empleó un toque sarcástico para hacerle la pregunta. Realzó su busto al cruzar los brazos por debajo y arqueó una ceja con suspicacia.

—*No, ¡mon Dieu!* No hace falta. Y no me gustaría, ya que os prefiero como sois en realidad. Pero pude darme cuenta de cómo os miraban cuando estuvimos en la taberna de Stirling.

Había un toque de enfado en su tono que a ella la puso en alerta.

—¿No iréis a decirme que estabais celoso de aquellos hombres?

—Eh… No, no se trata de eso. Sino de evitar un escándalo, una pelea que pueda llamar la atención. No olvidéis que el conde os persigue para ajusticiaros. Me preocupa que alguien pueda quedarse con nuestros rostros y que, si hacen preguntas… —Antoine titubeaba sin saber qué decir. Pero sí. Había sentido rabia por cómo la habían mirado. Pero también comprendía que no tenía ningún derecho a sentirse de ese modo porque entre ellos no había nada.

—Tenéis razón. Nos comportaremos como unos recién casados —le dijo con total calma, tratando de no sonreír ante la reacción de él. Y aunque la parte romántica que habitaba en ella se podía llegar a sentir halagada, la otra, la más aguerrida y descarada, lo rechazaba por lo que había sido. No podía soñar con un matrimonio real como había soñado, o como él le decía que había hecho creer la pasada noche a un cliente de la posada.

—En ese caso, será mejor hacer lo que decís y bajar a comer algo para seguir camino.

Ninguno de los dos quiso añadir más a lo dicho. Recogieron sus pocas pertenencias, algo de ropa, un par de dagas, y bajaron a comer. Luego irían por los caballos y continuarían hacia el sur del país. No les quedaba otra opción que llegar a Cornualles.

Robertson se detuvo en Stirling un par de horas en las que comió y bebió en una posada. Cambió su caballo e hizo algunas preguntas aquí y allá hasta que alguien que los había reconocido les dijo que se habían marchado temprano por el camino que llevaba a la capital.

El hombre del conde se preguntó si irían al puerto de Leith e intentarían subir a bordo de un navío con rumbo al continente, sin importar el país al que se dirigiera. La otra opción era seguir camino y cruzar la frontera con Inglaterra. Tal vez en alguno de sus puertos lo lograran, pensó siguiendo el camino hacia la capital.

Capítulo 8

Una semana después de cruzar la frontera, Antoine y Leah llegaban al condado de Cornualles. Se habían detenido lo justo en el camino para dormir y cambiar los caballos en las casas de postas. E incluso alguna parte del viaje la habían hecho en un carruaje. Todo valía para llegar a su destino. Habían ido haciendo preguntas para recabar información sobre si se podría zarpar hacia Francia. Pero todo parecía indicarles que no. Tendrían que elegir otro país en el que hacerlo. No obstante, antes de tomar una decisión sobre ese asunto, preferían entrar en contacto con la gente que él conocía.

Leah estaba ansiosa por saber sí podrían zarpar hacia Francia y cuándo lo harían. Quería terminar aquella odisea lo antes posible. Se adentraron en las calles de Falmouth, uno de los pueblos de Cornualles. La región era escarpada con su litoral de playas y algún que otro terreno cenagoso y que culminaba en un promontorio denominado Land's End. La otra parte de la costa se caracterizaba por sus acantilados y cuevas en las que se hacía el negocio del contrabando y donde se solían guardar los cargamentos.

—Vayamos a tomarnos una pinta de cerveza —le dijo Antoine caminando junto a ella por la que parecía ser la principal calle de la localidad—. Si nada ha cambiado en este tiempo, el viejo Scarborough seguirá al frente de Los Doce Robles.

Leah permanecía callada porque era Antoine el que mejor conocía lo que había que hacer. De manera que lo siguió hasta el interior de la taberna donde el ambiente no era muy animado. A penas media docena de parroquianos sentados a algunas mesas con sus jarras de cerveza a medio beber. Sus pipas encendidas y algunas barajas. Como Antoine esperaba, todos ellos se volvieron para fijar su atención en

quién entraba a esas horas. Incluido el dueño, quien, al reconocer a Antoine, a punto estuvo de dejar caer una jarra al suelo.

Pero al parecer no fue el único que lo hizo. Algunos clientes se hacían señas, se daban codazos y murmuraban su nombre.

—Qué me lleve Belcebú ahora mismo al infierno si no estoy teniendo visiones —murmuró Scarborough, un tipo de prominentes patillas rizadas que le abarcaban media mejilla, ojos diminutos pero vivos y un aspecto afable—. ¡Antoine Lerroux!

—No estás viendo un fantasma ni nada por el estilo. Soy yo en carne y hueso. —Le estrechó la mano para que se cerciorara de que así era.

—Pero ¿qué haces en Cornualles? Oh, disculpe, señora —dijo mirando a Leah e inclinando la cabeza en señal de respeto—. No me había fijado en vos. Soy Scarborough, el dueño de esto —le informó señalando con la mano abierta el local.

—Tanto gusto, señor Scarborough. Soy Leah Cameron.

—Supongo que acompañáis a este francés…

—Sí, así es.

—Sentaos a tomar una pinta de cerveza y de paso contadme qué hacéis aquí.

Antoine levantó la mano y asintió saludando a los que allí permanecían. Algunos de ellos habían participado en diversas descargas de contrabando. Se sentó en una de las mesas libres frente a Leah y aguardaron a que les sirvieran. Ella recorría la taberna con la mirada, como si la recordara de algo. Pero en realidad lo que hacía era evitar la mirada de él.

—¿Qué os trae por aquí? —le pidió Scarborough dejando dos jarras de cerveza sobre la mesa.

—Venimos desde las Tierras Altas —comenzó explicándole Antoine, que cogió la jarra para beber mientras sentía la mirada de Leah puesta en él.

—¿Escocia?

—Sí. Logramos escapar del fiasco de Moidart cuando las tropas inglesas ataron la localidad.

—¿Qué hacíais allí?

—Val y yo fuimos a visitar a un viejo amigo, Angus Donaldson —prosiguió haciendo referencia a su hermana Valerie—. Encontramos a

Laurent, que había ido a llevar un cargamento a Leah —le dijo haciendo un gesto con el mentón hacia ella.

—Un momento, ¿de qué era el cargamento?

Leah sintió la mirada interrogadora del tabernero.

—Armas, municiones y pólvora para combatir a las tropas inglesas —respondió ella en voz baja.

—Comprendo. No digáis más. ¿Y qué fue de Laurent?

—Se marchó con mi hermana y algunos miembros del clan Donaldson a bordo del navío que nos llevó allí desde Francia.

Scarborough se pasó la mano por el mentón sin dejar de mirar al francés.

—Pero ¿por qué no os fuisteis con ellos?

—Las tropas inglesas atacaron Moidart y en medio del asedio nos perdimos la pista. Cuando Leah y yo acudimos al puerto, el barco había zarpado y todo era un desastre. De manera que nos escondimos en la propiedad del clan Donaldson hasta que la cosa estuviera más tranquila. Y luego decidimos emprender el camino parando para dormir, comer algo y cambiar de caballos. Al parecer, no hay forma de zarpar hacia Francia —le expresó con mal humor, cerrando sus manos en puños y golpeando la mesa. Las jarras oscilaron, pero no terminaron por caerse.

—No, ni hablar. El rey Guillermo ha prohibido zarpar hacia el Canal de la Mancha por las malas relaciones que tiene con Luis.

—Este asunto viene de largo. Desde la guerra franco-holandesa. De cuando Carlos II reinaba aquí en Inglaterra. Luego pasó a su hermano Jacobo y comenzaron los problemas de la religión. Que si este era católico y el parlamento le pedía que promulgara la libertad de religión para los protestantes. Y, bueno, el resto creo que ya lo conocéis. El yerno de Jacobo se sienta en el trono de Inglaterra mientras este se encuentra en París sin poder regresar —dijo chasqueando la lengua—. Y las relaciones con Francia son malas para el comercio. Viejas disputas y rencillas que no terminan de cerrarse. Y, encima, Luis da cobijo a Jacobo…

—Esta situación favorecerá el contrabando —señaló Antoine mirando a Scarborough con interés.

—Sí. Al parecer, hay un buen tránsito de mercancías entre Inglaterra y Francia. Hasta que ambos reyes se pongan de acuerdo y

los mercantes vuelvan a navegar por las aguas del Canal de la Mancha.

—Bien, vayamos a lo que nos interesa. Necesitamos desembarcar en la costa francesa.

Leah fijó toda su atención en aquel hombre que fruncía los labios con gesto preocupado y sacudía la cabeza.

—Supongo que no habrá problema para que participéis en un viaje.

El rostro de Leah se iluminó con una sonrisa y Antoine respiró aliviado.

—¿Con quién hay que hablar?

—Con una vieja conocida tuya —le dijo sonriendo al ver el gesto de incomprensión de Antoine—. Jules Redburn.

—¿Con Jules? Pero…

—Es la que se encarga del contrabando y también de vigilar el puerto de Plymouth por orden del gobierno.

—Pero… ¿cómo ha llegado a tanto?

—Mediante buenas amistades. Está al cargo de controlar qué barcos entran y salen de la costa de Cornualles. Pero por otra parte… hace la vista gorda cuando le interesa a cambio de una generosa comisión. Ya la conoces desde hace años. Laurent y tú teníais tratos con ella.

Antoine asintió sin decir una sola palabra. Claro que se acordaba de ella y de sus argucias para el contrabando en el litoral más escarpado de la costa de Cornualles.

—¿Dónde se encuentra?

—Pregunta por ella en el puerto de Plymouth.

—De acuerdo. ¿Dónde podemos comer algo y descansar esta noche?

Scarborough sonrió.

—Podéis quedaros aquí sin ningún problema. Os dejaré las llaves para que cerréis cuando nos marchemos todos y de ese modo nadie os molestará. Yo me iré a mi casa y mañana temprano regresaré. Os prepararé algo de comer.

—Como quieras. Y gracias por todo, amigo.

—No hace falta que me las des. Laurent y tú me hicisteis ganar mucho dinero que fui invirtiendo aquí —le dijo recorriendo el lugar

con su mirada y levantándose de la silla para ir a buscarle un plato de comida caliente.

Leah había permanecido en silencio mientras los escuchaba hablar. Todo indicaba que lograrían embarcar hacia la costa francesa cuando se encontraran con esa mujer que habían mencionado, la tal Jules.

—Parece que, después de todo, lograremos llegar a Francia —le comentó a Antoine al verlo pensativo.

—Sí. Mañana iremos a Plymouth para hablar con Jules, la pelirroja.

—Según tu amigo el tabernero, Laurent y tú la conocéis desde hace tiempo…

—Desde que empezamos en el mundo del contrabando. Los acantilados de esta costa están repletos de cuevas en las que guardar la carga. Eso y que la población es callada cuando se trata de este tema. Por temor a las autoridades.

—¿Era una especie de cabecilla en esta región?

—Sí, lo mismo que hacías tú en Moidart —le dejó claro mirándola con una sonrisa que la hizo sonrojarse. Por suerte para ella, Scarborough regresó a la mesa con dos platos de comida.

—Disfrutadlo. Si queréis más, pedidlo.

—Creo que por lo que a mí respecta, estoy servido —dijo Antoine fijando la mirada en el suculento guiso.

Leah resopló, pero no dijo nada y se dispuso a comer. Hacía algunas horas que no metía nada en el estómago y una comida caliente como aquella le vendría bien. Eso y saber que podrían zarpar hacia Francia.

Los dos se dedicaron a comer y a dejar la conversación para después. Durante ese tiempo, los clientes fueron desalojando el local y solo quedaron ellos dos junto a Scarborough.

—Aquí tenéis las llaves. —Las dejó sobre la mesa y miró a ambos —. Cerrad la puerta cuando me marche. No vendrá nadie, os lo puedo asegurar, pero no es bueno que, si alguien llega, la vea abierta. Mañana vendré a ver qué tal estáis. Podéis beber lo que queráis. Hay un par de habitaciones arriba.

—¿No duerme nadie más? —se atrevió a preguntar Leah. Le resultaba extraño que les dejara las llaves y se marchara a su casa sin más.

—Solo las tengo por si alguna noche me quedo hasta tarde y me da pereza irme a mi casa. O como el caso vuestro. Si algún amigo viene a verme a última hora de la tarde. Nadie os molestará.

—Está bien. No te preocupes. Te acompaño y cierro.

—Hasta mañana, señorita Leah.

—Hasta mañana, señor Scarborough —dijo viendo a Antoine acompañarlo hacia la puerta.

Una vez a solas, este no pudo evitar hacerle la pregunta que le rondaba la cabeza desde que habían llegado.

—¿Quién diablos es?

—Una contrabandista escocesa, leal al Estuardo.

—Ya… ¿Y tú que tienes que ver con ella?

Antoine sonrió al notar el tono de interés de su amigo y ver cómo alzaba una ceja con suspicacia.

—Es una larga historia. Le he prometido llevarla conmigo a Francia.

—Está bien. Os veo mañana.

Antoine se despidió y cerró la puerta. Regresó a la mesa a la que permanecía sentada ella. La luz de las velas que había sobre esta le iluminaban el rostro y el cabello dotándolo de una claridad que resaltaba su atractivo.

Leah se fijó en cómo él se quedaba contemplándola y tuvo la impresión de que los nervios cerraban su estómago para impedirle seguir comiendo.

—Debéis llevaros muy bien para que os deje las llaves de la posada.

—Lo cierto es que nos une una gran amistad.

—¿Es verdad lo que dijo?

—¿A qué os referís?

—Que Laurent y tú le hicisteis ganar mucho con el contrabando —le comentó tuteándolo por primera vez. Llevaban demasiado tiempo juntos como para hacerlo y dejar las formalidades.

—Es verdad. Deberías haber visto este lugar al principio. Era un tugurio al que daba miedo entrar. Si hoy en día estuviera como entonces, no te habría traído. Tenlo por seguro. ¿No tienes más hambre? Reconozco que el bueno de Scarborough se ha pasado con la comida…

—Estoy bastante llena, la verdad.

—Ha costado llegar hasta aquí, pero ya está hecho —asintió Antoine bajando la mirada para no quedarse mirándola de manera descarada. No por él, sino por ella. Porque estaba seguro de que le haría pasar un mal trago.

—¿Crees que habrá problemas para embarcar?

—Supongo que no. Conozco a Jules desde hace años y es una persona en la que podemos confiar. Empezó en el contrabando al mismo tiempo que lo hacíamos nosotros.

—Sí, pero vuestro amigo dijo que seguía metida en él.

—Es difícil dejarlo cuando te has pasado dedicado a este años enteros y has comprobado las ganancias que te ha generado.

—Tú me has asegurado que piensas dejarlo en cuanto llegues a casa.

—Así es. Y centraré mis esfuerzos en administrar mis bienes. Pero ya hemos hablado de ello en una ocasión. Cuando me dijiste que buscara una joven dama para casarme.

Leah sonrió divertida ante ese comentario. Sintió el calor ascender por su cuerpo hasta su rostro. La calidez de la mirada de él, el ambiente tan íntimo que se había creado en aquel lugar.

—Solo fue un comentario.

—¿Y qué harás tú?

Ella permaneció en silencio ante aquella pregunta. Y la verdad era que no sabía qué responderle porque no lo había pensado con detenimiento, más preocupada por llegar al final de aquella odisea en la que se había embarcado junto a él. Pero era consciente de que tarde o temprano tendría que hacerlo. Cogió aire ante la atenta mirada de él y se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Puedes quedarte en mi casa el tiempo que sea necesario.

—Daríamos que hablar. Regresas a casa en compañía de una completa desconocida…

—Para mí no lo eres después del tiempo que llevamos juntos. —Él entornó la mirada y le hizo ver que no la consideraba como tal.

—De acuerdo. Debo darte la razón. Pero no sería aconsejable para tu reputación.

Antoine abrió los ojos reflejando la clara sorpresa que le había

provocado escucharla decir aquello último.

—¿Te preocupa lo que puedan pensar o decir de mí por regresar a casa en tu compañía? *Mon Dieu!* ¿En serio? —Se inclinó hacia ella, acercándose de manera peligrosa a su rostro. Tenía los codos sobre la mesa, las manos entrelazadas y el mentón apoyado sobre estas. Lo contemplaba con los ojos entrecerrados, como si estudiara cada uno de sus gestos. Sus labios le parecían una tentación a la que no podía ni quería resistirse por más tiempo—. Todas las personas que me rodean saben lo que he sido. A qué he dedicado mis años. No creo que se escandalicen porque vuelva al lado de una hermosa mujer. Y aunque así fuera, ¿qué puede importarme cuando me miras de esa manera?

Ella sufrió un leve sobresalto cuando lo escuchó decir aquello. Abrió los ojos y apartó el rostro de sus manos. Su corazón comenzó a latir más y más deprisa a medida que él asentía y sonreía.

—No estás en tus cabales, monsieur.

—¿Y si es eso precisamente lo que busco?

—No sabes lo que dices… Estás cansado del viaje, Antoine. Y creo que es mejor marcharnos a descansar.

Él notó como se inquietaba, cómo se ponía nerviosa. Le encantaba verla en esa tesitura. La hacía parecer una mujer indefensa y vulnerable después de todo. Con gusto la tomaría en brazos y subiría al piso superior con ella. Entrarían en una de las habitaciones y pasaría la noche recorriendo su cuerpo desnudo hasta que el amanecer los interrumpiera.

Leah se levantó y dio dos pasos atrás para no acabar rendida ante él. Pero algo le decía que no podía evitar lo que sentía. Lo contempló en silencio al tiempo que él permanecía de pie al otro lado de la mesa. Parecía abatido, pero no por el cansancio, sino porque ella seguía rechazando lo que parecía evidente. ¿Hasta cuándo podría resistir?

—Tal vez estés en lo cierto y sea mejor irnos a descansar. Después de todo, nos queda un camino hasta llegar a casa.

—No puedes estar hablando en serio, Antoine. —Ella cambió el trato formal por uno más cercano.

—¿Por qué no?

—He sido una cortesana. Con eso es suficiente. ¿Qué harías si se llegara saber? Si tus amigos, tus conocidos u otros hombres me miraran con deseo. O dijeran algo que pudiera molestarte.

El acortó la distancia que los separaba para sujetarla por los brazos y atraerla un poco hacia él.

—Lo sé. Y aun así no puedo dejar de pensar de la manera que lo hago cuando se trata de ti.

Se apartó de ella con una sonrisa cargada de decepción mientras agitaba un brazo en alto. Luego, cogió una lamparilla con una vela e iluminó el camino hacia las escaleras para subir a acostarse, sin mirar atrás por ver si ella lo seguía. Tal vez, después de todo, estuviera equivocado y se estuviera dejando llevar por un deseo. Nada más. Escuchó sus pasos tras él y la esperó.

—Esta noche podrás descansar y no tendrás que tumbarte a mi lado, o hacerte la cama en el suelo.

Él volvió el rostro hacia ella cuando dijo esas palabras. Allí estaba tan hermosa como no había visto antes.

—No creo que logre hacerlo pese a todo. Buenas noches. Si necesitas algo, no dudes en llamarme. Dejaré la puerta abierta. Ten, quédate con la vela.

Ella la cogió dejando que los dedos de él acariciaran los suyos de manera tímida, casi imperceptible a los ojos de alguien. Luego, ninguno dijo una palabra más, sino que permanecieron contemplándose como dos completos desconocidos que creían haberse visto antes. Antoine fue el primero en apartarse y desaparecer en el interior de su habitación.

Leah hizo lo propio y apoyó la lamparita sobre una mesita de noche. Se volvió hacia la ventana y cerró los ojos inspirando de manera profunda. Aquella situación había llegado demasiado lejos y ya no había manera de volver atrás. Solo quedaba continuar y ver hacia dónde la conducía esa locura. No podía imaginar que con el tiempo acabara sintiendo algo por un hombre. Pero había sucedido y nada ni nadie podrían evitarlo. Se llevó las manos a los labios y fijó su mirada en la oscuridad de la noche que veía a través del cristal de la ventana. ¿Qué significaba aquello que sentía por Antoine? ¿Tanto le importaba que estaba dispuesta a sacrificarlo por el bien de él?

Antoine dio vueltas en la habitación con la mirada fija en el suelo, las manos entrelazadas atrás. Quedaba claro que no tendría fácil llegar al corazón de Leah. No sabía qué le había sucedido con ella. Le gustó cuando la conoció por primera vez. Y se había dejado llevar por el

inminente deseo de besarla. No pensó que el destino fuera a unirlos en aquel viaje hasta llegar a casa. Ni mucho menos que se encontrara con aquella mujer con carácter y determinación. ¡Al diablo con su pasado! ¡Él también lo tenía! ¿Qué le importaba que hubiera sido una cortesana en Escocia? ¿Cambiaba en algo sus sentimientos hacia ella? Lo sabía desde el principio, cuando ella se lo había confesado estando en el castillo de Angus Donaldson, y con todo y con eso, su admiración y su cariño se habían ido fortaleciendo con el paso de los días. La respetaba. No le había puesto la mano encima. Ni había considerado que podría aprovecharse de ella por haber sido una meretriz, precisamente. ¿Qué podía importarle si era su corazón quién se había fijado en ella? Confiaba en que, una vez que llegaran a su casa, pudiera hacerle ver que ella le importaba de verdad.

A la mañana siguiente, partieron cuando se despidieron de Scarborough y este les indicó el camino hacia el puerto de Plymouth, desde donde esperaban embarcarse en un navío de contrabando hacia las costas francesas, dado que parecía estar en auge ente ambos países, según palabras de su amigo. De manera que confiaba en que Jules, la pelirroja, los pudiera acoplar en alguna nave que zarpara lo antes posible.

—¿Crees que vuestra amiga nos podrá ayudar?

—Si sigue en relación con el contrabando, no habrá problemas, ya que podrá encontrarnos un sitio en alguna nave que zarpe hacia las costas francesas o españolas en su defecto. Podemos pasar de un país a otro sin problemas.

—¿La conoces bien?

—Sí, ya te conté anoche que Laurent y yo hemos hecho negocios con ella. No creo que haya inconveniente en que nos eche una mano. Le hicimos ganar mucho dinero cuando descargábamos mercancías en la costa de Cornualles.

Leah no dijo nada más. No pretendía inmiscuirse en la vida de él. Ya lo había hecho bastante.

Llegaron al puerto de Plymouth a medio día. Apenas si se detuvieron en el camino para dar descanso a los amínales y a ellos mismos. Querían terminar cuando antes con aquella situación y embarcarse rumbo a Francia. Al llegar a los muelles, Antoine fue directo hacia un grupo de hombres congregados. De inmediato

reconoció a Jenkins y a Lamark. Estos se mostraron sorprendidos al verlo por allí y no esperaron a que él se acercara al grupo, sino que ellos dos acudieron a saludarlo.

—¡Eh, francés! ¿Qué diablos haces tú por aquí? —El que se dirigió a él fue Jenkins, que le estrechó una mano y lo palmeó en el hombro con la otra.

—Jenkins. ¿Qué tal todo, viejo zorro?

—Aquí, pasando el rato hasta que nos mande algo la patrona.

—Cuando te he visto aparecer, creí que estaba soñando. Y le he comentado a Jenkins, oye, ¿ese es nuestro amigo el francés? —comentó Lamark.

—Y le he preguntado, ¿a quién te refieres?

—Al amigo del que fuera amante de la jefa —puntualizó Lamark con un toque de su dedo en el hombro de Antoine y una sonrisa cínica.

—Aquello fue agua pasada. No creo que Laurent considerara a Jules como algo serio.

Los dos hombres intercambiaron una mirada muy significativa y luego se centraron en Leah.

—¿Quién te acompaña? —preguntó Jenkins haciendo un gesto con el mentón hacia Leah mientras la observaba con atención.

—Una amiga de las Tierras Altas escocesas. Leah.

—¡De las Tierras Altas! —exclamó Lamark abriendo los ojos como platos al escuchar aquellas palabras—. ¿Y qué hacéis tan lejos? —preguntó mirándola con inusitado interés porque el viaje no era algo que se hiciera en un par de días.

—Acompañar a Antoine a Francia —respondió con naturalidad y cortesía.

—Buscamos un barco que nos lleve a las costas francesas. No importa dónde nos deje, Burdeos, Le Havre… Incluso en España. Desde Escocia no zarpan hacia el continente. Orden del rey Guillermo.

—Ni desde aquí —aseguró Jenkins chasqueando la lengua.

—Pero… ¿ni si quiera… como vosotros y yo sabemos? —Antoine bajó la voz y entornó la mirada haciendo referencia al contrabando.

—Tendrás que proponérselo a Jules —le aseguró Jenkins—. Ella es la que lleva la gestión del puerto. Ya sabes, como en los viejos tiempos. Nosotros cumplimos órdenes. Si llega o sale algún envío,

entonces nos ponemos a ello.

Antoine vaciló un segundo. Apretó los labios y asintió con gesto pensativo.

—¿Dónde puedo encontrarla?

Lamark se giró y señaló con el brazo extendido hacia lo que parecían ser las oficinas portuarias.

—Pero está ocupada. Un tipo extraño que pidió verla con urgencia para comentarle algo de vital importancia para su señor —comenzó explicando Jenkins—. Por el acento, digo que es escocés.

Leah frunció el ceño y sintió un repentino escalofrío al escucharlo. ¿Un compatriota suyo tan lejos de Escocia? ¿Qué buscaba?

—¿Dijo algo más? —quiso saber Antoine.

—Nada. Que quería hablar con Jules —asintió Jenkins.

—Está bien. Iremos a verla.

—Buena suerte. Ya nos contaréis si os marcháis y cuándo —le dijo Lamark agitando la mano.

Antoine emprendió el camino hacia las oficinas en las que estaría Jules. No se le había pasado por alto la información que le habían dado acerca de que se encontraba reunida con un tipo procedente de Escocia. Contempló a Leah para comprobar su estado de ánimo. Esta le devolvió la mirada.

—¿Pasa algo?

—Dime que no te has puesto nerviosa al escuchar que hay un escocés reunido con Jules.

—¿Piensas en el conde? —Ella entornó la mirada con precaución a la hora de hacer la pregunta—. ¿Por qué debería ser él? ¿Y cómo sabría qué vendríamos a dar aquí? —Antoine formó un arco con sus cejas—. Entiendo. Solo hay una forma de abandonar las islas hacia el continente.

—*Touché*. Esperemos que mi querida Jules tenga a bien echarnos una mano.

—¿Qué comentó tu amigo sobre Laurent y ella? —Había un toque de diversión e interés en las palabras de Leah. Y un brillo especial en sus ojos.

—Una vieja historia de los tiempos que hacíamos negocios con ella. Ya me entiendes…

Leah asintió.

—¿Fueron amantes?

—Algo así. ¿Quieres esperar fuera o prefieres entrar?

—¿Lo preguntas por el escocés que está con tu amiga?

—En este mundo no conviene fiarse demasiado de las personas ni de las situaciones. Siempre conviene recelar un poco.

—Lo sé. Me sorprende que en ocasiones te olvides de quién he sido. —Ella esbozó una sonrisa divertida esperando que él le cediera el paso.

—No dejas de sorprenderme.

—¿Acaso eso es malo? —Ella lo miró con una ceja elevada con suspicacia.

—No, es todo lo contrario.

Leah seguía sin acostumbrarse a los cumplidos de él y, cada vez que le hacía uno, el calor en el interior de su cuerpo era sofocante, pero cálido al mismo tiempo.

—Vaya, vaya, mira a quién tenemos por aquí —dijo el hombre que montaba guardia delante de la puerta del cuarto donde Jules departía sus negocios.

—Smithy, la mano derecha de Jules. ¿Cómo te va?

—Vigilando para que nadie la interrumpa cuando está reunida. ¿Qué haces aquí? Vaya, vienes acompañado. Señorita…

—Una amiga.

—Ya… ¿Qué haces aquí?

—Buscamos un barco que nos lleve a Francia.

Smithy silbó metiendo los pulgares en el cinturón desgastado.

—No sabría decirte. La cosa pinta mal con la nueva orden de Orange, imagino que la conoces.

—Por eso estamos aquí. Ya me entiendes.

—Jules controla las llegadas y las salidas de los navíos… Ha prosperado.

—Lo celebro por ella. Pero supongo que también estará al tanto de los que llegan y salen fuera del puerto…

Smithy sonrió, pero no se atrevió a decir nada porque la puerta a su espalda se abrió en ese momento para dejar salir a la visita de la jefa.

—Me gustaría que estuviera al tanto de lo que le he contado —decía el hombre que no se había girado hacia Antoine y Leah, pero

esta ya sentía una corriente fría por su cuerpo al reconocer la voz y su perfil.

—Descuide que… ¿Antoine? —Jules no pudo evitar quedarse contemplándolo y pronunciar su nombre con sorpresa. Hacerlo supuso que el hombre se volviera para encontrarse cara a cara con Leah.

—Jules… —No dijo ni una sola palabra más porque se había fijado en la manera en la que el hombre miraba a Leah. Y como esta le devolvía la mirada.

—Vaya, creo que no hará falta que estéis vigilante. Ya no. ¿Cómo estás, Leah? Precisamente, te vengo buscando —le dijo con una sonrisa cínica.

—Robertson.

Antoine comprendió al instante que aquel tipo representaba la peor de sus pesadillas, pero de la que estaba dispuesto a despertar a toda costa.

—Qué suerte la mía. He venido hasta aquí esperando que trataras de embarcar en algún barco para marcharte a Francia. Eso mismo le contaba a la señorita Jules.

Esta entendió al momento que aquella mujer que acompañaba a Antoine era la misma de la que le había hablado.

—¿Qué pretendes? —Se mostró desafiante. No le perdió la mirada en ningún momento. Elevó el mentón y cerró las manos en puños, crispada por la situación.

—Llevarte a Escocia para que te juzguen por asesina —le recordó encarándose con ella.

Jules y Smithy, la mano derecha de esta, permanecían expectantes cuando vieron al francés interponerse entre Leah y el tal Robertson. Este lo contempló con sorpresa y frialdad.

—¿Qué hacéis?

—Evitar que cometáis una estupidez.

Jules entrecerró los ojos y bufó al ver la reacción de su amigo. ¡No podía creer que estuviera sacando la cara por una mujer! ¿Quién demonios era aquella atractiva dama para él?, se preguntó centrando su atención en Leah.

Capítulo 9

Robertson se quedó mirando de manera fija a Antoine, como si con ese gesto intentara intimidarlo. Pero este ni apartó la mirada del escocés ni dio un paso atrás. Se limitó a esbozar una sonrisa.

El corazón de Leah latía cada vez más deprisa al ver que el francés no parecía dispuesto a rendirse en su cometido de defenderla. Era una completa locura lo que estaba haciendo.

—Hacéis mal en sacar la cara por ella, monsieur. Es una asesina.

—Eso no es cierto y lo sabéis de igual modo que John Campbell —le recriminó Leah apartando a Antoine de su camino para encararse con su acusador—. Todos sabíamos la clase de hombre que era el hermano del conde de Breadalbane.

—Lo matasteis, y eso no podéis negarlo. —Las palabras frías y la mirada cargada de ira de Robertson no surtieron el efecto deseado en ella.

—Todos vieron que me defendí. Él estaba borracho e intentó propasarse conmigo. Solo me limité a defenderme.

—Sois una cortesana, no veo qué diferencia podría haber. Total…

Antoine no soportó por más tiempo la manera de hablar de aquel escocés, lo agarró por la camisa y lo empujó fuera del edificio hasta sacarlo a la calle, donde lo arrojó al suelo. Se quedó contemplándolo con frialdad mientras el otro se levantaba ante las expectantes miradas de los allí presentes.

Jenkins y Lamarck acudieron al momento al ver que era Antoine el que estaba metido en la refriega.

Leah y Jules permanecían detrás de este. Smithy se llevaba la mano al puñal que colgaba de su cinturón.

—Dejadlo ya —ordenó esta última haciendo un gesto a sus

hombres para que estuviesen dispuestos a intervenir.

—He venido a llevarla ante la justicia y no pienso irme de aquí sin ella —aseguró Robertson señalando a Leah, quien se mantenía impasible en ese preciso instante.

—¿A qué justicia os referís? ¿A la del propio conde, que no vacilará en ahorcarla? —le preguntó Antoine desafiando al escocés.

—Os aconsejo que…

—No, os lo aconsejo yo —lo interrumpió el francés—. Largaros por dónde habéis venido o me vais a conocer de verdad.

—¿Es una amenaza? —Robertson se mostró desafiante de igual modo que Antoine. Había llegado hasta allí para cumplir el encargo de su señor y no se volvería sin haberlo terminado.

—No soy una asesina —masculló Leah sin perderle la mirada a Robertson—. Me limité a defenderme. Lo he dicho una y otra vez. Y seguiré proclamando mi inocencia.

—Marcharos de mi muelle de inmediato u ordenaré que mis hombres se encarguen de hacerlo —le advirtió Jules haciendo gestos a estos para que rodearan al escocés.

—Si no puedo llevaros ante el conde para que seáis juzgada entones, lo haré yo mismo —le aseguró esgrimiendo una pistola frente a ella con intención de disparar.

La expresión del rostro de Leah fue de sorpresa y temor cuando vio el cañón del arma apuntarla y como Robertson tiraba del percutor para disparar. Fue un segundo tan solo. El tiempo en el que se escuchó la detonación y ella se vio arrojada al suelo por el peso del cuerpo de Antoine mientras una segunda detonación se escuchaba.

Leah sentía su respiración agitaba y, a pesar de que él le sonreía, su expresión reflejaba dolor. Ella sintió que un líquido caliente impregnaba su camisa. Apartó a Antoine y entonces se dio cuenta de que estaba herido. El disparo de Robertson lo había alcanzado en el hombro.

El francés permaneció con la espalda pegada al suelo contemplando el rostro de ella. Ajeno a las voces que se escuchaban a su alrededor.

—Vaya, creo que es la primera vez que no siento el deseo por besarte. Disculpa… —Esbozó una sonrisa y, luego, una mueca de dolor.

—Está herido en el hombro —le informó a Jules cuando esta se acercó a ver su estado.

—Siempre tan majadero —comentó la pelirroja rasgando la camisa con una daga para ver la herida—. Será mejor llevarlo dentro. Jenkins, échame una mano.

Leah sacudió la cabeza sin dejar de contemplarlo. ¡Se había interpuesto entre la bala y ella para salvarle la vida! ¡Oh, por San Andrés, que aquel francés era un loco!

—¿Puedes andar y llegar dentro? —le preguntó Jules, sujetándolo por la cintura, mientras Jenkins pasaba su brazo por encima de los hombros de él.

—No soy un inválido —protestó el francés mirando a ambos.

—Hay que echar un vistazo a la herida. Será mejor que te sientes en el sillón —le ordenó Jules una vez que estuvieron de regreso en su oficina—. Voy por agua y vendas. Si se le ocurre moverse, golpeadlo fuerte —le dijo a Leah.

Esta sonrió ante el comentario y volvió el rostro hacia Antoine.

—¿Por qué lo has hecho? Eres un loco estúpido…

Antoine se limitó a sonreír pese al escozor que le provocaba la herida.

—¿Por qué no debería haberlo hecho? Iba a matarte.

—Pero casi lo hace contigo.

—¡Bah! Tiene mala puntería. Apenas si me ha dado —ironizó tratando de quitarle hierro a la situación—. Es solo una herida más de las muchas que he recibido cuando era corsario. Ella puede decírtelo —comentó haciendo un gesto hacia Jules, que regresaba con una palangana de agua y trozos de lino limpios.

—Deja que la vea. —La pelirroja comenzó a limpiar la herida aplicando un paño empapado en agua—. Para distraerte, puedes contarme qué hacéis en Plymouth. Y en mi puerto.

—Has prosperado, ¿eh? —La mirada de Jules no lo intimidó, pero hizo que Antoine se pusiera serio—. Logramos escapar del desastre en el que se ha convertido Escocia con el príncipe Orange en el trono…

—Ya. Puedo hacerme una idea de cómo está la situación. Tengo que suturar. La bala ha salido por la parte de atrás. Ha tenido suerte. Procura moverte lo menos posible —le pidió mientras cogía aguja e hilo para suturar—. Huíais de ese tal Robertson.

—¿Qué ha sido de él?

Jules levantó la mirada de la herida una fracción de segundo y la clavó en la de Antoine.

—No te incumbe. Son cosas que suceden en un puerto. ¿Es cierto lo que contaba de vos? —Miró a Leah de manera rápida antes de volver a centrarse en la herida.

—No soy una asesina, si es lo que estáis pensando. —Esta se defendió una vez más, adoptando un talante regio.

—No os estoy juzgando. Ni tengo intención de hacerlo.

—¿Qué te contaba cuando hemos llegado? —preguntó Antoine queriendo rebajar la tensión.

—Que os buscaba. Y que sabía que desde aquí zarpaban barcos de contrabando hacia las costas francesas. Que era el único medio que teníais. Al parecer, se ha ido informando por el camino. Le habían asegurado que desde Cornualles podríais llegar a Francia. De manera que siguió esa pista. Bueno, esto está. Solo falta vendarlo.

—Dinos, ¿hay posibilidad de zarpar hacia la costa francesa?

Jules frunció los labios un momento pensando en la respuesta.

—Tengo órdenes de no dejar que zarpe ninguno. Solo hacia los Países Bajos, como puedes entender siendo el nuevo monarca de allí. No os será complicado cruzar la frontera y entrar en Francia.

—¿Ni siquiera de contrabando?

—No es conveniente. Ya sabes cómo es esto. Pero si queréis arriesgaros… Cuéntame qué hacías en Escocia.

—Visitar a Angus Donaldson. Y de paso encontrarme con Laurent.

—¿Y qué pintáis vos en todo eso? —Lanzó una mirada de reojo a Leah mientras seguía revisando que la herida hubiera quedado cerrada.

—Me encargaba del contrabando de armas para los seguidores de Jacobo.

—¿Llevabas armas a los jacobitas? —Jules se quedó mirando a Antoine sin terminar de creerlo.

—He enviado algún cargamento, pero no a ella. Sino a otros contrabandistas de la región. Deberías ver las cantidades que pagan algunos altos cargos franceses por llevarlos.

—¿Me estás diciendo que Francia ha estado suministrando armas a los clanes leales a Jacobo para combatir a las tropas inglesas?

—Francia como tal, no. He dicho altos cargos de la sociedad, y no al rey o al gobierno. Laurent también participaba de ello. Lo encontré en Moidart, como acabo de decirte.

El semblante de ella cambió nada más escuchar aquel nombre.

—No me lo menciones después de lo que sucedió la última noche que estuvisteis en Cornualles —le advirtió entrecerrando los ojos y esgrimiendo un dedo ante él en clara señal de advertencia.

—No lo sé ni quiero saberlo.

—Mejor. Bien, entonces habéis logrado escapar en medio de las turbulencias que agitan Escocia desde que Jacobo fue depuesto del trono por el parlamento de Londres. Está bien. Pues os aconsejo que aceptéis pasajes en un navío que zarpa para Flandes, mañana. Podéis quedaros en mi casa esta noche, descansad, comed algo y luego seguiremos charlando de lo que pretendéis hacer. Lo prepararé todo para que podáis iros en ese navío.

—Te lo agradezco, Jules —le dijo Antoine consciente de que había querido a su amigo Laurent. Pero era complicado enamorarlo cuando él lo estaba de su hermana Valerie.

Cuando Jules los dejó a solas, Leah se quedó con el semblante pensativo. ¿Qué relación había mantenido Jules con Laurent? Según se desprendía de la reacción de ella, no muy buena.

—Ya la has escuchado. Zarparemos hacia Flandes mañana, y luego cruzaremos la frontera con Francia. En una semana más o menos, estaremos en mi casa a las afueras de París —le aseguró convencido de que así sería.

Leah estaba tan aturdida por los últimos acontecimientos que apenas si dijo una palabra. El camino parecía irse aclarando. El hombre enviado por el conde de Breadalbane estaba muerto. Este ya no podría hacerle nada. Y pronto estaría en Francia, a salvo de su pasado. Pero no del presente que estaba viviendo ni del futuro que se abría ante ella. Uno que casi le daba más temor que lo vivido.

Horas más tarde, ambos se encontraban en la lujosa casa de dos plantas de Jules, lejos del puerto y del centro urbano de Plymouth. Se habían aseado, cenado algo y permanecían sentados en el salón, disfrutando del calor que desprendía el hogar.

—Entonces, me estabas contando que piensas dejar el contrabando —comentaba Jules al hilo de lo que Antoine le había afirmado de

manera rotunda: abandonaba el contrabando.

—Eso es. Este ha sido mi último trabajo. No quiero más sobresaltos —le aseguró haciendo una señal hacia su última herida recibida.

—Lo entiendo. ¿Qué piensas hacer? ¿Ir de fiesta en fiesta por las noches o quedarte en tu casa a las afueras de París? —La suspicacia bailaba en la mirada de Jules. Miraba a Leah con toda intención e interés porque, si de algo estaba segura, era de que Antoine no se estaba jugando el cuello por ella solo para sacarla de las islas con destino a Francia. O porque le cayera bien. Ni se había puesto delante del arma del escocés para ser él quien recibiera el disparo si no tenía pensado lo que iba a hacer con ella. Y no hacía falta ser muy inteligente para darse cuenta de cómo la miraba.

Antoine sonrió.

—¿Por qué piensas que haré eso? No todo es acudir a bailes y a reuniones sociales. Me encargaré de administrar mis bienes y pasar más tiempo con mi hermana Valerie.

—¿Y vos? ¿Cuáles son vuestros planes una vez que estéis en París? —Jules desvió la atención hacia Leah, la cual permanecía expectante ante aquella conversación. No esperaba que la amiga de Antoine mostrara interés en lo que iba a hacer con su vida—. Ya no os persiguen por vuestro pasado. En principio, no tenéis nada que temer.

Leah bajó la mirada y sonrió de forma tímida.

—No lo sé —sacudió la cabeza y cogió aire para enfrentarse a la mirada de Jules—. De momento tenemos que llegar a Francia, luego buscaré la manera de establecerme.

—Imagino que contareis con la ayuda de él —sugirió haciendo un gesto a Antoine.

—Por supuesto que la ayudaré en todo momento a hacerlo. Puede quedarse en mi casa el tiempo que necesite —le reiteró él mirándola con atención por ver qué tenía que decir.

Ella sintió un ahogo en el pecho. Conocía bien a los hombres y él no era muy distinto a los que habían pasado por su vida. Temía que, si permanecía mucho tiempo en su compañía en su casa, al final él pretendiera tener algo con ella. Algo que no estaba dispuesta a permitir.

—Te lo agradezco, pero no quiero que estés pendiente de mí en todo momento. Antoine, tú tienes tu vida, tu familia y tus amistades.

Yo tendré que empezar de cero.

—Lo entiendo, pero no quiero que te precipites en tu decisión. Ni tampoco que la tomes solo porque te sientas obligada a hacerlo. Puedes disponer de mi casa todo el tiempo que precises. Y en cuanto a la gente, a mi hermana ya la conoces. Y lo mismo te sucede con Angus y Darien. Te presentaré a viejas damas, amigas mías que estarán encantadas de ayudarte a integrarte en la sociedad parisina. No te preocupes.

Ella quiso creer en sus buenas palabras. En sus buenos gestos. Pero lo que él pretendía era una completa locura.

Jules se fijó en el semblante de ella. Daba a entender que lo que Antoine pretendía no saldría bien. No iba a inmiscuirse en su vida, ni a preguntarle por qué y cómo se había convertido en una cortesana, como le había dicho el hombre que la perseguía desde las Tierras Altas de Escocia. Pero como mujer, la entendía. Alojarse en casa de Antoine habiendo sido cortesana y contrabandista para los Estuardo no era una buena tarjeta de presentación en la sociedad parisina.

—Por cierto, he encontrado un barco que zarpa mañana hacia la costa belga. Os he conseguido pasaje, bueno, más bien entre Smithy y Lamarck. Deberías ir a verlos para que te informen de todo —le sugirió Jules deseando quedarse a solas con Leah.

Antoine sabía lo que su vieja amiga se traía entre manos. No era tonto. Ni ella. Por eso asintió sin decirle nada, aunque su sonrisa fue suficientemente explícita.

—Iré a hablar con ellos.

Las dos mujeres se quedaron a solas en el salón caldeado por el fuego del hogar. Jules se levantó del sillón y encaminó sus pasos hacia el mueble donde estaban las botellas.

—¿Más vino? —le preguntó a Leah girándose con una en la mano, dispuesta a verterlo en su copa.

—Gracias. ¿Puedo preguntaros por Antoine?

Jules asintió.

—¿Qué más necesitáis saber para terminar de confiar en él? —La observó por encima del borde de la copa mientras bebía. Elevó una ceja con suspicacia porque sus sospechas parecían confirmarse.

—Confío en él. Desde que abandonamos Moidart, se ha comportado conmigo como un caballero. No tengo queja alguna al

respecto.

—Algo que me llama la atención de él. Porque en los años que lo conozco… —Jules torció el gesto y sonrió—. Ha sido un mujeriego. Y fijarme en la manera en la que os mira, se dirige a vos o… que se haya puesto delante de vos para ser él quien recibiera el disparo dice mucho de él. Os seré franca…

—No hace falta. Yo también lo he percibido —la interrumpió esbozando una media sonrisa entre la ironía y la melancolía por lo que los gestos de él suponían.

—Lo supongo, ya que tenéis más experiencia que yo con los hombres. Y no me mal interpretéis. No pretendo heriros.

—No hace falta que os disculpéis. Sé lo que queréis decir. No voy a echároslo en cara. He sido lo que he sido y no puedo cambiarlo.

—Por eso mismo dudáis cuando Antoine os ofrece su casa para que os quedéis. ¿Tenéis miedo a sentir algo por él?

Leah esperaba la pregunta de un momento a otro. Esa misma que se había hecho días atrás.

—No he sentido nada por un hombre, si os soy sincera.

—¿Pero…?

Leah contempló la mirada entornada de Jules con inusitada expectación por lo que fuera a decir a continuación.

—No estoy segura, pero creo que, si permanezco en su casa durante algún tiempo, no descarto que pueda llegar a surgir algo entre los dos. O que él busque una relación más cercana e íntima conmigo.

—Lo entiendo. Y os aterra que esa probabilidad termine por cumplirse.

—En cierto modo. No quiero decepcionarlo si él llegara a enamorarse de mí y yo no…

—¿Por qué? ¿Por qué habéis sido una cortesana? Antoine fue corsario antes que contrabandista. Un mujeriego y un fullero de taberna. Sé lo que digo. Lo mismo que su amigo Laurent —le confesó agitando la mano en el aire como si diera a entender que este ya no le importaba.

—Cuando antes le preguntasteis por él…

—Sí. Sentía una atracción desmedida por él. Pero no era correspondida del todo. Creía que podría llegar a quererme, pero… —Jules chasqueó la lengua con clara decepción—. Me equivoqué. Pero

Antoine… —Entrecerró los ojos y pensó en lo que había percibido en él.

—No sé qué pasará llegado el momento.

—Valoraréis la situación desde todas las perspectivas posibles. Pero tened claro que, si logra llegar a vuestro corazón, no os quedará otra que rendiros. Y soy consciente de que es difícil lograrlo en una mujer como vos. Espero que lo entendáis.

Leah Cameron asintió. Entendía a la perfección lo que Jules le quería decir. No era nada sencillo hacer sentir a una mujer que había sido cortesana. Una mujer que no conocía el amor. Tan solo el deseo y la codicia que había despertado en los hombres.

Antoine volvió al salón, donde había dejado a ambas mujeres, después de haber estado charlando con Smithy y con Lamarck. Ambas se quedaron contemplándolo a ver qué les decía.

—Ya he hablado con ellos. El barco zarpa mañana con la marea, con destino a la costa de los Países Bajos. No nos resultará complicado cruzar la frontera para pasar a Francia. Debo darte las gracias por haberlo hecho tan rápido —le dijo a Jules con un leve asentimiento.

—¿Para qué estamos los viejos conocidos? Laurent y tú me ayudasteis en su momento. Era justo que os devolviera el favor. En este caso, a ti que eres el que estás aquí. Es conveniente que os marchéis dada la situación que atraviesan las islas. Con el nuevo monarca en Londres, no sé qué nos deparará el futuro.

—Sí. Es lo más conveniente para ambos —aseguró lanzando una mirada a Leah.

—Dale recuerdos a tu querido Laurent cuando lo veas, ya que estoy segura de que lo harás.

—Dalo por hecho.

—Y si decides volver al negocio…

—Sé que podría contar contigo, pero no me lo planteo. Te repito que no pienso regresar al contrabando. Ya tengo suficiente con lo que estamos pasando —hizo un gesto con el mentón hacia Leah.

—Me parece una decisión acertada. No conviene tentar a la suerte. Podría acabarse —le aseguró con una sonrisa muy concluyente—. Os he preparado habitaciones para que os quedéis a pasar la noche.

—Gracias. Eres muy amable.

—Tonterías. No consigo llenar esta casa de gente.

—Tal vez deberías probar a llenarla de niños —Antoine le sugirió guiñándole un ojo con toda intención.

—Oh, sí, claro. Pero primero debo encontrarles un padre, ¿no crees? Seguidme para que os enseñe vuestros alojamientos —le dijo dirigiéndose fuera del salón hacia la escalera que conducía al piso superior de la casa.

No hablaron más una vez que Jules les indicó sus respectivas habitaciones. Entendía que, aunque hubieran hecho juntos el viaje, no eran amantes. La conversación con Leah así se lo había mostrado. Aunque ella hubiera sido una cortesana, eso no significaba que fuera a aceptar a Antoine en su cama y en su vida amorosa. No por el momento. Tal vez el tiempo la hiciera cambiar de parecer al respecto.

Y en cuanto a su propia vida, Jules sonrió al recordar la sugerencia de Antoine de llenar la casa de niños. Por el momento, le parecía una tarea ardua porque no conocía a ningún hombre que pudiera hacerle dejar aquella vida. Y el único que podría hacerlo estaba de seguro en Francia y quién sabía si con alguna mujer, se dijo con una sonrisa amarga.

A la mañana siguiente, abandonaron la casa de Jules en su compañía, cuando el día comenzaba a clarear. Los tres iban en el interior de un coche de caballos conducido por Smithy. Llegaron a los muelles con tiempo suficiente para subir a bordo. Jules se apeó del carruaje y saludó a algunos de sus hombres que ya estaban allí. Luego se despidió de Leah y de Antoine.

—No os entretendré porque el barco zarpará en breve. Espero que logréis llegar a París sin mayores sobresaltos, y que os establezcáis.

—No creo que suframos mayores percances —asintió Antoine una vez que el asunto del pasado de Leah parecía estar solucionado. Pero deberían tener cuidado ante cualquier posible imprevisto. Hasta que no estuvieran en su casa a las afueras de París, él no estaría satisfecho —. Me alegro haberte visto, Jules, y ver cuánto has prosperado.

—Sí, bueno. Ya me conoces… Leah, confío en que todo te salga bien en tu nueva aventura parisina.

—Estoy segura de que lo haré. Gracias por todo.

—Venga, es mejor que os marchéis o conseguiréis que me ponga sentimental.

Ambos se despidieron de ella, pero Jules todavía se guardaba un

comentario para Antoine, que no vaciló en darle antes de que subiera al barco.

—Ten paciencia. No te entregará su corazón de buenas a primeras.

Él se quedó perplejo mirando a su amiga, sin comprender qué quería decirle. Pero al momento siguiente recordó que la pasada noche ambas mujeres se habían quedado a solas. Y él no dudaba de que la conversación habría girado sobre lo que había entre Leah y él. ¡Pues claro que tendría paciencia con ella! Una cosa había sido el ímpetu con el que se dejó llevar cuando la conoció y no pudo evitar besarla. Sin conocerla de nada. Y sin parar a pensar que el destino le tenía deparada aquella odisea. Y la otra cosa era que con cada día que pasaba a su lado, se iba dando perfecta cuenta de cómo era como persona. Cada nuevo descubrimiento que hacía de ella le revelaba una mujer diferente que lo atrapaba sin remisión.

—Descuida. Sé por dónde me ando. Cuídate.

El capitán lo esperaba en persona en la cubierta. Un hombre no muy mayor, con un fino bigote y una perilla, que se quitó el sombrero al ver llegar a Leah.

—Bienvenidos a bordo. Jules me ha informado de su urgente necesidad de navegar hasta el continente.

—Así es, capitán.

—Os he reservado un camarote. Vengan.

Lo siguieron por cubierta y bajaron un tramo de escaleras para desaparecer en el interior del navío. No era muy grande, como había observado Antoine, pero serviría para hacer esa travesía.

—No es gran cosa, como podéis ver —les dijo el capitán mostrándoles el interior—. Pero creo que os será cómodo durante la travesía.

—No tardaremos en llegar a la costa —aseguró Antoine mirándola.

—¿Habéis hecho este viaje vos? —le preguntó el capitán.

—Desde la costa francesa —puntualizó sin dar más explicaciones.

—En ese caso, ya conocéis la ruta y cuánto se puede tardar si el mar nos lo permite. Os dejo instalaros. Voy a dar las órdenes para soltar amarras. Si os viene bien, subid a bordo conmigo cuando os parezca. Me gustaría charlar con vos.

—Sin duda. En unos minutos, subiré.

Antoine se volvió hacia Leah. Esta permanecía de pie junto a la

pequeña cama, tenía la mirada fija en un punto en el vacío. Recordó las últimas palabras de Jules acerca de si él pretendía llegar al corazón de ella. No le resultaría sencillo. Eso lo sabía y por ese mismo motivo se lo tomaba con calma y precaución.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó con la mirada entornada.

—Sí. Solo algo cansada y con ganas de que esto termine.

Antoine se acercó con paso lento, esperando la reacción de ella.

—Pronto todo esto habrá terminado. No tienes que volver a preocuparte del conde Breadalbane. Ese asunto está zanjado para siempre. Y si hay algo que te inquiete sobre lo que te espera cuando lleguemos a París…

—No lo sé. Ante mí se abre una nueva etapa. Entiende que no será nada sencillo.

—Lo sé. Y por eso mismo no te quiero presionar para que tomes decisiones de las que puedas arrepentirte después.

—No me arrepiento de nada de lo que he hecho —le aseguró de manera firme, sin apartar su mirada de la de él, como si quisiera dejarle claro que así era.

Antoine asintió.

—Voy a hablar con el capitán.

—Iré contigo. Quiero tomar el aire.

—Como gustes.

Subieron a cubierta y, mientras Antoine se dirigía a buscar al capitán, Leah se acercó a la borda para contemplar como el puerto se alejaba haciéndose más y más pequeño a su vista. Dejaba atrás las islas británicas. Su vida en ellas, que no su pasado. Y se enfrentaría a un futuro incierto y peligroso si fijaba la atención en aquel francés. No estaba segura de lo que sentía por él. No había conocido el cariño ni el amor; solo el deseo de los hombres por tenerla. Y ella parecía haberse forjado un corazón frío como un bloque de hielo. Pero del que tenía la ligera impresión de que había comenzado a fundirse de manera lenta desde que conocía a Antoine.

Este permanecía junto al capitán del navío.

—Jules me dijo quién sois. —Antoine formó un arco con las cejas y abrió los ojos al máximo de su expresión—. O, más bien, quién habéis sido. Por ese motivo conocéis el mar, los barcos y la ruta hacia el continente.

—No lo niego.

—Corsario al servicio del rey Luis…

—Mejor que pirata, ¿no creéis? De ese modo, evitamos la horca. Deberíais ver las facilidades que otorga una patente de corso —ironizó con una sonrisa.

—No me cabe la menor duda. ¿Lo fuisteis muchos años?

Sacudió la cabeza y se cruzó de brazos.

—Los suficientes para reunir una cantidad de dinero que me permita retirarme.

—Cierto. ¿Fue cuándo os pasasteis al contrabando y conocisteis a Jules?

Antoine no ocultó su sonrisa cínica cuando el capitán le hizo la pregunta.

—Sí. La conocí entonces. ¿Qué hay de malo en transportar licores, armas, tabaco y demás productos de primera necesidad? Si la gente lo pide…

Esta cuestión arrancó las carcajadas en el capitán.

—Cierto, bienes de primera necesidad. ¿Seguís metido en ello?

—No.

—Pero, entonces, este viaje de regreso a Francia, ¿por qué? —El capitán preguntó e hizo un gesto con el mentón hacia Leah.

—En parte. Mis amigos y yo tuvimos un contratiempo en Escocia en nuestro último trabajo. Tanto ella como yo perdimos el barco que debía llevarnos al continente. Y no nos quedó otra que viajar hasta aquí para encontrar un navío que lo hiciera. Si tenemos en cuenta que el rey ha prohibido zarpar rumbo a Francia…

—Lo entiendo. Queríais un barco que os dejara lo más cerca de la costa francesa.

—Eso es. Y Jules era la única persona que conozco que podía hacerlo.

—Sí. En eso os doy la razón. Lo que ella no consiga…

—¿La conocéis desde hace mucho?

—Sí. Un par de años. Sabía a lo que se dedicaba. Hasta que al parecer decidió volverse legal. En más de una ocasión he querido sacar el tema, pero se cierra en banda. No termino de creer que el contrabando haya sido su modo de ganarse la vida. Hasta que me contó a grandes rasgos vuestra historia.

—Las personas nos sorprenden —comentó antes de volver la mirada hacia el lugar que ocupaba Leah. Se había recogido el pelo porque el viento en aquellas latitudes se lo echaba sobre la cara. Allí estaba. Contemplando el ancho mar o el horizonte.

—¿Qué me decís de ella?

Antoine centró su atención en el capitán. Entrecerró los ojos y sonrió.

—Es de la clase de personas que os acabo de mencionar. Os sorprendería la clase de mujer que es. Creedme.

—Sin duda. Por eso mismo la miráis como lo hacéis. No me engañáis. —El capitán sonrió agitando un dedo delante de Antoine.

—No trato de engañaros. Ella me parece muy atractiva. Pero ya os digo que, si la conocieseis como he venido haciéndolo yo durante todo el tiempo que llevamos juntos, estoy convencido de que su belleza os resultaría algo complementario a su personalidad.

—Sin duda que la admiráis.

—Más que eso —murmuró volviendo el rostro en la dirección en la que estaba ella para encontrarse con su mirada fija en él. Antoine le dedicó una media sonrisa que le correspondió mientras que se apartaba del rostro algunos mechones rebeldes de pelo.

Ella bajó la mirada como si fuera una joven dama; pero lo que estaba haciendo era esconder el sonrojo que aquel gesto de él le había provocado. Sonrió cuando comprendió que no estaba flirteando como en su día había hecho con algunos hombres. No. Su reacción no era fingida. No estaba ensayada. Había sido espontánea. Tan real como la sensación de mareo que la invadió de repente y que ella achacó al movimiento del barco y no a que se estaba enamorando de aquel francés.

Capítulo 10

—Estamos llegando a Amberes —les informó el capitán horas más tarde—. Aquel es su puerto. Supongo que irán a reservar asientos en algún coche de postas para París. O al menos hasta la frontera con Francia.

—Es posible. O también que compremos caballos para el viaje. Veremos las opciones que tenemos cuando lleguemos —asintió Antoine.

—Bien, os deseo un feliz regreso a vuestra casa —le tendió el brazo para estrecharle la mano y luego le dio un besamanos a Leah—. Un placer haberos conocido, monsieur. Madame —le dijo con educación.

—Gracias —dijo ella.

—Debo dar las órdenes para la maniobra.

El capitán se despidió y comenzó a mandar a los hombres a que realizaran las tareas propias para entrar en el puerto. Antoine se volvió hacia Leah.

—Espero que podamos dormir esta noche en mi casa.

—¿Te sobran habitaciones? ¿Qué tipo de casa tienes? —le preguntó intrigada por lo que un hombre como él pudiera poseer.

—Espera a verla. Lo primero es cruzar la frontera y llegar a París. Luego, pasaremos a ver a Val. Imagino que estará ansiosa por tener noticias nuestras.

Ella asintió en silencio. Acusó un estado de nervios desconocido en alguien como ella. Ningún hombre había conseguido hacerla sentirse de esa manera: como si quisiera escapar de todo y de todos. Pero no tenía dónde ir. Dependía de Antoine para establecerse y comenzar una nueva vida.

Consiguieron dos plazas en el coche de postas que llegaba a la

misma capital francesa, cambiando los caballos en el camino. Pronto estarían allí. Podrían visitar a alguno de sus amigos en la capital del Sena para pasar la noche. Y temprano, al día siguiente, salir en viaje hacia su casa. Hicieron el viaje en compañía de otros dos hombres que se sentaron frente a ellos. Elegantes, distinguidos y con un porte de ser tipos importantes. Permanecían muy callados hasta que uno de ellos, el que parecía más joven a ojos a Antoine, se dirigió a ellos para entablar una conversación.

—¿Viajan a la capital o piensan apearse antes? El coche se detiene en varias localidades para cambiar los caballos.

—Sí. Llegaremos a la capital. Vamos a visitar a un amigo.

Leah miró a Antoine al escucharle decir aquello. Entonces, ¿no iban a su casa? ¿Qué pretendía?

—¿Son ustedes de Amberes?

—No. Hemos llegado desde Inglaterra. Es una larga historia que nos llevaría mucho tiempo en contarla —le aseguró con cierta educación, haciéndole ver que no era de su interés.

El hombre asintió con el gesto torcido porque entendía que aquel viajero no solo no iba a contarle nada, sino que además mostraba unos modales poco elegantes. Así que decidió no volver a dirigirse a este y permaneció en silencio el resto del camino hasta llegar a su destino.

Tampoco lo hizo Leah, quien se había dado perfecta cuenta de que Antoine no estaba por la labor de hablar. El cansancio del viaje o el hecho de contarle su historia a un desconocido parecieron influir.

Cuando el coche por fin llegó a París, Antoine se despidió de los dos acompañantes de viaje con un leve asentimiento y luego se volvió hacia Leah.

—Vayamos a visitar a mi amigo Fabourgh. Le pediremos que nos aloje por esta noche y mañana marcharemos a mi casa.

Ella no dijo nada porque era una completa extraña en aquella inmensa ciudad llena de vida y que en nada se parecía a la capital escocesa, donde ella había vivido durante años. Y después en Moidart…

—Aquí es —le dijo Antoine deteniéndose delante de una casa de dos plantas situada cerca de unos jardines que ocupaban una gran extensión de terreno, que ella se quedó contemplando maravillada. Pero en el momento que escuchó la puerta abrirse, volvió su atención

hacia el hombre que les devolvía la mirada con curiosidad.

—¿Qué desean? Pero… Si sois… monsieur Lerroux.

—¿Está monsieur Fabourgh en casa, Albert?

—¿Quién es? —la voz de este se escuchó más nítida a medida que se acercaba a la puerta y se quedaba clavado en el umbral con los ojos como platos y la boca abierta—. Por todos…

—¿Podemos pasar? —le preguntó Antoine mirando a Leah, a la que acompañó al interior de la casa posando su mano en la espalda ella.

Leah contuvo la respiración unos segundos cuando sintió los dedos de él sobre ella. Dio un par de pasos más rápidos para poder apartarse y dejar de experimentar aquel escalofrío.

El propio Fabourgh los seguía.

—Pasad al salón. Antoine, tú ya conoces la casa. No tengo que indicarte dónde se encuentra. ¿Qué demonios haces aquí? —le preguntó una vez que estuvieron acomodados y Fabourgh se quedó contemplándolo intrigado.

—Antes de responder a todas tus preguntas, deja que te presente a Leah Cameron —le dijo señalándola, quien no podía dejar de estar abrumada por todo lo que estaba sucediendo. Por la determinación que demostraba Antoine a la hora de tomar decisiones, como la de plantarse en casa de aquel amigo suyo.

—Tanto gusto, madame.

—El gusto es mío, monsieur.

—Sentaos y contadme qué hacéis aquí a estas horas.

—Acabamos de llegar en el coche de postas desde el puerto de Amberes.

—¿De Amberes? —Fabourgh arqueó las cejas formando un arco de expectación.

—Desembarcamos procedentes de Plymouth.

—Inglaterra… Pero el rey Guillermo… —Fabourgh pensó en la proclama de este contra el tráfico marítimo entre las islas británicas y Francia.

—Lo sabemos. Ha prohibido navegar desde las costas francesas a Inglaterra. Por ese motivo lo hemos hecho a la costa belga.

—Pero ¿dónde te has metido todo este tiempo? Desde que tu hermana regresó, nos hemos sabido nada de ti.

—¿Val está aquí? —Antoine se incorporó llevado por la emoción de saber que ella se había salvado del ataque de Moidart.

—Acabo de decírtelo. Llegaron desde las costas escocesas con amigos y con Laurent.

—Celebro escucharte decirlo.

—Pero ¿por qué no viniste tú con ellos en el barco?

—El ataque inglés nos cogió desprevenidos a Leah y a mí. Cuando llegamos al puerto, el barco había zarpado en medio de los disparos de la artillería inglesa. Nos vimos obligados a escondernos hasta que todo pasó. Y luego emprendimos viaje hasta Cornualles buscando un barco que nos devolviera a casa.

Fabourgh contemplaba a Leah con atención. ¿Una escocesa en París con Antoine? ¿Qué más había sucedido para que él hubiera hecho algo semejante?

—Entonces tampoco sabes que Laurent zarpó hace ya algunas semanas hacia Cornualles con un cargamento de coñac.

—¿Qué? ¿Cómo es eso posible? —Antoine entrecerró los ojos y fijó su mirada en su amigo sin dar crédito.

—Al parecer, Chevignon le exigió el pago del último cargamento que llevaste a Escocia. Al ver que no regresabas, y que podrías haber muerto, se lo pidió a tu hermana. Pero Laurent se anticipó y aceptó llevar un encargo de mi parte a Cornualles. Con el pago de este, saldaba tu deuda.

Antoine sacudió la cabeza y ahogó las palabras en su garganta.

—No me lo puedo creer. Laurent en Cornualles a llevar un cargamento… Y nosotros en Plymouth. De haberlo sabido…

—Era imposible que lo supieras. Pero dime, ¿y ahora? ¿Qué diablos piensas hacer?

—Por lo pronto, iba a pedirte que nos permitieras pasar la noche aquí en tu casa. Mañana temprano nos marcharemos a la mía.

—Por eso no os preocupéis. Me estaba refiriendo a los negocios. ¿Sigues haciendo contrabando? Te advierto que con las restricciones de navegación impuestas por Londres, no te faltaría el trabajo.

Antoine sacudió la cabeza.

—No. Lo he dejado. No me arriesgaré más.

Fabourgh miró a Leah, como si esta tuviera algo que ver en la decisión de Antoine.

—Está bien, pero si cambias de parecer.

—¿Puedes alojarnos por esta noche?

—Hablaré con Marjorie. Está reunida con unas amigas, ya sabes… —dijo haciendo referencia a su esposa—. Estará encantada de verte. Ah, mira, aquí está.

Una mujer elegante y distinguida apareció en el umbral del salón mirando con el ceño fruncido a la visita de su marido. Tenía el pelo recogido en la parte posterior de la cabeza, de color oscuro y que contrastaba con su mirada brillante y clara.

—¿Antoine? —preguntó desconcertada. No terminaba de creerse que fuera él.

—¿Cómo estás, Marjorie? —Se incorporó del asiento y acudió a saludarla—. Te veo radiante.

—Oh, vamos… Pero ¿quién es la mujer que te acompaña? —Marjorie apartó a Antoine y se centró en Leah.

—Es una amistad de Escocia. Leah Cameron. Ha venido conmigo dada la mala situación política y social que se vive en el país.

—Madame —dijo Leah con una leve inclinación de cabeza.

—Una amiga de Antoine siempre es bienvenida en esta casa.

—Querida, ¿por qué no le indicas cuál será su habitación por esta noche? Antoine y ella cenarán con nosotros.

—Claro. Es una grata noticia. Venid conmigo, Leah. Os mostraré la habitación.

Leah se sentía tan descolocada que fue incapaz de decir una sola palabra. Miró una última vez a Antoine, quien asintió con una cálida sonrisa.

Cuando se quedaron a solas, Fabourgh hizo un gesto con la cabeza en dirección a su esposa y a Leah.

—¿Quién es ella? —le preguntó, adoptando un tono serio, mientras clavaba su mirada en su amigo.

Antoine resopló. Debería contarle la verdad, aunque no toda. Evitaría su pasado. Su vida como cortesana y lo que ello le produjo. No era a él a quién correspondía contarlo.

—Era contrabandista en la costa occidental en Escocia. Y un miembro destacado entre los seguidores del rey Jacobo.

—¿Es jacobita, entonces? —le preguntó sirviendo dos copas de vino para entregarle una a Antoine unos segundos después.

—La conocí gracias a Laurent. Este le había llevado un cargamento de armas, pólvora y munición desde aquí.

—Sin duda que de parte de los simpatizantes franceses de los Estuardo.

—Así es. Luego, se produjo el ataque del ejército inglés sobre Moidart y nos vimos atrapados allí hasta que logramos huir.

—¿Pretendes que se quede contigo?

—No tiene a nadie en Francia. Me he ofrecido para ayudarla a establecerse hasta que ella quiera. Más no puedo hacer. —Antoine se llevó la copa a los labios para beber ante la atenta mirada de su amigo.

—¿Se te ha pasado por la cabeza que se quede contigo? Ya sabes a qué me refiero…

Antoine sonrió con una mezcla de ironía y desilusión.

—No me importaría que lo hiciera. Pero no soy yo el que tiene la última palabra.

—¿Estás seguro? Yo creo que sí tienes mucho que decir. Dime, ¿te has enamorado de ella? Vamos, suéltalo. Somos tú y yo. No hay nadie más, Antoine.

Este volvió a sonreír, pero de una manera distinta. Una que hizo pensar a Fabourgh que sus sospechas no iban mal encaminadas. Asintió sin insistir más en el tema. Pero estaba claro que su amigo parecía haber encontrado a la compañera perfecta para él.

La cena discurrió en un ambiente cordial y, al terminar, Leah y Marjorie se quedaron a solas mientras los hombres hacían lo propio de sus asuntos.

—Entonces, pensáis quedaros con él en su casa.

—Por el momento, no me queda otra opción. No puedo regresar a mi país en la situación en la que se encuentra. Con el legítimo rey en París y sus seguidores poco menos que considerados como traidores… El panorama no se presenta muy esperanzador —le aseguró sacudiendo la cabeza.

—Es triste escucharos contar la situación que atraviesa Escocia, y espero que logréis alcanzar la felicidad aquí en Francia. Por lo pronto, podéis contar conmigo para lo que necesitéis. Ya os dije que las amistades de Antoine siempre son bienvenidas en esta casa.

—Os lo agradezco, madame.

—Estoy segura de que Antoine os ayudará en todo lo que pueda. Y también está su hermana Valerie.

—Tuve el placer de conocerla cuando estuvieron en Escocia… —Leah no pretendía dar demasiados detalles, ya que no estaba segura de si conocía a qué se había dedicado Antoine.

—En ese caso, no tendréis problemas para adaptaros a la vida y a la sociedad en París. Valerie os echará una mano. Y ahora, creo que debería dejaros descansar después del viaje que habéis tenido.

—Os lo agradezco porque sin duda que el cansancio se apodera de mi cuerpo sin que pueda impedirlo.

—En ese caso, nos vemos mañana antes de que os marchéis a casa de Antoine. Descansad. Le pediré a una muchacha que os acompañe a vuestra habitación.

—Gracias.

Una vez a solas, Leah caminó despacio por el salón, con la mente revuelta. Por un lado, agradecía todo lo que Antoine estaba haciendo por ella. No tenía a nadie en París y, como le había asegurado a Marjorie, no podía regresar a Escocia dada la situación que esta atravesaba con el nuevo monarca. De manera que tenía que confiar en él, aunque hacerlo pudiera suponer que su vida diera un giro inesperado.

Cuando Marjorie fue a ver a su esposo, Antoine y él seguían departiendo de manera distendida y relajada. Al verla aparecer, los dos se levantaron de sus asientos en señal de respeto.

—No hace falta que os levantéis, por favor. Solo he venido a despedirme de los dos y a desear buenas noches a Antoine. Confío en poder veros mañana antes de que Leah y tú os marchéis.

—Claro, aquí estaremos. No te preocupes.

—Le he pedido a Julie que la acompañe a su habitación. Me ha contado la situación por la que atraviesa Escocia y que no puede volver. Confío en que la ayudes a establecerse en París.

—Tiene todo mi apoyo para hacerlo. Supongo que pasará una temporada en mi casa, o bien en la de Valerie, hasta que decida algo. No tengo prisa a que lo haga.

Marjorie sonrió con picardía ante ese último comentario.

—¿Hay algo entre esa escocesa y tú?

La mirada entornada de la mujer de su amigo no lo intimidó en

absoluto. Sabía a lo que se refería.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque me ha parecido percibir cierta afinidad entre los dos. Pero sobre todo por tu parte. No has dejado de mirarla durante la cena.

Antoine no escondió su sonrisa tan reveladora.

—Tal vez, después de todo, tenga un interés especial en ella. El tiempo me dará o me quitará la razón.

—En ambos casos, cuídala, Antoine. Y ya puestos, ¿hay algo entre tu hermana y Laurent?

—No sabría decirte… ¿A qué viene tu pregunta?

—Según algunas amistades que tenemos en común, aseguran que Laurent la está cortejando.

Antoine se quedó perplejo ante esa noticia. No era ajeno a ese pensamiento de Marjorie. E intuía que su amigo tenía sentimientos por su hermana, que iban más allá de una mera amistad. Y a pesar del carácter de Valerie, él nunca lo desanimó.

—De ser así, me alegro por ambos. Espero poder verlos mañana mismo y que me lo aclaren.

—Sin duda que sería una estupenda noticia. Bueno, me retiro a descansar. Mañana seguiremos charlando antes de que te marches.

—Buenas noches, Marjorie —le deseó con la sonrisa que le había provocado la noticia de que Laurent pudiera estar cortejando a su hermana. Sin duda que era la mejor que podía recibir en ese momento.

—Creo que nosotros también deberíamos retirarnos. Mañana te espera otro día de viaje, amigo —le recordó Fabourgh.

—Tienes razón. Es mejor irse a descansar.

Los dos hombres abandonaron el salón.

—¿Sabes si Laurent va a seguir con el contrabando?

—Me aseguró que lo dejaba. Y más si está centrado en cortejar a la pequeña Lerroux —sonrió Fabourgh.

—Cierto…

Sin duda que aquella noticia era un acicate más para llegar a casa lo antes posible y enterarse de todo lo que había sucedido en el tiempo que habían permanecido separados desde que su hermana y los demás zarparon de Moidart.

A la mañana siguiente, Antoine y Leah se despidieron de Fabourgh y de Marjorie esperando verlos pronto por París. Había departido algunos asuntos mientras tomaban el desayuno. Emprendieron viaje en un carruaje. Antoine estaba ansioso por llegar sabiendo que Laurent y su hermana se encontraban a salvo. Le sorprendió que este hubiera zarpado a Cornualles a entregar un cargamento de contrabando. Sin duda que había sido difícil verse porque ellos habían estado una sola noche en la región.

—Estás muy callada. ¿Sucede algo?

Leah suspiró. Volvió el rostro hacia Antoine y sonrió de manera tímida.

—No. Estoy tranquila. Deseando llegar y que toda esta odisea termine de una vez.

—Ya ha terminado. Esto es un simple paseo desde la ciudad a las afueras. Es cierto que desde que salimos de Moidart han pasado semanas agotadoras. Pronto estaremos en casa.

Ella desvió la mirada hacia la ventanilla del carruaje para no quedarse contemplando el rostro de él. Estaba algo nerviosa porque se daba cuenta de que su vida estaba dando un giro inesperado. Nunca pensó en abandonar Escocia. Ni dejar el contrabando de armas para los seguidores del rey Jacobo. Ni mucho menos acabar con un desconocido francés en un carruaje en dirección a casa de él. Pero el destino parecía tener otros planes para ella. Y no podía enfrentarse a este por mucho que lo pretendiera.

El carruaje enfiló un camino que atravesaba un espeso bosque. Leah se fijó con atención en este y, aunque no eran las Tierras Altas de Escocia, su frondosidad y su vegetación lo convertían en un sitio admirable. Distinguió la estructura de algunas casas casi escondidas entre esta, dotando de privacidad a sus dueños e inquilinos. De repente, se detuvieron justo frente a una verja de hierro y Leah se humedeció los labios y deslizó el nudo en su garganta. No le cabía la menor duda de que habían llegado.

—Aquí es —dijo Antoine bajando primero para ayudarla a descender. La dejó sola frente a la casa mientras él se despedía del cochero—. Dale las gracias a Fabourgh por prestarnos su carruaje. Y que espero verlo pronto.

—Se lo diré. No os preocupéis.

Antoine se volvió hacia Leah y cogió aire pensando en lo que a ella se le estaría pasando por la cabeza.

—Vamos.

Ella asintió y caminaron cruzando la verja hacia el camino de tierra que conducía de manera directa a la casa de dos plantas que, además, poseía una buhardilla. El tejado era de pizarra y de este sobresalían cuatro chimeneas. Leah contó doce ventanales con cortinas en la fachada principal. Había un pequeño bosque detrás de la casa y algunos más diseminados a ambos lados del camino. Una fuente circular y bancos distribuidos por todas partes. Estaba tan nerviosa que apenas si podía prestar atención a lo que encontraba a su alrededor. Y más cuando se dio cuenta de que Antoine salía a la carrera hacia la entrada, donde había una pareja y el hombre sujetaba en brazos a una joven. Leah se acercó lo más rápido que le permitieron sus ropas y su calzado.

—¡Valerie! —exclamó al llegar junto a Laurent, quien la tenía en brazos y entraba en casa con ella.

—Es mejor recostarla para que se recupere. Sin duda que tu repentina presencia le ha causado un sobresalto. Por cierto, me alegro verte —le comentó Laurent dejando a Valerie sobre un sillón y reposando su cabeza sobre una almohada.

—Sí, bueno… Hablaremos de ello después.

El jaleo había alertado a Benoit, quien no tardó en aparecer en el salón. Así como el ama de llaves. Ambos se quedaron paralizados al reconocer a Antoine.

—*Mon Dieu! Monsieur Lerroux*… —dijo la señora Levoisin al reconocer a su señor.

—¿Cómo está, madame Flora? Traiga agua para reanimar a Val.

—Mejor, un frasco de sales —añadió Laurent—. La repentina aparición de Antoine le ha afectado.

—¡Por todos los demonios! ¿Acabáis de llegar? —preguntó Benoit sin salir de su asombro.

—Así es. Val no me esperaba —dijo haciendo un gesto con el mentón hacia ella, que permanecía recostada en el sillón.

—Aquí tiene agua y un paño para refrescarla.

Laurent lo mojó y le dio suaves toques por el rostro de la joven, quien poco a poco parecía ir volviendo en sí. Movía la cabeza y emitía

algún que otro sonido gutural.

—Ya reacciona —comentó Leah que no perdía detalle de lo que le sucedía a la muchacha.

De manera lenta, Valerie fue abriendo los ojos y lo primero que se encontró fue el rostro de su hermano, que le devolvía la mirada.

—Estás aquí —susurró extendiendo un brazo con la mano abierta para acariciarle la cara.

—Sí, pequeña. Estoy aquí —le dijo depositándole un beso en la mejilla.

Valerie cerró los ojos de nuevo y respiró de manera profunda.

—Me alegro de que todo haya pasado. Ayúdame a incorporarme, ya estoy mejor —le pidió aferrándose a su mano, cogió impulso y se sentó. Sintió que la cabeza le daba vueltas y tardó algunos segundos en recuperarse. Paseó la mirada por las personas allí presentes y frunció el ceño cuando se fijó en Leah—. Tú…

Antoine se volvió hacia ella.

—La contrabandista de Moidart. Leah Cameron.

—¿Ha venido contigo hasta París? —preguntó Valerie que no terminaba de salir de su asombro, al igual que Laurent, que sí sabía quién era ella.

—Sí. Vuestro hermano me sacó del desastre que se organizó en Moidart.

—Jules me contó que habíais pasado a verla —comentó Laurent.

—Sí, Fabourgh me habló lo de tu misión para pagar el monto de la carga que llevé. Jules era la única que podía sacarnos de las islas, dado que el actual monarca de Inglaterra no permite la navegación hacia Francia.

—Me dijo que os habíais embarcado a los Países Bajos…

—Desembarcamos en Amberes.

—Pero ¿no ha sido peligroso? ¿Y la guerra con Francia? Dicen que la situación se está recrudeciendo de nuevo—preguntó Valerie agitada por ese hecho.

—En el puerto era tranquila. De todas maneras, no entramos en la ciudad, sino que cogimos un coche de postas allí. Luego de cruzar la frontera con Francia, paramos en algunas posadas a descansar hasta llegar a París. Hemos estado en casa de Fabourgh, por eso sé lo de tu misión a Cornualles —le resumió Antoine señalando a Laurent.

—Sirvió para saldar la deuda porque todos creían que estabas muerto.

—Chevignon se presentó aquí reclamando el pago del cargamento —le confirmó Valerie, quien se iba recuperando poco a poco.

—Bastardo —murmuró Antoine cerrando las manos en puños como si fuera a golpear a alguien—. ¿Le pagaste?

—Claro. Realicé el envío de Fabourgh y saldé la deuda.

—Deuda que se quiso cobrar con la casa. —Valerie arqueó una ceja con total suspicacia, queriendo hacer ver a su hermano que conocía la verdad. Se incorporó del sillón y adoptó una pose de desafío.

Antoine apretó los labios y asintió. Se pasó la mano por el rostro e inspiró hondo.

—Creo que ese tema podríamos dejarlo para después. Me gustaría que Leah pudiera establecerse aquí —dijo posando la mano en la parte baja de la espalda de esta, lo que la obligó a contener la respiración por un momento.

—Tal vez deberías consultarlo con tu amigo. Estás en «su casa», o debería decir en «la mía», ya que me la regaló, ¿no? —le dijo refiriéndose a Laurent y su regalo para ella—. Bienvenida, Leah. —Le tendió la mano para que se la estrechara—. Me acuerdo más bien poco de ti cuando estuvimos en Moidart.

—Gracias. No recuerdo que no viéramos.

—No importa. Tendremos tiempo de hacerlo ahora que vas a quedarte en mi casa. Ven conmigo. Te la mostraré y te diré cuál es tu habitación. —Le dedicó una media sonrisa cínica a su hermano y esperó a que Leah la acompañara fuera del salón, dejando a los demás allí—. Flora, vente con nosotras y dejemos que ellos se pongan al día.

Antoine chasqueó la lengua al ver la ironía de su hermana. Entendía que estuviera enfadada con él por no contarle la verdad sobre la casa. Pero no pensó que fuera necesario hacerlo cuando todo aquello pasó. Por el momento, lo dejaría estar hasta que Val se hubiera calmado.

—Al final lo descubrió —comentó Antoine mirando a Laurent.

—Cuando Chevignon vino a reclamar el pago de la carga, Val le dijo que no disponía en ese momento de semejante cantidad, Benoit me lo contó. —Hizo un gesto hacia el hombre de confianza de Antoine.

—Se presentó una mañana aquí, como ya te han dicho, y al ver que Val no disponía de semejante cantidad en ese instante, pidió la casa en pago.

—Y tu hermana se enteró de que eso no era posible porque estaba a mi nombre —añadió Laurent—. ¿Por qué no la pusimos al de ella?

—Porque tú la compraste —le recordó Antoine—. Era lo justo. Que estuviera a tu nombre, aunque fuera un regalo para Val. Y porque no creí que llegara el día que podría descubrirlo.

—No sé si te lo perdonará.

—No importa. Eso es lo de menos en este momento. —Se dejó caer sobre un sillón y echó la cabeza hacia atrás, resoplando—. Ha sido un viaje largo y duro desde Moidart.

—Todavía no puedo creer que estés aquí —comentó Benoit moviendo la cabeza.

—Ni yo, si te soy sincero. Llegó un momento en el que pensé que no lo lograríamos.

—¿Y ahora? ¿Qué piensas hacer con ella? —le preguntó Laurent moviendo las cejas con expectación—. Recuerdo aquella noche en Moidart, antes del ataque inglés… La besaste.

Antoine volvió a echar la cabeza atrás y a llevarse la mano a los ojos.

—Oh, vamos… ¿Todavía lo recuerdas después del tiempo que ha pasado?

—Es que… Al verla aquí contigo, no he podido resistirme a hacerte la pregunta.

—No sé qué sucederá. Solo la ayudé a salir de aquel desastre. Le ofrecí quedarse conmigo y que empezara de cero. Es todo lo que puedo decirte por el momento.

—Pero ¿se te ha pasado por la cabeza que pudiera llegar a ser algo más que una amistad de Escocia? —Laurent entornó su mirada con curiosidad e interés, de igual manera que Benoit.

—El tiempo lo dirá. Qué hay de mi hermana y de ti, ¿eh?

Laurent abrió la boca para responder, pero lo único que salió por esta fue un sonido gutural. Sí, le debía una explicación a Antoine de lo que había sucedido entre ellos durante el tiempo que él había estado ausente.

Capítulo 11

—¿Cómo se os ha ocurrido acompañar a mi hermano? La verdad es que me alegra que estéis aquí —le comentó Valerie a Leah mientras permanecían a solas en una de las habitaciones de la casa.

—Creo que ha sido un impulso el que me ha traído aquí. Quiero decir que me dejé llevar en su momento por la situación.

—Moidart quedó destruido por el ataque inglés. La imagen qué teníamos desde la cubierta del barco de la costa, el puerto y los edificios era dantesca. Habéis hecho lo correcto, creedme.

—No me quedaba nada allí.

—No os preocupéis. Ahora ya estáis aquí, en Francia, y podréis comenzar de cero con la ayuda de todos nosotros. —Valerie le tomó las manos entre las suyas queriendo transmitirle confianza y algo más.

—Lo sé. Vuestro hermano no ha parado de decirlo durante todo el camino desde Escocia hasta aquí —le comentó con un sonrisa risueña y el rubor en su rostro.

—Supongo que si os pidió que lo acompañaseis es porque piensa de ese modo. Por lo pronto, esta será tu habitación, y permite que te tutee porque vamos a pasar juntas mucho tiempo.

—¿En serio la casa es tuya? —La mirada entornada de Leah hizo reír a Valerie.

—Ya lo has oído. Me encapriché con esta casa y Laurent la compró para mí sin decirme nada. Siempre creí que había sido mi hermano el que lo había hecho. Pero… No tienes que preocuparte por ese aspecto. Eres mi invitada y aquí tienes una casa.

—Pero entonces, ¿Antoine dónde vive?

—Oh, no te inquietes por eso. Tiene otra casa, más pequeña, no muy lejos de aquí. Vivíamos antes allí. Aunque la verdad es que desde

que Laurent adquirió esta, los dos hemos estado viviendo bajo el mismo techo. Como puedes comprobar, hay sitio de sobra.

—¿Y Laurent tiene también su casa?

—Sin duda alguna.

Leah estaba fascinada por aquellas noticias. Al parecer, sus respectivas vidas como corsarios al servicio del rey de Francia, y su posterior dedicación al contrabando, les habían sido rentables.

—Por cierto, necesitarás un vestuario nuevo. Por el momento, puedes ponerte alguno de mis vestidos hasta que tengas los tuyos propios —le dijo abriendo un armario que discurría por toda una pared.

—Pero… —Leah permaneció con la boca abierta, observándolos, sin saber qué decir. Aquel despliegue de telas y complementos le trajo recuerdos de su pasada vida en la capital. Se acercó y pasó la mano por cada uno de los vestidos, a cual más elegante, llamativo o distinguido.

—Puedes disponer de ellos cuando lo precises. Es más, estoy pensando en celebrar una fiesta por la llegada de mi hermano. Sí, ¿qué te parece?

Leah seguía aturdida. Sacudió la cabeza sin saber qué contestar ni cómo reaccionar. Contempló la mirada interrogadora de Valerie y por fin asintió.

—Bien. Me parece bien, pero creo que eres tú la que debe decidirlo.

—Entonces lo haremos. Daremos una fiesta de bienvenida a mi hermano. Y de paso te presentaremos en sociedad. Y ahora dime, ¿qué tal se ha portado contigo? —Valerie elevó una ceja con todo interés mientras contemplaba como Leah parecía acalorarse por la pregunta o tal vez por la familiaridad con la que la trataba a ella.

—No tengo queja alguna. Se ha preocupado por que llegara aquí. ¿Por qué me lo preguntas?

Valerie entrecerró los ojos como si sospechara que había algo más. Asintió con una media sonrisa cínica. Que su hermano se hubiera tomado tantas molestias por aquella mujer tenía que tener un doble significado. Claro que él no se mostraría muy dispuesto a confesarle la verdad. Leah le parecía una mujer atractiva, que llamaría la atención de los hombres en cuanto la vieran, y más si se ponía alguno de

aquellos vestidos. Y estaba segura de que su propio hermano no sería ajeno a esos encantos.

—Antoine siempre ha sido algo libertino en lo que a las mujeres se trata, por eso te lo preguntaba. No me gustaría saber que no se ha portado como te mereces.

Leah sonrió por las últimas palabras de Valerie. ¿Como se merecía? ¿Qué había querido decir al respecto?

—Creo que sé a lo que te refieres, pero tranquila. Antoine se ha comportado como todo un caballero. Otro en su situación hubiera intentado aprovecharse.

—Celebro saberlo. En fin, ¿hay algo que necesites en este momento?

—Sí, creo que me vendría bien cambiarme de ropa.

—Y asearte —le aseguró Valerie con una sonrisa contagiosa—. Mandaré que te preparen una bañera para tu aseo personal.

—Sin duda.

A Val le gustaba aquella mujer. Y estaba convencida de que a su hermano también. Solo que de otra manera bien diferente. A ella le parecía que podrían llegar a ser buenas amigas, pero Antoine… Presentía a que su hermano le atraía, y era algo que estaba dispuesta a averiguar en cuanto estuviera a solas con él.

Cuando Valerie dejó a Leah para que se diera un baño y se cambiara de ropa, bajó en busca de su hermano. Tenían que aclarar un asunto urgente antes de abordar el tema de la escocesa.

Lo encontró charlando con Laurent en el salón, y también estaba Benoit, pero este parecía prestarles poca o ninguna atención. Cuando los tres la vieron aparecer en el umbral, se callaron.

—Adelante, podéis seguir hablando de vuestros asuntos. No os preocupéis por mi presencia —les aseguró con toda modestia e ironía.

—No es nada que no puedas saber. Estábamos charlando de cómo marchan las cosas por París ahora que el rey Jacobo se ha visto obligado a exiliarse —le comentó Laurent de pasada. Había dejado a un lado el asunto de la relación sentimental que mantenían para no inquietar a Valerie.

—Leah me ha estado contando que ya no le queda nada en su tierra. Después del golpe de Estado llevado a cabo por el parlamento de Londres con el beneplácito del príncipe Orange… —Valerie abrió

los ojos como platos y torció el gesto.

—Sí, la situación que ella ha dejado atrás en la nación no es nada halagüeña.

—He pensado que podría quedarse conmigo, aquí, en esta casa. Imagino que no habrás pensado en vivir con ella. Imagina el escándalo que sería… Tú podrías volver a nuestra anterior residencia.

Antoine contempló a su hermana sin decir nada, mientras pensaba en que el escándalo se produciría si supieran lo que ella había sido. Pero él no sería quien se lo contaría a su hermana; ni tampoco alentaría esos rumores y chismes.

—Me parece justo, si ella está de acuerdo.

—Es lo mejor. Desconozco tus intenciones al respecto… —Valerie se quedó mirando a Antoine con la mirada entornada esperando que le aclarara el por qué de haberla conducido a París—. ¿No tenía familia en Escocia?

—No.

—Entiendo. Bien, otra cosa que me gustaría que me aclararas ya que estás aquí es el tema de esta casa. —Valerie abrió los brazos, como si tratara de abarcarla con estos, y paseó su mirada por el salón fijándose en Laurent y en Benoit, que permanecían allí escuchándola con atención—. ¿Por qué me lo has ocultado todos estos años, Antoine? Soy tu hermana.

—Te enamoraste de la casa en cuanto la viste y quise complacerte.

—Y le pediste el dinero a Laurent —dijo señalándolo y mirándolo a ver si tenía algo que decir al respecto.

—Yo se lo ofrecí con gusto cuando hablamos del tema —comentó Laurent mirando a Valerie—. La verdad es que yo tenía bastante con la mía propia y no tenía pensado gastar todo el dinero ganado con la patente de corso.

—Ya. Pero me dolió enterarme de la manera en que lo hice. Antoine, no me habría importado que me lo hubieras contado en su momento.

—Pero me sentía mal por no tener la cantidad para comprártela. Me sentí fatal por ello. No quería que te quedaras con las ganas.

Valerie relajó los hombros y suspiró.

—No me habría importado si me lo hubieras dicho.

—Pero yo sentía que te lo debía por haber crecido sola. Por no

haber estado más pendiente de ti.

—Lo hiciste lo mejor que supiste y pudiste, Antoine. Y estoy orgullosa de ello.

—En fin, creo que está aclarado. Y en cuanto a Leah, creo que es mejor que se quede contigo y que yo me instale en la casa en la que crecimos. Benoit puede quedarse también como ha venido haciendo —dijo haciendo un gesto hacia él.

—Como gustes, Antoine. No tengo ningún inconveniente.

—No hace falta que prescindas de él, Antoine. Fabien y yo estaremos por aquí cuidando de tu hermana. Aunque sabemos que no es muy dada a dejarse hacerlo. —La contempló con ironía y cariño, haciendo que el rostro de ella se encendiera.

Antoine esbozó una sonrisa de picardía porque entendía lo que eso significaba. Podía dejar a Val en manos de Laurent. ¿Quién mejor que él, que era amigo de la familia y tenía un interés especial en ella?, pensó con un leve movimiento de cabeza. Además, sabía que su hermana no le permitiría acercarse más de lo debido.

—No tengo inconveniente. Es más, creo que te has estado encargando de hacerlo en mi ausencia. —Le guiñó un ojo a Valerie, sentido de complicidad, que ella no acusó—. En ese caso, Benoit se viene conmigo. Aprovecharemos para que me pongas al día de lo sucedido en mi ausencia.

Hizo ademán de marcharse cuando la mano de su hermana lo retuvo, obligándolo a centrarse en su mirada, mezcla de temor y de advertencia.

—Imagino que habrás dejado el negocio del contrabando.

Antoine posó las manos sobre los hombros de su hermana y la miró a la cara con seriedad.

—Ese asunto está cerrado para siempre. Desde hoy me dedicaré a administrar la casa y a invertir en algún negocio. Oportunidades no me faltarán, ya lo verás. En cuanto nuestras amistades sepan que he vuelto para quedarme.

—Celebro escucharte decirlo. No concibo la idea de que hayas vuelto para volver a marcharte.

—Quédate tranquila. Pienso disfrutar de mi retiro. Ir de fiesta en fiesta, de reunión en reunión, ya sabes…

—Al hilo de tu comentario, había pensado en dar una fiesta con

motivo de tu regreso a casa.

—Sin duda que será todo un acierto. Eso lo dejo en tus manos. Pero mantenme informado. Ahora, si me disculpas, me gustaría ir por casa. —Hizo un gesto a Benoit para que lo siguiera—. Cualquier cosa que precises, manda a Laurent o Fabien a buscarme. De lo contrario, nos veremos en tu fiesta. Despídeme de Leah, ¿querrás? —le pidió dándole dos besos mientras Valerie parpadeaba en repetidas ocasiones.

—¿No vas a hacerlo tú? Espera a que termine su aseo y podréis charlar —le dijo contemplando a su hermano sacudir la cabeza y expresar una mirada de nostalgia. Y una media sonrisa cargada de decepción, a su modo de ver.

Pero él necesitaba marcharse cuanto antes. No quería enfrentarse a ella porque, de lo contrario, permanecería en la casa o le pediría que lo acompañara. No. Por el momento, prefería que se mantuvieran alejados para poder reorganizar sus pensamientos en torno a ella y a su vida. Y lo mismo le sucedería a Leah. El haber pasado juntos tanto tiempo se le haría raro en un principio, pero se sumergiría en los negocios y en la casa junto a Benoit. De ese modo, no pensaría demasiado en ella.

—Cuídate. Pasaré a verte esta tarde y hablamos —le dijo Laurent estrechándole la mano.

—Cuando quieras. Allí estaré. Me llevo un par de caballos. Ya te los devolveré.

—Coge los que quieras.

Valerie acompañó a su hermano y a Benoit hasta la puerta. Laurent la siguió y ambos permanecieron en el umbral contemplando como se marchaban.

—¿Qué opinas? Tú eres su mejor amigo —comentó Valerie sin apartar la atención de su hermano, el cual caminaba hacia las cuadras.

—¿A qué te refieres?

—¿A qué va a ser? —Valerie volvió el rostro hacia Laurent y lo contempló como si le estuviera tomando el pelo—. A Leah. ¿Por qué demonios no se queda a despedirse de ella?

—Cuida el lenguaje. Ya no eres una contrabandista —le recordó sonriendo—. Y en cuanto a tu pregunta, espero saber más de ese asunto esta tarde cuando vaya a verlo —le aseguró fingiendo no saber

nada por la charla que habían mantenido minutos antes de que ella apareciera en el salón.

Los vieron cabalgar hacia la verja de entrada a la casa, ajenos a que otra persona también lo hacía. Leah contemplaba a Antoine alejarse de la casa sin haberse despedido de ella siquiera. Ese pequeño detalle pareció afectarla más de lo que podía imaginar. Una mezcla de rabia y de decepción chocó en su interior y prefirió quedarse con la primera sensación. Era mejor así. Tenía que mostrarse fría y distante como la cortesana que había sido en su día. Era consciente de que él no se aventuraría a tener una relación con ella después de todo.

—¿Se marcha?

Valerie y Laurent se giraron al escuchar la voz de Leah. La primera se dio cuenta del matiz de desilusión en su pregunta.

—Mi hermano tiene cosas que hacer en su casa, pero imagino que vendrá más tarde —mintió en un intento por no hacer la situación más complicada. Le había pedido a Antoine que se quedara a despedirse de ella, e incluso a charlar. Pero él había rehusado la invitación. Como si ella fuera el mismo diablo. Y creía entender por qué lo estaba haciendo—. No obstante, si quieres, podemos ir a visitarlo nosotras con Laurent. Has quedado en verlo, ¿no?

—Eh, sí, sí, claro.

Leah arqueó una ceja de manera suspicaz y sacudió la cabeza.

—No os preocupéis. No hace falta. Entiendo que debe poner en orden sus asuntos después de estar ausente todo este tiempo.

—Ven, demos un paseo por los jardines. Te los mostraré mientras te comento el asunto de la fiesta que quiero dar en unos días con motivo de que todos hayamos regresado a salvo de Escocia. Si nos disculpas —dijo a Laurent, quien no puso ninguna objeción y prefirió quedarse solo dándole vueltas al comportamiento de Antoine, sus palabras y las de su hermana Valerie. No pudo evitar sonreír como un cínico al pensar qué sucedería si ella conociera lo sucedido aquella noche en Moidart, cuando su hermano vio a la contrabandista escocesa.

Antoine llegó a su casa y, tras dejar los caballos en la cuadra, se dirigió a la puerta y llamó.

—¿A qué ha venido tanta prisa por venirte? Pensaba que te gustaría pasar el día con Valerie…

Antoine sacudió la cabeza.

—Estoy cansado del viaje.

La puerta se abrió y el rostro del ama de llaves mostró la esperada sorpresa al ver a Antoine, junto a Benoit, allí en la entrada.

—¡Señor Lerroux!

—Constance, me alegro de veros —le dijo entrando en la casa mientras la mujer permanecía con la boca abierta sin aparente capacidad para moverse.

—Pero ¿habéis llegado hoy mismo?

—He pasado por casa de mi hermana para hacérselo saber. ¿Todo correcto por aquí? —La sujetó por los hombros y la contempló con una sonrisa.

—Pues… Sí, sí… Claro. —La mujer balbuceaba por los nervios que sentía al volver a ver a su señor.

—Me alegra saberlo. No la entretendré más, puesto que debo tratar asuntos con Benoit. Pero la puerta del despacho está abierta por si me necesitáis.

—Sí…

El ama de llaves estaba tan aturdida que apenas si lograba articular una palabra por la emoción que experimentaba al volver a verlo en casa.

Entró en su despacho seguido de Benoit. Llevaba meses sin pisar por allí y en ese preciso instante le parecía raro hacerlo. Se sentía como un completo extraño en su propia casa. Pasó la mano por los muebles, la mesa, los utensilios que había sobre esta y, al final, por el respaldo de la silla. Levantó la mirada hacia su amigo y mano derecha en aquella casa.

—¿Qué sucedió con Chevignon? Tú tienes que saberlo.

Benoit carraspeó y se humedeció los labios antes de hablar.

—Se presentó en casa de Val reclamando el pago de la carga que llevaste. Los rumores que corrían acerca de que podías haber muerto en el ataque inglés a Moidart dispararon sus miedos —comenzó explicando mientras observaba a Antoine volverse hacia el ventanal y mirar a través de este—. Al ver que tu hermana no sabía nada, ni tenía esa cantidad de dinero, sugirió que le pagara con la casa.

Antoine se volvió hacia Benoit. Tenía el ceño fruncido y una mirada nada amistosa.

—Buen intento. Y entonces descubrió que mi hermana no podía venderla porque no es la legítima dueña.

—Sí. Laurent fue a explicárselo.

—Ya. —Antoine chasqueó la legua—. Y se hizo cargo de la deuda.

—Sí, como cabría esperar en alguien como él.

—Imagino que mi hermana no le comentó nada. No le pidió que la ayudara. Conozco su orgullo —dijo sonriendo de manera irónica mientras echaba un vistazo de forma distraída a los papeles esparcidos sobre la mesa.

—Exacto. Fui yo el que le contó a Laurent la charla que Valerie y Chevignon habían mantenido. Descubrir la verdad no le hizo ninguna gracia… Ya lo has visto.

—Lo suponía —asintió sacudiendo una mano en el aire.

—Ni tampoco que Laurent se hiciera cargo de tu deuda.

—Bueno, en ese caso, estamos en paz. Él me debía dinero. Se lo recordé de una manera muy específica cuando lo encontré de juerga en una taberna en Moidart —le resumió recordando el puñetazo que le había dado y que acabó con Laurent en el suelo—. Pobre Val. Debió ser duro para ella enterarse del tema de la casa primero. Y luego que Laurent había saldado mi deuda a sus espaldas.

—Por eso mismo se largó Laurent a Cornualles.

—¿Porque la decepcionó? —preguntó Antoine mostrando su sorpresa.

—Laurent besó a tu hermana en una fiesta y… Bueno, creo que eso no hace falta que te lo diga. Los sentimientos se pusieron de por medio.

—Pero parece que se llevan bien….

—Sí, sí. Lo aclararon todo cuando él regresó de Cornualles. Valerie temió por la vida de Laurent. Si te soy sincero, lo pasó bastante mal cuando supo que había aceptado un encargo de Fabourgh. Creo que en el fondo le daba miedo que hubiera vuelto al contrabando por todo lo que estaba sucediendo entre ellos.

—Laurent no es tan estúpido como para volver. Y menos para tratar de olvidar a mi hermana. Lleva años fijándose en ella, pero sin atreverse a decírselo.

—El carácter de Val impone respeto a cualquier hombre. Y tú lo sabes. —Benoit le hizo un gesto con el mentón hacia él.

—Sí. En muchas ocasiones, yo mismo me pregunté si Laurent estaba seguro con respecto a Val.

—Y de ti y de la escocesa, ¿qué tienes que contarme? —Benoit apartó una silla de las que había frente a la mesa y se sentó de manera cómoda, como si esperara una confesión larga por parte de Antoine.

Este se quedó contemplándolo sin saber qué decirle. Cruzó los brazos sobre el pecho y frunció el ceño.

—Que ha sido toda una odisea llegar aquí. No te haces una idea.

—¿Va a quedarse o regresará a Escocia si las cosas se calman?

—Supongo que se quedará. Allí no le queda nada, ni nadie. Lo perdió todo durante el ataque. Y no parecía dispuesta a regresar a las tierras de su clan, los Cameron. Además, podrían reconocerla como la contrabandista leal al rey Jacobo. La colgarían sin que tuviera un juicio justo —le confesó sacudiendo la cabeza, como si desechara la idea de que ella se marchara.

—Entiendo. Luego, es probable que se quede —reiteró con la mirada entornada hacia su amigo.

—Sí. Pero ¿a qué viene tanto interés?

—A que me ha parecido una mujer hermosa a la que no le quitabas el ojo cuando estuviste en casa de tu hermana. Pero me ha sorprendido que no te despidieras de ella. ¿Ha sucedido algo entre vosotros durante el viaje desde Escocia hacia aquí?

—¿Por qué diablos te interesas por mí y por ella? —El tono de la pregunta hizo sonreír a Benoit—. ¿De qué te ríes?

Sí. No le cabía ninguna duda de que su amigo tenía algo pendiente con la escocesa.

—Por la manera en la que te comportas. ¿Estás cabreado con ella?

—¿Por qué debería? No me ha hecho ni dicho algo que pudiera molestarme.

—Bien. ¿Piensas buscarle un esposo aquí en París para que se establezca de manera independiente? Te advierto que propuestas no le van a faltar en cuanto aparezca en la fiesta que Val quiere dar con motivo de tu regreso…

Antoine emitió un gruñido ante ese comentario. Algo que no pareció gustarle, pero que por otra parte era posible. Pero si pensaba en cómo era ella, y en lo que había sido, dudaba de que alguien de buena posición estuviera dispuesto a pedirle matrimonio a una mujer

que había sido cortesana en Edimburgo y contrabandista para los seguidores de los Estuardo más tarde. En ese sentido, él parecía estar más tranquilo, aunque podría darse el caso de que alguien estuviera tan loco como para planteárselo y aceptarla pese a todo. Lo que desconocía era lo que Leah pensaría de esa situación. Al menos a él le parecía que ella no buscaba un hombre por las charlas que habían mantenido durante el viaje.

—Te has quedado callado.

—No, no. Estaba pensando en lo que has dicho. Pero no creo que sea lo que está buscando. Claro que… ¿quién conoce a las mujeres? —preguntó con un deje burlón, como si pretendiera restarle importancia a esa pregunta—. ¿Un trago?

—De acuerdo. ¿Piensas hacer algo con Chevignon por sus pretensiones? —Benoit tomó la copa de vino que Antoine le tendía.

—No. He dejado el contrabando y todo lo relacionado con este. Incluidas las rencillas y venganzas. No, no voy a hacer nada. Entiendo que ya se encargó de ello mi querido Laurent.

—¿Y si te ofrecen algún cargamento? —Benoit observó el semblante de su amigo por encima de la copa mientras él bebía.

—No. Definitivamente.

—Tendrás que emplear tu tiempo en algo.

—Sí, ya me escuchaste cuando mi hermana me lo preguntó. Divertirme. —Levantó la copa en alto y vació su contenido de un solo trago, como si con ello pudiera arrancarse a Leah Cameron de sus pensamientos.

Valerie y Leah recorrían el pequeño, pero coqueto jardín de la casa. La primera hablaba sobre este mientras observaba a su acompañante con curiosidad. Le parecía demasiado callada y creía entender el motivo. Antoine se había marchado sin despedirse siquiera de ella después de haberla llevado con él hasta allí. Valerie intentaba distraerla con sus comentarios acerca de la fiesta que quería dar en un par de días.

—Imagino que vendrá gente importante de la sociedad parisina. Creo que sería un buen momento para que hicieras amistades, ¿no crees? —le comentó tuteándola porque le gustaba la cercanía que había entre ellas desde el primer momento—. Por supuesto que yo te presentaré a amigas mías para que te integres en nuestro círculo y

puedan invitarte a más fiestas.

—Te lo agradezco porque aquí no conozco a nadie y me siento algo…

—¿Sola? —la interrumpió Valerie—. Es normal cuando llegas a un sitio nuevo. Pero ya te digo que no tienes de qué preocuparte. Estarás rodeada de gente en todo momento, incluido Antoine, aunque se haya marchado a su casa —dijo con un toque de mal humor por el desplante que le había dado a su invitada. ¿Qué diablos le había sucedido para actuar de aquella manera? Se fijó con atención en la reacción de Leah al pronunciar el nombre de su hermano. Una media sonrisa inicial para después desviar la mirada. Tenía que hablar con su hermano sobre ella—. Supongo que habrás asistido a fiestas y veladas con música en Escocia. Que no siempre habrás vivido en Moidart o habrás sido contrabandista. En mi caso, yo empecé a llevar las cuentas de los negocios de mi hermano hasta que me impliqué de una manera más directa.

—Sí, he asistido a bailes y cenas cuando estaba en la capital.

—No creo que encuentres muchas diferencias entre Edimburgo y París. Siempre es la misma canción. Las jóvenes damas en busca de un marido, los pretendientes que hacen lo mismo con las mujeres solteras o viudas, negocios, cotilleos… —Valerie bufó como un gato, cansada de asistir siempre al mismo tipo de evento.

—No parece que te entusiasmen demasiado, lo digo por tu reacción.

—Es que es así. Es el mismo guion una y otra vez. En ocasiones varía algo, pero por lo general… Dime, ¿has sido el centro de atención de los caballeros? Me refiero a que si alguno te ha querido cortejar alguna vez o incluso te han propuesto matrimonio. Si no quieres responderme, estás en tu derecho.

Leah sonrió.

—En una ocasión, pero hace tiempo.

—¿Y qué sucedió?

—Nada. Pertenecíamos a clanes escoceses diferentes. Desde ese día no tengo la mínima intención en volver a estarlo. Que quede claro —dijo con una mirada bastante significativa y concluyente.

—Pues te puedo asegurar que, cuando aparezcas en la fiesta, los invitados no dejarán de hacerse preguntas sobre ti. Y una de estas será

si estás disponible —le advirtió entre risas que se volvieron contagiosas para Leah.

—Soy consciente de ello. No te preocupes. Estoy acostumbrada.

—¿Por qué no quieres saber nada de las relaciones? Disculpa mi curiosidad, pero…

—Tranquila, no me ofendes con tus preguntas —le aseguró contemplando a la joven con cariño—. Entiendo que mi comentario despierte tu curiosidad. Pero es así.

Valerie detuvo su paseo y se quedó mirándola con extrañeza. Sacudió la cabeza sin poder creerle.

—Es extraño.

—¿Qué no quiera tener una relación con un hombre? Es algo normal…

—No te lo discuto, pero tendrás que tener en cuenta a mi hermano. Solo he tenido que fijarme en él y en cómo te miraba para darme cuenta de que le atraes.

Leah sonrió y bajó la mirada hacia sus manos entrelazadas. Se humedeció los labios con parsimonia, como si estuviera seduciendo a un hombre. Como si hubiera regresado a los salones del palacio de Holyrood en la capital escocesa; como si los más ilustres hombres del gobierno la rodearan buscando complacerla. Sonrió una vez más y levantó la cabeza cogiendo aire antes de confesarle la verdad.

—No creo que sea la mujer adecuada para tu hermano.

—No veo por qué…

—He sido una cortesana. No quiero ser descortés, pero dudo de que algún hombre en París me preste atención cuando sepa lo que he sido. Y, además, añade estos últimos años como contrabandista en favor del Estuardo.

Valerie permaneció callada durante unos segundos, asimilando aquella información que no dudó en relacionar con Antoine.

—¿Lo sabe mi hermano?

—Sí. Fue una de las primeras cosas que le confesé antes de que pudiera pasársele por la cabeza alguna locura.

Valerie sonrió con un deje irónico.

—Apuesto a que ya se le ha pasado. Si lo conozco bien…

Leah desvió la mirada hacia la parte del pequeño jardín donde había plantados varios rosales, y permaneció con la vista fija en ellos.

Comenzó a mover la cabeza de manera casi imperceptible. Luego, volvió su atención hacia Valerie, y la expresión del rostro de esta no varió.

—Antoine no se rendirá pese a lo que has sido. No le importará si de verdad siente algo por ti.

—Estoy convencida de ello —le aseguró con la mirada entornada y la sensación de calidez en su pecho. Le agradaba su compañía, sus palabras, sus atenciones y su manera de mirarla. Y creía que podría enamorarla y amarla como ningún otro, pero…

—Pues vete preparando porque, en cuanto te vea en la fiesta, no se apartará de tu lado.

Leah suspiró resignada.

—Lo supongo, pese a que no sea lo más adecuado para él.

—Deja que sea mi hermano quién lo decida, ¿no crees? Yo también he sido contrabandista y no por eso me avergüenzo. Ni tampoco pienses que voy a retirarte mi amistad por ese motivo de tu vida personal pasada. Y, ahora, sigamos planificando la fiesta. —Valerie deslizó su brazo por debajo del de su acompañante y juntas emprendieron el camino de regreso a la casa.

Leah suspiró algo más tranquila. Entendería que una vez que conocieran su pasado, Valerie podría apartarse de su lado. Pero, por suerte, no lo había hecho.

Capítulo 12

La fiesta había comenzado y Antoine permanecía en su propia casa, sentado en un sillón del salón con la mirada perdida en el vacío. En su mente no tenía cabida otro pensamiento que no fuera Leah. Llevaba días sin querer saber nada de ella. Laurent era el único al que había vuelto a ver desde su llegada. Este se había pasado aquella misma tarde para charlar. Le contó que su hermana y la propia Leah habían considerado acompañarlo en un principio. Pero al final habían decidido quedarse en casa para seguir avanzando en los preparativos de la fiesta. Tal vez, después de todo, eso había sido lo mejor.

—¿Piensas permanecer ahí sentado toda la noche? —le preguntó Benoit apareciendo en el umbral del salón—. Val nos va a colgar de un árbol del jardín si no aparecemos ya en su casa. ¡Por todos los diablos, tu hermana ha organizado esta velada en tu honor y a ti parece no importarte!

—Pues claro que me importa.

—¿Entonces estás ahí como si la cosa no fuera contigo por esa escocesa? —Benoit le hizo la pregunta retándolo con la mirada y lo señaló con un dedo, como si lo acusara.

—No es tan sencillo.

—Oh, vamos. ¿Vas a decirme que te resulta complicado acercarte a ella? Admito que es muy atractiva, pero ¿cuándo te ha detenido eso de una?

—Será mejor que nos marchemos o mi hermana nos matará, como bien dices.

Antoine prefería estar cerca de Leah que estar escuchando a Benoit decirle lo que tenía que hacer. Este sacudió la cabeza sin comprender del todo la actitud de su amigo y señor. Nunca lo había visto flaquear

ante una mujer en todo el tiempo que llevaban juntos. Ambos habían sido corsarios primero y contrabandistas después. Benoit lo había visto seducir a infinidad de mujeres, casadas, viudas, cortesanas, mujeres libertinas… Y en ese momento parecía estar… ¿No se le habría pasado por la cabeza sentir algo por la contrabandista escocesa?, se preguntó Benoit observándolo subirse al caballo.

Valerie estaba de uñas con su hermano. ¿Dónde narices se había metido? Aquella fiesta era en su honor, por haber regresado sano y a salvo a casa, y todavía no había hecho acto de presencia.

—¿Puedo saber a qué viene tu gesto? ¿Estás enfadada en tu propia fiesta? —le comentó Laurent.

—No sé dónde está… —No pudo terminar de decir lo que tenía pensado porque Antoine hizo acto de presencia en compañía de Benoit. Saludaba a la gente a la que se encontraba de camino hacia donde estaban Laurent y ella. Val cambió el gesto cuando lo tuvo delante—. Dichosos los ojos. Pensaba que no vendrías.

Antoine sonrió sarcástico.

—Me he entretenido. Solo eso. Ya estoy aquí y son muchos los que me han visto y saludado. Por cierto, deja que te diga que estás muy elegante esta noche.

—No trates de engatusarme, Antoine. Sé lo zalamero que puedes llegar a ser cuando te conviene.

—Eso es lo malo de que seas mi hermana. Que me conoces demasiado bien.

Se volvió para saludar a Laurent, pero su mirada quedó atrapada en la radiante y hermosa mujer que charlaba de manera distendida con otros invitados, entre ellos, algunos caballeros. Leah captaba toda su atención en ese preciso instante, para el cual no estaba preparado. Se fijó en su vestido a la moda impuesta por María Antonieta, eso era, con un corpiño ceñido que realzaba el busto hasta casi hacerlo salir por el escote. Y una falda ampulosa con gran cantidad de tejido, que se apoyaba en un armazón hecho de almohadillas y aros de caña o metal, los cuales permitían adoptar una silueta rectangular. La tela de la falda se abría en la parte delantera para mostrar otra más decorada. El tono de su vestido era de un rosa claro que resaltaba el color cobrizo de su cabello. Su piel relucía sin igual en un escote tan llamativo como seductor para todo aquel que se fijara.

—¿Qué opinas? —le preguntó Valerie acercándose a él para susurrarle la pregunta.

—Sin duda que es todo un reclamo para los invitados.

—Me ha contado quién es. O, mejor dicho, a lo que se dedicó los años que estuvo viviendo en Edimburgo. Y qué tú también lo sabes.

Antoine volvió el rostro para quedarse contemplando a su hermana.

—¿Qué pretendes decirme?

—Nada. Solo que si de verdad estás interesado en ella, insistas.

—¿Por qué debería hacerlo? —le preguntó sacudiendo la cabeza con el ceño fruncido.

—Porque he percibido la atracción que ejerce sobre ti. En serio, tienes una ventaja con respecto a lo demás pretendientes que pueda tener.

—¿Cuál?

—Que ella solo te aceptaría a ti como su compañero. Tenlo presente. Por cierto, ahí llega Fabourgh acompañado por su esposa Marjorie —le advirtió volviéndose hacia estos con una amplia sonrisa.

—Hazle caso —le aseguró Laurent con un leve gesto de cabeza.

—¿Tú también? —le preguntó fingiendo estar indignado con su amigo por ese comentario. Pero este se limitó a encogerse de hombros.

—Antoine, celebro volver a verte —le comentó Fabourgh estrechando su mano—. ¿Ya te has instalado?

—Sí. Por fin estoy en casa.

—¿Dónde has dejado a tu acompañante?

—Oh, está charlando con algunas amigas de mi hermana. Se ha quedado aquí, en ella.

—Celebro que todo haya salido bien. Y que te hayas acomodado en tu hogar. Si necesitas cualquier cosa…

—Nada por el momento. Diviértete.

—Descuida. Voy a saludar a Laurent.

Antoine decidió no prolongar su mirada en Leah más de lo necesario porque no pretendía que ella pudiera sorprenderlo. Tenía que ir a saludarla y, cuanto antes lo hiciera, antes podría dedicarse a charlar con otros invitados. Pero entonces fue su hermana la que, junto con Marjorie, fue a su encuentro. Sin duda que Val buscaba presentársela a la esposa de Fabourgh. Lo que desconocía era que

ambas ya se conocían.

Leah se encontraba a gusto en compañía de las amistades que Valerie le había presentado. En ese momento, la veía dirigirse hacia ella en compañía de una elegante dama a la que creía reconocer en la esposa de ese amigo de Antoine al que habían visitado al llegar a París. Pero con la peluca de color blanco a la moda y aquel elegante vestido no estaba segura del todo.

—Veo que lo estás pasando bien.

—Tus amigas no dejan de preguntarme por cómo son las fiestas en el palacio de Holyrood. O acerca de la moda en Escocia para las mujeres —le comentó fijando su atención en las dos personas que la contemplaban.

—Esta es Marjorie, una buena amiga.

—Ya nos conocemos —asintió esta con una agradable sonrisa.

—Sí, es verdad —le confesó Leah—. Pero no os había reconocido del todo cuando os he visto. Estáis muy elegante.

—Lo entiendo, querida. Entre la peluca y lo arreglada que viene una a la fiesta… ¿Qué tal estáis? Espero que recuperada del viaje.

—Así es. Valerie me ha alojado en su casa y no me deja sola ni un momento. No puedo estarle más agradecida —confesó mirándola con una sonrisa.

—Tonterías. Yo estoy encantada de tenerla aquí conmigo en la casa. Necesitaba una amiga que me hiciera compañía. Y con la que poder hablar de todos los temas que nos atañen a las mujeres.

—¿Y tu hermano? ¿No se queda aquí en esta casa?

—Ah, no. Está viviendo en la que en su día ocupamos. Prefiere estar a solas para tratar sus asuntos una vez que ha regresado —dijo Valerie rodando los ojos y poniendo cara de pocos amigo cuando se trataba de Antoine.

—Vaya… —Marjorie esbozó una mueca de desencanto porque pensaba que permanecería cerca de su nueva amiga, la hermosa mujer con la que había llegado desde Escocia.

—Ese es mi hermano. Pero dejemos de charlar de él y hagámoslo de otros temas.

Leah sonrió agradecida cuando oyó a Valerie. No quería estar escuchando el nombre de Antoine a cada momento. Lo había visto llegar a la casa y había experimentado una sensación de falta de aire.

Como si el corpiño del vestido se le ciñera en demasía. Cosa rara porque en sus años en la capital de Escocia había llevado puestos esa clase de vestidos. De manera que no era la ropa lo que la afectaba. No podía creer que pudiera llegar a sentirse así por un hombre. Pero lo cierto era que no conseguía volver a ser la mujer fría, distante y frívola que pensaba que todavía llevaba en su interior. No podía evitar mirarlo de reojo mientras charlaba con Fabourgh y con Laurent.

La noche avanzaba y Antoine se perdió entre los invitados como si pretendiera pasar inadvertido. Pero lo cierto era que estaba poco menos que evitando a Leah. La había controlado desde la distancia, de manera indiscreta. Pese a que sabía que no se estaba comportando como ella esperaría de él, ni cómo se merecía, allí estaba, lejos de ella. Hasta que sucedió algo que lo hizo reaccionar.

Leah permeancia charlando junto a su hermana cuando un viejo amigo se acercó a las dos. Antoine se fijó en como el semblante de ella cambiaba de repente. ¿Acaso lo conocía?, se preguntó sin apartar la atención de la escena.

—Buenas noches, Valerie.

—Charles McCloud, celebro verte por aquí. Espero que estés disfrutando de la velada. ¿Has visto a Antoine?

—No, no lo he saludado. Qué torpeza la mía, pero es que no he podido pasar por alto el atractivo de tu acompañante esta noche.

Las alarmas de Valerie se encendieron en un segundo. Entrecerró los ojos sin apartar su atención de aquel conocido exiliado a Francia tras la derrota de Jacobo Estuardo. Miró a Leah, quien había mudado el semblante de su rostro. ¿Qué le sucedía? ¿Conocía a aquel hombre de Escocia?, se preguntó esperando una reacción por parte de ella que aclarara un poco la situación.

Leah reunió todo el aplomo y se enfrentó a aquella vieja amistad de años atrás cuando ella residía en la capital. ¿Quién podría decirle que su pasado la estaba esperando en París?

—Charles, qué casualidad.

—Lo es, querida. Sin duda que lo es que tú te encuentres aquí.

—Veo que os conocéis… —comentó Valerie entornando la mirada hacia el amigo de su hermano.

—Oh, disculpa. Leah y yo nos conocemos de cuando ella estaba en Edimburgo. Pero de la noche a la mañana desapareció sin dejar rastro

—resumió volviendo la mirada hacia ella con una radiante sonrisa—. ¡Qué placer volver a verte! ¿Cuándo has llegado? ¿Y cómo es que conoces a mi querida amiga Val?

—Me alojo en su casa. Y si estoy aquí es porque logré escapar de Escocia con su hermano —le refirió sin más detalles por el momento. Se mostró altiva y fría, como pudo ver Valerie al fijarse en la manera en la que ella había cambiado su talante.

—Vaya… De manera que conoces a Antoine…

—Fue gracias a él que estoy aquí.

—¿Quién podría esperarlo? Bien, iré a saludarlo. Un placer verte de nuevo y confío en poder seguir charlando más tarde —le aseguró con un fingida sonrisa—. Valerie.

—Nos vemos, Charles —le aseguró ella siguiéndolo con la mirada hasta que desapareció entre la gente. Luego, volvió su atención hacia Leah, quien parecía algo turbada por la presencia de este—. No hace falta que me cuentes de qué os conocéis.

Ella inspiró hondo, haciendo que el corpiño le apretara y su busto se realzara un poco más. Luego, cerró ojos y soltó el aire.

—No siempre acababa durmiendo en cama ajena. Ni invitaba a la mía a todos los que solicitaban mi compañía.

—No es asunto mío, Leah —le aseguró comprendiendo el daño que le costaba reconocerlo—. No pienso juzgarte por lo que hayas hecho. Ya te he dicho que yo llevaba las cuentas del negocio de mi hermano… No soy un ángel precisamente. Y el hombre al que amo y me ama ha sido corsario y contrabandista. Creo que no hace falta decir más. —Sonrió moviendo las cejas hacia arriba hasta lograr formar un arco perfecto.

—No esperaba encontrarme a antiguas amistades de la capital, aquí, en París.

—Muchos han venido a Francia siguiendo al Estuardo. Tenlo en cuenta ahora que ya has visto a uno.

—Ya veo —murmuró con la mirada fija en un punto en el vacío. No quería pensar en nada por el momento. Pero lo cierto era que no esperaba que su pasado la persiguiera hasta las afueras de París. Ni que Charles se aproximara a Antoine en ese instante. En un segundo, sus pulsaciones se dispararon sin que ella pudiera hacer nada por controlarlas. Abrió los ojos como platos y dejó escapar un gemido que

Valerie no pasó por alto.

—Sí, ya sé lo que estás pensado. Que McCloud va a contarle a mi hermano que te conoce.

El temor por lo que pudiera suceder se reflejó en el gesto que hizo Leah. Se mordió el labio y entrelazó las manos confiando que nada malo sucediera entre ellos.

Antoine contempló a McCloud acercándose hasta él. Cosa que agradecía porque de ese modo podría preguntarle de qué conocía a Leah; aunque podría hacerse una idea que no le agradaba demasiado.

—Celebro verte de regreso, amigo —lo saludó con el brazo extendido para estrecharle la mano—. Algunos te daban por muerto, pero ya les decía que no hay nada que pueda acabar contigo.

—Gracias. ¿Qué tal todo por aquí?

—Te digo lo mismo que acabo de confesarle a tu hermana, mejor desde que he visto a una vieja amiga. Tú la conoces. Asegura que ha venido contigo desde Escocia.

Antoine asintió emitiendo un sonido gutural de que así era.

—¿Te refieres a Leah Cameron?

—¿A quién va a ser? Vamos, sabes que me estoy refiriendo a ella. La has traído a tu casa en París…

—No. Se aloja con Val en la suya.

—Vaya. —McCloud chasqueó la lengua fingiendo sentirse decepcionado por esa noticia—. Pensaba que lo haría contigo. Después de haber hecho juntos el viaje, imagino que habrá surgido cierta confianza entre vosotros. ¿Sabes a lo que se dedicaba?

Antoine percibió una chispa de ironía en la pregunta.

—Contrabando de armas para los jacobitas. Laurent le llevó un cargamento hasta Moidart —le comentó haciendo una señal hacia su amigo, que charlaba con otros invitados.

—¿En serio? —McCloud pareció mostrarse sorprendido por esa afirmación.

—Val y yo la conocimos cuando llegamos a esta localidad después de visitar a un viejo amigo. Ayudaba a los seguidores de Jacobo Estuardo.

—No era ese el oficio que tenía cuando yo la conocí estando en el palacio de Holyrood.

—Poco o nada me importa lo que hiciera o dejara de hacer en el

palacio real escocés. —Antoine entendía qué buscaba McCloud. Presentía que iba a soltarle de buenas a primeras que ella había sido una cortesana.

—Pues a lo mejor te convendría saber a quién alojas en tu casa.

—¿No te ha quedado claro que no está conmigo sino con mi hermana? —Antoine entornó la mirada y sacudió la cabeza.

—Bueno, pero la reputación de Valerie podría verse afectada si llegara a saberse que tu amiga ha sido una cortesana en Edimburgo, que frecuentaba el palacio real de Holyrood, o que su propia casa era un lugar de reunión de los más notables súbditos del monarca.

Antoine le sostuvo la mirada a McCloud en todo momento. No dijo nada mientras lo escuchaba. Ahí estaba. Lo que había deseado soltarle desde que lo vio. Se rio ante aquel comportamiento tan absurdo por parte de él.

—¿Crees que a Val o mí nos importa lo que haya sido?

—Solo te aviso del escándalo que…

—¿Escándalo? ¿A mí? ¿A Valerie? —Antoine se mostró burlón ante ese comentario y no pudo evitar reírse a carcajadas en pleno rostro de McCloud—. He sido corsario, contrabandista y ladrón para el mismo rey Luis y sus más allegados nobles. Algunos de los cuales están esta noche aquí —le dijo pasando el brazo por los hombros de McCloud en señal de camaradería—. No tienes ni idea de quién soy. Tan solo nos presentaron en su día y hemos hecho algún negocio. Nada más. Que Leah haya sido cortesana en Edimburgo me importa lo mismo que el príncipe Orange se siente en el trono del palacio de Whitehall, la verdad. Esto es, nada.

Antoine le palmeó la espalda a McCloud y sonrió de manera cínica.

—¿Y a tu hermana?

—¿A Val? Tampoco tienes ni idea de la clase de mujer que es. Te sorprenderías del respeto que impone a los hombres a bordo de un navío. Fue ella la que dirigió nuestro barco desde las costas escocesas hasta las francesas. Oh, no, no… No te preocupes por su reputación. Además, está con Laurent… Con eso te lo digo todo.

—Supongo que el viaje con Leah hasta aquí habrá merecido la pena, ¿no?

—Espero que no te estés refiriendo a lo que yo creo, porque no te lo permito. La he respetado tanto o más que a cualquier mujer. De

manera que déjalo estar.

—Me extraña que no hayas intentado hacer nada con ella. ¿Y Leah? ¿No ha tratado de pagarte con sus servicios el favor que le has hecho al traerla a París? —le preguntó esbozando una sonrisa de triunfo, que desapareció de su rostro el tiempo que el puño de Antoine tardó en impactar en su mandíbula y que lo arrojó al suelo ante la estupefacción de los invitados.

Valerie se volvió al escuchar el sonido que produjo el cuerpo de McCloud al caer. Y lo mismo Leah, cuya mirada fue de este a Antoine. Su semblante reflejaba la ira a pesar de que contemplaba a McCloud con los ojos entrecerrados y la mandíbula tensa. ¿Qué había sucedido para que reaccionara de ese modo?

Laurent se apresuró a sujetarlo cuando vio a su amigo inclinado sobre McCloud sujetándolo por la camisa y dispuesto a golpearlo una segunda vez. Este se levantó del suelo a duras penas y miró a Antoine con cierto desprecio. Tenía el labio partido, el pelo alborotado y la ropa arrugada debido a la caída.

—Largo de esta casa —le ordenó extendiendo el brazo hacia la puerta.

—Esta casa es de tu hermana. No tienes derecho a…

—Si tengo que insistir, te prometo que yo mismo me encargaré de sacarte. Y no creo que te gusten mis modales —le advirtió elevando las cejas y asintiendo, convencido de que lo haría; y ganas no le faltaban.

—Vete. —La voz autoritaria de Valerie y su gesto con la cabeza le dejaron claro que tendría que hacerlo—. Es mi casa, pero si mi hermano te pide que te vayas, no se lo reprocharé porque entiendo que hay una causa justificada para que te lo pida. Por tu bien, no lo contradigas. Quedas advertido. Lárgate ya, o pediré a Benoit y Fabien que te ayuden a hacerlo.

McCloud cerró las manos en puños y comprendió a qué se había referido Antoine cuando le había asegurado que no conocía a Valerie. Allí permanecía ella, desafiante ante él, sin parpadear siquiera. Sonrió de manera cínica al verse derrotado y humillado ante todos los invitados. Se volvió hacia Leah para recorrerla de pies a cabeza con la mirada. Una llena de superioridad e incluso de desprecio.

—Por una cortesana…

Esta sintió como si acabaran de golpearla en el estómago. El efecto de aquellas palabras se reflejó en el brillo de su mirada. En el sofoco que experimentó su rostro. Se escucharon murmullos, voces y alguna que otra exclamación entre los invitados. Ella quiso marcharse, pero la mano de Valerie la retuvo. La miró con cariño y sacudió la cabeza haciendo que desistiera de esa idea.

Laurent seguía reteniendo a Antoine. A su lado estaban Benoit e incluso Fabien para echar una mano porque sabía que, si lo soltaba, nada ni nadie evitarían que fuera tras McCloud y le diera una paliza. O incluso que acabara con él. Antoine esperó a que este se hubiera marchado para tranquilizarse un poco. Buscó a Leah con la mirada y lo que percibió en su rostro le produjo la esperada sensación. Rabia y repulsa porque aquel impresentable se hubiera dedicado a atacarla.

Antoine soltó el aire acumulado y asintió mirando a Laurent y a Benoit.

—Estoy bien. No pasa nada.

Leah miró a Valerie un segundo antes de salir hacia el exterior de la casa. La sensación de ahogo se había adueñado de ella y creía que la asfixiaría si no salía de allí. Necesitaba tomar aire durante unos minutos, tratar de olvidar lo sucedido. Debería serenarse para ver qué opciones tenía. Era consciente de que el escándalo la perseguiría fuera donde fuera. Y que el destino era un caprichoso o incluso un traidor por hacerla pasar por aquellas situaciones.

Se detuvo en la entrada al pequeño jardín por el que había paseado con Valerie colgada de su brazo mientras charlaban de los preparativos de esa fiesta en honor a Antoine. Pero su presencia no había hecho más que estropearla y provocar un escándalo. Cerró los ojos y sacudió la cabeza diciéndose a sí misma que lo mejor sería desaparecer. Alejarse de allí antes de que su presencia causará más daño.

—Ve con ella. Ha salido hacia la terraza —le comentó Valerie a su hermano en cuanto este se quedó solo—. Intuyo lo que ha sucedido con McCloud y te honra tu comportamiento. No esperaba menos de ti —le dijo con la mirada entornada hacia él y una sonrisa pícara.

—Un momento, ¿cómo que…?

—Era lógico que actúes como has hecho si alguien ofende a la mujer de la que te has enamorado, ¿no crees? —Valerie sonrió

divertida al contemplar el rostro de su hermano—. No trates de justificar mis palabras y ve con ella. No la hagas esperar.

Antoine se quedó con la boca abierta sin saber qué demonios responder. Tal vez le era imposible hacerlo porque su hermana tenía toda la razón. Se había enamorado de Leah y no quería que se marchara a ninguna parte. Había preferido que se alojara con su hermana a hacerlo con él porque no sabía cómo actuar si la tenía dando vueltas por la casa.

Salió a la terraza y se dirigió a la entrada cuando la vio allí de pie. Tenía la mirada elevada hacia el cielo estrellado en el que la luna brillaba en todo su esplendor. Se había levantado un ligero viento, pero la estancia fuera de la casa era agradable. Caminó despacio en su dirección y se situó a su lado sin decirle una sola palabra. Lanzó una mirada para ver si se encontraba bien, pero la imagen de las lágrimas rodando por su rostro le oprimió el estómago.

Leah no era capaz de controlar la repentina agitación de su cuerpo cuando sintió la cercanía de Antoine. Toda la tensión acumulada se había desbordado en el momento en el que se encontró a solas.

—Lamento haber estropeado la noche a tu hermana, y a ti.

—Si hay alguien al que culpar es a mí, que no he sabido o no he podido contenerme.

Aquel comentario la obligó a girar el rostro hacia él y encontrarse con su mirada. Frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Pero yo he sido la causante de que hayas golpeado a McCloud y de que la gente haya estado murmurando sobre mí.

—¿Y eso te preocupa?

—Pues… claro que me preocupa porque he conseguido estropearte la fiesta.

—¿Y si te dijera que verte esta noche era lo único que merecía la pena de ella?

Leah entreabrió los labios para responderle, pero lo único que le salió fue un leve suspiro. La mirada de Antoine estaba llena de cariño, calidez y comprensión.

—No puedes estar hablando en serio. Soy la responsable de tu comportamiento. Y de que tus invitados sepan lo que he sido…

—¿Preferirías que no hubiera reaccionado mientras escuchaba a McCloud restregarme con burla que habías sido una cortesana en el

palacio de Holyrood? Yo no podía permitirlo, Leah. Por eso reaccioné de ese modo.

—Pero ¿qué vas a hacer, Antoine, pegar o retar a todo aquel que te diga lo que he sido?

—Hay maneras de decirlo, Leah. Y la de McCloud era la de un impresentable. Me hubiera gustado que no se hubiera marchado.

Leah rodó los ojos y suspiró mientras se giraba para adentrarse en el jardín bajo la atenta mirada de él. Antoine la dejó alejarse y contempló su esbelta silueta recortada en la semioscuridad de la noche. Se había acostumbrado a verla vestida con ropa sencilla y nada elegante ni fastuosa, como el vestido de esa noche. Su hermana había dispuesto farolillos iluminados por todo el jardín, allí donde era más necesario por la oscuridad. Una especie de procesión de luciérnagas, que parecían indicarle el camino a seguir. Sonrió y resopló consciente de lo que sentía por ella y de lo que quería que ella experimentara con él. La observó mientras pasaba la mano de manera distraída por algunas flores. Algunos mechones de su pelo flotaban en el aire. Era exquisita, dulce, tierna y provocativa como ninguna otra mujer que hubiera conocido.

—Tengo la sensación de que mi pasado me perseguirá allá donde vaya —le confesó sin levantar la mirada de las flores.

—A todos. Olvidas el mío.

—Pero en mi caso, los hombres me lo recordarán con cierta prepotencia. Como esta noche.

—En ese caso, estaré cerca para que nadie te lo diga.

—Pero no puedes defenderme a cada momento solo porque alguien de mi pasado aparezca para recordármelo. Además, puedo hacerlo yo sola.

—Sí, no me cabe la menor duda —le dijo sonriendo y llevándose la mano al rostro al recordar la bofetada que le había dado cuando la besó.

—Reconoce que te lo merecías —se acercó más a él, consciente de que, a pesar de todo, no podía resistirse a la atracción que él ejercía en ella.

—Solo fue un beso.

—Nadie me había besado sin pedirme permiso o sin que yo lo intuyera.

Antoine sonrió y deslizó el brazo por la cintura de ella con cierta lentitud, provocando que la respiración de Leah se acelerara y que por entre sus labios escapara una sucesión de gemidos a cual más seductor para él.

Leah no pudo controlar su pulso cuando la rodeó por la cintura para pegarla más a su cuerpo. Ni que la mirada que le dedicaba en ese momento le haya borrado cualquier atisbo de miedo a su pasado. Quería que la besara en ese preciso instante. Lo necesitaba para acallar los latidos de su corazón.

—¿Intuyes que quiero a besarte o debo pedirte permiso? —le preguntó sonriendo de manera cínica y pegándola más a su propio cuerpo.

—Lo sé.

Antoine se inclinó poco a poco sobre los labios de ella para rozarlos y escuchar su gemido agonizante. Sintió como ella también buscaba su cuerpo, aferrándose a sus antebrazos para pegarse más, como si pretendiera fundirse con él. La besó con delicadeza a pesar del deseo que ella había despertado. Pero pronto se vio sorprendido por la reacción de Leah, que se mostró juguetona con su lengua, mordiendo y succionando sus labios, para llevarlo hasta el borde de la cordura. La escuchó gemir en repetidas ocasiones hasta que ella se apartó. Él contempló la imagen seductora, casi lasciva, de ella. Su escote subía y bajaba de manera acelerada, preso de una agitación sin igual. Su mirada brillaba, pero no por culpa de las lágrimas, sino por el deseo.

Ella deslizó el nudo que los nervios habían formado en su garganta. No sabía cómo reaccionar ante semejante situación. Se había dejado llevar por lo que sentía por Antoine y, aunque lo deseaba, también sabía lo que ello podría representar. Una espiral de emociones alocadas.

—Siento lo que te ha pasado esta noche. Que hayas pasado un mal trago.

—No tienes por qué hacerlo.

—En cierto modo, me siento responsable porque te he traído aquí para que ni el conde de Breadalbane ni otros pudieran hacer nada, y… —Antoine sacudió la cabeza y apretó los dientes con rabia—. No era eso lo que pretendía.

—Lo sé. En todo momento te has comportado conmigo como

nunca antes habían hecho, sabiendo lo que he sido. Soy yo la que se siente dolida por el mal trago que os he hecho pasar a tu hermana y a ti.

—No te preocupes por ella. Lo entiende.

—Entonces, lo haré por ti.

Antoine sonrió. Le pasó la mano por la mejilla mientras ella cerraba los ojos para sentir aquella caricia de una manera más intensa.

—¿Por mí? Nunca una mujer lo ha hecho.

—Me preocupa que mi presencia en casa de tu hermana pueda afectarla con sus amistades.

—¿Bromeas? Pues claro que no le va a afectar para nada. Ni a mí. No sé qué estás pensando, pero desde ya te digo que lo olvides.

—¿Y si me marchara?

Leah contempló como el semblante de él cambiaba mostrando una mezcla de incredulidad y de preocupación por que estuviera hablando en serio.

—¿No estarás pensando en hacerlo? —Antoine temía que semejante locura se le hubiera pasado por la cabeza—. Te seguiría allá donde fueras.

Ella no supo si fueron sus palabras o la manera en la que las había pronunciado lo que le provocó el vuelco en el pecho. Se quedó sin capacidad de reacción. Solo podía quedarse contemplándolo y tratar de que la respiración no la ahogara. Temía que le dijera algo que no sentía, solo para complacerla. Para hacerla cambiar de opinión.

—Pero… es una completa locura. No tiene sentido. Te agradezco todo lo que has hecho por mí hasta ahora. Es más de lo que nunca pensé.

—Y podría hacer más si tú me lo permitieras.

Leah sintió la caricia de los dedos de él en su mejilla una vez más, dejándola a su merced, mientras ella era incapaz de sostenerse firme en mitad de aquella marejada de sensaciones. Dio un par de pasos atrás para alejarse de él, pero su mano la retuvo y la atrajo hacia él una vez más para atraparla entre sus brazos y mirarla de manera fija.

—No pienso permitir que te marches, y, si lo haces, te seguiré, ya lo sabes. Quédate conmigo y enfréntate al pasado. Mándalos al infierno aceptando mi propuesta.

Ella abrió los ojos al máximo de su expresión mientras temía que él

le pidiera aquello de lo que ella había estado huyendo durante los últimos años. Ningún hombre querría estar con ella sabiendo su pasado.

—¿De qué hablas?

—Acepta convertirte en madame Lerroux. No me importa lo que hayas sido, Leah, sino lo que serás si te quedas a mi lado.

Ella sentía que las piernas le fallaban, que se sostenía gracias a que él la sujetaba. Estaba aturdida por aquella proposición. Sus temores a que él cometiera semejante locura se habían manifestado. Apoyó la frente contra el pecho de él mientras lo golpeaba frustrada porque no había sido capaz de detenerlo, a pesar de que lo había visto venir cada día que habían pasado juntos.

—No puedes estar hablando en serio. —Se apartó de él unos pasos para contemplarlo a distancia. Se llevó la mano a los labios mientras sentía su corazón galopar en el pecho como un caballo desbocado.

—Nunca lo he hecho tanto como en este momento.

Se acercó a ella para quedar a su altura.

—Te dejas llevar por lo que ha sucedido esta noche. Nada más.

—No, Leah. Me estoy dejando llevar por lo que siento por ti en verdad. Reconozco que, la primera vez que te vi, sentí el deseo de besarte porque me pareciste una mujer indómita, con carácter, perfecta para robarte un beso. —El gesto de ella cambió y esbozó una tímida sonrisa—. Pero a medida que te he ido conociendo durante nuestro viaje, me he dado cuenta de la mujer que hay en ti. Y aunque admito que despiertas en mí un deseo feroz, no es menos cierto que te admiro.

—¿Lo dices en serio?

—Tu fuerza interior, tu determinación. No te he visto flaquear en ningún momento. Ni decir a nada que no. Si te soy sincero, ni yo mismo logro entender cómo ha sucedido, pero… ya ves que no soy muy bueno para decirte lo que siento. Leah, me he enamorado de ti —le confesó extendiendo los brazos a sus costados con las palmas de las manos expuestas en señal de rendición.

—Yo… Me siento confundida por lo que dices. No pretendía que llegara a suceder.

—No te culpes. Nadie puede doblegar los sentimientos a su gusto.

—Lo que me pides… No es nada fácil para mí. No he conocido el

cariño, ni mucho menos el amor. Siempre me he mostrado fría y distante con los hombres. No creas que todos acababan teniéndome desnuda en sus brazos —se apresuró a dejarle claro antes de que él formara su propia opinión.

—Ya te he dicho que no me interesa saberlo.

—Pero a mí sí. No sé querer a una persona. Y podría hacerte un infeliz, y no es lo que te mereces.

Él asintió con una mueca de decepción. Intuía que no lo tendría nada fácil con ella. Que no sería anda sencillo llegar a su corazón. Y allí mismo estaba la prueba de sus temores.

—Haces bien en decirme lo que sientes y lo que te parece mi proposición. No es necesario añadir nada más. ¿Volvemos al interior de la casa? Mi hermana estará preocupada por ti.

Ella asintió sin decir una palabra. Vio la decepción en el rostro de él porque ella no había aceptado su propuesta. Lo sentía, pero no se veía capaz de entregar su corazón a nadie. Él no se lo merecía después de lo que había hecho por ella.

Cuando Valerie los vio regresar y se fijó en las expresiones de sus rostros, supo que las cosas no habían ido tan bien como ella esperaba.

—Quédate con ella —le pidió a su hermana—. Necesita a una buena amiga.

—¿Dónde vas?

—Oh, a saludar al resto de la gente. Apenas si me ha dejado el incidente con McCloud.

Valerie contempló a su hermano alejarse de ellas con una sonrisa burlona que no tenía nada que ver con su ánimo. Luego volvió la atención hacia Leah con la esperanza de que esta le contara qué había sucedido. Su semblante parecía reflejar confusión y tristeza.

—¿Te encuentras bien? —Valerie entornó la mirada hacia ella, sabiendo de antemano que aquella pregunta sobraba porque quedaba claro que no lo estaba.

Leah no perdió de vista a Antoine mientras este se mezclaba con los demás invitados, saludándolos, charlando con ellos…

—No te preocupes, es algo con lo que tengo que vivir.

—¿Qué te ha dicho Antoine?

Leah inspiró hondo y miró a Valerie.

—Que siente mucho lo sucedido y que, de haber sabido que

alguien podría reconocerme de mis años como cortesana, no se habría separado de mi lado para evitar cualquier incidente.

—No me cabe la menor duda de que lo habría hecho y lo hará —le aseguró asintiendo con toda intención y mirándola de manera cómplice.

Leah no dijo nada más porque no quería seguir hablando del tema. Ni tampoco le confesaría lo que Antoine le había pedido. No era el momento para hacerlo. Tal vez en unos días o nunca, y ella se acabaría marchando. Intentó verlo entre los invitados, pero con el paso de la noche, él pareció desaparecer.

Capítulo 13

Antoine no tardó mucho tiempo en marcharse a su casa. La noche había sido bastante movida, con inesperados sobresaltos y decepciones. Consideró que era mejor marcharse antes que seguir en la fiesta fingiendo que todo estaba bien.

Llegó a su casa y se dirigió al salón para sentarse y pensar.

—No tienes buen aspecto —le comentó Benoit viéndolo desde el umbral de la puerta.

—Cierto que he tenido noches mejores.

—¿Es por lo que sucedió con McCloud?

—Es agua pasada. No esperaba que dijera algo así de Leah.

—¿Y ella? ¿Qué te ha sucedido con esta? Te vi alejarte hacia la terraza en un momento de la noche…

Antoine resopló y echó la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados.

—Salí a ver cómo se encontraba. Nada más.

Benoit apretó los labios y asintió caminando hacia uno de los sillones.

—¿Por qué has decidido que nos viniéramos tan temprano? Valerie no se lo esperaba. Lo digo por la cara que ha puesto cuando se lo has dicho…

—Estoy cansado. El viaje desde Escocia ha sido agotador, la verdad.

—En eso tienes razón. No te lo voy a negar. ¿Cómo estaba ella?

—Dolida porque pensaba que había estropeado la fiesta. Si Laurent y tú no me hubieseis sujetado, podría haber acabado con McCloud.

—Ya. —Benoit chasqueó la lengua—. Tipos como Charles los hay en todas partes. Trata de olvidarte de él. Y ahora, ¿qué vas a hacer con ella? Soy consciente de que tienes un especial interés…

—Olvídalo. He estado hablando con algunas viejas amistades para emprender algunos negocios. He de cambiar de vida.

Benoit asintió sin decir nada más. Era una cuestión privada en la que él no iba a inmiscuirse.

—¿No te han propuesto ningún trabajo de contrabando?

—Oh, sí. Alguno que otro invitado me lo ha insinuado, pero he dicho que no me interesaba. Y eso que la cantidad que iban a darme no era nada desdeñable teniendo en cuenta la relación entre Francia e Inglaterra.

—Tal vez tengas razón y haya llegado el momento de dejarlo del todo.

Antoine entrecerró los ojos y asintió convencido de que así debía ser. Benoit se daba cuenta de que su amigo no estaba de ánimo para mucha charla, así que lo dejó estar.

—Me retiro a dormir. Mañana seguiremos charlando.

—De acuerdo. Me quedaré un rato más aquí.

No quería retirarse todavía a descansar, no tenía ganas de hacerlo. No después de lo sucedido esa noche en casa de su hermana.

Leah estaba sorprendida por el hecho de que Antoine se hubiera marchado de casa de su hermana sin despedirse de ella. Intuía que su comportamiento se debía a la conversación que habían mantenido en el jardín.

—¿Qué te sucede? Estás algo callada —le comentó Valerie al verla sentada en uno de los sillones del amplio salón. Se había soltado el pelo y lo deshizo del recogido. El vestido estaba como si acabara de ponérselo, sin una sola arruga.

—Oh, no pasa nada. No te preocupes.

—¿Es por Antoine? —Valerie percibió la mirada de desconcierto que le provocó escuchar ese nombre—. Porque no se ha despedido al marcharse. Si te sirve de algo, no eres la única. De mí tampoco lo ha hecho. —Ella torció el gesto al comentárselo.

—Sí, me ha sorprendido que no lo hiciera…

—Antoine es muy suyo. Imagino que ya lo conocerás por el tiempo que pasasteis juntos desde que salisteis de Moidart.

—En cierto modo.

—¿Ha sucedido algo entre vosotros que lo ha hecho comportarse de ese modo? Creo que no os he visto bailar en toda la velada…

—Es verdad. No me ha pedido ningún baile. Pero no es algo que me inquiete ni me preocupe.

—Me alegra saberlo.

—Antoine me ha pedido que sea su esposa.

Aquella afirmación tan rotunda dejó a Valerie sin capacidad de reacción. Sabía que su hermano sentía cierta atracción por Leah, pero no que estuviera dispuesto a convertirla en su esposa, la verdad. Abrió los ojos como platos y dejó escapar un suspiro de incredulidad. Sacudió la cabeza sin acabar de creerlo.

—¿Te lo ha pedido esta noche?

—Sí. Cuando estábamos en el jardín. Asegura que sería la manera de evitar situaciones como la de esta noche, cuando McCloud me reconoció.

—Bueno… Intuía que mi hermano se siente atraído por ti. Solo hay que fijarse en la manera en la que te mira cuando estás cerca de él. Pero tanto como para proponerte matrimonio… —Valerie arqueó la cejas en señal de claro asombro por esa noticia, porque sin duda que no se la esperaba—. ¿Y qué le has respondido? Aunque puedo hacerme una idea de cuál ha sido tu respuesta, dado que Antoine se ha marchado sin despedirse.

—No creo que sea una buena idea.

—¿Ah, no? ¿Por qué?

—Valerie, ¿hace falta que vuelva a incidir en el tema? Ya has visto lo que ha sucedido esta noche con McCloud. Tu hermano no puede estar defendiéndome cada vez que alguien me recuerda lo que he sido.

—¿Y qué harás? No sé si Antoine se rendirá.

—Debo hacerle ver que es lo mejor para ambos.

—¿Y renunciar a la felicidad? —Valerie arqueó una ceja con suspicacia mientras contemplaba a Leah y como esta se echaba atrás en el sofá producto de un ligero sobresalto.

—¿Qué felicidad?

—A la de los dos, porque soy consciente de que tú también sientes algo por Antoine. De lo contrario, no habrías rechazado su proposición en favor de una buena posición social. Algo que te honra, no obstante, y me demuestra cuanto te importa. Si no fuera así, le abráis dicho que sí. Sin importarte nada más que tu propio bienestar. La primera vez que hablamos de ello, me dijiste que no querías causarle daño a su

reputación. Y yo te comenté quién había sido mi hermano. Sé que sientes algo por él. Desconozco el grado de intensidad de ese sentimiento. Pero negándolo le haces más daño a él como persona que a su estatus social. Y, al mismo tiempo, a ti misma.

Leah permaneció con los labios entreabiertos tomando el aire que necesitaba. El que la explicación de Valerie le había robado. Bajó la mirada con el sofoco reflejado en su rostro. Sus labios se curvaron en una delicada sonrisa y, cuando levantó la mirada hacia su nueva amiga, esta percibió que sus pupilas brillaban en demasía por la emoción.

—Tal vez deberías pensarlo o hablarlo con mi hermano con más tranquilidad. Puedo pedirle a Fabien que te acerque hasta su casa ahora mismo. Si lo conozco bien, estará desquiciado, como una fiera enjaulada sin saber qué hacer.

Leah se humedeció los labios sin ser consciente de lo que acababa de escuchar.

—Pero… ¿cómo voy a presentarme ante él… en este momento?

—Muy sencillo. Acompañada de Fabien. Acabo de comentártelo —le repitió con un sonrisa risueña. Sabía que aquella mujer representaba la felicidad para su hermano. Y que Leah estaba dejando escapar la opción de ser feliz después de un pasado azaroso, lleno de peligros…

—Yo… Pero…

—No puedo creer que una mujer de tu personalidad esté balbuceando. Le pediré a Fabien que te acerque a casa de mi hermano.

Leah permaneció sentada sin capacidad para moverse. No quería levantarse por miedo a que sus piernas no la sujetaran. ¡Ver a Antoine esa noche de nuevo! Pero era algo con lo que no había contado y… Se retorció las manos prisionera de los nervios. Su corazón comenzó a latir desaforado hasta el punto que ella pensó que le quebraría las costillas o que incluso le estallaría. Y cuando vio a Valerie regresar con Fabien, comprendió que no tenía otra alternativa que hacerle caso después de lo que le había expuesto. Nada que ella misma no supiera y que se empeñaba en rechazar.

Antoine permanecía sentado frente al fuego en el hogar. Dejaba que el sonido de las llamas devorando los leños lo relajara. Había conseguido dejar su mente vacía de cualquier pensamiento en torno a

Leah y a lo sucedido esa noche con ella; a la conversación que habían mantenido. Era consciente de sus temores a que pudiera seguir encontrándose con antiguos conocidos o amantes. Y de que él reaccionara como lo había hecho con McCloud esa noche. Pero nada de eso importaba cuando él le estaba ofreciendo la posibilidad de cambiar su vida por completo.

Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, pero el ruido de un carruaje lo mantuvo alerta. Se levantó con cautela cuando escuchó el sonido de la puerta de este abrirse y cerrarse. A continuación, pasos que se detuvieron justo antes de que sonara el llamador. Antoine se sobresaltó porque a esas horas no esperaba la visita de nadie en particular. El servicio se había retirado a descansar, e incluso Benoit lo había hecho. De manera que le tocaba a él, como señor y como único habitante que estaba despierto, ir a ver quién era.

Al abrir la puerta, no pudo dar crédito a lo que sus ojos contemplaban. Abrió la boca para decir algo, pero la sintió seca y como si las palabras se le hubieran atascado en el garganta.

—Antoine, siento molestarte a estas horas, pero ¿puedo pasar? — Leah se sentía igual de confusa y nerviosa que él.

—Sí, sí. Claro que puedes. ¿Ha sucedido algo? —preguntó desviando la atención hacia Fabien en busca de respuestas.

—No, Antoine. Ha sido tu hermana la que me ha pedido que acompañara hasta aquí a madame Cameron. Si no necesitas nada, regresaré.

—Sí, tranquilo. Me hago cargo de ella. Puedes regresar a casa de mi hermana, Fabien.

—Buenas noches, Antonie. Madeimoselle —dijo con un leve gesto de despedida.

Antoine cerró la puerta sin comprender qué diablos estaba sucediendo allí. Miró a Leah para encontrarse con una imagen que tardaría en olvidar. Con el cabello suelto cayendo en ondas sobre sus hombros y su espalda. La mirada cargada de expectación, tal vez por lo que él le dijera. Los labios entreabiertos como una tentación para él. Llevaba puesto el vestido mismo vestido de la fiesta y, por encima de este, una capa para el frío. La percibía inquieta, nerviosa por estar allí.

—No te esperaba a estas horas. La verdad era que no esperaba a

nadie, si te soy sincero —le dijo indicándole con la mano que entrara en el salón.

Leah avanzó hacia el interior de la estancia caldeada por el fuego que adía en la chimenea. Se sentó en uno de los sillones que había dispuestos cerca de este y aguardó a que él hiciera lo propio. Desde su posición, él se quedó contemplándola a la espera de que le explicara qué hacía allí.

—Siento haberme presentado a estas horas, ya te lo he dicho, pero te marchaste de la velada sin despedirte. Y, además, te noté esquivo después de nuestra charla en el jardín. Soy consciente de que tal vez no era la respuesta que esperabas escuchar por mi parte…

—Es posible que así sea. No logro comprender por qué insistes en preocuparte por mi reputación social sabiendo lo que he sido. No me importa nada si estás a mi lado. Ni tampoco el tener que salir en defensa tuya como ha sucedido con McCloud esta misma noche. No tendrías nada de lo que preocuparte si te convirtieras en mi esposa. Nadie te haría de menos, aunque conociera tu pasado.

—Estás muy seguro de ello.

—Porque es así. Nadie tendría que decirte nada. Creo que es una disculpa para no aceptar la realidad.

Ella lo miró con los ojos abiertos como platos, en clara señal de sorpresa por ese comentario.

—¿Disculpa? —El comentario de Valerie se deslizó en su mente. Ella también creía que estaba buscando una excusa para no reconocer sus sentimientos por Antoine.

—Sí. Creo que te da miedo reconocer lo que en verdad sientes por mí. Te asusta y te parapetas detrás de ese muro. Pero no te das cuenta de que te haces daño a ti misma. No soy ajeno a la manera en la que te has entregado esta noche cuando te he besado. Ni a la manera en la que te has comportado durante el viaje desde Moidart hasta aquí. He visto gestos, miradas y situaciones llenas de complicidad, Leah.

Él se acercó hasta el sillón que ocupaba y se quedó frente a ella con una rodilla en el suelo. La mirada de Leah lo tenía suspendido de un hilo. La contempló humedecerse los labios despacio y mordisqueárselo después.

—Es una completa locura, Antoine.

—Más lo sería renunciar a ti —se incorporó y se inclinó sobre ella

para rozarle los labios sin que ella se opusiera. De manera lenta, el beso comenzó a volverse más apasionado y adictivo. La escuchó gemir cuando él la incorporó del sillón para dejarla de pie, a su misma altura, y poder atraerla contra su cuerpo y adueñarse de su boca sin pedirle permiso. En un gesto rápido, Antoine la cogió en brazos y la llevó a una de las habitaciones de la planta baja.

En ningún momento se detuvieron ni pensaron en nada salvo en dar y recibir placer. Antoine enmarcó su rostro entre las manos y siguió besándola más allá de cualquier pensamiento racional. No tenía ninguna importancia quién había sido, ni pensó en otra cosa que en despojarla de las capas de tela que formaban el vestido y que iban cayendo a los pies de ambos en un ligero frufrú. Los gemidos y las respiraciones agitadas comenzaron a tomar mayor protagonismo al tiempo que los labios y las manos exploraban la piel de ambos. Antoine la tumbó sobre la mullida cama sin apartar su mirada del rostro de ella. Quería tomarse su tiempo, disfrutarla y saborearla como fruta prohibida. Como si no hubiera un mañana para ellos. Enredó sus dedos entre el cabello rojizo, sintiendo como resbalaban entre estos. Recorrió el cuello con sus labios en dirección a sus pechos generosos. Y siguió serpenteando por aquella piel suave y blanquecina mientras escuchaba una cadencia de suspiros y gemidos escapando por entre los labios de ella. Se acomodó entre sus piernas de manera lenta, con cuidado, controlando su deseo de fundirse con ella.

Leah lo miró a los ojos y le acarició el rostro al mismo tiempo que él se adentraba en su interior. Abrió los labios, dejando escapar un gemido inequívoco del placer que experimentaba, y cerró los ojos para intensificar más todavía su placer. Se abrazó con fuerza a su espalda y permitió que el deseo tomara las riendas de la situación. Dejó su mente en blanco y se olvidó de todo, excepto de sentir como mujer.

Antoine la besaba con efusividad, sintiendo que el final estaba cerca. Dejó que sus respiraciones se fusionaran en una sola al igual que sus pulsaciones. Se sintió dichoso cuando la contempló segundos antes de que los dos estallaran en una cadencia de gemidos, respiraciones y sonidos que dejaron claras sus emociones. La escuchó jadear, como si le faltara la respiración por el momento vivido. Le pasó la mano por la frente y las mejillas, consciente de lo que acababa de pasar. Luego, sus dedos recorrieran el contorno de su rostro, como

si lo estuviera memorizando al tiempo que lo trazaba. Percibió una tímida sonrisa cuando los labios de ella se curvaron de manera tímida. Estaba preciosa, radiante. Con aquella mirada encendida y su rostro enrojecido. Se dejó caer a su lado y se quedó contemplando el techo sin querer pensar en nada que no fuera la mujer que estaba en la cama con él.

—Locura o no, no puedes negar lo que hay entre nosotros, Leah.

Se habían girado al mismo tiempo para quedar contemplándose como dos completos desconocidos. Ella le acarició la mejilla de manera lenta, con ternura, dejando que su corazón se ralentizara y volviera a su estado de sosiego. No tenía palabras para lo que había sucedido. Maldita fuera, se había dejado llevar por lo que sentía, o tal vez por su deseo.

Ella cerró los ojos como si no quisiera ver nada, o quizás lo hizo para sentir aquellas palabras de una manera intensa. Se mordió el labio y miró a Antoine con cariño. Sí, tenía toda la razón, aquello era algo que ninguno podía negar.

—Quiero que te quedes en esta casa, Leah.

—Pero… no sé si estoy preparada. Ni si es una buena idea.

—Lo creas o no, sí que lo es.

—Sigo pensando que te sigues dejando llevar por el deseo y no por la razón.

Él apoyó el codo en sobre la almohada con la palma de su mano abierta para apoyar la cabeza.

—Creo que es más que el deseo lo que me mueve hacia ti.

Leah apretó los labios.

—Y tú olvidas que conozco a los hombres y sé lo que los mueve cuando sienten interés por una mujer —le susurró sonriendo con ironía y picardía—. No duraría, Antoine. Ya estoy en tu cama, el lugar donde en más de una ocasión has pensando en tenerme.

Debía mostrarse como la cortesana que una vez habitó en su interior si quería echarlo de su vida. No podía permitirse quererlo porque estaba convencida de que él terminaría por cansarse de ella. Su deseo terminaría desapareciendo y al final se harían daño. Y eso era algo que no estaba dispuesta a consentir después de lo que él había hecho por ella. Inspiró hondo y cerró los ojos de nuevo con la intención de dormir.

—Eres tú la que no me conoce, Leah. —Se acercó y la besó con ternura sin que ella pareciera inmutarse lo más mínimo. Sabía que lo que le acababa de decir era cierto. Conocía a los hombres, pero no el amor. Y él iba a demostrarle lo equivocada que estaba.

Leah se despertó antes del amanecer. Salió de la cama en la que Antoine todavía dormía. Se quedó contemplándolo en silencio mientras se vestía con la intención de marcharse antes de que él se lo impidiera. Tenía que hacerlo. Demostrarle que no podía ser. Decía que sentía por ella algo intenso, pero no era así. Algunos de los hombres que había conocido siendo cortesana también se lo habían asegurado. La habían colmado de atenciones, de regalos…, pero siempre regresaban con sus esposas o buscaban una joven dama casadera para los eventos oficiales. Ella era una meretriz y siempre se lo terminaban por recordar. Incluso el hermano del conde de Breadalbane pensó que la quería. Pero solo era para su disfrute personal y para demostrarles a los demás que, al final, él había sido el que había logrado quedarse con ella. Lo creyó en un primer momento, pero cuando ella mostró algo de interés en su proposición porque vio una salida honrosa a su vida, él le volvió a recordar quién era ella, o lo que era. Por eso mismo siempre había huido de los compromisos y se había convertido en una mujer fría y áspera. Sonrió una última vez mirándolo antes de volverse para salir de la habitación. Le pediría a Benoit o a otro sirviente que la acercara a casa de Valerie. Era el lugar que le correspondía por el momento.

—¿Tienes por costumbre marcharte sin despedirte?

La voz de él la retuvo justo en el momento en el que su mano rozaba el picaporte de la puerta. Cerró los ojos y suspiró al verse sorprendida. De manera lenta, se volvió hacia la cama en la que Antoine se había incorporado y la miraba con la espalda apoyada en el cabecero. Su aspecto soñoliento le provocó una sonrisa.

—No quería molestarte. Estabas dormido.

La imagen de ella lo impactó. Con el cabello alborotado, como si fuera una especie de nido de pájaros. El rostro con un gesto de culpabilidad porque sabía que la había pillado *in fraganti* en mitad de su huida. Se mordisqueaba el labio en un gesto tan culpable como sensual para él. El deseo por salir tras ella y quitarle el vestido para dejarla desnuda entre sus brazos le jugó una mala pasada.

—Estaba despierto desde hacía un buen rato. No creas que suelo dormir demasiado y tú deberías recordarlo después de las noches que hemos pasado en las habitaciones de posadas, casa de huéspedes e incluso en el castillo de Angus en Moidart.

Aquella explicación la hacía sentir más culpable todavía, porque él tenía razón. Acostumbraba a hacer guardia velando su sueño.

—De haberlo sabido…

—Si quieres marcharte, no te detendré. Es lo que deseas —le dijo con un toque mordaz mientras señalaba la puerta.

Ella no esperaba aquella determinación por parte de él para permitirle marcharse de su casa. No, después de la noche que habían pasado. Ni de sus palabras. ¿Había entrado en razón durante la madrugada? ¿Se había convencido de que era un error retenerla a su lado? Sintió como si la hubieran golpeado en el estómago porque experimento un dolor agudo e intenso que fue ascendiendo de manera vertiginosa hacia su pecho, donde se hizo más acusado. No parecía estar preparada para ello. Algo en su interior no funcionaba como debería. Deslizó la opresión que se había cerrado en su garganta.

—Sí, creo que es hora de que me marche.

Era el orgullo el que hablaba, se dijo Antoine cerrando las manos alrededor de la sábana. Le dolía verla comportarse de aquella forma, rechazando lo que él le ofrecía. Pero se había prometido que no la retendría. Había tenido tiempo y calma durante la madrugada para pensar en ello y en la mejor manera de que se diera cuenta de lo que perdía al mostrarse tan obstinada. Antoine salió de la cama y se vistió ante su atenta mirada. Cuanto estuvo presentable, caminó hacia ella y la pasó de largo hacia la puerta.

—En ese caso…, le pediré a Benoit que te acerque a casa de mi hermana.

—No hace falta que lo molestes, yo puedo…

—No. No quiero que te marches sola a estas horas. Eres mi responsabilidad. No me perdonaría jamás que te sucediera algo. Y Benoit no pondrá ningún reparo en acompañarte. No quiero que te quedes en un lugar donde no estás a gusto, Leah —le aseguró lanzándole una mirada bastante esclarecedora de lo que sentía justo en ese momento.

Ella no entendía a qué demonios venía aquel cambio de parecer.

Aquella seriedad que rayaba la frialdad e incluso la indiferencia por parte de él, pero la que la había dejado paralizada sin capacidad de reacción. ¿Dónde se había quedado el hombre tierno y cariñoso de la pasada noche? El que le aseguraba que estaba dispuesto a todo por ella… Lo siguió fuera de la habitación y esperó en el descansillo de la entrada a que él apareciera. No tardó en hacerlo acompañado de Benoit, quien mostraba la lógica sorpresa de verla allí, reflejada en su rostro.

—Coge un par de caballos y acompáñala a casa de Val.

—Sin duda. ¿Estáis lista? —le preguntó Benoit contemplando a Leah quedarse inmóvil ante el comportamiento de él.

Debería tragarse el dolor que experimentaba en ese momento y recuperar su orgullo de mujer. Asintió al tiempo que cerraba las manos en puños fruto de la rabia que sentía. Miró a Benoit, quien no tenía culpa de lo que sucedía entre su señor y ella.

—Lo estoy.

—Iré por los caballos —dijo este saliendo de la casa y dejándolos a solas, cara a cara.

Antoine estaba dolido por la manera en la que ella se había comportado esa mañana. Abandonando su cama como una vulgar ladrona, o mejor sería decir como lo que había sido… una cortesana. Pero él no se lo diría. Esa imagen quedaría para él solo.

—No te he ofrecido que te quedes a tomar algo porque, al parecer, tenías prisa por irte —le dijo esperando que ella reaccionara y le explicara qué pasaba por su cabeza en ese instante.

—Sabes hacerme sentir mal.

—No, no pretendo que te sientas mal. Todo lo contrario. Ya te he dicho que me gustaría que te quedaras en esta casa, a mi lado. Pero te obstinas en levantar un muro cuando lo más sencillo sería derruirlo con lo que sientes por mí. Y no me digas lo contrario porque sabes que no es cierto —le reiteró al ver que ella estaba dispuesta a rebatir sus palabras—. No puedo retenerte, no soy tu dueño ni nunca he querido serlo, Leah. Y si alguna vez cambias de opinión, las puertas de mi casa están siempre abiertas para que entres.

Ella prefería no decir nada porque temía que las palabras le fallaran. Que balbuceara sin sentido. Que el llanto que estaba reteniendo terminara por hacerla flaquear. Nunca lo había hecho ante

un hombre y no lo haría ante el que amaba.

—Los caballos están listos. —Benoit había regresado para salvarla de un mal trago.

—Acompáñala hasta la casa de mi hermana.

Benoit apretó los labios y asintió. Luego, miró a Leah y esperó a que esta le indicara el momento de marcharse. Ella lanzó una última mirada a Antoine antes de salir por la puerta de su casa. Y él permaneció allí, inmóvil, viéndola alejarse. Esperaba que recapacitara pronto y que regresara. Él no la rechazaría por mucho que le repitiera que no conocía el amor ni sabía querer a alguien.

Antoine se había poco menos que encerrado en su casa sin querer saber nada de lo que sucedía a su alrededor desde la misma mañana en que Leah había salido por la puerta. Eso significaba que ni siquiera había visitado a su hermana desde la noche en la de la fiesta por su regreso. Y lo más increíble era que Valerie no se hubiera presentado en casa para preguntarle qué demonios le sucedía. A lo mejor ya había hablado con Leah y esta le había contado lo que había sucedido entre ellos. Volver a pensar en eso le causada dolor. Uno que nunca había experimentado y al que no sabía cómo demonios podía enfrentarse. Tal vez, alejarse de París una vez más podría ayudarlo a tratar de olvidarse de ella. Sus emociones podrían cambiar con el paso del tiempo.

Volvió la mirada hacia la mesa sobre la que tenía varias proposiciones para llevar coñac y otras mercancías a Inglaterra; todo de contrabando porque la situación política no parecía mejorar. Y luego estaban las noticias que había recibido y que aseguraban que los rescoldos de la guerra en los Países Bajos parecían estarse avivando por parte de ambas naciones. Y todo indicaba que el clima bélico volvería a planear sobre esa región del viejo continente. Sucediera lo que sucediera, tal vez había llegado el momento de tomar una decisión arriesgada a todas luces.

—Tenemos visita —le informó Benoit entrando en el despacho—. Viene un jinete.

Antoine dejó de pensar en su futuro y acompañó a Benoit a la entrada de la casa. Por un momento, no pudo evitar pensar en que fuera Leah, pero pronto se dio cuenta que se trataba de un hombre. Permaneció de pie con los brazos cruzados sobre el pecho y aguardó

con paciencia a que este llegara a su altura. Y cuando lo hizo, Antoine se fijó con detenimiento y un ligero escalofrío le recorrió la espalda.

—Buenos días, Antoine. Benoit —saludó la visita a ambos, apeándose del caballo.

—Buenos días, Pascal. ¿Qué te trae por aquí? —le preguntó con un tono comedido, elevando una ceja con relativa suspicacia. Nada bueno a primera vista, pensó Antoine. O tal vez le trajera la llave a los pensamientos que estaba teniendo antes de su llegada.

—Traigo un despacho de la corte —le respondió entregándoselo, lo que provocó un cambio en el semblante de Antoine. Miró a Benoit, quien frunció el ceño y lo contempló mientras leía el contenido de la carta.

Sacudió la cabeza y resopló al finalizar. No hacía falta ser muy inteligente para darse cuenta del contenido. La mera presencia de Pascal ya le había avisado que se trataba de un asunto oficial. Dobló el documento con cierta parsimonia y se lo devolvió.

—Quédatelo. Me han encargado que te lo trajera lo antes posible —le dijo este haciendo un gesto hacia el papel.

—Está bien. ¿Quieres que lo hablemos aquí o prefieres entrar?

—Tengo prisa.

—En cuanto a esto, ¿tan grave es la situación?

—Guillermo de Orange pretende invadir el norte del país. Al parecer, no le bastó con la derrota que sufrió a manos del Mariscal de Luxemburgo y ha decidido volver a intentarlo. Necesitamos suministrar armas a la milicia de esa región. Y el rey ha pedido que seáis Laurent y tú quienes os encarguéis de hacerlo. No iréis por mar.

—¿Cuándo tienen que estar las armas allí?

—Lo antes posible. El cargamento se está preparando con gran rapidez. Ten en cuenta que las tropas inglesas desplegadas en la región y las flamencas pueden estar esperándote. Tú conoces la región por haberlo hecho antes de que te dedicaras a llevar armas a los jacobitas en Escocia —le refirió Pascal elevando las cejas para dejar claro que sabían lo que había estado haciendo.

—No voy a negarlo. De acuerdo, echaré un vistazo en un mapa para ver cuál es la mejor ruta. Soy consciente de que habrá mercenarios flamencos e incluso ingleses al tanto de este envío.

—Sin duda. Y algunos soldados de los tercios españoles, también.

Los traidores y los espías no escasean en estos tiempos. Te dejo preparándote mientras visito a Laurent.

—No te molestes en ir a su casa. Se aloja en la de mi hermana.

Pascal asintió con una sonrisa.

—Entiendo. Volveré en cuanto el cargamento esté listo y te diré qué día debes partir. Hasta pronto.

—De acuerdo.

Antoine no dijo nada más, sino que se limitó a levantar el brazo con el documento en la mano.

—Volvemos a la acción —comentó Benoit.

—Sí. Y la verdad es que nos vendrá muy bien, amigo. Pero que muy bien —reiteró pensando en que era la mejor manera de alejarse de aquel lugar y de Leah. Pasar un tiempo en la frontera en mitad de una guerra con los flamencos. No había tenido que darle demasiadas vueltas a qué camino tomar. El destino había elegido por él.

Cuando Valerie conoció la noticia, creyó que se desmayaría de un momento a otro. Entreabrió los labios para coger aire y apoyó las manos sobre la mesa mientras contemplaba a Pascal.

—Vengo de casa de vuestro hermano, al que he hecho entrega de una orden igual que a Laurent.

Este permanecía impasible con el documento en la mano, contemplando cómo el rostro de Valerie había mudado su color al conocer la noticia. Y más saber que Antoine también participaría en la misión, como cabía esperar de alguien como él.

—En unos días os mandaré recado de cuándo y a dónde debéis presentaros a recoger el cargamento. Antoine está al tanto también.

—Entiendo. De todas formas, pasaré a verlo a ver qué me cuenta.

—Eso es todo por ahora. Siento ser partícipe de estas noticias, pero las órdenes provienen de los consejeros más allegados a su majestad. Y, dado el servicio que prestasteis a Francia en el pasado, no han dudado en volver a requeriros.

—Descuidad, Pascal. Es algo lógico —comentó Laurent con una sonrisa en su intento por quitar importancia.

—Debo seguir mi camino. Buenos días, madeimoselle Lerroux. Laurent.

—Os acompañaré fuera.

Valerie se sentó tras la mesa y permaneció con el gesto pensativo.

El codo apoyado sobre uno de los brazos de la silla y el mentón sobre los nudillos de la mano. Cuando Leah la encontró en aquella postura, supo que algo no iba bien. Valerie trató de no parecer preocupada cuando la vio entrar e intentó sonreír, pero le era complicado hacerlo sabiendo que tanto Laurent como su hermano se marcharían en breve a la frontera. Tenían que suministrar armas a la milicia francesa en aquella región en su lucha contra las tropas inglesas y los flamencos.

—¿Va todo bien? —Leah entornó la mirada hacia su amiga.

Esta sacudió la cabeza e intentó no ahogarse con el llanto que llevaba conteniendo desde que Laurent había salido del despacho en compañía de Pascal. Valerie sacudió la cabeza.

—Laurent ha recibido una orden para marchar a la frontera con los Países Bajos —comenzó explicándose mientras Leah se acercaba a la mesa con cautela, observando a su amiga con los ojos entrecerrados—. Él y Antoine tienen orden de llevar armas a la milicia francesa en aquella región.

Cuando Leah escuchó aquel nombre, tuvo la sensación de que el corazón se le detenía al mismo tiempo que sus pasos. Abrió los ojos de golpe y su mirada expresó la misma sensación que la que veía en los ojos de Valerie: miedo.

—Pero…

—La situación se ha recrudecido en la frontera. El rey de Inglaterra pretende invadir el norte de Francia por segunda vez —le explicó Laurent apareciendo en el despacho justo cuando escuchó a Valerie contárselo a Leah.

Esta se giró hacia él con un movimiento felino para contemplarlo y escuchar los que tuviera que contarle. El pulso se le había acelerado al conocer la noticia. Creía que el hecho de llevar días sin saber nada de Antoine había hecho que sus sentimientos hacia este no fueran tan evidentes, pero… estaba equivocada. Y una vez más acababa de darse cuenta de ello.

—¿Por qué? ¿Qué busca Guillermo? ¿Es que no ha tenido bastante con echar del trono a su suegro, Jacobo? ¿Pretende invadir Francia? —Leah no entendía ese desmedido afán por parte del rey de Inglaterra.

—La rivalidad viene de hace años, cuando Jacobo no intervino en la guerra franco-holandesa en favor de estos siendo él su yerno. Y pese

a que las tropas flamencas fueron derrotadas, parece que quiere resarcirse y ha decidido atacar en la frontera entre los dos países. El rey ha ordenado al mariscal de Luxemburgo que dirija el ataque como la vez anterior, cuando logró la victoria. Y nos ha pedido, a Antoine y a mí, que facilitemos armas a los milicianos que hay en la frontera de ambos países.

—¿Cuándo partiréis? —La pregunta de Leah fue un leve susurro propiciado por el miedo que implicaba pensar en la suerte que podía correr Antoine.

—En cuanto recibamos la orden. Días, a lo sumo.

—Días…

Laurent sabía que ella estaba preocupada por su amigo pese a que no quisiera reconocerlo. Según las conversaciones que Valerie y él habían mantenido, esta le había confesado que encontraba a Leah algo desganada desde que regresó de casa de su hermano. Conocía por boca de ella lo que allí había sucedido la noche de la fiesta en honor a Antoine. Y lo que él le había pedido. Su hermano no había vuelto a pisar por allí. Sin duda, para no tener que ver a la escocesa. Después de darle vueltas en la cabeza, todo tenía que ver con que ella se había enamorado de su hermano. Pero su pasado parecía pesar más que sus sentimientos. En cierto modo, la entendía porque ella misma había rechazado a Laurent hasta que se dio cuenta de que sus sentimientos eran más fuertes que su orgullo.

—No te preocupes por Antoine, sabe cuidarse. Y tú mejor que otras personas lo sabes dada la odisea que vivisteis para llegar aquí —le aseguró tratando de tranquilizarla al ver cómo le había cambiado el gesto del rostro.

Leah reaccionó con un ligero asentimiento y una tímida sonrisa.

—Doy fe de ello.

Recordó el largo y tedioso viaje desde Moidart. Sí, Antoine sabía cómo cuidarse, pero ello no quería decir que no pudiera alcanzarle una bala o recibir una cuchillada a traición.

—Creo que es mejor que vaya a verlo a ver qué opina —dijo Laurent cuando se percató de que lo mejor sería salir de allí y dejar a las dos mujeres a solas.

—Claro —asintió Valerie al ver que Leah seguía en un estado de *shock*. Y cuando se quedaron a solas, la primera no dudó en

preguntárselo—. Amas a mi hermano.

Leah volvió el rostro hacia su amiga y suspiró relajando los hombros al tiempo que se retorcía las manos. Caminó hacia uno de los sillones y se dejó caer en este sin importarle el decoro. Cerró los ojos y resopló. ¡Loca estúpida!, se dijo. Antoine le había ofrecido todo lo que tenía: él. Y ella lo había rechazado más preocupada por su pasado que por su presente a su lado. Los días que llevaba sin verlo eran una especie de tortura que no conseguía acabar con su vida. Y no sabía cuánto tiempo más podría resistirse.

—Creo que a estas alturas es una estupidez negarlo.

—¿Y por qué no estás con él? Te ha pedido que te quedes a su lado…

—He pensado más en que mi pasado pudiera hacerle daño que en lo que verdad siento, Valerie. Siempre he antepuesto mi condición de cortesana al amor por tu hermano. Y ahora… Se marchará a la guerra sin saber si regresará.

—Lo hará. Sabe cuidarse. Lo he visto hacerlo en muchas situaciones peligrosas. Primero, cuando era corsario peleando en el Canal de la Mancha contra los ingleses. Y luego con el contrabando —le refirió con una sonrisa—. No temas. Regresará para que puedas decírselo. O mejor, ¿por qué no vas a su casa?

—¡No! —respondió exaltada ante esa posibilidad—. No quiero que nada lo distraiga de su misión para el rey. Presentarme ante él y decirle que estaba equivocada, que soy una estúpida, no haría sino perjudicarlo. No quiero ser la responsable de que algo malo le suceda. Tendré tiempo cuando regrese.

Valerie sonrió.

—Te entiendo y… te honra tu decisión. Sí, es mejor que nada ni nadie aparte sus pensamientos de su cometido.

—Supongo que tú te sentirás igual por la suerte que pueda correr Laurent.

—Sí. Es algo que no puedo evitar. Pero no nos quedará otra que esperar con paciencia su regreso. Y cuando lo hagan, no te demores en ir a visitar a Antoine o acabarás arrepintiéndote toda la vida.

Valerie sonrió dejando la mirada fija en Leah, tratando de evitar pensar en que algo malo pudiera sucederles.

—Sabía que vendrías nada más recibieras la noticia —le aseguró

Antoine a Laurent en cuanto lo vio parecer por su casa—. ¿Cómo se lo ha tomado Val?

Laurent resopló y abrió los ojos al máximo de su expresión.

—Puedes hacerte una idea de cómo está.

—Preocupada, aterrorizada… Me hago una idea aproximada.

—También Leah. —Laurent lo dijo con calma, como si paladeara cada sílaba, mirando de manera fija a su amigo, que acababa de tomar asiento en un sillón. Tenía los codos apoyados sobre los brazos y juntaba los dedos formado un triángulo. Su semblante no parecía mostrar ninguna emoción—. ¿Por qué no has vuelto a casa de tu hermana?

—Oh, eso… La verdad es que he estado bastante ocupado con la casa. Benoit puede asegurártelo. Llevaba demasiado tiempo fuera.

Laurent chasqueó la lengua como si no lo creyera.

—Pero supongo que habrás tenido tiempo libre.

—Poco, la verdad.

—Entiendo. No quieres hablar de la escocesa. Lo respeto.

—No hay nada que hablar —le aseguró él de manera firme y fría mientras se incorporaba del sillón.

—¿Qué sucedió la noche de la fiesta? De repente te vi regresar con ella del jardín y no volver a dirigirle la palabra. Por no mencionar que desapareciste sin despedirte. Y después me enteré por Valerie de que Leah pasó la noche contigo aquí, en tu casa. —Laurent entornó la mirada hacia su futuro cuñado.

—Bueno… Valerie parece tener mucha confianza en ti para contarte sus conversaciones con Leah. No hay mucho más que añadir, ¿no crees? —Antoine sacudió la mano en el aire restando importancia a ese hecho.

—Pero llevas días sin ir a ver a tu hermana.

—Te preocupas demasiado por ella. Dime, ¿cuándo vas a pedirme su mano? No olvides que debes dirigirte a mí —le recordó apuntándolo con un dedo.

—A su debido tiempo. Supongo que cuando regresemos de la frontera.

—En ese caso, procuraré no perderte de vista para que no te suceda nada. No quiero cargar con la culpa de que te hieran. Val sería capaz de matarme, ya la conoces. —Sonrió al pensar en esa situación.

Luego permaneció callado con un brazo apoyado sobre el borde de la chimenea—. Creía que todo esto había quedado atrás. Que no volveríamos a la guerra. No diré que al contrabando porque hace bien poco tú has regresado de Cornualles después de dejar un cargamento de licores. Pero la guerra…

Laurent lo observó sacudir la cabeza y apretar los dientes.

—Sí, yo también creía que nuestros días al servicio del rey no volverían.

—Poco importa lo que pensemos. Es mejor estar preparados para ese día.

—¿Vendrá Benoit?

—Lo dejaré que decida, pero conociéndolo… Supongo que mi hermana te pedirá que veles por mí. De manera que vete diciéndole que no se preocupe. Acabo de decirte que te vigilaré de cerca. De manera que ya puedes irme haciendo caso. —Agitó un dedo delante de él para dejar clara su postura.

—Descuida. Prometo obedecerte siempre y cuando tú también lo hagas.

—¿Yo?

—Quiero que hables con Leah cuando regreses.

—Pero… si no hay nada de lo que hablar —protestó él resoplando y sacudiendo la cabeza—. ¡Le pedí que se quedara conmigo y rechazó la oferta!

—Prométemelo.

Antoine se quedó contemplando a su amigo con los labios apretados y una mirada de incredulidad por su insistencia.

—Está bien. Si con eso consigo que vuelvas con vida de la frontera, lo haré. La veré cuando volvamos.

«Siempre y cuando yo regrese», se dijo pensando en la posibilidad de que pudiera caer herido o, incluso, muerto.

—Bueno, creo que no hay mucho más que hablar hasta que Pascal no vuelva y nos diga cuándo partimos.

—Espero que sea pronto. Ya que tenemos que marcharnos al frente, cuanto antes mejor.

—Sí. De ese modo te verá hablar con Leah.

—Sí, lo que tú digas. Pero vete pensando en pedirle a Val que sea tu esposa. Eso sí que no pienso perdérmelo.

Acompañó a Laurent a la puerta para despedirlo entre risas de ambos. Luego, cuando se volvió a quedar a solas, no pudo evitar pensar en ella por más que intentó cerrar su mente a ese pensamiento. Al parecer, no podía contra un imposible.

El día antes de que Laurent y su hermano tuvieran que partir hacia la frontera con el cargamento de armas, Valerie se presentó en casa de su hermano sin que Leah lo supiera. Sabía que él no pisaría por su casa para no ver a la escocesa. Debía estar muy dolido después de que ella lo rechazara. Y en cierto modo lo entendía. Pero necesitaba verlo antes de que se marchara.

—¿Qué sucede? —le preguntó nada más verla aparecer en la puerta del salón.

—¿Tiene que pasar algo para que venga a verte? —ironizó ella pasando al interior—. Sé por Laurent que os marcháis mañana.

—Sí. Iremos a recoger el cargamento cerca de Paris y emprenderemos el camino a la frontera.

—He venido a despedirme, ya que soy consciente de que tú no ibas a hacerlo estando Leah en la casa. —Antoine apretó los labios y sacudió la cabeza—. Sé lo que sucedió aquella noche. Me lo ha contado.

—Ya poco o nada me importa.

—Mientes y lo sabes, Antoine. La quieres, y en vez de pelear por ella, has aceptado la derrota y te has refugiado en tu guarida a lamerte las heridas. Eso es lo que has hecho.

—¿Pelear por ella? Ni siquiera me dio una opción para seguir la lucha. ¿Qué querías que hiciera? Le he pedido que permanezca a mi lado porque me he enamorado de ella. La quiero, Val. Pero ella se aferra a su pasado y a que me afectaría en cuanto todos lo supieran —le recordó agitando el brazo en el aire con cierta desgana, la misma que había en el semblante de su rostro.

—Me prometí no hablar de ella cuando viniera a verte para no apartar tu atención de la misión que os ha encomendado el rey, pero… —Se interrumpió, cerró los ojos y resopló—. En fin, quería pedirte que cuidaras de Laurent.

—Lo sé. No hacía falta que vinieras a pedírmelo. Yo mismo ya se lo dije el otro día. Es mi deber hacerlo para que mi hermana sea feliz.

—No solo quiero que regrese Laurent, sino tú también.

—Oh, vamos. Sabes que lo haré. No te preocupes. Ya me conoces. Soy como los gatos. Tengo siete vidas.

Valerie se dio cuenta de que su hermano no iba a preguntarle por Leah. Estaba dolido por su rechazo y tenía la mente en otras cuestiones. Confiaba en que, a su regreso, todo se resolviera entre ellos porque estaba convencida de que el destino los había unido para que permanecieran juntos, y no cada uno por un lado sabiendo lo que sentían.

—Deberías volver a casa y aprovechar a estar con Laurent el mayor tiempo posible antes de que partamos.

—Sí. Creo que es lo mejor. Cuídate. —Lo abrazó y le dio un par de besos.

—Como lo he hecho siempre. Volveremos en cuanto hayamos entregado la carga.

—Eso espero.

Antoine la vio salir del salón y abandonar la casa mientras él seguía pensando en Leah y en lo que su hermana le había contado. No quería pensar en ella, sino en lo que tenía por delante los próximos días. Nada más.

Valerie encontró a Benoit en mitad de camino. Ella iba montada sobre su caballo cuando el hombre de confianza de su hermano se detuvo delante de ella, sujetando al animal por la brida.

—¿Habéis hablado con él?

—Sí. Le he pedido que cuide de Laurent y que vuelva a arreglar su situación con Leah.

Benoit sacudió la cabeza y bufó como un gato.

—Vuestro hermano es demasiado orgulloso.

—Laurent me ha contado que irás con ellos.

—Así es. No dejaría que el cabeza hueca de vuestro hermano fuera solo. No os preocupéis, cuidaré de él en todo momento para que regrese.

—Gracias. No esperaba menos de ti.

—Quedaos tranquila. Regresaremos de la frontera nada más terminar la entrega de armas. Y confío en que solucione el asunto de la escocesa —le dijo algo molesto porque no lo hubiera hecho ya—. Marchaos y aprovechad el tiempo con Laurent.

—Eso haré. Cuídate, Benoit.

—Descuidad.

La vio alejarse a caballo mientras él sonreía pensando en el comportamiento de su amigo y señor. Era un completo idiota por no haber ido a hablar con Leah. Era la primera vez que lo veía tocado por una mujer, pero al mismo tiempo bajaba los brazos en vez de conquistarla. Tal vez, después de todo, no estaba acostumbrado a ello. Las conquistas que había hecho habían sido demasiado fáciles. No podía creerlo, se dijo camino de regreso al interior de la casa.

El convoy con destino a la frontera no sufrió ningún ataque por parte de las tropas holandesas o de sus aliados españoles. Antoine se cuidó mucho de transitar caminos abandonados y con espesa maleza. De igual modo procuraban alejarse de los pueblos y aldeas que iban apareciendo para no llamar la atención. El cargamento iba oculto en varios carros entre diversos enseres. Los hombres iban vestidos con ropas algo deslustradas, haciéndose pasar por buhoneros. Acampaban en zonas boscosas, lejos de las miradas indiscretas de la gente. De ese modo lograron llegar a su destino siguiendo el plano trazado por Antoine y Laurent sin sufrir ningún percance.

El grupo al mando de las tropas francesas y de la milicia de aquellos lugares salió a su encuentro cuando los divisó.

—Soy Dupont, jefe de abastecimiento a la milicia y de las propias tropas del rey Luis. ¿Sois Antoine Lerroux?

—El mismo.

—Llegáis antes de lo previsto.

—Hemos forzado la marcha por temor a que se hubiera corrido la voz de que traíamos armas. Y hemos venido por caminos poco transitados. De ese modo, podíamos avanzar más.

—¿Es ese todo el cargamento? —preguntó haciendo una señal con la mano hacia las carretas tiradas por mulas que acababan de llegar.

—Sí.

—A partir de aquí entraremos en una zona conflictiva. Tendréis que llevar el cargamento hasta Huy. Poco menos que una aldea cerca de Charleroi. Allí se encuentra el duque de Villeroy esperando las armas. Está muy cerca de Lieja. Es donde está el rey Guillermo con varios batallones. Por eso os digo que tendréis que pasar la carga con cuidado.

—Pensaba que solo teníamos que traerla hasta la frontera —

comentó Antoine un tanto desconcertado.

—Hasta la frontera con Flandes debido a la inminente aparición del rey de Inglaterra. Este ha precipitado todo. Podéis descansar si queréis y os puedo advertir sobre el camino para llegar a Huy.

Antoine resopló pasando su mano por el mentón sin afeitar de varios días para dar mayor credibilidad a su aspecto.

—Sí. Será lo mejor. El trayecto hasta aquí no ha sido malo, pero si vamos a tener que cruzar la frontera es mejor que nos indiquéis por dónde podemos hacerlo para llegar lo antes posible a nuestro destino.

—Venid conmigo. Comed algo y descansad. Os marcaré en un mapa la ruta a seguir.

Laurent miró a Antoine para ver su reacción. ¿Se fiaba de aquel hombre? Lo siguió junto a Benoit y a los demás al interior de una posada.

—¿Qué piensas? —le preguntó Laurent en un susurro para que nadie más lo escuchara.

—No lo sé. Nadie nos dijo que llegaríamos a la frontera con Flandes. Pascal podría haber sido más claro al respecto. Esperemos a ver qué nos dice. —Hizo una señal con la cabeza hacia el tal Dupont —. Pero, por si acaso, ten tu mano cerca de tu arma. No sería descabellado pensar que no son quienes dicen ser. Ya no me fío de nadie después de este cambio inesperado —comentó echando un vistazo al grupo de hombres que había por allí.

Dupont extendió un mapa sobre una mesa y con la punta de su puñal señaló el emplazamiento al que Antoine y la carga debían llegar.

—Este es el lugar donde Villeroy os espera. Y aquí está Lieja y Guillermo de Inglaterra. Como podéis ver, hay poca distancia entre ambas localidades.

—¿No va a recibir más apoyo? —preguntó Antoine señalando la localidad donde estaba el grueso de las tropas francesas—. ¿Qué hay del duque de Luxemburgo?

—Está de camino con tropas. Vosotros solo tenéis que llegar a Huy y dejar el cargamento.

—Indicadnos el mejor camino para llegar.

—Mi consejo es que emprendáis camino hasta Namur. Esta ciudad está bajo dominio francés, como bien sabéis. El propio duque de

Luxemburgo la conquistó hace unos años. Desde allí no queda nada hasta el cuartel de Villeroy. Procurad seguir este camino —les dijo trazándolo con su daga—. Siempre estaréis en zona francesa. Pero cuidado al llegar a este punto o cerca de él. Marche les Dames es ya territorio flamenco. Podéis tener complicaciones.

—De acuerdo. Seguiremos el camino hacia Namur.

—Es el más indicado en este caso. Nadie os molestará. Las tropas de Guillermo no cruzan la frontera entre Francia y Flandes, por el momento. Están acantonados en Lieja a la espera de ver qué sucede. ¿Lleváis tiempo haciendo estos trabajos, de llevar armas y pólvora a los ejércitos?

Antoine permanecía con la mirada fija en el mapa y dio la sensación de no haber escuchado la pregunta que le habían hecho.

—Sí. Llevamos años siendo contrabandistas. Pasamos cualquier cosa por la frontera. En fin, creo que es mejor que nos marchemos. No quiero perder más tiempo.

—Pero…

—He dicho que nos vamos. Cuánto antes suelte la carga, antes podré regresar a mi casa.

Antoine hizo un gesto a Laurent para que se moviera. Le cubrió la espalda por lo que pudiera suceder. En el mundo en el que ellos se movían, no era nada descabellado pensar en que los traicionaran. Pero no fue ese el caso.

Abandonaron la posada sin apenas haber probado bocado y regresaron a los carros.

—Revisad la carga —le pidió a Benoit mientras él volvía a su caballo.

—¿Piensas que nos pueden haber robado alguna caja de armas? —le preguntó Laurent atónito.

—Ya sabes cómo funciona este mundo.

Benoit se acercó a ellos y sacudió la cabeza, lo que agradó a Antoine.

—Todo en orden.

—Pues vámonos.

El convoy siguió su camino hasta Namur. Antoine quería llegar lo antes posible al destino y regresar a París cuanto antes. La necesidad de volver a casa y de ver a Leah le quemaba por dentro. No debió

haber sido tan orgulloso y haber seguido visitando a su hermana. De ese modo, la habría visto a ella y tal vez… convencerla de que hablaba en serio cuando le decía que le gustaría tenerla a su lado. Pero su hermana tenía razón. Se había rendido sin pelear. Aunque ella no le hubiera dejado opciones, él debería haberlas buscado y hallado. Sacudió la cabeza desechando cualquier pensamiento sobre ella en ese momento y se centró en su misión.

Cuando llegó la noche, el grupo se acercó a Namur, pero Antoine prefirió no entrar en la ciudad.

—¿Qué quieres hacer? —le preguntó Laurent al ver sus intenciones.

—Quedarnos a cierta distancia. Pasaremos la noche en este bosque. Imagino que Guillermo tendrá sus espías pese a que la ciudad esté bajo el mando del rey Luis. No, no. No correremos riesgos innecesarios estando tan cerca de nuestro objetivo.

—Como quieras. Montaremos el campamento para pasar la noche.

Antoine asintió sin decir nada. Se apeó del caballo y lo condujo hacia uno grupo de árboles para atarlo. Mientras, Laurent daba las órdenes oportunas a Benoit para que los hombres preparan todo para esa noche.

—¿Preocupado? —le preguntó llegando a su altura para dejar su caballo.

—Te mentiría si te dijera que no lo estoy. Ya viste lo que nos sucedió en Moidart con los jacobitas.

—Bueno, no tiene que ser siempre lo mismo. Además, llevamos muchos años dedicados a esto —le recordó tratando de restarle importancia—. Recuerda cuando navegábamos por el Canal de La Mancha asaltando los mercantes holandeses e ingleses.

—Sí. De eso hace tiempo. Pero las cosas han cambiado —le refirió con toda intención pensando en Valerie.

—Si me lo estás diciendo por tu hermana, quédate tranquilo. No pienso arriesgarme más de la cuenta.

—Nunca imaginé que te fijaras en ella dado su carácter.

—Sí, yo también me lo decía. —Se sentó, apoyando la espalda contra un árbol, mientras contemplaba a Antoine preparar un pequeño fuego para calentarse.

—¿Cuándo te decidiste? ¿Cuándo regresasteis de Escocia?

—Sí.

—De manera que aprovechaste mi ausencia para ello —ironizó Antoine entre risas.

—Pues claro que no.

—No voy a echarte en cara tus actos. Además, ya te he dicho que Val es mayorcita y sabe cuidarse.

—La vi en un aprieto cuando lo de Chevignon y tu deuda.

—No se lo esperaba. Da gracias de que no me lo haya encontrado.

—Olvídalo. No creo que le queden ganas de pasar a saludarte. No después de que se diera cuenta de que no tenía nada que hacer con respecto a Valerie o a la casa.

—Mejor. Estoy cansado de los últimos acontecimientos. Primero, los de Moidart y sus posteriores consecuencias; y ahora esto.

—No me puedo creer que estés diciéndomelo. Tú, precisamente tú, quien durante años no dejabas de navegar en busca de una presa. Y luego llevando armas, licores, telas, café… de contrabando allí donde te pidieran.

—Siempre nos han pagado bien. ¿Qué querías que hiciera? Era nuestra vida.

—¿Tiene Leah algo que ver en que quieras retirarte?

Antoine tenía la mirada puesta en las llamas de la hoguera. En ese momento, la imagen de ella llenaba su mente por completo. Se preguntaba qué estaría haciendo. ¿Asistiendo a alguna de las fiestas a la que la invitarían junto a Valerie? ¿O permanecería en casa junto a su hermana, charlando de literatura, costura, perfumes… o de ellos dos a tantos kilómetros de distancia?

Laurent lo contemplaba en silencio sin presionarlo sobre ese tema. Entendía que no lo estaba pasando nada bien. De manera que decidió dejarlo estar y recostarse contra el árbol para descansar del viaje.

—Haré la primera guardia —dijo viendo a su amigo acomodarse para echar una cabezada.

Valerie y Leah seguían con su vida, pero con el pensamiento puesto en todo momento en Antoine y Laurent. Se habían dedicado a administrar la casa con el fin de estar ocupadas la mayor parte del tiempo. Habían recibido las visitas de conocidos de Valerie, con los que habían departido de diversos temas. Habían rechazado las invitaciones para asistir a bailes y demás eventos porque ninguna de

ellas tenía las ganas de hacerlo.

Y, mientras, los días transcurrían con calma, monótonos pese a que ellas desearan lo contrario. Y al llegar la noche, se sentaban en el salón después de la cena y se quedaban contemplando el fuego en la chimenea, como si en este estuvieran las respuestas a sus inquietudes.

—¿No has recibido noticias? —Leah se quedó contemplándola a la espera de que le dijera algo distinto a la última vez. Pero Valerie se limitó a sacudir la cabeza.

—Ni una sola. Ni si quiera espero que alguien venga a dárnoslas dada su situación. Llevar armas a través del territorio enemigo no es nada fácil ni algo de lo que se tenga constancia. Cuando Antoine era corsario, siempre pasaba lo mismo. Nadie respondía por él si le sucedía algo en altamar. El rey Luis no quería saber nada, eso sí, era quien daba orden de firmar la patente de corso y el que se embolsaba su parte cuando terminaba todo —le contó sin poder dejar a un lado la ironía—. Y lo mismo con el contrabando.

—Eso mismo viví yo en Moidart, luchando en favor de la casa real Estuardo. Nadie estaba dispuesto a protegerme pese a que facilité armas a los seguidores del rey.

—Es lo esperado en estos casos.

—Pensaba que Antoine lo dejaría después de lo de Moidart. —Leah frunció el ceño, contrariada por ese hecho.

—Sí, pero el rey ha requerido su presencia de nuevo a través de sus consejeros más allegados. —Valerie arqueó las cejas y abrió los ojos al máximo de su expresión dejando clara su postura en aquello—. No temas por él. Regresará y podrás hablar con él, y aclarar lo vuestro.

—No tengo miedo por lo que pueda pasarle porque ya me demostró que tiene recursos de sobra para mantenerse vivo.

«Temo el día que tenga que enfrentarme a él porque nunca antes un hombre me hizo sentirme de esta manera. Por primera vez en mi vida, no tengo las riendas de esta», pensó esbozando una leve sonrisa y dejando a Valerie con sus propios pensamientos. Esperaba que el nuevo día arrojara algo de luz a la situación, pero como le había asegurado ella, no creía que se produjera. Tendrían que aguardar su regreso para saber que estaban sanos y a salvo.

—Algo habitual en él —dijo Valerie interrumpiendo los pensamientos de Leah—. Siempre ha sabido cómo salir airoso de

cualquier situación de peligro. Me gustaría pedirte una sola cosa, dada la amistad que nos une.

—Por supuesto. —Leah se incorporó en el sillón y miró a la dueña de la casa con interés.

—No dejes que Antoine cometa la locura de volver al contrabando ahora que el rey ha solicitado su colaboración en la guerra con los Países Bajos. Prométemelo.

Leah entreabrió los labios para decirle algo, pero solo pudo dejar escapar su respiración. Luego se los humedeció y asintió.

—Sí, trataré de convencerlo si llega el caso que…

—Solo existe una manera y ambas lo sabemos, Leah. —Esta bajó la mirada y sonrió a duras penas—. Dile lo que sientes por él. No te arrepentirás. O de lo contrario volverá a aceptar las propuestas de contrabando que sé que le han hecho desde que regresó.

La escocesa levantó la mirada para dejarla fija en el rostro de Valerie. Ella tenía razón. Solo confesándole la verdad de lo que sentía por él podría lograr que él se quedara. Pero entonces le surgió la duda.

—¿Y si el rey lo vuelve a necesitar?

—No, no lo hará si Antoine le presenta a su esposa. —Valerie sonrió ante ese comentario—. De la misma manera que tampoco lo haría con Laurent. No quiero parecerte egoísta al pedirte esto porque considero que no es nada malo cuando ambos sentís lo mismo.

Leah asintió al comprender la situación a la que se enfrentaba. Aceptar la proposición de Antoine para que no volviera a ser un contrabandista.

—No es egoísmo desear el bien de lo demás. Al contrario.

Capítulo 14

El sonido de la artillería sonaba más y más cerca a medida que Antoine se acercaba a su destino. No le cabía la menor duda de que aquello iba en serio cuando de pronto un disparo cayó cerca de dónde se encontraban.

—Deprisa. Lleguemos a nuestro destino cuanto antes. Al menos allí estaremos a cubierto —gritó para que apretaran el paso—. Aquí somos un blanco fácil.

Los hombres arrearon a los animales para que no se detuvieran bajo el sonido de los disparos de la artillería anglo-flamenca. Y cuando por fin llegaron a Huy, el panorama era más bien desalentador. Los soldados iban corriendo de un lugar a otro, como si escaparan de los disparos.

—Eh, eh, parad y decidme, ¿dónde puedo encontrar al duque de Villeroy? —preguntó Antoine a uno que pasaba cerca y al que no vaciló en agarrar por el brazo y volverlo hacia él.

—¿Para qué queréis verlo? ¿No veis que nos están atacando?

—Precisamente. Traemos armas, munición y pólvora.

—Eh… En ese caso… Seguidme.

Fueron conducidos a lo que debía ser el cuartel general improvisado del duque, quien se encontraba reunido con su Estado Mayor.

—¿Qué queréis? —preguntó nada más ver entrar a dos hombres ajenos a aquella reunión.

—Vengo de París con un cargamento de armas y municiones —intervino Antoine sin esperar a que el soldado hablara—. Decidme dónde queréis que lo descarguemos.

—¡Por fin! —exclamó aquel hombre vestido de uniforme que debía

ser el duque, sin duda alguna, pensó Antoine—. No hay tiempo de almacenarla. Entregad los mosquetes y la munición al capitán Flessier —dijo señalándolo—. Él os dirá dónde ponerla después. Pero es importante que las armas se repartan de inmediato. Estamos cortos de munición y el rey Guillermo parece tener prisa por terminar la batalla.

—Seguidme —le pidió el capitán a Antoine, quien estaba deseoso de entregar la carga y ponerse a cubierto. Después se marcharían.

Los hombres comenzaron a sacar las cajas de madera de los carros y a abrirlas sin mayor dilación; al igual que los cartuchos. El lugar se convirtió en un campamento militar donde las tropas francesas se preparaban para seguir repeliendo el bombardeo por parte de la artillería anglo-flamenca.

—Poneos a cubierto, señor, u os alcanzarán los disparos.

Una vez que todo el cargamento se hubo descargado y los carros retirados de la zona de peligro, Antoine y el resto de hombres se cobijaron en el establo.

—Por el momento, estaremos aquí. No hay manera de marcharse mientras no cese el fuego. Podrían alcanzarnos con suma facilidad y no quiero correr riesgos. Esperaremos a la noche para irnos. Es lo más conveniente.

—Tal vez podríamos echarles una mano —sugirió Laurent señalando a las tropas francesas disparando—. No puedo estarme aquí quieto viendo como a mi alrededor se libra una batalla. Aquí también somos un blanco de la artillería.

—De acuerdo, cojamos armas y ayudemos.

Horas más tarde, cuando el sonido de los disparos se apagó y el humo producido por la pólvora se fue disipando, Antoine y Laurent permanecían tumbados con la espalda apoyada contra un muro.

—Por fin se ha terminado —exclamó este último sin soltar su mosquete.

—Sí. Eso me dice que deberíamos largarnos cuanto antes de aquí. Aprovechando que es casi de noche. Podríamos estar en casa para el final de la semana, si no hay ningún contratiempo.

—Me parece una buena idea.

—Vamos. —Se incorporó e hizo señales a sus hombres para que lo siguieran. Hablaría con el capitán para anunciarles su marcha. Este al verlo no pudo sino expresar su gratitud por su colaboración.

—Debo agradecerles su predisposición a combatir después de habernos traído las armas y la munición.

—Consideramos que era lo más acertado. Creo que es hora de marcharos de regreso a casa. Nuestra tarea ha concluido y nos gustaría aprovechar la tregua que, parece, se ha alcanzado y la oscuridad de la noche.

—Sí. Parece ser que se han tomado un descanso. Imagino que tendrán que reponer fuerzas al igual que nosotros. El duque descansa en este momento. Le diré que os habéis marchado de vuelta a casa. Este no es lugar para que se queden. Correrían un riesgo innecesario. Gracias por todo y buen viaje.

Antoine asintió estrechando la mano del oficial, deseando salir de allí antes de que al rey Guillermo le diera por empezar a bombardear aquel lugar. Apremió a sus hombres para que subieran a los carros y a los caballos.

De manera lenta y ordenada, comenzaron a alejarse de Huy y del peligro que representaba quedarse allí. Una vez en el camino de regreso a la frontera con Francia, Antoine dio orden de acelerar el paso para llegar a Francia lo antes posible. Sentía la necesidad y la urgencia, más bien, de sacar a sus hombres de allí sanos y a salvo. En especial a Laurent, quien no había sufrido ningún percance. Por su parte, sentía una mezcla de emociones contradictorias. Quería regresar a casa cuanto antes, pero a la vez había algo en su cabeza que lo contradecía. ¿Estaría ella esperándolo? ¿Habría cambiado de opinión durante esos días que llevaba alejado de París?

Varios días después de aquello, el grupo de hombres regresaba a París. Pascal acudió a recibirlos cuando le informaron que habían vuelto.

—Celebro veros de regreso. Supongo que entregasteis el cargamento sin mayores problemas.

—Ninguno en el camino. Solo cuando llegamos al cuartel donde se encontraba el duque de Luxemburgo. Nos entretuvimos echando una mano a la milicia y a las tropas francesas.

—Está bien. Está bien. Supongo que regresáis a casa.

—Suponéis bien, señor. Han sido varias semanas muy duras y queremos descansar —le comentó Antoine pensando en llegar lo antes posible a su casa.

—De acuerdo. Por el momento, no os necesito más… —les aseguró entregándoles el pago por sus servicios.

—Laurent se retira —anunció Antoine señalando a este—. Se va a casar con mi hermana.

Tanto Pascal como Laurent se quedaron atónitos ante aquella noticia.

—Vaya, lo celebro —le dijo el primero estrechándole la mano—. Espero que os marchen las cosas bien. ¿Y qué me dices de vos?

—Por el momento, me apetece descansar. Pero si el rey me llama…

—Lo tendré en cuenta. Espero veros pronto, y a vos, Laurent, muchas felicidades.

—Gracias.

Una vez a solas camino de sus respectivas casas, Laurent no tardó en preguntarle a su amigo por lo que le había comentado a Pascal.

—¿A qué vino decirle que lo dejaba?

—Es la verdad. Vas a casarte con mi hermana. No puedes dedicarte al contrabando. Tienes una mujer que proteger. Benoit y yo nos encargaremos de ello.

—¿Piensas seguir con el contrabando?

—Creía que había llegado mi momento para dejarlo, pero… —La visión de su casa lo obligó a callarse de repente. Regresaba para enfrentarse a un reto más complicado que llevar armas a la frontera o coñac a Cornualles.

—¿Vienes a casa de Valerie? Al menos que te vea y sepa que estás de una pieza. Y, de paso, a Leah.

Antoine sacudió la cabeza.

—¿En serio? ¿Te has fijado en mi aspecto? No, no. Espera a que me dé un baño y me afeite. Llevo semanas haciéndome pasar por un andrajoso buhonero. Cuando esté listo, iré. Tienes mi palabra.

—La tomo. No creas que pienso dejarlo estar.

—Te veré más tarde —le dijo desviándose hacia su casa en compañía de Benoit. No, no quería ver a Leah en ese preciso instante. No tenía que cambiarse de ropa ni afeitarse y demás. Solo habían sido excusas para dilatar el encuentro y prepararse. Al menos tendría unas horas para pensar en lo que le diría.

Cuando Fabien vio a su señor de pie en el umbral de la puerta, a punto estuvo de echarlo de allí.

—Estás en tu derecho a hacerlo porque con este aspecto yo también lo haría, amigo.

—¡Laurent! ¿Ya habéis vuelto?

—Sí. ¿Está Valerie?

—En el salón, con madeimoselle Leah.

Entró sin más dilación y se encontró a las dos mujeres charlando de manera relajada. Pero cuando Valerie se fijó en él, no le quedó duda acerca de quién era. Su taza tembló en la mano y a punto estuvo de caerse. Se levantó de un salto y corrió hacia él para que la estrechara en sus brazos y la besara.

—¡Habéis vuelto!

—Sí. Hemos vuelto —dijo mirando a Leah para ver su reacción. Esta abrió los ojos como platos y se mordió el labio inferior.

—¿Dónde está Antoine? —Valerie entornó su mirada con suspicacia y temor a que le hubiera sucedido algo—. ¿Por qué no ha venido?

—Oh, se ha quedado en su casa. Dijo que no podía presentarse con la apariencia que traía. Necesitaba un baño y un afeitado.

Valerie se volvió hacia Leah, esperando que reaccionara. Y esta no tardó en hacerlo.

—Te está esperando —le aseguró Laurent.

—Sí… Yo… Creo que…

No dijo una sola palabra más y abandonó el salón en dirección a la puerta de la casa para macharse.

—¿En serio la está esperando? —preguntó Valerie frunciendo el ceño.

—Deberías haberlo visto durante todos estos días. Me ha prometido arreglar lo suyo con Leah. Y sé que lo hará. Esta vez lo hará.

Leah se montó en uno de los caballos que habían preparados y emprendió el camino hacia la casa de Antoine. Sentía que su corazón latía al mismo ritmo que lo hacían los cascos del animal, al que apremiaba para llegar cuanto antes.

Antoine permanecía sentado en el salón sin capacidad de reacción. Había llegado y se había dejado caer debido al cansancio del viaje. La verdad era que necesitaba asearse, pero esperaría un rato antes de hacerlo. Le había prometido a Antoine que lo haría antes de pasarse a

ver a Leah por casa de su hermana. Pero pensándolo de manera fría, no encontraba el ánimo necesario para ir hasta allí.

El sonido del llamador le hizo que desviar la atención hacia la puerta. ¿Quién diablos sería?, se preguntó. ¿Su hermana? Escuchó el sonido de pasos dirigiéndose a la puerta.

—¡No estoy para nadie! —gritó a la persona que iba a abrir antes de cerrar los ojos y recostar la cabeza hacia atrás en el sofá.

Transcurrieron unos segundos en los que escuchó el murmullo de voces en el vestíbulo, y confió en que Benoit, o bien alguien del servicio, despachara a la visita. Oyó pasos cerca del salón, pero él no cambió su postura.

—He dicho que no estoy para nadie.

—¿Ni si quiera para mí?

Reconoció la voz en el mismo instante en que la escuchó e incluso llegó a pensar que estaba soñando. Pero para cerciorarse de si era o no un sueño, se vio obligado a abrir los ojos y contemplar a aquella dulce mujer en el umbral de la puerta del salón. Lo contemplaba con una mezcla de curiosidad y expectación. Se levantó del sillón y caminó hacia ella con paso dubitativo.

—La verdad es que mi aspecto deja mucho que desear. ¿Qué haces aquí?

—Laurent ha ido a casa de tu hermana y nos dijo que estabas aquí. Y he venido a ver si te encontrabas bien. Si no te habían herido.

—No. No me han herido. Debes pensar que estoy horrible —le confesó bajando su mirada hacia sus ropas sucias y algo deslustradas —. Pero debíamos hacernos pasar por buhoneros y… —La mano de ella lo hizo callarse de repente. La contempló sacudir la cabeza.

—No es tu aspecto lo que me preocupa en este momento.

—Celebro escuchare decirlo. Deberías esperar a que me adecente para charlar. Si esperas un poco, yo… —Le resultaba complicado tenerla delante de él y no tocarla. No besarla. Atraparla en su abrazo.

—En una ocasión me invitaste a compartir la bañera contigo. ¿Sigue en pie tu oferta? —le preguntó con un toque no exento de picardía que lo descolocó.

Antoine gimió porque sentía la boca seca y las palabras no acudían a su garganta.

—Yo… Pero si estás radiante. Si…

Ella se acercó a él y lo abrazó con fuerza, con deseo y con cariño, mirándolo a los ojos de manera fija. Se alzó sobre las puntas de sus pies y lo besó despacio en un principio. Tanteó los labios de él hasta que sintió que se abrían de manera lenta para ella. Y que sus brazos la rodeaban por la cintura para que no se marchara. Lo escuchó emitir un sonido de aprobación ante el ímpetu de ella. Su lengua invadió su boca sin que él se lo impidiera para nada. Sus bocas se unieron en un beso esperado en el tiempo, lleno de deseo y de pasión.

—¿Lo ves? Tengo que asearme porque acabas de mancharme no solo el vestido, sino mi cara y mis brazos —le comentó arqueando una ceja con suspicacia mientras él sonreía divertido.

—Eres increíble. —La estrechó contra su pecho para besarla en el pelo, en la frente y en todo el rostro mientras ella reía y reía.

Minutos después, ambos disfrutaban del agua caliente de la bañera. Leah permanecía sentada, apoyada contra él, mientras Antoine le apartaba el pelo y la besaba en el cuello.

—Me pareces exquisita.

—Ummm. Desconocía esta faceta tuya de seductor.

—Pues ya sabes lo que te espera —le dijo cuando ella volvió el rostro para mirarlo a los ojos—. Quiero que te quedes y que conozcas la felicidad. El amor, el cariño… Te he echado tanto de menos a lo largo de estas semanas…

—Me equivoqué, Antoine. Y todo este tiempo que has estado lejos me ha dado que pensar.

—Me alegra escucharte decirlo. Espero que tu presencia aquí no signifique que volverás a marcharte.

—Esta vez no. Bueno, salvo para ir a casa de tu hermana a recoger lo poco que tengo —le aseguró sonriendo divertida ante esa ocurrencia

—¿Qué más necesitas? —La abrazó con fuerza rodeándola por la cintura y pegándola más a él. Volvió a besarla en el cuello y descendió hacia la clavícula mientras la escuchaba suspirar. La contempló cerrar los ojos y gemir cuando él deslizó sus manos por sus pechos para juntarlos y acariciarle los pezones.

—Creo que deberíamos continuar con esto fuera de la bañera, o pondremos todo perdido de agua —le susurró ella volviendo el rostro.

—No tengo nada que objetar a condición de que recuperemos el

tiempo perdido, *chérie*.

Ella sonrió con picardía y juntos abandonaron la bañera para desplazarse a la cama y continuar con sus caricias y besos.

Epílogo

La fiesta en casa de Antoine estaba animada. Hacía mucho tiempo que no celebraba una y había decidido que la ocasión lo merecía. La próxima boda de su hermana con Laurent y que Leah se hubiera trasladado a vivir con él eran dos motivos suficientes.

—Espero que te decidas a pedirle a Leah que se convierta en madame Lerroux —le comentó con ironía Valerie a su hermano.

—Tiempo al tiempo. Ha costado que se decidiera a vivir en mi casa. Y no creas que me ha recordado la situación.

—Pero a ti eso no te importa lo más mínimo. Lo supe desde el momento en el que llegaste, ya te lo comenté en su día.

—Nunca me ha importado, eso es cierto. Ella lo sabía. —Hizo un gesto con el mentón hacia Leah, que charlaba con Angus y Darien, a los que no veía desde lo sucedido en Moidart.

—¿No te inquieta que alguien más venido de Escocia con el rey Jacobo la reconozca?

—No por mí, sino por ella, Val. Comprendo que es un mal trago, pero es la vida que en su momento le tocó vivir. Confío en que nadie venga a recordárselo. Por cierto, he presentado a Pascal mi renuncia a prestar servicios de contrabando para la corona.

—No esperaba menos de ti ahora que la tienes a ella a tu lado.

—Es lo justo. Tengo suficiente para vivir. No necesito más dinero ni más riquezas. Por cierto, ¿para cuándo tu boda? Estuve hablando con Laurent y me dijo que quería que fuera lo antes posible…

—Tal vez en primavera. Es una buena época.

—Cualquiera lo es, hermanita. Voy a pedirle a Leah que baile conmigo.

—¿Bailar, tú? Oh, sin duda que has cambiado.

Se acercó a Leah despacio para poder contemplarla con detenimiento y recrease en su belleza.

—Angus. Darien. ¿Cómo marchan las cosas?

—No podemos quejarnos, la verdad. Se lo contábamos a Leah, desde que llegamos aquí, todo ha ido a mejor. Darien espera su primer hijo.

—¡Enhorabuena, el primer miembro del clan Donaldson! —exclamó Antoine con satisfacción—. Espero que pueda conocer la tierra de sus padres.

—La situación está algo complicada por el momento. Con Guillermo en el trono, no hay muchas probabilidades, como ya sabéis —dijo mirando a Antoine y Leah por haber vivido el desastre de Moidart.

—Tal vez, en un futuro no muy lejano, un Estuardo vuelva a sentarse en el trono de Londres y las cosas favorezcan a Escocia.

—Eso queremos —asintieron Darien y Angus a la vez.

—Si me disculpáis, me llevo a Leah. —La tomó por el codo para llevársela de allí—. Estamos a tiempo de bailar esta pieza.

—No sabía que bailaras.

—Hay muchas cosas de mí que desconoces.

—Espero ir viéndolas poco a poco —le aseguró ella saludándolo antes de iniciar la pieza.

—Confío en que Angus y Darien puedan regresar algún día a Escocia —le dijo Antoine mirando a Leah de cerca debido al paso de baile—. ¿Añoras tu tierra?

Ella no dijo nada en un primer momento, sino que se limitó a expresar una sonrisa tímida ante ese comentario. Bajó la mirada debido al baile y, al levantarla hacia él, sacudió la cabeza.

—No cuando la situación que atraviesa es convulsa. No tengo deseos de regresar a una tierra a la que no reconozco.

—Si algunas vez…

—¿Quiero regresar? —Ella entornó su mirada con cautela. Lo vio asentir ante su cuestión—. Mi vida allí ha estado marcada por dos aspectos en los que prefiero no pensar, ya lo sabes.

—Entiendo. Pero si quisieras… Te acompañaría, lo sabes.

La pieza de baile dio por concluida y ellos dos permanecieron en el sitio, ajenos a ese hecho. Se miraban como dos personas que vuelven a

verse después de los años. Como si trataran de reconocerse el uno en la mirada del otro. Antoine la contempló sonreír ante ese comentario.

—¿Estarías dispuesto a volver a hacer el viaje, pero a la inversa?

—¿Por qué no? Fue divertido, ¿no crees?

—Sí, pero espero que al menos podamos navegar de forma directa desde aquí. Y no tener que recorrer ambos países.

—Perdería su encanto.

—¿Encanto? —Leah abrió los ojos sin poder creer lo que él le decía.

—Por supuesto, el que encontré en ti cada día que compartimos. Te dije que eras increíble porque no te echaste atrás en ningún momento del viaje, y me reafirmo en ello. Y tengo suerte de que te hayas quedado a mi lado.

—Sigues estando loco, Antoine. Arriesgaste tu vida por mí, sin conocerme de nada…

—Y después de haberme abofeteado, no lo olvides.

Ella se echó a reír al recordar la escena una vez más.

—¿Vas a recordármelo a cada momento?

—No pienso olvidarlo porque fue en ese instante en el que me di cuenta de que eras alguien a quien merecía la pena conocer. Más allá del beso que te di. Por eso lo arriesgué todo.

—Fue sin duda una decisión muy arriesgada.

—Pero ha merecido la pena. —Se inclinó sobre ella para rozarle los labios sin prestar atención a las miradas y a los murmullos que iban creciendo a su alrededor—. Eres la mejor decisión que he tomado en mi vida.

Ella sonrió emocionada ante aquellas palabras y ante aquella mirada de él. No le cabía duda alguna de que siempre había hablado en serio con respecto a que se quedara a su lado, porque conocería la felicidad y el amor. Y a fe que ella los iba a conocer junto a él.

Agradecimientos

En ocasiones, es triste llegar a este apartado porque significa que la historia ha concluido. Que las vidas de los personajes dejan de pertenecerme y que dentro de poco serán los lectores los que se adentren en estas. Pero es un momento que llega siempre que se termina una historia. Y, en este caso, una trilogía, nada menos. Personajes que me ha acompañado durante meses.

Quiero agradecer al Grupo Editorial Penguin Random House por dar cabida a la nueva historia de Laimie Scott dentro del sello Selecta.

A mi querida Lola Gude, por su infatigable labor al frente de esta colección de obras. Por estar siempre al pie del cañón en todo momento. ¡Gracias, Lola!

A la correctora, indispensable para la corrección de los errores que cometo. Porque siempre tiene una sugerencia que se ajusta a la historia, una corrección impecable para que la trama gane enteros y sea más atractiva al/a la lector/a. ¡Gracias!

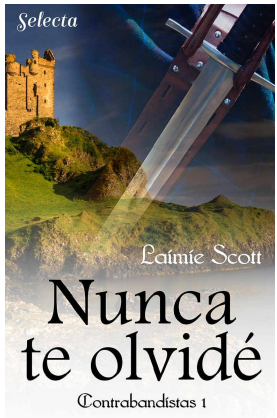
Y como es habitual, agradecerte a ti, lector/a por estar ahí detrás, participando de las aventuras y desventuras de mis personajes. Y sí, te digo que sigas confiando en Lamie y en sus historias siempre desde la legalidad, por favor.

Laimie Scott

Si te ha gustado

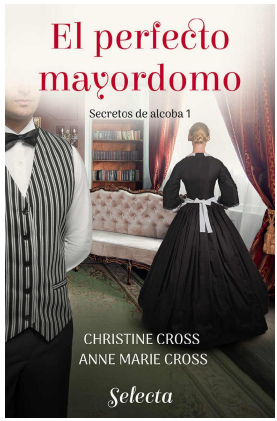
Una decisión arriesgada

puedes disfrutar de estas



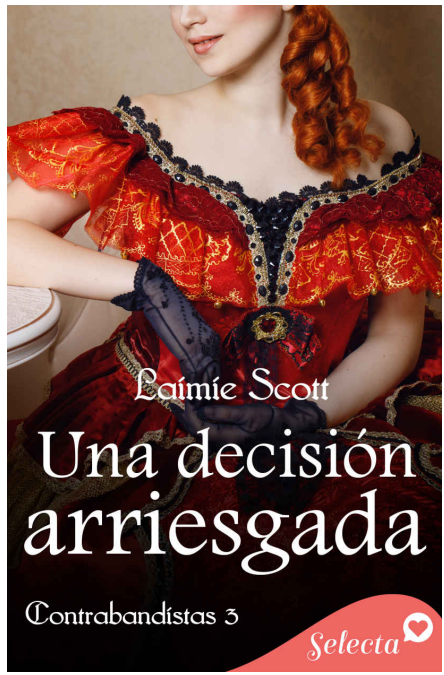
ZAHARA
C. ORDÓÑEZ
EL
LOBO
Y LA
ROSA
Destinos en la Tormenta 1
Selecta

Algo más que una dama
Un lord acomodado
EDICIÓN LIMITADA
Un lord irresponsable
Serie Familia Marston
Un lord aburrido
Todo un caballero
CHRISTINE CROSS
Selecta


El perfecto mayordomo
Secretos de alcoba 1
CHRISTINE CROSS
ANNE MARIE CROSS
Selecta

Apuesta por amor
Trilogía Caballeros de las sombras - 1
Julianne May
Selecta

Era el único hombre con el que ella podría conocer el amor.



Antoine y Leah han logrado escapar del ataque inglés a Moidart. Pero para llegar a la casa de él en París la única posibilidad es llegar a la costa de Cornualles y embarcarse con los amigos contrabandistas de Antoine. El rey Guillermo ha prohibido los viajes a la costa francesa debido al enfrentamiento con el rey Luis por los Países Bajos.

El viaje por tierra hasta la costa sur de Inglaterra hará que ella tenga que confiar en un francés atractivo, que la besó sin permiso nada más conocerla, y por el que se siente atraída. Sin embargo, sabe que su pasado pesa mucho en su determinación por rechazarlo. Pero el viaje y las adversidades los pondrán a prueba y Leah comprenderá que en el fondo es una mujer con sentimientos.

En una huida desesperada, Leah comprenderá que solo logrará conocer el amor si permite que su corazón lata junto al de Antoine.

Laimie Scott cursó estudios de Filología Inglesa en la Universidad de Salamanca para posteriormente doctorarse en el campo de la novela histórica y la obra del escritor escocés Sir Walter Scott. Comenzó su carrera literaria publicando diversos relatos en revistas y blogs hasta que se lanzó a escribir novela romántica, género en el que lleva ya unos años publicando. En el campo de la investigación literaria colabora con varias revistas y participa en diversos eventos académicos relacionados con su especialidad.

Penguin Random House Grupo Editorial

Edición en formato digital: noviembre de 2021
© 2021, Laimie Scott
© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Imagen de ShutterStock: Vagengeim
Diseño: LoEs Servicios editoriales, Myrian Giordano
Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
ISBN: 978-84-12211-99-3
Composición digital: leerendigital.com
Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Una decisión arriesgada

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Epílogo
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Laimie Scott
Créditos